Biblioteca de los Novelistas

Edición de Vda Ch. Bouret

Annette E. Haven
1895

LA REGENCIA

Braine-le-Comte (Bélgica). — Impr. de la Vda de Ch. Bourret

LA REGENCIA

NOVELA

POR

ALEJANDRO DUMAS

SEGUIDA DE

LA PESCA CON REDES

DEL MISMO AUTOR

NUEVA EDICIÓN

LIBRERÍA DE LA V^DA^ DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1895

LA REGENCIA

CAPÍTULO I

El féretro del rey. — Insultos del populacho. — Los tres poderes. — Madama de Maintenón. — Los príncipes legítimos. — El duque de Orleáns. — Retratos del duque y de la duquesa del Maine. — Retrato del conde de Tolosa. — Retrato de Felipe II de Orleáns. — La duquesa de — Orleáns. — Infantes nacidos de este casamiento. — Bastardos del duque de Orleáns. — Vuelta á los acontecimientos de la época.

El 9 de septiembre de 1715, hacia las siete de la noche, un carro fúnebre seguido de algunos coches de duelo, salía silenciosamente de Versalles y atravesaba los bosques de Boulogne, tomaba por el llano de San Dionisio, por caminos extraviados, y entraba en la antigua basílica de Dagoberto, conduciendo un cadáver que iba á ocupar en la primera grada de los sepulcros, un sitio igual al que su predecesor, atónito sin duda de tan larga ausencia, tenía allí mismo, ya hacía setenta y tres años.

Este cadáver que á su vez había de aguardar á su

sucesor por espacio de cincuenta y nueve años, era el de Luis XIV.

¿Por qué los restos de uno de los más grandes reyes que la Francia ha tenido, siguieron aquel camino torcido? ¿Por qué iban tan desnudos de la pompa real? ¿Por qué esta caminata misteriosa á la última morada?

Es porque la majestad de la muerte, siempre la más poderosa de todas las majestades, era esta vez tan insuficiente como la majestad del rango, para proteger á Luis XIV del ultraje.

En efecto, cuando la noticia de la muerte del rey corrió por los alrededores de Versalles, París se conmovió de júbilo, como si hubiera roto las cadenas de una larga esclavitud; el pueblo por tanto tiempo desgraciado, oprimido, arruinado, despreciado, casi aborrecido, palmoteó, bailó, cantó, encendió fogatas por la ciudad; de manera que el teniente de policía M. de Argensón, que había hecho inútiles esfuerzos para oponerse á este torrente de impiedades, declaró que te nada respondía, si el cortejo fúnebre atravesaba por París.

Véase aquí, por qué el acompañamiento, tomaba en su carrera nocturna y misteriosa, el camino que hemos indicado.

Pero el pueblo nada perdió: ansioso de novedades, porque desde tan largo tiempo no había tenido más que las de las procesiones religiosas, juró que ésta no se le escaparía, y como San Dionisio era el término al que inevitablemente había de llegar el cadáver real, ignorante del día en que Luis XIV bajaría á su última morada, principió desde el 6 de septiembre á pasar las veladas en el llano que separa á París del panteón de sus reyes.

Á eso de las diez llegó la comitiva. ¡ Cosa extraña ! Ni un solo príncipe de sangre real, ni legitimado, ni siquiera uno de los pares creados por este mismo rey, ni un solo cortesano que de generación en generación se relevaban en las antecámaras de Versalles para esperar la hora de levantarse, ni siquiera uno de esos hombres acompañaban á este cadáver aislado, que más bien que á una sepultura real, parecía que lo arrastraban para exponerlo en cualquiera sitio desconocido.

Solamente el duque, joven de veinte y tres años, nieto del gran Condé, acompañaba al cuerpo.

¿ Sería por piedad ? ¿ Sería para asegurarse de que la bóveda fúnebre quedaba bien cerrada ?

El pueblo que también llenaba todo aquel camino, y que como á manera de un campo de feria ó de una plaza de mercado, tenía sus hosterías, sus juegos y danzantes, ese mismo pueblo que á la vista de cierta pompa, ó igualmente de un dolor profundo y sincero, se hubiera tal vez contenido ; al ver aquel aislamiento, comprendió que se le abandonaba el cadáver para que hiciera de él lo que quisiese, y se vengara de la opresión con el insulto.

Á las puertas de San Dionisio, la muchedumbre que durante todo el camino había acompañado á la comitiva, se aumentó mucho más ; querían desbaratar el carro fúnebre, hacer pedazos el féretro y el cadáver : la tropa se vió obligada á intervenir. Un hombre sacó la cabeza por uno de los coches de la comitiva y gritó : « yo no creía que fuese el carnaval en septiembre, » otro empujó á dos parisienses borrachos que rodaron hasta un foso lleno de fango y se alejó diciendo : « escuerzos, esto os enseñará á cantar cuando el sol se pone. »

En efecto, el gentío cantaba y eran alegres villancicos, epigramas contra el rey, y amenazas á los jesuítas.

Cantaba también, haciendo alusión al *corazón del rey*, que se llevó á los PP. jesuítas, y á las *entrañas*, que habían sido depositadas en la iglesia de Nuestra Señora.

« Pretendéis, tropa sagrada,
El corazón de los reyes,
Cual de un ciervo acorralado
Se dá el resto á los lebreles »

Y cuidado, que cuando el pueblo canta de semejante modo, en mucho se asemejan sus sonidos á los rugidos del león.

Al entrar el cadáver en la basílica, no se escapó de los insultos de aquellos miserables.

Al día siguiente se leía en las paredes de la iglesia:

« En Versalles igual que en San Dionisio,
Sin corazón ni entrañas es el mismo. »

Las efigies del rey, tampoco estaban libres de igual proscripción ; las estatuas de piedra mármol quedaron mutiladas ; á la estatua de bronce de la plaza de las Victorias que no podían mellar ni los dientes, ni las uñas, la pusieron esta inscripción :

« Tirano fué de voluntad de bronce. »

Las saturnales duraron hasta el día siguiente por la mañana.

Dejemos al pueblo aullar sus imprecaciones contra el monarca, ó más bien contra la monarquia, y vamos á ver lo que Luis XIV dejaba en pos de sí.

Tres poderes bien distintos, de los cuales dos estaban íntimamente unidos.

Estos tres poderes eran:

Mad. de Maintenón, que de querida, pasó á ser mujer de Luis XIV, como llevamos dicho.

Los señores de Maine y de Tolosa, que de bastardos adulterinos llegaron á ser príncipes legítimos.

Y el duque de Orleáns heredero legítimo del trono, en caso de extinción de la rama primogénita, representada por el joven Luis XV bisnieto de Luis XIV, hijo segundo del duque de Borgoña, nacido en Fontainebleau el 15 de febrero de 1710, y último vástago de esta rica descendencia, que el rey horripilado, había visto desaparecer de entre las garras de la muerte.

Los dos poderes aliados y con un mismo objeto, eran Mad. de Maintenón y los príncipes legítimos.

Dicho objeto era, el de poner todos los asuntos del estado en manos de M. de Maine, á fin de que Mad. de Maintenón continuase ejerciendo, bajo la regencia de su educando favorito, la influencia que Luis XIV le había dejado tomar en los negocios políticos y religiosos, durante los últimos años de su reinado

El objeto del duque de Orleáns, era por el contrario, sostener la prerrogativa de su estirpe, reclamando con la regencia la dirección de la regia educación, y conservando, en fin, hasta el día de su mayor edad, al joven príncipe sano y salvo; responder perentoriamente á las calumnias esparcidas acerca de él por sus enemigos, en la época desastrosa de la muerte del gran delfín y de los príncipes hijos y nietos suyos.

La causa del duque de Orleáns, era igual á la de toda la nobleza de Francia, que se consideraba como insultada por los privilegios inauditos concedidos por Luis XIV á los príncipes legítimos, á quienes había dado la preferencia sobre los duques y pares, y á los

que llamaba á la sucesión del trono, siempre que se extinguiese.

Así, pues, en este caso, M. de Maine, bastardo y adulterino iba delante del duque de Orleáns, heredero legítimo en el orden de la sucesión ordinaria.

Digamos algo acerca de los personajes cuyos nombres acabamos de pronunciar, indicando sus pretensiones y descubriendo sus miras.

Mad. de Maintenón

Ya hemos dicho acerca de Francisca de Aubigné en nuestra historia de Luis XIV todo lo que había que decir: la hemos acompañado en su extraño destino desde su nacimiento, en las prisiones de Niort el 27 de noviembre de 1635, hasta su salida de Versalles, y su entrada en Saint-Cyr, el 30 de agosto de 1715. Todo lo que pudiéramos añadir ahora, sería una repetición.

El duque de Maine

Hemos contado como el duque de Maine, que nació el 31 de marzo de 1679, denominado Borbón, lo mismo que su hermano en 1673; revestido de la primera dignidad después de los príncipes de sangre real, en 1694, y llamado por último á suceder en el trono por falta de príncipe de la dinastía en 1714, había completamente abandonado el partido de su madre para unirse al de su rival Mad. de Maintenón.

No debe extrañarse esta ingratitud, el duque de Maine no poseía ninguna virtud, estando dispuesto á sacrificar á su interés, hasta la misma apariencia de las cualidades que fingía tener.

En ese gran pintor del siglo XVIII, Saint-Simón, es donde debe verse el retrato del duque de Maine.

Este personaje tenía talento, no el de un ángel, sino más bien el de un demonio ; á quien tanto se parecía en maldades y perversidad de corazón, en no servir á nadie y hacer el mal posible, en su excesivo orgullo y refinada falsedad, y en una palabra, en un sinnúmero de artificios, simulaciones sin término, y también en el agrado, en el arte de divertir y embelesar cuando quería. Era un perfecto perezoso de corazón y de alma, y á fuerza de serlo, se convertía en el cobarde más peligroso, mientras que podía, por bajo de cuerda, entregarse á los más terribles extremos, para guardarse de lo que había de temer ; entonces se doblegaba á las bajezas más rastreras, hasta que como la serpiente, se erguía para morder ó para ahogar.

Se había casado el 19 de marzo de 1692, con Ana Luisa Benedicta de Borbón, nieta del gran Condé.

Cualquiera otra mujer hubiera podido acaso contener este carácter peligroso; pero la orgullosa princesa, se propuso por el contrario, aumentar la ambición de su marido. Con tanto talento, al menos, como el duque. Luisa de Borbón se portaba de distinto modo. Tenía mucho valor, era emprendedora, audaz, furiosa, no conocía más que las pasiones presentes. se indignaba sin cesar por las medidas ocultas de su marido, que llamaba *miserias y debilidades*, reprochándole el honor que le había hecho, y á fuerza de energía lo convertía en un hombre obediente delante de ella, acosándole y esperando sin cesar comunicar su voluntad á aquella pobre y miserable organización.

Físicamente, M. de Maine tenía la figura agradable, era de mediana estatura, y bien formado, pero cojeaba de resultas de una caída que dió en su niñez.

Mad. de Maine estaba lejos de ser hermosa, sin

embargo, su talento daba cierto aire atractivo á su cara, pero era tan pequeña que la llamaban la enana. Apenas llegaba á la altura de cuatro pies.

El conde de Tolosa

El conde de Tolosa, al contrario de su hermano, era el honor mismo, la virtud, la equidad personificada. Daba una acogida tan benévola como se lo permitía su carácter glacial. Tenía valor y un verdadero deseo de ser útil al rey ó á la Francia; pero por la buena senda y por medios honrosos. Aunque sin mucho talento, su recto juicio, reemplazaba ese numen que había heredado de su hermano mayor, y que se llamaba el talento de Morte-Mart. Muy aplicado, por otra parte, en aprender la marina y el comercio, dos cosas que entendía muy bien.

Esta diferencia en los caracteres que granjeaba al uno las enemistades y al otro las simpatías de todo el mundo, enfriaba á los dos hermanos. M. de Tolosa, prudente, silencioso y comedido, desaprobaba altamente á su hermana política cada locura nueva que cometía, siendo muy frecuentes los motivos de desaprobación; por su parte Mad. de Maine, se desesperaba al ver que nada podía conseguir del conde de Tolosa, y su continua irritación tenía por objeto obstinado, cambiar la frialdad de los dos hermanos en una contienda abierta y definitiva.

Estaba casado con Mad. María de Noailles, de quien la historia se ha ocupado muy poco, y nosotros tampoco lo haremos más que la historia.

A este partido de los príncipes legítimos, se ligaban naturalmente los otros hijos bastardos de Luis XIV, es decir, la primera: Mlle. de Blois, casada con el prín-

cipe de Conti, que murió en 1685 y á la que llamaban la Princesa Viuda.

Mad. de Nantes, casada con el duque de Borbón, y á la que denominaban la Duquesa.

Y Mad. de Blois, casada con el duque de Orleáns, que fué después el Regente.

Felipe de Orleáns

Felipe II, duque de Orleáns, nació en Saint-Cloud el 4 de agosto de 1674.

Su madre Carlota Elisabet de Baviera, conocida con el nombre de Princesa Palatina, decía hablando de él :

— Las hadas estuvieron convidadas á mi alumbramiento, y como cada una de ellas dotó á mi hijo con una gracia, las tuvo todas. Desgraciadamente se olvidaron de convidar á otra que después de las demás dijo :

— Tendrá todos los dones, excepto el de hacer buen uso de ellos.

Á la edad de cuarenta y un años, en el momento en que abrimos este nuevo período de la historia de Francia, el duque de Orleáns era de una figura agradable, aunque tostada por el sol de Italia y de España; de una fisonomía atractiva, á pesar de sus ojos bizcos; tenía una estatura mediana, y sin embargo, aunque grueso, era ágil.

Montaba bien á caballo, esgrimía las armas y bailaba medianamente. Á pesar de esto se veía en su fisonomía y en todas las maneras de su persona, una gracia infinita, y tan natural, que se reparaba en sus menores acciones; era accesible y franco, tenía la voz agradable, el acento persuasivo, y el don de la palabra

particular, que le daba una elegancia de expresión que sorprendía siempre; sus respuestas eran prontas, justas y alegres. Sus primeros conceptos seguros, sólo la reflexión los hacía indecisos. Sus argumentos eran tan lúcidos, que demostraba con claridad las cosas más abstractas de la ciencia, de la política del gobierno y de la hacienda; todas las artes le eran familiares, era buen pintor, buen músico, excelente químico, hábil mecánico. Al oirle hablar se le creía con una vasta instrucción, equivocándose el que tal juzgara porque no tenía más que una excelente memoria. Había heredado *en grande*, como dice Saint-Simón, de su padre el valor de sus antepasados, y con suma prudencia, era escrupuloso acerca del valor de los demás. Modesto y silencioso con respecto á sí mismo contaba los hechos en que había tenido la mayor parte, y en que había corrido los mayores peligros, dando con equidad á los demás todas sus alabanzas.

Hubiera sido un excelente general si el rey no hubiera tenido celos de él, como los tenía de su padre. Su debilidad consistía en que tanto en cuerpo como en espíritu y en carácter se parecía á Enrique IV. Ya hemos dicho que era valiente, alegre y espiritual, y aun más, esto es, bueno, humano, compasivo. Pero como todo eran extremos en él, convirtió en vicio esta suprema virtud, llevando la clemencia hasta la debilidad, y el perdón de las injurias hasta la indiferencia. Como sofista, sostenía algunas veces las paradojas más extrañas diciendo que el hombre más de bien era aquel que tenía el arte de ocultar que no lo era; por lo demás, irreligioso, ardiente para el placer, llevando la independencia hasta el cinismo, exagerando sus defectos sin tomarse el trabajo de realzar sus buenas cualidades, y pintándose de un solo rasgo por estas

palabras de Luis XIV: « Mi sobrino es un fanfarrón de los vicios. »

Apenas tenía diez y siete años el duque de Orleáns, cuando el rey lo casó con la señorita de Blois, hija suya. Amaba mucho á Mad. de Borbón y se prestó á este casamiento no sin mucha repugnancia.

Le habían amenazado por su primera negativa, con que lo encerrarían en el castillo de Villers-Cotteret; y á pesar de eso se resistía: Dubois fué quien lo decidió Se sabe que en el momento en que acababa de dar su palabra al rey, la princesa Palatina, educada según las tradiciones de la aristocracia alemana, tomó esta declaración como un desaire.

Esta unión no fué dichosa; el duque de Orleáns se había casado con disgusto. La señorita de Blois también se había casado sin cariño, y creía haber honrado al duque de Orleáns siendo su esposa. Por más esfuerzos que hiciese para contenerse en este punto, se le escapaban varias indiscreciones que hubiera querido sofocar tan pronto como las había dicho y que á cada paso cometía. Saint-Simón decía de ella, que quería parecer hija de Francia *hasta en lo más insignificante.*

La duquesa de Orleáns era alta, pero sin majestad; su garganta, los ojos y los brazos admirables; la boca bastante buena, hermosas dientes, aunque un poco largos; las mejillas demasiado prolongadas que acicalaba con mucho cuidado; afeándola el lugar de las cejas, pues estaba desnudo y colorado con muy poco vello, aunque tuviese hermosos párpados y buen cabello castaño; su cabeza estaba trémula como la de una anciana, lo que provenía de las viruelas; sin ser jorobada ni contrahecha, tenía no obstante un lado más grueso que el otro; era horriblemente perezosa,

permaneciendo todo lo más que podía ya en la cama ó en una silla grande, comiendo por lo regular siempre recostada, y sin otros convidados en lo general que Luisa Adelaida de dama, Thiange, duquesa de Sforce, sobrina de Mad. de Montespán, y por consecuencia su prima hermana.

Había comenzado á dar ciertos motivos de queja á su marido, mirando con bastante interés al caballero de Roye, que fué después el marqués de la Rochefoucault, lo que no fué obstáculo para que dejara de requerir al duque de Orleáns por todas las infidelidades que le hizo en cambio de las que ella había tenido intención de hacerle, y esto no por celos, sino por despecho de no ser adorada y servida por él como una divinidad. Por lo demás nunca dió un paso para agradar á su marido, ni usó de una atención para atraerle, jamás puso de su parte para evitar lo que le era desagradable; nada de buen recibimiento, ni de prevenir sus deseos, nada en fin de esa graciosa y familiar libertad de una mujer que vive bien con su marido; recibiéndole siempre con frialdad y con una especie de desdeñosa superioridad. Así hablando de ella, la llamaba él muchas veces Mad. Lucifer, nombre que la sentaba bien y que no la disgustaba.

De este enlace extraño y mal unido nacieron siete hijos, uno varón y seis hembras.

El varón era Luis de Orleáns.

Las seis hembras eran la primogénita María Luisa, que se había casado con el duque de Berry, y que hacía tres años estaba viuda.

La segunda, Luisa Adelaida de Chartres, que había de ser abadesa de Chelles.

La tercera, Carlota Aglae de Valois, que se había de casar con el duque de Módena.

La cuarta, Luisa Elisabet de Montpensier, que había de casarse con don Luis, príncipe de Asturias.

La quinta, Filipina Elisabet Carlota, condesa de Beaujolais ; desposada en 1721 con el hijo segundo del rey de España.

Finalmente, la sexta Luisa Diana, que se había de casar con el príncipe de Conti.

Había además tres bastardos, dos hijos y una hija.

Solo uno fué legítimo, y se llamó el caballero de Orleáns, fué general de las galeras y gran prior de Francia ; era hijo de la señorita de Sery, que fué después condesa de Argentón.

Los otros dos eran el uno cura de Saint-Albin, hijo de la Florentina, bailarina de la Ópera.

La otra, hija de la señorita Desmarets, actriz de la Comedia francesa.

El duque de Orleáns que no creía en su paternidad sino con respecto al caballero de Orleáns, lo reconoció también.

El cuanto á los otros dos no quiso oir una palabra á pesar de sus instancias ; decía que le parecían muy *arlequines*.

Ahora que están ya clasificados nuestros principales actores, levantemos el telón y veámoslos hacer cada uno su papel en esta gran comedia que se llama *La Regencia*.

CAPÍTULO II

Los salones del duque de Orleáns durante los tres últimos días de la enfermedad de Luis XIV. — El príncipe de Conti. — Su mujer la señora de Condé. — Su madre la señora de Blois. — M. de Conti en la Ópera. — M. de Conti en casa de Moribal. — M. de Conti en casa del duque de Orleáns. — Preparativos del duque de Orleáns para la sesión del parlamento. — Lord Stairs, anécdota. — Sesión del 2 de septiembre. — Primer discurso del rey Luis XV. — Funerales á la memoria de Luis XIV en el extranjero. — Respuesta del duque de Orleáns á M. de Argensón.

Durante los tres últimos días de la enfermedad del rey, los salones del duque de Orleáns estaban vacíos y llenos según las alternativas de bien y de mal del ilustre enfermo: á más de la noticia de la muerte de Luis XIV, la conversación de estos salones giraba sobre una de las últimas excentricidades del príncipe de Conti, que se había casado con una princesa de Condé.

Tenía una singular figura en lo físico y en lo moral, monseñor Luis Armand, príncipe de Conti, y sus excentricidades, como hoy se diría, causaban alternativamente la alegría y el terror de la corte.

Era un hombre pequeño y horriblemente contrahecho, que si su cara apenas podía pasar, era además repugnante en el resto de su persona, y á la que su

distracción continua daba un aire extraviado, en términos que cuando se conocía su carácter, nada resultaba de él que inspirase confianza: cuando menos se esperaba, en medio de una conversación, durante el paseo, y muchas veces sentado se dejaba caer en su bastón. Tan acostumbrado se estaba en casa del difunto rey, que cuando se oía algún ruido del que no se sabía la causa, inmediatamente, decían: — No es nada, es el príncipe de Conti que se ha caído.

Su mujer era una gallarda persona, radiante de hermosura, de quien dijo la princesa Palatina, que la gracia aun era superior á su belleza. Tardó mucho en acostumbrarse á vivir con un marido que tenía pistolas, espadas y escopetas á la cabecera de la cama; y que algunas veces con la pistola en la mano la despertaba del más profundo sueño diciéndola: *Madama*, preparaos á morir, os voy á matar.

La primera vez que se le antojó este extraño capricho, la pobre mujer tuvo un miedo atroz, pero al fin se acostumbró, y cierta noche, en el momento en que su marido le hacía su amenaza acostumbrada, tomó una escopeta que había ocultado en un lado y apuntó al príncipe; éste que era miedoso como un mono, arrojó sus pistolas, pidió perdón y protestó á su mujer, con un amor, cuyas pruebas eran algunas veces peligrosísimas si hemos de creer la crónica del tiempo y particularmente las cartas de la princesa Palatina, que no volvería á sus antiguas mañas.

La pobre mujer quedó libre casi de sus terrores nocturnos, y decimos casi, porque con el príncipe de Conti, jamás se quedaba libre de sus extravagancias, pues que tenía entre otras manías, la de que, en el momento en que su mujer estaba más descuidada en su gabinete, entraba en él, cerraba la puerta, sacaba

un Ovidio de su faltriquera y se ponía á leer en latín durante dos horas á la pobre mujer que no entendía una palabra, obligándola á extasiarse en los pasajes que á él le gustaban : contra esta persecución no había encontrado ningún remedio.

El príncipe de Conti no había querido jamás á nadie más que á su madre la señora de Blois, hija de la Valliere, á quien llamaban la gran princesa de Conti, y sin embargo la madre y el hijo estaban siempre disputando. En un momento de disgusto, la gran princesa decidió mandar hacer una casa lejos del palacio de su hijo, y puso los trabajadores ; pero apenas se hicieron los cimientos, se reconcilió con su *figurón* como ella le llamaba, y despidió á aquellos ; y como el tiempo sereno era muy raro en la casa de Conti, una nueva riña sobrevino, y con ella los trabajadores, haciéndose una costumbre, que á cada reconciliación de la madre y el hijo, despedía la madre á los albañiles y arquitectos, y á cada disputa los volvía á llamar ; de manera que se podía saber al inspeccionar los trabajos solamente, la unión que reinaba entre la princesa y el hijo, pues si la casa se adelantaba, estaban como perros y gatos, y si se abandonaba, todo iba lo mejor del mundo en el cariño maternal y filial.

Además de estos defectos, el príncipe de Conti tenía otro mucho más grave de organización, que hubiera amenazado la extinción de la raza de los Conde-Conti ; á no haber habido ninguno más que él para perpetuarla, defecto que no es dificultoso adivinar, y sin embargo no dejaba de estar celoso de su mujer, y frecuentaba asiduamente peligrosas concurrencias.

En una de estas reuniones de que acabamos de hablar, era dónde con todas sus consecuencias, se amenizaban secretamente las visitas de pésame que

hacían los cortesanos á Felipe II, durante la noche del 1 de septiembre de 1715.

El príncipe de Conti tenía algunas cosas del futuro marqués de Sade: cuenta la princesa Palatina, que cierto día, en el baile de la Ópera, se apoderó de una niña recientemente llegada de su provincia, la arrebató del sitio en que estaba con su madre, la puso entre las piernas, y mientras que la sujetaba con una mano, la abofeteaba y aplicaba capones con la otra, hasta que en un instante, salió sangre por narices y boca; la criatura que no le conocía y que nunca le había visto, lloraba á lágrima viva, mientras que su madre ponía los gritos en el cielo, pero nadie se atrevía á socorrerla.

No se sabe cuanto hubiera durado esta escena, ni como terminaría, si una máscara vestida exactamente como el príncipe de Conti, con la giba, el vientre y un bastón iguales, y tropezando como él, no hubiera pasado justamente en aquel momento: apenas la vió el príncipe de Conti, abandonó su víctima, y echó detrás de ella, hasta que tranquilamente se sentó en una banqueta. Detúvose el príncipe de Conti delante de ella.

— ¿ Quién eres? máscara, preguntó.

— Soy el príncipe de Conti, respondió el máscara.

— ¡ Ah! dijo el príncipe quitándose la careta de raso que tapaba el rostro: en verdad que creía serlo yo hace más de veinte años: mirad cómo uno se engaña.

Y sin buscar querella al máscara, volvió en busca de la niña que había abandonado por perseguir la giba, el vientre y el bastón á que creía tener derecho; pero la niña y su madre habían desaparecido.

Pero no era solamente en el baile en donde tenía

el príncipe la manía de pellizcar y dar capones y capirotes ; según parece hacía lo mismo con las mujeres cuando tenían el honor de que se dedicara á ellas. La aventura que se contaba en el Palais-Royal tenía este origen.

Ocho días antes había ido el príncipe de Conti á pasar la noche á una casa que honraba frecuentemente con sus visitas, en la que casi siempre dejaba sangrientos recuerdos de su permanencia. En la penúltima que hizo, quedó enteramente mutilada por sus manos una pobre muchacha, de suerte que la Moribal (así se llamaba la respetable ama de esta honorífica casa), sacando la cara por su pensionista, juró que se vengaría del príncipe de Conti, como se vengó el abogado Ferol del rey Francisco I, y á fe que supo cumplirlo la Moribal, pues que, habiendo mandado llamar el príneipe de Conti á su cirujano Castel, ninguna duda le quedó acerca de la venganza de que era víctima.

El príncipe no era hombre que dejase sin castigo un delito como éste, resolviendo á su vez vengarse del ultraje, y en la mañana del mismo día de que hacemos mención, hizo que prendiesen á la Moribal en su cama, y bien atada, que la pusieran á horcajadas en un burro sarnoso, paseándola por las calles de París, precedida de un hombre tocando una trompeta. Á cada esquina la comitiva, acompañada, como se supone, de un inmenso concurso del populacho, se detenía, y un heraldo grotescamente vestido, que llevaba las riendas del burro, gritaba :

— Este es el triunfo de la Moribal, famosa zurcidora de voluntades de la buena ciudad de París.

Entretanto, el príncipe de Conti andaba por las calles preguntando á todo el mundo :

— ¿ Sabéis si el rey dará hoy audiencia ?

Pero el rey había muerto en aquella misma mañana, según hemos dicho. Así, pues, todos tenían por loco al príncipe de Conti.

No obstante el ruido que metía la aventura de la Moribal, se presentó el príncipe por la tarde en el Palais-Royal. Á pesar de estar muy ocupado con asuntos graves, el duque de Orleáns aproximándose le reprendió por su brutalidad. Pero M. de Conti le contestó dándose importancia.

— ¡ Juro á bríos ! Hubiera querido veros en mi lugar, monseñor.

El duque de Orleáns se volvió riéndose; no podía perder el tiempo en las circunstancias en que se hallaba. Al día siguiente se había de celebrar la sesión del parlamento, que debía decidir la validez del testamento de Luis XIV.

El futuro regente tenía ganas de comprar la regencia.

El primer presidente de Mesmer era hechura de Mad. de Maintenón, y no se podía contar con él.

Á M. de Guiche le tenía por muy adicto á los bastardos.

M. de Guiche era coronel de las guardias francesas, hombre muy importante, recibió seis mil libras, y respondió de su gente. Las simples guardias francesas habían de ocupar secretamente el palacio, mientras que los oficiales con la tropa escogida, pero sin uniforme, se repartían en la sala.

En cuanto á los presidentes Maisón y Lepellitier, eran del duque de Orleáns; el príncipe los llamaba sus *pichones favoritos*, d'Aguesseau era todo suyo; Joly-de-Fleuri le había prometido hablar en su favor.

Los jóvenes consejeros no debían vacilar entre la *Vieja* (así llamaban á Mad. de Maintenón) y el duque de Orleáns. Los antiguos consejeros no se sostendrían

ante el derecho de representación que les prometían conservarles.

En fin, los duques y pares habían de estar seducidos por la prerrogativa que definitivamente se les concedería de permanecer cubiertos mientras su primer presidente les pidiese su voto.

La España amenazaba, por el antiguo rencor que el rey guardaba al duque de Orleáns, que había coqueteado con su mujer, y que á más había tenido algunos deseos de suplantarle en el cariño y también en el trono. La España, repetimos, amenazaba mucho por el órgano del príncipe de Cellamare para que no se reconociese la regencia del duque de Orleáns ; pero lord Stairs en nombre de la Inglaterra, se había obligado á reconocerla, y el embajador durante la sesión, consentía en mostrarse en una tribuna con el abate Dubois.

Lord Stairs estaba en buena posición en la corte del difunto rey, y se lo debía á un hecho muy caracterizado, que no queremos pasar en silencio.

Dijeron cierto día á Luis XIV que entre todos los miembros diplomáticos era lord Stairs el que acaso conocía mejor el respeto que era debido á las testas coronadas.

— Bien, lo veré yo, dijo Luis XIV.

Aquella misma tarde lord Stairs había de ir en coche con el rey.

Al llegar al estribo lord Stairs esperaba humildemente con el sombrero en la mano que el rey subiese.

— Subid, M. Stairs, dijo bruscamente el rey.

Lord Stairs no se hizo de rogar, y pasando al instante por delante del rey subió el primero.

— Tenían razón, M., dijo Luis XIV, sois el hombre más cortés que conozco.

Fácilmente se concibe que esta cortesía consistía en haber obedecido al rey sin ningún género de observación, por más inaudito que fuera el que otro pasara por delante de Luis XIV, y subiese el primero en el coche.

Lord Stairs sabía obedecer sin réplica; el mandado fué inesperado, extraño, inaudito. Lord Stairs fué, pues, desde aquel instante á los ojos del rey el hombre más político de la Europa.

Algunas veces las anécdotas nos desviarán de nuestra narración, pero no de nuestro asunto; la historia de la regencia no es en realidad más que una compilación de anécdotas.

Hablando á derecha é izquierda, comprando á M. de Guiche, adulando á MM. d'Aguesseau, y Joly-de-Fleuri, apretando la mano á lord Stairs, maltratando al príncipe de Conti, inquiriendo con los ojos al joven duque de Fronsac, que ya era una potestad, cambiando algunas palabras en voz baja con M. de Saint-Simón, el duque de Orleáns tomaba, pues, todas las precauciones para el día siguiente.

El duque de Orleáns pasó una parte de la noche en su gabinete con el cardenal de Noailles, el mismo que había tenido el encargo de entregar el corazón del difunto rey á los jesuítas, á quienes dijo al entregárselo :

— Padres míos, poseéis este corazón que os ha honrado constantemente con su amistad y confianza : el gran rey, cuya muerte lloramos, os ha amado siempre tiernamente.

Se tomaron con el cardenal las últimas medidas para el día siguiente.

Llegó este día tan deseado.

El duque de Orleáns estaba muy preparado para la lucha que iba á tener lugar.

Á las ocho de la mañana el parlamento estaba reunido bajo la presidencia de Juan Antonio de Mesmer. Se leyó la orden del rey con el anuncio oficial de la muerte de Luis XIV.

En seguida se dió entrada al duque de Orleáns con todos los honores debidos á un hijo del rey de Francia.

El duque de Maine entró un momento después acompañado del conde de Tolosa.

Á su vez el duque de Orleáns atravesó el estrado, y se colocó por encima del duque de Borbón.

Al paso le indicó M. de Guiche á su gente prevenida.

Al colocarse en medio de los duques y pares, M. de Saint-Simón le hizo una seña.

Lord Stairs le había saludado respetuosamente desde la tribuna, pudiéndose reparar detrás de él, en la sombra, la cara gazmoña del abate Dubois.

Todos, como vemos, estaban cada uno en su puesto.

La batalla se empeñó por un discurso del primer presidente.

Son bien conocidos los detalles de esta memorable sesión, en la que quedó destruído en algunas horas, palmo á palmo, el edificio que Mad. de Maintenón, el padre Le Tellier y los bastardos, habían levantado tan laboriosamente en el espacio de diez años de hipocresía y paciencia.

Conforme lo había previsto Luis XIV, todo se desbarató, testamento y codicilo.

— Mientras vivimos, somos poderosos, había dicho el gran rey; después de muertos, somos menos que simples particulares.

Autoridad política y militar, ambas recayeron en el duque de Orleáns. Debiendo ser solamente presidente del consejo de la Regencia, fué nombrado regente.

M. de Mesmer debía obtener el mando de las tropas de la casa real, y fué conferido á Felipe II. Á M. de Mesmer le tocaba disponer de los empleos, beneficios y cargos del Estado; pero el duque de Orleáns fué quien heredó este privilegio. Además, el duque de Orleáns obtuvo el derecho de formar el consejo de la Regencia en la forma que gustase, y aun los consejos subalternos que quisiera crear. Solamente conservó el duque de Maine la superintendencia de la educación real.

Con respecto al duque de Borbón, que no debía ser admitido en el consejo de la Regencia hasta la edad de veinte y cuatro años, el duque de Orleáns pidió su admisión inmediata y la obtuvo.

Los únicos artículos del testamento que quedaron vigentes, fueron los que concedían al mariscal Villeroy el título de ayo del joven rey Luis XV, y el de aya á la duquesa de Ventadour.

No era extraño además que se observasen estas disposiciones con respecto á la duquesa de Ventadour: no se podía destituir al aya del rey sin formación de causa.

Estaba revestida de un empleo ó cargo de la corona. El ayo era más que una comisión. París rebosaba de júbilo tan luego como supo este primer decreto del parlamento. El duque de Orleáns era el porvenir, esto es, lo incógnito (Dios lo ha dispuesto así para la dicha de la humanidad) era la esperanza. El duque de Maine era lo pasado, es decir, Mad. de Maintenón, el padre Le Tellier, que eran los desastres de la guerra de sucesión, el hambre sombría, la tristeza profunda; lo pasado, en fin, era la muerte, el porvenir la vida.

El segundo decreto del parlamento dado el 12, confirmó el primero. El rey asistió á esta segunda sesión

en los brazos de su aya, y pronunció un discurso de tres renglones.

— Señores, dijo, con su vocecita aflautada, he venido aquí para manifestaros mi estimación. Mi canciller os dirá mi voluntad.

Tales fueron las primeras palabras de política que pronunció S. M., que le valieron algunos dulces con que le recompensó su aya.

Las últimas se las pagó la Francia con maldiciones.

Una de las notabilidades de este solio (dice el Diario Histórico del reinado de Luis XV por M. de Levi, presidente del tribunal de justicia de los Assises) fué la de que la duquesa de Ventadour asistió sentada debajo del trono de S. M.; prerrogativa que mujer alguna más que ella había gozado nunca, y de la cual la habrían despojado, si hubiese habido una reina-regente que acompañase en persona al rey su hijo á esta augusta ceremonia.

Fallado ya este segundo decreto, no les quedaba esperanza alguna á los príncipes legítimos.

M. de Tolosa, sin ambición ni antes ni después, se fué á cazar en los bosques de Rambouillet, en donde su mujer, sin ambición como él, le recibió con su habitual sonrisa.

M. de Maine, siempre débil y avergonzado de su debilidad, se volvió á encerrar en Sceaux para acabar su traducción de Lucrecia.

— Señor, le dijo su mujer al recibirle, gracias á vuestra cobardía, M. el duque de Orleáns es dueño del reino, y vos con vuestra Lucrecia no seréis siquiera miembro de la Academia.

El duque de Orleáns, después de haber recibido las felicitaciones de sus amigos, corrió á Saint-Cyr á visi-

tar á su antigua enemiga Mad. de Maintenón que le recibió con fingida humildad.

Acababa de participarla que la continuaba la pensión que le había concedido el difunto rey, y al darle las gracias: — No hago más que cumplir con mi deber, respondió el duque de Orleáns, sabéis lo que se me ha prescrito, y no lo hago por este motivo solo, sino también por la estimación que os profeso.

Al día siguiente de esta visita, Mad. de Maintenón escribía á Mad. de Caylus:

« Quisiera con toda mi alma que vuestra situación fuese tan dichosa como la mía; he renunciado al mundo, á quien no amo: sigo en el más agradable retiro. »

Este fué uno de los últimos suspiros que se exhalaron en Saint-Cyr; Mad. de Maintenón se hallaba en un estado de agonía.

Mientras tanto, M. el duque de Orleáns organizaba su consejo de la Regencia, que quedaba tal como el difunto rey lo había indicado. Á más del consejo de la Regencia creaba otros seis.

Uno de Negocios extranjeros, presidido por el mariscal de Uxelles.

El de Guerra, por el mariscal de Villars.

El de Hacienda, por el duque de Noailles.

El de Marina, por el mariscal de Estrées.

El de Estado, por el duque de Antin.

Otro de Conciencia, por el cardenal de Noailles.

Creados ya estos consejos, se ocupó en cumplir lo que había prometido, cosa muy rara en los que llegan al poder.

El parlamento recobró el derecho de representación que le habían arrebatado en el reinado de Luis XIV.

M. de Mesmer, primer presidente, que había sabido

dejar á tiempo al duque de Maine por el duque de Orleáns, fué nombrado gran maestre de los puentes y caminos del reino, destino que, como creado por él mismo, había de morir con él.

Joly-de-Fleuri y Aguesseau entraron en el consejo de Conciencia.

El marqués de Ruffo, teniente general de los ejércitos del rey, fué nombrado teniente de ayo de S. M.

El marqués de Asfeld fué miembro del consejo de la Guerra , y nombrado veedor ó contralor general de las fortificaciones.

El marqués de Simiane fué nombrado teniente general del rey en Provence.

Al abad de Fleury, autor de la *Historia Eclesiástica,* se le nombró confesor del rey.

Este último nombramiento, aunque era una prebenda, no teniendo el augusto penitente más que apenas cinco años, no dejaba de ser muy significativo. Desde Enrique IV había estado ocupado este puesto por los jesuítas.

El padre Le Tellier, viéndose sin empleo alguno, preguntó al regente qué destino era el suyo.

— Eso no me toca á mí, contestó el príncipe. Preguntádselo á vuestros superiores.

En cuanto á la orden dada por Luis XIV en su lecho de muerte de que llevasen al joven rey á Vincennes á causa de la salubridad de los aires, lejos de oponerse el regente, lo miraba como una ventaja para él; estando Vincennes más cerca de París que de Versalles, y siendo París el centro de sus negocios, y más que todo de sus placeres.

Sin embargo, habiendo declarado los médicos de corte, sin duda por motivos de utilidad propia, que los aires de Versalles eran tan puros como cualesquiera

otros, reunió el regente los médicos de París, los que probablemente, y siempre por la misma razón de conveniencia, se decidieron por Vincennes.

En su consecuencia condujeron al joven rey á la Torrecilla el 9, esto es, el mismo día en que llevaron á San Dionisio el féretro del rey difunto.

Las cortes extranjeras vengaron á Luis XIV de los insultos que hizo á su cadáver el populacho de París.

En Viena el emperador vistió de luto como por un padre, y se prohibieron todas las diversiones durante el carnaval, á pesar de que faltaban todavía cuatro meses.

En Constantinopla se celebraron grandes exequias, y el conde de Alleurs, embajador de Francia cerca de la Puerta Otomana, solicitó y obtuvo una audiencia del gran señor para notificarle la muerte de Luis XIV.

El sultán le recibió al instante, y el visir le dijo :

— Habéis perdido un gran emperador, y nosotros un gran amigo y buen aliado : S. A. y yo hemos llorado su muerte.

Mientras que se tributaban en el extranjero á Luis XIV estos honores supremos, fué cuando Argensón dijo al regente que se imputaba al rey el haber hecho bancarrota.

— ¡ Y bien ! preguntó el regente, ¿ qué remedio veis en esto ?

— Es preciso, respondió el teniente de policía, prender á los que propagan semejantes voces.

— No entendéis jota, dijo el príncipe, es preciso pagar las deudas del difunto, y todos se callarán.

CAPÍTULO III

El regente y su familia. — La duquesa de Berry. — Mad. de Chartres. — Mad. de Valois. — Luis de Orleáns, duque de Chartres. — Las jóvenes princesas.

Hemos trazado en los dos capítulos precedentes el retrato de los principales personajes que sirven de transición á estas dos épocas tan distintas, que se llaman el siglo de Luis XIV y la Regencia. Hemos dicho lo que eran el duque de Maine, la duquesa de Maine y el conde de Tolosa. Hemos delineado el perfil de Felipe II de Orleáns; hemos dicho algo de Mad de Blois, su mujer; pero nada se ha hablado del resto de la familia, esto es, de *Madame*, segunda mujer de *Monsieur* y madre del regente, es decir, de Mad. de Berry, hija primogénita de Felipe; de Mlle. Luisa Adelaida de Chartres; de M. Luis de Orleáns; de mademoiselle Carlota Aglae de Valois que hacen un papel importante en la vida de su padre.

Las otras tres hijas que fueron, la una casada con el príncipe de Asturias, la segunda desposada con el infante don Carlos, y la tercera, que fué la mujer del príncipe de Conti, no tienen ni importancia política ni una reputación tan marcada, que merezcan nos ocupemos tan detenidamente de éstas, más que según las necesidades de nuestra narración.

Desembarazado ya el terreno político por el segundo

decreto del parlamento, Mad. de Maintenón, retirada en Saint-Cyr, M. de Maine y M. de Tolosa, el uno en Sceaux y el otro en Rambouillet, el padre Le Tellier desterrado en la Fleche, el difunto rey enterrado en San Dioniso, el joven monarca instalado en Vincennes : ese alto que hace la Regencia entre Versalles y las Tullerías, deja absolutamente aislado el palacio real, y nos da tiempo para que transformemos las silenciosas paredes del cardenal Richelieu en transparentes tabiques de vidrio.

Como persona de importancia y de edad, viene desde luego *Madame* á llamar nuestra atención; *Madame*, á la que su hijo amaba tiernamente, escuchándola con tanta paciencia, pero á quien desobedecía ordinariamente.

Carlota Elisabet de Baviera había sucedido como segunda mujer á la bella y coqueta Mad. Enriqueta de Inglaterra, que murió en 1670 envenenada, según todas las probabilidades, por el caballero de Lorraine y el marqués de Effiat.

Nació en Heidelberg el 7 de julio de 1652, al séptimo mes del embarazo de su madre. Dejemos á la sincera princesa que haga ella misma su retrato físico : en cuanto al moral lo pediremos prestado al duque de Saint-Simón, á Duclos y á otros autores de aquel tiempo. Ved aquí el primero.

« Es preciso confesar que soy abominablemente fea, lo que en parte no me cuesta mucho conocer. No tengo facción regular, mis ojos son pequeños, la nariz corta y gruesa, los labios largos y macizos, todo esto no puede componer una fisonomía pasadera. Mis mejillas son grandes y prolongadas, y la cara muy ancha, y además de esto soy de talle corto, baja y gruesa. Para conocer si mis ojos anuncian talento

sería preciso examinarlos con un microscopio porque de otro modo sería difícil juzgar con acierto. Probablemente no se encontrarían manos más feas que las mías. No es esto todo : cuando algo me aflige, se dilata mi costado izquierdo como si hubiera engullido una bola, lo que sucede muy frecuentemente, porque soy de carácter melancólico. No acostumbro á permanecer en la cama, pues en cuanto me despierto, es preciso que salte de ella. Almuerzo pocas veces, y solamente con pan y manteca; no tomo té, chocolate ni café, y no puedo sufrir drogas extranjeras; tampoco tomo sopa, como esté hecha con leche, cerveza ó vino. No puedo ver el caldo ; cuando me dan viandas que lo tienen, se resiste mi estómago, caigo enferma al instante, me hincho, y me dan cólicos hasta tal punto, que cuando tomo caldo puro, me ocasiona vomitar hasta sangre, y solo el jamón y la salchicha me reponen el estómago.

« En mi juventud prefería las espadas y fusiles á las muñecas, hubiera querido ser muchacho, lo que por poco me costó la vida. Efectivamente, habiendo oído contar que á fuerza de saltar María Germain, se había vuelto hombre, di unos saltos tan terribles para conseguir que me sucediera lo mismo, que fué un milagro el que no me quebrara el pescuezo. » En medio de todo esto, la princesa Carlota había crecido, y al crecer se iba volviendo una horrible feilla, según lo decía ella misma.

Pero era princesa, y por lo mismo había una certeza de que se casaría por fea que fuese.

Por otra parte, á pesar de su fealdad, había inspirado una verdadera pasión.

Este extravagante enamorado era Federico, marqués de Bade-Daurlach. Hizo cuanto pudo para

hacerse amar de la princesa, pero ¡cosa extraña! aunque era joven y bello, no consiguió gustar á la *horrible fea*.

El pobre marqués tardó muchísimo tiempo en consolarse de esta desgracia, y si se casó con la princesa de Holstein, fué con violencia, obligado por sus parientes, y cuando perdió toda esperanza de hacerlo con la princesa Palatina.

No fué esto solo. La quisieron casar con Federico-Casimiro, duque de Curlandia.

Éste estaba enamorado de otra, que era la princesa Mariana, hija del duque Ulrisch de Wurtemberg; pero los parientes del duque de Curlandia habían puesto los ojos en la princesa Palatina, y rehusando su consentimiento al enlace deseado, exigían que su hijo la hiciera una visita en Heidelberg, esperando que los atractivos de la princesa Carlota militarían victoriosamente en favor suyo; pero apenas la hubo mirado, cuando se escapó; y pidió marchar al ejército, prefiriendo que lo matasen, más bien que casarse con un monstruo como aquel.

El príncipe Casimiro aun estaba corriendo, y la princesa Palatina riéndose del efecto que había causado á su pretendiente, cuando los mensajeros de Luis XIV, llegaron, y la pidieron en casamiento para *Monsieur*.

El motivo que había determinado al gran rey á esta unión es muy fácil de explicar.

Por razón de su casamiento con la hija de Felipe IV, había puesto un pie en España, por el de Mlle. Enriqueta con *Monsieur*, había puesto otro en Inglaterra; por su alianza con el penúltimo elector de la rama Palatina, lo había puesto en Alemania.

Este casamiento era muy triste, muy penoso para la

princesa; sucedía á otra princesa que había fallecido de muerte violenta, y se casaba con un príncipe conocido por sus extravagancias. Iba en fin, á comparecer en medio de una corte, en la que como decía ella, la mentira pasaba por talento, y la sinceridad por simpleza.

Así es que opuso todas las dificultades posibles, mas fué preciso obedecer á la razón de estado.

Á su arribo á Saint-Germain, se quedó absorta. Pareció, *Monsieur*, lo que siempre es decir, que le pareció deforme, huyendo al divisarle como le había sucedido al duque de Curlandia.

El rey Luis XIV que no se casaba, estuvo por el contrario, encantador con *Madame*. La fué á buscar, la acompañó á la habitación de la reina diciéndola: no temáis, más envidia tendrá ella de vos, que vos deberéis tener de ella; y durante todas las ceremonias se sentó á su lado, indicándola cuando se había de levantar, y cuando era preciso sentarse.

Todos se chancearon de la recién venida; el gran delfín el primero. Tenía una singular costumbre el gran príncipe, que le divertía muy particularmente, y era que asentaba su puño con el pulgar estirado en las sillas ó sillones en que iba á volver á sentarse una mujer que estaba de pie encontrándose con ese estorbo: quiso hacer lo mismo con la nueva *Madame*, pero la princesa Palatina era muy susceptible (como lo dijo ella misma); y alzó la mano para el gran delfín amenazándole con un bofetón, si volvía á semejante chanza. El gran delfín lo dió por hecho, y se estuvo quedo.

Desgraciadamente para él, *Monsieur* no podía hacer otro tanto; no había tenido ningún hijo de su primera mujer, pero Luis XIV *quería* que tuviese uno de la

segunda; preciso era, pues, que *Monsieur* procurase dejarle airoso.

Después de tres años de repugnancia, Felipe de Orleáns nació en 1674 y Elisabet Carlota de Orleáns en 1676.

Así que se cumplió con este deber, *Monsieur* pidió permiso á *Madame* para separar el dormitorio, lo que concedió de muy buena gana la princesa, *por no haber sido aficionada nunca á la vida del matrimonio.*

Después de eso, la contrariaba mucho una costumbre de *Monsieur*, y era que éste no podía sufrir que le tocaran durante su sueño; así, pues, era preciso que se echase á la misma orilla, habiéndose caído de la cama cinco ó seis veces al suelo con grave riesgo de descalabrarse.

Á pesar de todo, *Madame* había inspirado una pasión particular á la princesa de Monaco, Catalina-Carlota de Grammont, y se concibe fácilmente, porque la recibió *Madame* con tanta acritud, atendiendo también á su carácter y á su rigorismo alemán.

La pobre Mlle. de Monaco se quedó tan desolada, tan inconsolable, como el marqués de Bade-Dourlach, y en medio de su desesperación exclamaba llena de lágrimas:

— ¡ Pero de qué pasta os han formado, ilustre princesa, para no hacer caso de los hombres ni de las mujeres !

Se supone que la buena princesa cobraría aversión á Mad. de Maintenón, que la indispuso con la delfina. Cuando vió *Madame* que aquélla la recibía mal, se fué derecha á la Maintenón.

— Señora, la dijo: la delfina me recibe mal, eso no importa, mientras me guarde las consideraciones debidas, y nunca reñiré con ella; pero tened la cer-

teza de que si se vuelve demasiado grosera, iré al rey, á preguntarle si es él quien así lo quiere.

Esta amenaza, si bien no era convincente, atrajo á *Madame,* no el corazón, sino el semblante de la Maintenón, y de Mad. de Bourgogne. Mad. de Fiennes, mujer del caballerizo de *Madame*, tenía mucho talento, pero era burlona, y su lengua á nadie perdonaba, ni aun al rey, ni á *Monsieur* ¿con cuánta más razón á *Madame?* Pero ésta la agarró de la mano un día, y llevándola á un rincón la dijo:

— Madama, tenéis talento, sois amable; pero usáis un lenguaje al que se avienen el rey y *Monsieur* porque están acostumbrados; en cuanto á mí que llego de Alemania, no lo estoy, y probablemente no lo estaré nunca, y como me irrito con facilidad cuando se burlan de mí, debo haceros una advertencia, y es, que si me dejáis en paz, nos llevaremos muy bien; pero si me tratáis como á los demás, no os diré nada, pero me quejaré á vuestro esposo, y si éste no os corrige, lo echaré de casa.

Mad. de Fiennes comprendió muy bien el peligro que corría en chancearse con una mujer de esta clase, y contuvo su mordacidad, mediante lo que quedó en buen lugar con la princesa, con no poca admiración de la corte y aun del rey, que se preguntaban cómo Mad. de Fiennes que hablaba mal de todo el mundo, incluso de él, podía enmudecer tan absolutamente con respecto á *Madame*.

Esta conducta le admiró de tal modo, que un día se lo preguntó á su cuñada, la que ingenuamente le contó su secreto.

Madame no oía razones en materia de casamientos desiguales ó desproporcionados, testigo de ello el bofetón que le dió á su hijo, cuando la anunció el suyo

con Mad. de Blois. Vaya otra anécdota al caso, que acabó de una manera más trágica, pero que no hizo menos honor á *Madame*.

Mad. de Maintenón había hecho venir de Estrasburgo dos niñas, que intentó hacerlas pasar por princesas palatinas, y á las que colocó en casa de su sobrina en calidad de damas de compañía. *Madame* informada del hecho por la delfina, no quiso sufrir tal profanación. Un día que la sobrina de Mad. de Maintenón se paseaba con ellas en los jardines de Versalles, *Madame* que la había visto desde su ventana, y que esperaba una ocasión como ésta, bajó é hizo de modo que pudiera encontrarse con las dos señoritas. Al llegar á diez pasos, hizo seña á la más próxima para que se acercase.

— ¿Quién eres, hija mía? preguntó la princesa Palatina á la joven.

— Soy una princesa palatina de Lutzelstein, respondió ésta.

— ¿Y de qué casa es tu madre?

— De la casa de Gehlen.

— Cuidado con lo que dices, hija mía, replicó la princesa Palatina, porque esto no es cierto. Conozco á tu madre, la cual es una bribonzuela; si en lo sucesivo continúas en querer pasar por princesa palatina, haré que te corten las sayas hasta el trasero, y te soltaré en el patio de mármol, ¿lo entiendes?

Y dicho esto con su calma acostumbrada, continuó *Madame* su camino.

La pobre niña se quedó horripilada de tal suerte con la amonestación, que cayó enferma aquella misma tarde, y murió tres días después.

Á su hermana la enviaron á París, á una casa de pupilos, mudó de nombre, y salió de allí (según dijo

la buena princesa en su lenguaje natural) para ser mujer de tan mala vida y costumbres, como lo había sido su madre.

Fuera de esto, la princesa Palatina tan severa consigo misma, era sobrina de aquella hermosa Mad. Manbuisson, á quien los pisaverdes obsequiaban de mil maneras, y que para mantener los ojos tiernos y bellos y conservar un buen color, pocos momentos antes de ir á un baile, hacía mil disparates, valiéndose de un criado de su confianza, y cuyas costumbres, en fin, estaban muy lejos de ser juiciosas.

Cuando fué abadesa la honrada señora, había conservado la costumbre de jurar por sus catorce hijos: bien entendido que su legitimidad era dudosa.

Á pesar de todo esto, ó más bien, por todo esto, tenía *Madame* cierta exterioridad imponente. Discurría con mucho talento, era despejada, buena, recta, verdadera y fiel amiga, propensa á chocar, difícil de contener, sin cuidarse de su propia conveniencia, sobria tocante á sus deseos, selvática en sus costumbres, aficionada á los caballos y los perros, á la caza y á los espectáculos, vestida siempre de grande hábito ó con traje de montar, con una peluca de hombre; amaba con idolatría á su hijo y locamente al duque de Lorena y á sus hijos que pertenecían á la Alemania.

Pasaba su vida en escribir, contando los negocios más secretos del estado á todas las amigas que podía adquirir en el siglo, y sobre todo á sus amigos de la otra parte del Rhin.

Además de los negocios de estado, contaba también los suyos algunas veces.

Se concibe que con tal austeridad, Mad. de Berry había de ser para con ella, lo que Julia era para Augusto, esto es, su úlcera.

Mad. de Berry era la hija primogénita del duque de Orleáns; á la edad de siete años había sido presa de una enfermedad, que todos los médicos creyeron mortal, y por eso la abandonaron. Entonces el duque de Orleáns hizo que le llevasen la cuna de la pobre niña, la asistió á su manera y la curó.

Así María Luisa de Orleáns era la hija querida de Felipe II.

Demasiado querida, dicen algunos historiadores que fué, y citan en apoyo de este aserto la siguiente canción, en la que el ilustre poeta expone sus máximas epicúreas.

La letra y la música eran del regente.

Violentando mis deseos,
La austera filosofía
Nos dice, que no hay placeres
Verdaderos en la vida.

Yo renuncio á este sistema:
¡ Dioses !.... no tengáis enojos,
Que en los brazos de mi amada
Soy tan feliz cual vosotros.

¡ Qué ! me habéis hecho que nazca
Con inútiles sentidos:
Para hallar placer en ser,
Que yo no sea es preciso.

Yo renuncio á este sistema:
¡ Dioses !... no tengáis enojos,
Que en los brazos de mi amada
Soy tan feliz cual vosotros.

Una dicha imaginaria
No me saca de mi error,
Mientras halle en lo presente
Realidad y no ilusión.

Este solo ès mi sistema :
¡ Dioses !.... no tengáis enojos,
Que en los brazos de mi amada,
Soy tan feliz cual vosotros.

Cuando se trató de casar á Mad. de Orleáns con el duque de Berry, corrieron más que nunca lor rumores de que acabamos de hacer alusión, pero no hicieron mella en Luis XIV y se verificó el matrimonio. Tan luego como se efectuó, el duque de Orleáns supo granjearse la amistad de su yerno, que le dejó tan en libertad con su mujer, como cuando la princesa estaba en el palacio real. Comían juntos muy á menudo, servidos por Mad. de Vienne, confidenta de la duquesa, y como persona de poca aprensión, pronta y dispuesta á todo.

Querida más ó menos de su padre, Mad. de Berry tenía para con el príncipe un raro ascendiente. Cierto día rogó á su madre, que la prestase para ir al baile unos magníficos pendientes de diamantes que habían sido de Ana de Austria. Sin duda se los hubiera prestado Mad. de Orleáns si la delfina no la hubiera manifestado que Mad. de Berry tendría mejores diamantes que ella; lo que era imposible.

Mad. de Orleáns la negó los pendientes.

Furiosa Mad. de Berry, dió á entender á su padre que si no la daban los diamantes, no iría al baile.

El duque de Orleáns no pudo resistir á esta amenaza y se los pidió á su mujer con el pretexto de empeñarlos, para pagar por este medio las muchas deudas que había contraído en España.

Á tal petición se dió prisa Mad. de Orleáns en enviar á su marido su cofrecito lleno de diamantes. El duque no tomó más que los pendientes para complacer á su hija.

Victoriosa Mad. de Berry, se presentó en el baile con los diamantes.

Mad. de Bourgogne, furiosa, se fué á quejar al rey. Irritado éste ya hacia tiempo contra Mad. de Berry por los rumores que corrían acerca de ella, la llamó à su gabinete, la quitó los diamantes, y él en persona se los devolvió á la duquesa de Orleáns.

La de Berry se retiró incomodada á su casa.

Apenas se hubo casado Mad. de Berry, cuando principió el galanteo con La Haye, que de paje del rey, llegó á caballerizo de su marido.

Era éste, dice Saint-Simon, un hombre alto, enjuto, de cuerpo contrahecho, la cara descarnada con trazas de tonto y fatuo, pero un buen hombre. Ella le propuso que se escaparan juntos y la llevase á Holanda, pero la proposición asustó á La Haye, que inmediatamente se lo contó al duque de Orleáns.

Fué necesario todo el influjo del padre con la hija, para que ésta se penetrara de la diferencia que había entre una princesa de sangre francesa y la apasionada de un pobre hidalgo en Holanda.

En fin, la duquesa de Berry cedió, y se echó en olvido esto corto capricho.

Mad. de Berry era bien formada, antes que los excesos hubieran echado á perder su persona. Hermosa antes de tener en su cutis manchas coloradas, carecía de gracia, y su mirada era descarada. Poseía, como sus padres, gran facilidad en producirse, expresando cuanto quería decir, con claridad, precisión, justicia, con una elección de voces y un giro tan singular, que era la admiración de los que la oían. Tímida por una parte, aunque sólo para fruslerias, audaz por otra hasta causar espanto, fuertemente altanera, libre hasta el cinismo; era (salvo en la avaricia), según dice

Saint-Simon, un modelo de todos los vicios, tanto más peligrosa, cuanto que no podía haber otra en el mundo que tuviese más habilidad y talento.

La hermana de Mad. de Berry, segunda hija del duque de Orleáns, Mad. Luisa Adelaida de Chartres, era bien formada y la mejor de todas las hermanas. Tenía una tez lindísima, hermoso cutis, bello cuerpo, preciosísimos ojos, manos delicadas, dientes como un collar de perlas, encias no menos bellas, mejillas en las que el color encarnado y blanco estaban mezclados sin artificio. Bailaba bien, cantaba mejor, tenía magnífica voz, leía la música de repente, sólo tenía el defecto de tartamudear algo.

Poseía también todas las *propiedades de un hombre*, le gustaban las espadas, las escopetas, las pistolas, los perros y los caballos; manejaba la pólvora como un artillero, hacía fuegos artificiales que ella misma disparaba, no tenía miedo á nada, era poco aficionada al tocador, á los diamantes, á las flores, detestando, en una palabra, todo lo que generalmente gusta á las mujeres.

Era ayudanta de química, mecánica y cirugía de su padre.

Su hermana, Mad. de Valois, no era tan bonita como ella; no obstante, tenía lo que las mujeres llaman *Dias*, por sus hermosos cabellos dorados, que le gustaba mucho á su padre tocar, la dentadura blanca, el color, el cutis y los ojos agradables, pero todo esto lo desfiguraba una gran nariz y un diente saliente que se notaba cada vez que se reía. Era su talle abultado, la cabeza inclinada á la espalda, andaba torpemente, á pesar de sus quince años. Mad. la duquesa de Orleáns acostumbraba á decir:

« Yo sería la mujer más perezosa del mundo, si no

me aventajara mi hija Carlota Aglae, que es aun más perezosa que yo. »

M. de Richelieu estaba encargado de curar á la princesa de este último defecto.

Los demás hijos del príncipe, no hacían todavía papel alguno.

Luis de Orleáns, duque de Chartres, nacido el 2 de septiembre de 1705, que no tenia más que trece años, y prometía ser el príncipe frío, fué devoto é insignificante, como si sus tres hermanas hubieran absorbido toda la sangre de los Orleáns y los Mortemart.

Las dos hijas restantes, Luisa Elisabet, duquesa de Montpensier, que había de casarse con el príncipe de Asturias, había nacido el 11 de diciembre de 1709, y Mlle. de Beaujolais el 18 de diciembre 1714.

En cuanto á la última hija del duque de Orleáns, no había nacido aun.

CAPÍTULO IV

La Regencia, sus ministros y consejeros. — M. Villeroy, ayo de S. M. — M. de Villars. — M. de Uxelles. — M. de Harcourt. — M. de Tallard. — El duque de Noailles. — Romille de Coudray. — M. de Torcy. — M. de Argensón. — El abate Dubois.

Ya fuese hijo del ayo del rey, ó bien ayo en realidad, el mariscal de Villeroy era un hombre alto, robusto, de fisonomía agradable, que parecía hecho expresamente para presidir en un baile ó en un torneo, ó para cantar en las óperas el papel de rey y de héroe.

Por lo demás, fuerte y vigoroso, hacía de su cuerpo lo que quería sin incomodarse; no le importaban las vigilias ni el cansancio, pasando los días y las noches á caballo, arrogante en todo, noble en sus menores acciones, excelente jugador, pues poco le importaba ganar ó perder, con el lenguaje de un gran señor, criado largo tiempo en la corte, ufano en extremo, era humilde y bajo, cuando le convenía doblar la rodilla ante el rey y Mad. de Maintenón. Resumiendo sus principios de amistad, rendimiento y política en esta máxima, que fué la norma de toda su vida.

Fuerza es humillarse á los que están en el poder, y volverles la cara cuando han caído de él.

Por otra parte, era un pobre y mal general, inepto

para una acción. Fouquieres decía de él y del príncipe de Vaudemont, tratando del sitio de Namur: Que parecía que los señores de Villeroy y Vaudemont fueron á porfía, sobre cual de los dos había de hacerlo peor y cometer más disparates, pero que al fin ganó M. de Villeroy.

Impasible espectador de la heroica defensa de M. de Bouflers, permaneció durante un mes con la espada en la vaina, cuando con un solo movimiento podía haberle librado.

Entonces fué, como dice Mad. de Coulanges, cuando sacaron á Villeroy unas coplillas, cuya muestra es la siguiente:

Cuando el rey Carlos VII no tenía
De vencer á Inglaterra ya esperanza,
Eligió el mismo Dios á Juana de Arco
Para salvar á la cuitada Francia.
Así, no temas, gran rey,
Que aun más segura que aquella,
Villeroy guarda en su vaina
Una doncella.....

Durante la campaña siguiente hizo de modo, que absolutamente nadie le vió, aunque tuvo el mando en jefe de los ejércitos de los Países Bajos. Mereció esta nueva copla:

De Villeroy la prudencia
Ha salvado á todo el reino,
También ha servido al rey,
Pero ha sido al rey Guillermo.
¡ Villeroy! el gran Villeroy
Ha servido con esmero
Al rey... Guillermo.
Bien les hizo ver quien somos
En esta fatal batalla,

Pero tan sólo tenía
Cien mil hombres por desgracia.
¡ Villeroy ! el gran Villeroy,
Ha servido con esmero
Al rey... Guillermo.

La paz de Riswick había restituído el reposo á Villeroy, la guerra de sucesión fué causa de que, por desgracia, volviera á salir á campaña; entró en Italia para obligar al príncipe de Saboya y á Catinat á que atacasen al príncipe Eugenio en Chiari ; la batalla se perdió, y Catinat quedó herido. Tres meses después dejó que tomasen á Cremona, entregándose él también, y se cantaba :

¡ Voto á bríos! buena noticia
Y la dicha es sin igual,
Recobramos á Cremona,
Perdimos al general.

En efecto, detrás de él, los señores de Praslin y Revel volvieron á tomar la ciudad. El príncipe Eugenio restituyó sin rescate á Villeroy, pensando que harto daño hacía á la Francia con devolvérselo. Efectivamente, Luis XIV, que se obstinaba en sostener al que llamaba favorito porque todos le insultaban, le volvió á dar el mando del ejército de Italia.

Ramilliers fué el resultado de tal debilidad ; veinte mil hombres muertos ó prisioneros, con toda la artillería y las banderas, quedaron en el campo de batalla ; doce plazas fuertes del Brabante, abandonadas por nosotros, y ocupadas por el enemigo, le dieron á su general una fama de pericia y valor que nadie le envidió.

Luis XIV, al saber la derrota de Ramilliers, hizo lo que Augusto, que pidió cuenta de sus legiones á Varo.

Mad. de Maintenón que protegía á Villeroy, le dijo:
— Señor, es preciso ofrecer á Dios vuestros dolores.
— ¡ Ah! ¡ señora! Treinta batallones prisioneros de guerra, ¡ qué sacrificio !

Sin embargo, Mad. de Maintenón calmó la ira del rey, y Luis XIV estuvo más amable que nunca con Villeroy; le precedió hasta la puerta de su cámara y cuando se esperaba un terrible rompimiento,

— Señor mariscal, le dijo, á nuestra edad no podemos ya ser afortunados.

Las canciones se multiplicaron. Por esta vez asociaron á M. de Villeroy los señores de Cossé y Tallard, sin perdonar tampoco al rey :

Cossé, Tesse y Villeroy,
Muy bien han servido al rey,
Merecen en recompensa,
Que en las espaldas les den
Con el bastón que la Francia
Les dió muy mal sin deber.
En Chiari, si Villeroy
Perdió las tropas del rey,
Si á Cremona le tomaron,
¿ Á qué emprenderla con él ?
Si ha salido mal, la falta
De quien le ha elegido es.

El rey se obstinó hasta lo último, y murió nombrando á M. de Villeroy ayo del joven Luis XV.

El mariscal de Villars, inmediato después de M. de Villeroy, era nieto de un escribiente de Condrieux: su padre era el hombre más bien formado y de mejor semblante que pudiese haber en Francia, valiente y muy diestro en las armas, y en una época en que había muchos desafíos: adquirió por ellos fama, que se aumentó por haber tenido el honor de servir de

padrino á M de Nemours en su duelo con M. de Beaufort, que vino á echar el sello.

La reputación de M. de Villars, á causa de este lance, fué tanto mayor, cuanto que muerto ya M. de Nemours, derribaba él á su adversario. El ruido que hizo esta aventura, fué causa de la inclinación que le tomó M. el príncipe de Conti. De manera que cuando el cardenal Mazarino pensó en darle su sobrina, se sirvió de Villars como de su representante, circunstancia que le colocó en una esfera muy superior á la suya, y en medio de la cual no se desconoció mucho con sus amigos, siendo del mismo modo galante y diestro, al propio tiempo que su hermosa presencia y bello cuerpo hacían que tuviese partido entre las damas. En una época en que estuvo pobre la viuda de Scarrón, la fué él muy útil. Mad. de Maintenón, que no olvidaba á sus amigos, tuvo presente á Villars, y cuando estuvo éste en buena posición con Luis XIV, cuidó de la de su hijo.

El segundo mariscal de Villars, del que nos ocupamos, enteramente distinto de Villeroy, tuvo la fortuna de salvar en Denain á la Francia que había perdido Villeroy en Ramilliers: se decía que más bien á la casualidad que á sus conocimientos militares se debía esta memorable acción. Pero Villars no hacía caso de esto, tenía suficiente talento para hacer callar á los necios por la confianza que tenía en sí propio, y á ello le ayudaba una facilidad de locución y una superabundancia de expresiones, tanto más chocantes para las personas eminentes, cuanto quesiempre se alababa jactándose de haberlo todo previsto y calculado.

Le hicieron duque, después de la batalla de Hochsthet, y par después de la de Malplaquet. Cosa que á todos admiró, porque las dos batallas fueron dos derrotas.

Era hombre alto, moreno, bien formado, que había engrosado con la edad, sin que esta le hubiera apoltronado; tenía animada la fisonomía y franca, un poco alegre, recomendándole también su aspecto y sus maneras.

Su ambición era desmedida, y no le arredraban los medios, tenía mucho amor propio, un gran valor y suma actividad: su audacia era sin igual, con un descaro que nada le reprimía, al que se juntaba una fanfarronería y avaricia llevadas al extremo.

El mariscal de Uxelles que se llamaba de La Haye, debió su suerte á su alianza con ese Beringhem, caballerizo de la reina madre, del que hemos hablado bastante en nuestra historia de Luis XIV. Beringhem y su mujer, eran muy estimados de Mlle Choin, que quiso que la casara el gran delfín, como el rey á Mad. de Maintenon, y á su ruego, consintió ella en volverle á ver.

Se conseguía hablar á monseñor, por medio de Mlle Choin, la cual tenía tal predilección por su perra, que para interesarla en cualquier asunto era preciso obsequiarla, á pesar de que era un malvado animal, arisco y siempre irritable, que no se dejaba acariciar más que con cabezas de conejo ó golosinas, que era lo que quería sobre todo.

M. de Uxelles que no era entonces mariscal, sino que quería serlo, trató de atraer á monseñor por otro conducto.

En su consecuencia, dos ó tres veces á la semana, llevaba el mismo en un pañuelo bordado, las cabezas de conejo á la perrita de Mlle Choin, y los días que no podía ir personalmente, se las enviaba con un criado de confianza.

Muerto monseñor, no sólo dejó de ir M. de Uxelles,

sino que fingió que nunca había visto ni á Mlle. Choin ni á su perrita. Cuando se le hablaba de cualquiera de las dos, respondía desdeñosamente, que ignoraba lo que querían decir ; que jamás había conocida aquella especie de gentes.

Era alto y grueso al mismo tiempo, andaba despacio, como si arrastrase los pies, tenía cara grande y barrosa, bastante agradable, sin embargo, aunque ceñuda y encapotada por sus grandes cejas, debajo de las que, dos ojos pequeños, pero vivos, nada dejaban escapar à sus miradas penetrantes; su primer aspecto era el de un mercader de ganado vacuno en la feria; voluptuoso con exceso, gastrónomo, y el tipo, en fin, de una vida relajada, con la mayor impudencia, y á cara descubierta, rodeado de oficiales jóvenes á quienes domesticaba, como dice Saint-Simón; bajo, flexible y adulador con las personas á quienes temía, ó de las que podía necesitar, y dominando sobre todo á las demás sin miramiento alguno. Sepultando su gruesa cabeza bajo una gran peluca, interrumpiendo pocas veces su silencio, y siempre con palabras entrecortadas, dejando escapar algunas sonrisas de cuando en cuando, engriéndose con un aire de autoridad y de importancia, hija más bien de su posición que de su mérito.

Corto de alcances, de conducta y corazón corrompidos, celoso, astuto, sutil, profundamente reservado, sin conocer la amistad, incapaz de hacer un servicio á nadie más que á sí propio, ocupándose siempre de las arterías y cábalas de los cortesanos, con la sencillez más fingida que puede darse. Siempre cubierto con un gran sombrero que le bajaba hasta los ojos, con vestido gris, sin más oro que en su botones, abrochado de alto abajo sin señal alguna de su cordón azul ; poco instruído, todo menos un guerrero, excepto en las alo-

cuciones, y ocultando bajo la máscara de la indiferencia y pereza la incesante ambición de llegar á ser duque, tal era la del personaje de que hacemos mención.

En cuanto á M. de Tallard, era un hombre enteramente distinto. En conde de Harcourt y él, eran los únicos que podían competir en talento y delicadeza, en arte, habilidad y en deseos de realzarse, así en el trato de gentes, como también en el mando. Ambos eran muy estudiosos, con buenos resultados y mucha facilidad en poseer los negocios. Ni el uno ni el otro dieron nunca un paso, el más indiferente, sin objeto positivo y real. Los dos con la misma ambición; igual anhelo de salir bien de todo sin reparar en los medios Políticos, afables, siempre accesibles, despreciando las pequeñeces, estimados de sus generales por sus continuos servicios, así en los campos de batalla, como en los mensajes ó comisiones. De Harcourt, picaba más alto porque contaba con el favor de madama de Maintenon; Tallard más humilde porque adelantaba sin otro apoyo, á pesar de su mérito, que el de su madre, hermana del primer mariscal Villeroy, que era mujer de mucho trato y que desde muy joven lanzó á su hijo al gran mundo.

En lo físico, era Tallard un hombre de mediana estatura, de mirada recelosa, lleno de ardor y delicadeza, pero desconfiado, flaco y macilento, con mucho talento y gracia; pero, según Saint-Simón, combatido sin cesar por el diablo á causa de su ambición; tal era el tipo que vamos delineando.

En cuanto al conde de Harcourt, diremos, para acabar su retrato, que era un ingenio bello y vasto, de brillante talento; pero lo propio que Tallard, estaba poseído de una ambición sin límites, una altivez,

cierto desprecio á los demás y un dominio insoportable, acomodando á su lenguaje toda la exterioridad de la virtud, sin que realmente se violentara en esto con tal de conseguir el fin. Más cortesmente corrompido que de Uxelles, y lo mismo que Tallard, mostraba con gracia cierto aire de guerrero y cortesano. Grueso, no muy alto, de una fealdad particular, que á primera vista sorprendía; pero con ojos tan vivos y penetrantes, y al mismo tiempo tan suave su mirada, era una cara tan expresiva, que con facilidad se hacía uno á ella y no parecía tan feo; sin embargo, cojeaba bastante de resultas de haberse dislocado la cadera, de una caída que dió desde la muralla de Luxemburgo al foso; tomaba tanto tabaco casi como el mariscal de Uxelles, y aunque fuese con más aseo, no obstante, habiendo observado un día la repugnancia que causó al rey al verle tan lleno de él, dejó de pronto de tomarlo, atribuyéndose á esto las apoplejías que padeció en lo sucesivo, y que le motivaron una muerte tan violenta

El duque de Noailles había nacido para hacer fortuna, aun cuando ésta se le manifestó desigual. Era alto y robusto, su modo de andar tardo y pausado, su vestido sencillo, hasta el punto de ser su mayor gala el simple uniforme de oficial.

Difícil era tener más talento que el mariscal de Noailles, más arte y suavidad para ajustar sus ideas á las de los otros, poseyéndose con facilidad de los caracteres más hipócritas para convencerles cuando le convenía hacer ver que estaba poseído de los mismos deseos y aficiones que ellos. Amable y bondadoso, disimulado cuando le convenía, gallardo y divertido, chistoso, pero sin ofender jamás, galante, excelente músico; á propósito para amoldar sus gustos á los de

los demás, con talento para expresar cuanto quería, y con la facultad de hablar un día entero, sin que ni una palabra pudiera ofender á los demás, obsequioso, sabiendo un poco de todo, y hablando de cualquier materia, aunque fuese superficialmente, pero siempre con gracia y gentileza; no se desdeñaba de complacer aun á aquellos criados de su casa que tenían adquiridos los derechos de antiguos servidores; su locución, limpia, armoniosa, natural y agradable, sus narraciones hermosas, con el don de crear imágenes tan bellas y póeticas, que aun de las cosas más fútiles, lograba el entretenimiento de los que quería agradar. Tal era M. de Noailles, para el que le veía un instante una hora al día, pero nada más.

Mas otro muy distinto era para el que teniendo que estudiarlo á fondo, había de luchar con él. Toda esa habilidad, ese talento, ese mundo, todo ese artificio de intrigas, de amistad, de confianza, ocultaba un profundo abismo capaz de volver á uno loco. Una falsía á toda prueba, una perfidia natural y burlona, un absoluto menosprecio de la virtud, la constante fatiga de la hipocresía más descarada, que sorprendida en el acto no por eso se sonrojaba, antes bien empujando su dardo con más fuerza y violencia, hiere traidoramente ocultando la mano á manera de serpiente que se enrosca y esconde conservando el veneno; y todo sin odio ni cólera, y hasta con los amigos, de quienes confiesa que jamás tuvo queja y con los que contrajo los más sagrados deberes.

M. de Torcy seguía después. Su suegro, M. de Pomponne le proporcionaba á menudo la entrada en el consejo, so pretexto de ser portador de pliegos; esperando así que el difunto rey se acostumbraría también á verle, como en efecto lo consiguió, hasta el

punto de decirle un día que se quedara y se sentase.

En la época de que hablamos, M. de Torcy tenía cuarenta años poco más ó menos, había viajado útilmente por todas las cortes de Europa. Era un sabio, sumamente comedido, apreciado detodos, y con particularidad del regente.

Al lado de estos sujetos, el consejero Romillí de Coudray ocupaba un lugar bien pequeño, y sin embargo, no dejaba de luchar con ellos con fuerza y energía. Era una de las personas de confianza del duque de Noailles que la había recomendado al regente, lo que no era motivo para que Romillí de Coudray dejara, á pesar de eso, de estar con el duque, como si nada absolutamente le debiera.

Nuestro consejero era muy hombre de bien, tenía talento y erudición, pero se daba á la embriaguez, vivía en la relajación más escandalosa, y en nada se reprimía. Un día que en consejo pleno se expresaba con su acostumbrada licencia, le dijo M. de Noailles:

— Señor Romillí, eso es vino

— Puede ser, señor duque, respondió; pero no hay alboroque.

M. de Noailles se ruborizó y calló. Todo un duque y mariscal, como era, se ruborizó de la repulsa.

Fuera de esto, era Romillí en todo tan puro, que cuando una sociedad de arrendadores que necesitaba su firma, le presentó la lista de los asociados; al reparar algunos nombres en blanco, les preguntó la causa de aquellos claros.

— Son, respondió el que llevaba la palabra, los destinos de que podéis disponer.

— ¡ Ah! ya, dijo Romillí, ¿ si tomo parte con vosotros, cómo podré hacer que os ahorquen en el caso de que seáis unos bribones?

Á más del consejo de la Regencia y de los otros cinco que hemos mencionado, existía un hombre, que él solo tenía más influencia con el rey que todos los consejeros juntos.

Este hombre era Guillermo Dubois.

El duque de Orleáns había tenido sucesivamente cuatro ayos, el mariscal de Noailles, el de Estrades, el duque de Brienville, y el marqués de Arcy; los cuatro murieron antes que el príncipe terminara su educación, por lo que decía Benserade: que este niño no consentía en su educación ayo ninguno.

Saint-Laurent, dependiente de *Monsieur*, y persona del mayor mérito, les sucedió; pero la fatalidad perseguia á este destino, pues fué acometido de un cólico violento, de cuyas resultas murió á las pocas horas.

Había ocupado Saint-Laurent, para copiar los textos que habían de servir al joven príncipe, una especie de clérigo medio amanuense y medio criado del cura párroco de San Eustaquio, llamado el abate Dubois, hijo de un boticario de Bribes-la-Gaillardi; se decía que su madre se olvidó de que le bautizaran, y su padre de que hiciese la primera comunión. En cambio de esto lo colocaron en los jesuítas, en donde adquirió los defectos que le faltaban, y aprendió algo de latín. Una debilidad cometida por la dama de honor, ó doncella de Gourques, ocasionó un casamiento, señalando la dote de mil escudos que el presidente entregó, decidiendo el viaje de los recién casados á París. Al cabo de tres meses se separaron, el marido para ser preceptor, y la mujer para continuar su educación; con el fin de inspirar más confianza se vistió de clérigo y tomó el nombre de abate, y por eso hemos dicho que era semi-escribiente ó criado del cura de San-Eusta-

quio cuando se lo presentaron á Saint-Laurent, que lo colocó.

Cuando murió Saint-Laurent ya estaba el príncipe en edad de tener un preceptor con título, y le dejaron á Dubois, que por sus buenos modales y su capacidad supo engañar á todos y hasta á la misma *Madame*.

Dócil é insinuante, se apoderó presto y completamente del carácter de su educando, de suerte que cuando el rey concibió la idea de casar á Mlle de Blois con el duque de Chartres, no se valieron de otro más que de Dubois para que manejara á la perfección este negocio.

El padre La-Chaise fué quien se encargó de poner á Dubois en relaciones con Versalles; dos ó tres entrevistas con Mad. de Maintenón granjearon al preceptor la suficiente confianza para conseguir el enlace tal como lo había ofrecido, decidiendo al príncipe á verificarlo, ya fuera por temor al rey, ó bien por la esperanza de aumentar en la corte su reputación.

Terminado el casamiento preguntó el rey al abate qué recompensa quería.

— Señor, respondió erguidamente Dubois, en las grandes ocasiones no se debe pedir á un rey tan magnánimo como V. M. otra cosa que mercedes proporcionadas á la grandeza de su dueño; yo, pues, os ruego que me hagáis cardenal.

El rey creyó haber oído mal mandándole repetir lo que acababa de decir, y volviéndole las espaldas nunca le quiso hablar.

Se comprende que á consecuencia de esta interposición *Madame* aborreciese á Dubois.

También, al salir del parlamento, el regente fué á ver á *Madame* y darle cuenta del dichoso resultado,

y después de escucharle ésta con gran satisfacción, le dijo:

— Hijo mío, yo no deseo en el mundo más que el bien del estado y vuestra gloria; sólo una cosa tengo que pediros por vuestro honor mismo; pero exijo vuestra palabra.

El duque se la dió.

— Pues bien, dijo la princesa algo tranquilizada, lo que deseo de vos es que no coloquéis nunca á ese bribón de Dubois, á quien tengo por el pícaro mayor del mundo, capaz de sacrificar por el más pequeño interés al Estado y á vos mismo.

Al entrar en su cámara, la primera persona que encontró el regente fué al abate Dubois.

Tenía en la mano los despachos de consejero de estado, que presentó á S. A.

— ¿Qué viene á ser eso? preguntó el regente.

— Ya lo veis, monseñor, respondió Dubois.

— Si, son los despachos de consejero de estado; pero ¿á quién quieres que nombre?

— Á mí, señor.

— ¿Cómo á ti?

— Sí, monseñor; cuando casé á Vuestra Alteza con la hija del rey, pedí á S. M. que me nombrara cardenal; me lo negó, é hizo bien; no he nacido para eclesiástico, para ministro sí; firmad, monseñor.

— Dubois, ve á traerme mi bastón, para que te rompa los huesos.

Dubois guardó en el bolsillo sus despachos, saludó al regente y desapareció.

Al día siguiente volvió, llevando no un despacho de consejero de estado, sino un retrato.

— ¿Qué tienes ahí? preguntó el regente.

— Mirad, monseñor.

— ¡ Oh! Qué hermosa criatura.

— ¿ No es verdad ?

— ¿ Y adónde está?

— En vuestra cámara.

— Voy al momento á verla.

— Esperad.

— ¿ Qué?

— Tengo que advertir una cosa á monseñor.

— ¿ Y cuál es?

— Es que esta hermosa criatura tiene un memorial para presentarlo á monseñor.

— Entonces ve á buscarla.

Dubois salió de la antecámara con el original del retrato.

— Veamos, niña mía, dijo el príncipe, tomando con viveza el papel de las manos de la joven.

— Leed, monseñor, dijo Dubois.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! son los despachos de consejero de estado que no quise firmar ayer.

— Sí, monseñor; mirad qué bonita es.

El regente tomó la pluma y firmó en seguida arrojando los despachos á Dubois.

— ¡ Toma, bergante! huye! ó te mato á golpes.

Dubois cogió los despachos y se puso en salvo.

Véase como Dubois fué consejero de estado, ó más bien, véanse las causas aparentes ; los motivos verdaderos fueron, la reflexión, rara es la palabra pero sin embargo exacta. Por la noche reflexionó el regente.

Pensó que Dubois, ese compañero de desórdenes que no estaba bautizado, y al que algunas veces ponía el nombre de los más propios y merecidos, ese malvado, que tan malos consejos le había dado para su vida privada, se los dió siempre excelentes para la vida pública; que ese ateo que en nada creía, no

dudaba de la gloria de los Orleáns; reflexionó que ningún prelado le había pedido ni le pediría tampoco, semejante puesto, por no permitir el ser precedido en el consejo por el cura Bignón, simple eclesiástico, y en fin pensó que recayendo la elección en Dubois *era una de las mejores que se podían hacer.*

En lo físico, era Dubois un hombre flaco, chupado, un figurilla con peluca rubia, con cara de garduña, y una fisonomía vivaracha. « Todos los vicios, dice Saint-Simón, luchaban á porfía por cual de ellos fuera el preponderante. La avaricia, la ambición y la licencia eran sus dioses. La perfidia, la adulación, la bajeza, los medios. La impiedad absoluta, el concepto de que la probidad y el decoro no son más que una quimera. Tratando de sus cualidades, sobresalía en las bajas intrigas y gozaba en ellas, pero llevando siempre un fin, adonde tendían sus miras con una calma que no tenía otro término que el éxito ó la prueba reiterada y convincente de no poder conseguirlo, á no ser que caminando por entre la profundidad y las tinieblas, no hallase una salida mejor, abriendo otro conducto. Así minando, pasaba la mayor parte de su vida. La mentira más audaz se connaturalizaba en él, bajo la máscara de un semblante recto, sincero, tímido muchas veces. Se hubiera producido con gracia y facilidad, si con el designio de penetrar á los demás cuando hablaban, y con el temor de adelantarse más de lo que quería, no se hubiera adquirido la costumbre de tartamudear, que le afeaba, mucho más desde que se mezcló en negocios importantes, llegando á ser insoportable y muchas veces ininteligible. Sin sus rodeos, sin la afectación que se percibía á pesar de su cuidado, hubiera sido amable su conversación. Tenía talento, bastante erudición, conocía la historia y había

leído. Era hombre de mucho mundo, con sumo deseo de agradar. Pero todo esto estaba vaciado con una falsedad que brotaba por todos sus poros, y aun hasta de su misma alegría que contristaba por esta razón. Malvado por otra parte, y con reflexión; traidor é ingrato por naturaleza y discernimiento; experto maestro en las intrigas más perversas; descarado á lo sumo, cuando se le cogía in fraganti, envidiándolo todo, además disoluto, inconsecuente, *nulo para todo cargo*, arrebatado siempre, blasfemador y loco hasta despreciar públicamente á su amo, entendiendo, en fin, en los negocios para sacrificarlos á su crédito, á su poder, á su autoridad absoluta, á su avaricia, á su tiranía y su venganza. »

Tal era el juicio de los contemporáneos. La posteridad solamente al ratificarlo en parte, añadió una sola línea.

— Era un hombre de numen.

CAPÍTULO V

Regreso del rey á las Tullerías. — Estado de la hacienda.— Fundición de monedas. — Medidas para hacer frente á las necesidades del momento. — Edictos acerca de los arrendadores de las rentas. — Reformas. — Ventas de estas mismas reformas. — Law, su llegada á París. — Su vida.— Creación del banco de descuento. — Se forma la sociedad de Occidente. — Dubois sale para Inglaterra. — Jacobo III. — Su fuga. — Douglas. Mad l'Hopital. — La carta. — El retrato.

Ahora que la mayor parte de los personajes que han de hacer papel durante la regencia del duque de Orleáns, y en los primeros años del reinado de Luis XV, se han puesto ante la vista de nuestros lectores, sigamos el hilo de los acontecimientos.

El 2 de enero de 1716, el rey volvió á las Tullerías, después de haber pasado cuatro meses en Vincennes.

Recordaremos que M. de Argensón dijo el día en que el cadáver de Luis XIV fué depositado en San Dionisio, que acusaban al difunto rey de haber hecho bancarrota.

En efecto, el estado de la hacienda era deplorable, y no sin motivo, improvisó un poeta anónimo los nueve versos siguientes:

Ya ha muerto ese gran Borbón
¡Que llora la Maintenón
Y Letellier y Fagón.

Ved vasallos sin enojos
Del príncipe los despojos,
Y á más de llanto en los ojos,
Luto llevad, porque infiero
Que hay motivo verdadero,
Pues nos deja sin dinero.

Hacia más de cuarenta años que era aquello un coro lúgubre de miserias, coro no en el que se cantaba, sino en el que lloraba el pueblo, y en el que cada ministro iba sucesivamente á pronunciar un lamentable recitado.

Colbert dijo en 1681 : — No se puede ya marchar. Y en efecto, como Colbert no marcha la hacienda muere.

En 1698, el duque de Borgoña pidió á los intendentes un estado de los productos, y éstos respondieron que la Francia se despoblaba por causa de la miseria, que una parte de la población había desaparecido, y que á los vecinos no les quedaban ya, ni aun muebles con que afianzar los impuestos.

Sin embargo, en 1707, el normando Boisguilbert consideraba el año de 1698 como un año afortunado. — Entonces, dijo, había aun aceite en las lámparas ; pero al presente todo ha dado fin, por falta de medios, añadiendo, el pleito está entre los que pagan, y los que no tienen otro trabajo más que recibir la sustancia del pueblo.

¿ Que es lo que dice el arzobispo de Cambray, preceptor del nieto de Luis XIV ? — Los pueblos no viven ya como hombres, no se puede contar con su paciencia ; la máquina vieja se acabará de romper al primer choque ; ya no tiene fuerzas ; pues el gobierno cierra los ojos y no se cuida más que de tomarlo todo.

Así se alegraron como lo hemos referido de la muerte de Luis XIV, al que llamaban fallido. En efecto, en

el momento en que Luis XIV dejó su balance en las manos de la muerte debía dos mil millones y medio. — Si fuera yo vasallo, decía el regente, de seguro me sublevaba.

Y cuando le hablaron de un motín que era instantáneo: — El pueblo tiene razón, dijo, harto bueno es en sufrir tanto.

Es que también el pueblo era muy desgraciado; desde 1698 no tenía ya muebles que embargar. Desde entonces se vieron obligados á apoderarse de lo que quedaba, es decir, del ganado: y sin éste no se necesitaron los pastos, concluyó la agricultura. La tierra padece á su vez, ayuna, y ayunando se aniquila. La tierra, esta madre alimenticia, se muere de hambre lo propio que sus hijos.

Sin embargo, el hombre lucha aún. Dichosamente las antiguas leyes protegían los instrumentos de labranza como una cosa sagrada. El fisco no ha podido apoderarse del arado; hombres, mujeres y niños, se uncen á él, pero todo es en balde; el año no produce nada (1).

Cuando la muerte del rey, además de los dos mil millones y medio de deudas, había en los gastos corrientes un déficit de setenta y siete millones; además se había ya consumido una parte de los productos del año de 1717.

El último interventor general, Desmarets, había hecho maravillas, pero este sumidero se había convertido en un abismo; no había ya medio de cerrarlo.

Hacer frente á las necesidades pecuniarias, y filtrar

(1) Véase la magnífica introducción á la revolución francesa de Michelet.

un poco de oro en la gran máquina política, era la primera necesidad en el nuevo reinado.

Se mandaron pagar á las tropas y á los censualistas sacando los administradores generales de los arriendos las sumas necesarias. Se suprimieron una multitud de empleos ridículamente privilegiados y onerosos al pueblo y al rey; las rentas se liquidaron á un cuatro por ciento de interés y se halló una utilidad de tres quintaspartes; en fin se dispuso el examen de las cuentas que los asentistas codiciosos, habían cubierto de tenebrosas infamias, según dice el duque de Noailles.

El 4 de octubre, se pasó una circular á los intendentes de las provincias. El príncipe tenía esta partícula de oro que nadie ha podido destruir. Un buen corazón.

— Como es, decía, de obligación evitar la opresión de los impuestos, creo que no hay castigo que baste á los que quisieran oponerse al deseo de aliviarlos. Evitaréis que los recaudadores procedan por vía de ejecución contra los contribuyentes, ni quiten los caballos y bueyes de labor, ni las camas, ni los vestidos, ni los utensilios y los útiles con que los artesanos ganan su vida.

Además de esto, se pedían instrucciones exactas que sirviesen de regla para la imposición de los tributos con toda la igualdad posible; se concedieron rebajas al impuesto diezmo y al de 1716; en fin, se disminuyeron á las contribuciones del año de 1716, más de 3.400,000 de libras, y se prohibió crear ninguna otra imposición mientras no estuviese mandada por decreto y con conocimiento de causa.

El medio primero que se tomó para hacer frente al déficit del anterior reinado, y á la reducción de las contribuciones del nuevo, fué una nueva fundición de moneda. El gobierno declaró que desde 1° de enero de

1716, los luises de oro valdrían veinte libras en lugar de catorce, y los escudos cinco libras en vez de tres y media. Recibieron en la fábrica de moneda los escudos de oro por diez y seis libras, y los escudos de plata por cuatro. El beneficio fué de cerca de 72 millones.

En seguida vino el edicto sobre los arrendadores de las rentas.

« El 12 de mayo, dice el presidente de Leví, se estableció una cámara de justicia para inquirir y castigar á los que habían cometido abusos en la hacienda. »

« *Á nadie castigó, pero produjo mucho dinero.* »

La creación de esta cámara satisfizo al pueblo muy de otra manera que las pequeñas rebajas que le hicieron. El pueblo comprende mejor la justicia que se hace á los demás, que el beneficio que recae en él mismo.

Hay una cosa que llama la atención, y es la de seguir con la vista á esas gentes de fortuna improvisada, comparando de donde habían salido y hasta donde llegaron.

Dígalo un tal Ferlet que llegó á reunir 900,000 libras; un Francisco Aubert, antiguo intendente del canciller Philippeaux, 700,000; un Juan Jaime de Availli, 887,000; un Nicolas Carillón, padre de una mujer abandonada que recorría las calles de París veinte años después, 72,000; un Pedro Manriquez por 1,500,000; un Guillermo Hureau de Berally por 1,425,000; un Romanet por 4,453,000; un Gourgon, ex-intendente de Rouen, 1.349 572; un Antonio Crosat por 6,600, 000; un Juan Pedro Chaillon por 1,400,000; un Juan Reymi Henault, nieto del labrador y padre del presidente del parlamento, 1,800, 000; un Duchauffour, que fué enrodado diez años después en la plaza de Greve, 457,000.

El todo arrojaba ó debía arrojar la suma de

547,355,433 francos. Decimos que debió producir, porque en realidad, la postura ó remate no produjo más que 160 millones, de los que apenas 60 entraron en las arcas del rey.

En efecto, los ladrones eran desollados por otros ladrones, y siempre encontraban medios de componerse. Las apasionadas del regente, las de los jueces, éstos mismos también, vendían las reducciones.

Un arrendador que subastó en 1,200,000, fué visitado por un personaje que le ofreció una gran reducción ó rebaja mediante 500,000.

— Á fe mía, señor conde, le respondió, llegáis ya muy tarde, acabo de hacer mi negocio con *Madame*, por 150,000 libras.

Cada uno miraba por sí, para llevarse la parte posible de esta hermosa cacería.

M. de Fourquieux, presidente de la cámara de justicia, se había apropiado especialmente el despojo del famoso Bourvalais; un día se vieron en su mesa los sellos de plata con los que Bourvalais, en tiempo de su esplendor, hacía adornar los frascos de sus vinos; los conocieron, y desde entonces no llamaron á M. Fourquieux más que el guarda-sellos. El marqués de la Fare, yerno de Paparel, condenado á muerte por su causa, hizo que le adjudicasen los bienes de suegro, y se los gastó en excesos, sin pensar siquiera en enviar un socorro al pobre diablo del sentenciado á quien el regente había conmutado la pena en galeras.

El contento del pueblo era grande, todos los días había pública retractación en el Parvis Notre-Dame, los arrendadores sentenciados iban conducidos por el verdugo en carretas, y con la cuerda en el pescuezo. Las estampas de aquel tiempo los pintan vomitando el oro, del que estaban atestados. Se les cantaba:

Si dinero apetecéis
En Desmarets le hallaréis
Y en Bourvalais.... no dudéis ...
Abrid sus cofres repletos
Y al suplicio sin respetos
Llevadlos á ellos sujetos....
Que aunque sea descuartizado
Desmarets, ó desollado,
Á nadie causará enfado....

Las medidas que acabamos de indicar, si bien un poco violentas, aunque muy populares, hicieron frente á las primeras necesidades.

En este intermedio había llegado un hombre que debía tener en muy poco tiempo una inmensa influencia en los negocios del reino.

Hablamos del inglés Juan Law.

La primera vez que llegó á Francia, era en el reinado del difunto rey, que le hubiera empleado con sumo gusto si hubiera sido católico.

Law era hijo de un platero, pero barón de hecho por su madre, propietaria de las tierras de Lauristón, erigidas en baronía. No se sabía exactamente su edad porque nunca la dijo; joven, y muy instruído en la ciencia del cálculo fué á Londres, hizo grandes ganancias en el juego, trabó disputa por una mujer con M. Wilson, á quien mató en duelo, lo prendieron, huyó de la cárcel, pasó á Francia en donde estableció una banca de faraón, y realizó considerables ganancias, tanto que la policía tuvo recelos y le intimó á que dejara París.

Law entonces visitó á Génova, Venecia, Ginebra, jugando y ganando siempre. Deseando después explotar mas en grande, presentó un sistema de hacienda á Victor-Amadeo, duque de Saboya, el cual, después de

haberle examinado, se contentó con responderle: No soy bastante poderoso para arruinarme. Entonces fué cuando volvió por segunda vez á Francia, se abocó con Desmarets, y le rechazó éste por la razón que hemos dicho.

Pero lo que era un obstáculo para Luis XIV, no lo fué para Felipe de Orleáns. El regente admitió á Law la exposición de su sistema, vió á un hombre que prometía disminuir los impuestos y aumentar las rentas; el talento del regente era uno de estos talentos aventureros que le gustaba buscar las cosas nuevas, y deseaba lo imposible.

El proyecto era extraordinario, audaz, y por consecuencia debía agradar al príncipe, así es que lo adoptó.

Este proyecto tenía dos objetos muy distintos.

1° La creación de un banco de descuento.

2° La formación de una compañía comercial, destinada á explotar y hacer productivos los países descubiertos, ó que se descubriesen.

El 2 de mayo se dió un decreto del establecimiento de un banco general en todo el reino, bajo el nombre de Law y compañía.

Además fué nombrado éste director de la compañía de comercio, llamada de Occidente, porque había de hacer el comercio del Misissipi.

Esta compañía tendría la propiedad del Senegal y el privilegio exclusivo del comercio con la China.

Seguiremos á estas dos instituciones, ya en sus progresos, ya en su decadencia.

En cuanto á Law, acabemos su retrato con pocas palabras. Era en la época á que nos referimos, un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, de estatura alta, con una fisonomía plácida y agradable, que hablaba el francés lo suficiente para resolver co-

claridad los problemas harto oscuros de su sistema.

Como todo hombre de ingenio, para quien la existencia no es otra cosa que una lucha, se cuidaba muy poco de los enemigos que tenía, comparándolos con las moscas que se paraban en su cara y que ahuyentaba con la mano.

Mientras tanto, aprovechándose el regente de las buenas disposiciones de la Inglaterra, envió á Londres á Dubois para concluir el tratado de la triple alianza.

Á pique estuvo de romperse esta buena inteligencia por la fuga de Jacobo III, que había abandonado el ducado de Bar, atravesando París, y que había ido á embarcarse á Bretaña.

La fuga del pretendiente hizo mucho ruido; Luis XIV había protegido abiertamente á los Estuardos alimentando siempre la esperanza de restablecerlos algún día en el trono. Pero por la muerte del rey, la política cambió y el regente, á quien el porvenir podía reservarle la suerte de Guillermo de Orange, miró á la Inglaterra como su aliada natural, á la España como á su enemiga.

Ya desde el tiempo de Luis XIV, Bolimbroque y el duque de Ormont habían ido á someterse á Jacobo III, que vivía entonces en San German. Estos dos campeones del *torysmo* proscripto de Inglaterra, proponían un desembarco en Escocia. El conde de Marr ofrecía la insurrección de los tres reinos, y en efecto, el 20 de septiembre de 1715, alzaba en Carlstown, á la cabeza de 300 vasallos suyos, el estandarte real de Jacobo III de Inglaterra, que era Jacobo VIII de Escocia.

Imposible era que el joven príncipe permitiera que sus fieles Escoceses muriesen por él sin que los sostuviese con su presencia, por lo tanto, se puso á su ca-

beza, y como ya lo hemos dicho, dejó á Bar para atravesar la Francia.

Milord Stairs supo su marcha, y contó con que impediría la llegada del príncipe á Escocia por dos medios.

El primero rogando al regente, en virtud de sus buenas relaciones con el rey de Inglaterra, que arrestase al pretendiente á su tránsito por Francia.

El regente, esperando á lord Stairs, dió á M. de Contades, mayor de sus guardias, la orden de marchar al instante á Chateau-Thierry, y arrestar á Jacobo III cuando pasase: pero M. de Contades era bastante hábil para conocer que el regente no podía arrestar á Jacobo III.

Una mirada de inteligencia con el príncipe le bastó; partió en la noche del 8 noviembre, entró en Chateau-Thierry por una puerta en el momento mismo en que el pretendiente acababa de salir por otra.

En la mañana del 10 llegó éste á París, se apeó en una pequeña casa que M. de Lauzun tenía en Chaillot, y vió á la reina su madre, saliendo la misma tarde por el camino de Orleáns en la silla de posta de M. de Torcy.

El segundo medio de lord Stairs, para impedir que el pretendiente llegase á Bretaña, era el de mandarlo asesinar, fin en que se confirmó cuando vió la poca habilidad de M. de Contades.

Había en París cierto coronel llamado Douglas, que tuvo á su mando un regimiento de Irlandeses al servicio de la Francia, y que fué reformado; era un hombre de buena sociedad, muy político, de mucho mundo, reputado por valiente, pero se sabía que era muy pobre,

Lord Stairs le mandó llamar, se confió á él, y le

propuso si quería libertar á la Inglaterra de este último Estuardo que por segunda vez iba á reclamar el trono de sus padres.

Lo que se pudo prometer á Douglas, y con qué condiciones se terminó el pacto regicida, nadie lo supo.

Douglas aceptó la terrible comisión, se llevó dos hombres de confianza y bien armados, y fué á aguardar al príncipe al camino por donde había de pasar.

En Nonancourt se detuvo Douglas, echó pie á tierra, tomó un bocado, se informó con mucho cuidado acerca de una silla de posta de que dió señas, y como le dijesen que no había pasado aún, prorrumpió en amenazas, diciendo que querían engañarle.

En este momento, llegó un hombre á caballo, lleno de fango y sudor, llamó á parte á Douglas y le habló muy bajo; sin duda le decía que había perdido la pista del príncipe, por que la cólera de Douglas se aumentó.

El maestro de postas, llamado l'Hopital, estaba ausente, pero su mujer se hallaba en casa. Era ésta una guapa y buena mujer, que tenía talento, discernimiento y valor ; tuvo á Douglas por un inglés ó escocés, pensó que se trataba del pretendiente, adivinó que aquellos hombres abrigaban contra él malas intenciones, y resolvió salvarlo.

En su consecuencia, se ofreció á la disposición de Douglas y de sus esbirros, nada les negó, les prometió que tardaría todo lo posible en dar los caballos á los viajeros, y si querían decirla donde ellos estarían, les avisaría al momento.

Douglas era desconfiado, se retiró con uno de los suyos, dejó los otros dos en la casa de postas, y fué á emboscarse en el camino : su gente solamente conocía el sitio de la emboscada, y el caballero que había

venido un momento antes á juntarse con él, había de avisarle por el criado que quedaba á su lado, tan luego como distinguiese la silla.

La pobre mujer se quedó cortada cuando se vió enfrente de aquellos dos hombres: dichosamente reflexionó que el uno de los dos había llegado en el momento en que el que parecía ser el jefe de la cuadrilla se levantaba de la mesa, y que por consecuencia el recienvenido no había tomado nada: le ofreció el desayuno, pero en vez de servirle vino común, le dió del mejor que tenía, le entretuvo en la mesa, y se anticipó á todas sus disposiciones.

Mientras tanto, su criado mayor, en el que tenía toda su confianza, estaba de centinela en la calle, le había dado la orden de presentarse en el umbral de la puerta, pero sin decir nada, desde que la silla se avistara; sin embargo ésta tardaba mucho, y el hombre del caballo se aburría en la mesa; estaba cansado por la carrera que acababa de dar; Mad. l'Hopital de decidió á que entrase en un cuarto y que se echase en la cama, pudiendo contar con ella y su criado.

El del caballo encargó á este último que no se separase del umbral de la puerta, y que fuera á avisarle tan luego como la silla compareciese.

Luego que acompañó á su huésped al cuartó más retirado de la casa, Mad. l'Hopital sale por una puerta trasera, corre á casa de una amiga suya que vivía en una calle extraviada, la cuenta su aventura y sus sospechas, se asegura de que recibiría ella el viajero, envía á buscar un eclesiástico pariente suyo, le quita su peluca y su ropa, toma el camino de su casa, ve al criado en el umbral, le excita á que beba un trago con su postillón, mientras que ella vigila en lugar suyo; el postillón prevenido llena vaso sobre vaso, y á la tercera

botella se tumba sobre la mesa el criado medio muerto de vino. Al punto llama el otro á su ama, entra ésta, va á escuchar á la puerta del cuarto de su hombre, conoce por la respiración que duerme, da una vuelta á la llave, y va á colocarse de centinela á la puerta de la calle.

Al cabo de un cuarto de hora comparece la silla: Mad. l'Hopital corre á su encuentro, hace que tome un camino distinto, lleva á los viajeros en casa de su amiga, y allí se arroja á los pies del rey Jacobo III, suplicándole tenga confianza en ella, le dice que de lo contrario está perdido; le cuenta lo que ha sucedido, y mientras que el rey se disfraza de cura, y se instala en aquella casa, en la que nadie sabe que está, avisa á la justicia, la declara las sospechas que ha concebido, hace que prendan al criado borracho y al caballero dormido, y despacha á uno de sus postillones á M. de Torcy, cuyo nombre y señas le ha dado el rey, para participar al ministro lo que ha sucedido.

Entretanto hay un gran ruido en la casa de posta; el del caballo, despertándose sobresaltado, grita que pertenece á la embajada de Inglaterra, y que como tal es inviolable. Se le piden las pruebas de lo que dice, no puede darlas, nombra á Douglas, pero no quiere decir donde está. En fin, después de un largo debate entre él y el criado, todavía tambaleando los llevan á la cárcel.

Lo que fué de Douglas, á consecuencia de este arresto, no se ha sabido aún. Lo que sí se dijo fué, que el ruido que metió el arresto de sus dos cómplices, llegó á su noticia, y se le vió corriendo como un desesperado por el camino.

El rey Jacobo estuvo tres días escondido en Nonancourt en casa de la amiga de Mad. l'Hopital, después

al marchar con su disfraz, le entregó una carta para su madre, se adelantó hasta el puerto de Bretaña, en donde debía embarcarse, y llegó sin novedad á Escocia.

Al cabo de ocho días de inútiles correrías, Douglas volvió á París, clamó contra la violación del derecho de gentes con una audacia y una impudencia sumas. Por su parte, lord Stairs fué á quejarse también de dicha violación, pero habiéndole enterado del plan con todos sus detalles, vió que lo mejor era callarse; y consintiendo en dejar en tal estado la obra empezada, se le volvió á sus dos asesinos detenidos en Nonancourt.

Douglas ufano con el apoyo de lord Stairs, se quedó algún tiempo en París haciéndose ver con esmero en las fiestas y teatros. Pero como el regente no le recibía ya, y como los hombres de bien le cerraron sus puertas, desapareció para no volver más.

La reina de Inglaterra mandó llamar á Saint-Germain á Mad. l'Hopital, le dió gracias, la lisonjeó como merecía, y acabó dándola su retrato con las mayores protestas y la más profunda convicción de que había cumplido con su deber. Esto fué todo lo que sacó de su buena acción. Murió ama de la casa de postas de Nonancourt.

CAPÍTULO VI

El Luxemburgo. — La guardia de Madame, la duquesa de Berry. — El conde de Riom. — M. de Lauzún y su sobrino. — Los timbales. — Los palios. — El cochero de M. de Conti. — La vida de Felipe II desde que fué regente. — Mlle. de Sery. — La Florencia. — La Desmarets. — La de Usé. — Mad. de Averné. — Mad. de Sabran. — Mad. de Phalaris. — Mad. de Parabere. — Las ruedas. — Brancas. — Broglie. — Canillac. — Nocé. — Rabannes. — Brissac. — Las cenas del palacio real. — El consejo Ibagnete. — Chirac Noel. — Canción. — Epigrama que se imputa al joven Arouet de Voltaire. — Negativa de éste. — El cura párroco de San Cosme.

En tanto que el joven rey de regreso de Vincennes á las Tullerías, creció bajo el cuidado de Mad. la duquesa de Ventadour, mientras que las ejecuciones contra los malversadores continuaban, mientras que Law ponía los cimientos de su sistema, mientras que Dubois solicitaba en Londres la firma del tratado de la triple alianza; en fin, mientras que Jacobo III, libre del asesinato en Nonancourt, intentaba reconquistar el triple trono de sus padres, París se reponía de la agitación que había sufrido, el duque de Orleáns, libre de un trabajo extraordinario, vuelve á tomar su vida acostumbrada, y Mad. la duquesa de Berry, su hija primogénita, se lanza á aquella alegre existencia, que en aquella época de vertiginosa disolución, la valió de los

historiadores y analistas el que se haya hecho de ella particular mención.

Mad. de Berry, á consecuencia de sus disputas con la duquesa de Orleáns, su madre, y para gozar de más libertad en sus acciones censuradas continuamente en el palacio real por la princesa Palatina, su abuela, había solicitado del regente el permiso de habitar en Luxemburgo que como buen padre la concedió al momento.

Apenas llegó allí, cuando todos sus instintos físicos se desarrollaron.

Su primer capricho fué el de tener una compañía de guardias.

El duque de Orleáns, que no sabía rehusar nada á su hija querida, se la concedió, pero al mismo tiempo quiso que su madre la princesa Palatina tuviese también otra.

Cosa muy seria era para Mad. la duquesa de Berry la elección de los hidalgos que debían componer esta compañía, y que adictos á su persona habían de estar continuamente á sus órdenes de día y de noche.

Era cosa muy importante la elección del capitán, teniente y subteniente.

El destino de capitán se concedió al caballero de Roye, marqués de La Rochefoucault. El de subteniente, al caballero de Courtaumer.

Quedaba el de teniente.

Una mañana que Mad. de Pons, azafata de la duquesa de Berry, presidía el tocador de la princesa, la pidió esta tenencia para M. de Riom.

— ¿ Quién es ese M. de Riom ? preguntó la princesa indagando en su mente á qué fisonomía podría corresponder este nombre.

— Os diré, señora, que es un arrogante hidalgo, el

menor de la casa de Aydie, hijo de una hermana de M. de Byron, y por consecuencia, sobrino de M. de Lauzún.

— No os pregunto eso, querida mía; sabéis que me gustan las cosas agradables, las personas bien formadas : ¿ qué tal presencia tiene ?

— La que debe tener un militar, señora, es un hombre de cinco pies y tres pulgadas, ancho de pecho, y de pierna bien formada.

— ¿ Y su cara ?

— Fuerza es confesar á V. A., que M. de Riom no es precisamente lo que se llama un buen mozo, pero si un hombre fuerte.

— Está bien, podéis hacer que venga el conde á París para verle.

Mad. de Pons, como se supone, escribió al momento á su primo, que por su parte vino al instante.

Esta había hecho muy bien en no alabar demasiado la fisonomía de M. Riom.

— Era, dice Saint-Simón, un hombre mofletudo, pálido, que lleno de granos en la cara, se parecía á una postema.

Tenía solamente el conde de Riom, hermosos dientes, era amable, fino, respetuoso y buen muchacho ; nunca pudo imaginarse que pudiera inspirar una pasión cualquiera que fuese, y así cuando conoció que la princesa le había tomado inclinación se sorprendió de tal manera por su fortuna, que corrió á casa de su tío M. de Lauzún.

Éste, por la confianza de su sobrino, retrocedió á aquellos hermosos días de su juventud, cuando aquella gran señorita sentía por él lo que Mad. de Berry parecía que muy pronto debía sentir por su sobrino. M. de Lauzún era un viejo de 84 años, fresco, con grandes

recuerdos, y que á pesar de su edad tenía aun dos pequeñas casas, la una en Chaillot que frecuentaba mucho, y la otra en Passy; esta última fué la que prestó, como ya hemos dicho, á Jacobo III.

El duque reflexionó un instante, y después viendo que se remozaba en el hijo de su hermana.

—¿Me pides un consejo? le dijo.

— Sí, tío.

— Pues bien, es preciso que hagas lo que yo he hecho.

—¿Y qué es lo que he de hacer?

—Es necesario parecer humilde, complaciente, respetuoso, esto antes de ser el amante de la princesa, pero desde el momento en que lo seas, fuerza es mudar de tono y de maneras, mandar como amo, y tener los caprichos de una mujer.

— Pero, tío.....

— Las princesas están acostumbradas á que los amantes sean esclavos, de tanto en tanto, necesitan un hombre que las sujete; al que cede lo aplastan, al que resiste lo apoyan. Créeme, Riom, conozco á estas señoras, he visto pasar tres generaciones, y he adquirido lo convicción de que las hijas de Francia *exigen que se las trate con el palo levantado.*

Riom bajó la cabeza ante aquella vetusta experiencia y se retiró.

El consejo parecía tanto más extraño, cuanto que el vicio dominante de la duquesa de Berry era el orgullo.

Apenas tuvo ya la guardia que la concedió el regente, se divertía atravesando París, con timbal batiente, y siguiendo por el muelle de Tullerías cuando el rey estaba allí: pues el tocar timbales era un privilegio real.

Al día siguiente el mariscal Villeroy fué á quejarse

al regente, quien aseguró que esta imprudencia se había cometido sin su permiso, y le prometió que mientras el rey permaneciese en París, no se oirían más timbales que los suyos.

El regente cumplió su palabra.

La duquesa de Berry se consoló entonces haciendo otra nueva tentativa.

Fué á la comedia y en su palco puso un dosel, cuatro guardias en el teatro, otros cuatro en el patio y la arengaron los cómicos, que era otro privilegio real que usurpaba además.

Nuevo rumor, otra reclamación, otra orden expresa del regente á su hija para que se limitase á gozar de los privilegios de los príncipes de sangre y no más.

Aun había más, la duquesa de Berry había formado una queja particular de nuestro príncipe de Conti, ese lindo jorobado del que hemos tenido ocasión de ocuparnos al principio de esta obra.

Yendo un día á la ópera, los guardias de la duquesa de Berry detuvieron el coche de M. de Conti que iba á llegar, y al resistirse el cochero le maltrataron estando el príncipe dentro de él.

Los dos ilustres personajes no tenían razón.

Los príncipes de sangre real, según la etiqueta, debían pararse al pasar los hijos del rey, lo mismo que con las hijas, esto era incontestable.

No negaban los príncipes abiertamente esta obligación, pero para sustraerse evitaban cuanto podían el encontrarse.

El príncipe de Conti no tuvo razón, en no detenerse de motu propio.

Por otra parte los guardias de la duquesa de Berry habían hecho mal en pegar al cochero del príncipe estando dentro del carruaje.

Se quejó éste á M. de La Rochefoucault, capitán de guardias, por aquella falta de respeto, y éste lo rechazó.

M. de Conti se vió obligado á acudir al duque de Orleáns, quien exigió de su hija que invitase á aquél á que fuese á su casa.

M. de Conti fué, se quejó, y pidió que el que más particularmente maltrató á su cochero fuese arrestado, quedando libres los otros, mediante el castigo aplicado á aquél.

La duquesa de Berry respondió, que puesto que el príncipe de Conti exigía que el guardia fuese arrestado, que iría; pero que le suplicaba que fuese por el menos tiempo posible, lo que prometió el príncipe.

Efectivamente, salió al día siguiente de su arresto, por haberlo así pedido M. de Conti.

Todos se admiraron, y el regente el primero, al saber que la duquesa de Berry tenía un amante que la trataba á la baqueta.

El duque de Orleáns mandó llamar á Riom, y convinieron ambos en que las quejas de este último no tuviesen nunca por objeto las visitas de día y noche que hiciese la duquesa de Berry al palacio real, ni las del regente al Luxemburgo.

Riom bajó la cabeza y respondió que era muy justo que una hija fuese á ver á su padre, ó que un padre fuese á ver á su hija, adonde y como el uno y el otro quisieran,

El regente vió que Riom era juicioso y lo despidió con benevolencia.

Desde que era regente, veamos cuál fue la vida de Felipe II durante el primer año de la regencia, es decir, mientras la época de que nos ocupamos en este momento; el duque de Orleáns activo en el trabajo,

como todos los hombres de imaginación y de energía, había destinado una hora fija para cada ocupación. Principiaba el trabajo solo, en su cama antes de vestirse, recibía gente al levantarse, que era brevemente siempre, siguiendo ó precediendo las audiencias, que le hacían perder mucho tiempo ; los presidentes de los consejos le ocupaban sucesivamente hasta las dos ; á ésta hora, en lugar de la comida á la que había renunciado casi completamete, tomaba el chocolate; en seguida M. de La-Urilliere acordaba con él ; después Le-Blanc, de quien se servía para él ; luego los que venían á hablarle de la bula, de la que trataremos pronto ; y á quien apellidaban la *Constitución ;* después M. de Torcy, con quien abría las cartas y al que le confirió más tarde la dirección de correos ; luego M. de Villeroy, aunque para nada servía más que para *piafar* ó gallardar, como dice Saint-Simón ; luego una vez á la semana los ministros extranjeros, y algunas veces los consejos.

Los domingos y fiestas oía la misa en su capilla.

Después del chocolate, destinaba media hora para la duquesa de Orleáns su mujer, y otra media á la princesa Palatina, cuando vivía ésta en el palacio real, es decir, en el invierno, porque el verano lo pasaba en Saint-Cloud.

Algunas veces por la mañana antes del trabajo, y otras por la tarde cuando este se había acabado, iba á ver al rey. Entonces había diversión para Luis XV, porque casi siempre le llevaba algún lindo juguete, ó le contaba alguna historia divertida, siendo causa que esperara con impaciencia la visita próxima. Nunca se separaba el príncipe del rey sino después de muchos homenajes y señales del más profundo respeto.

El día en que no había consejo, la jornada se con-

cluía á las cinco de la tarde, y á contar desde este momento no se trataba más de negocios, sino de ir á la ópera ó al campo, y de cenar bien en Luxemburgo ó en el Palacio Real.

Eran aquellas famosas cenas tan cacareadas, y de las que á nuestra vez vamos á decir algo después de haber hablado de los convidados que asistían diariamente.

Entre ellos se contaban en primer término las amigas íntimas del regente, después sus compañeros de diversiones, á los que dió el nombre de *enrodados,* nombre que adoptó la crónica escandalosa de aquel tiempo, y trasmitió á la posteridad como si hiciera honor á la sagacidad del ilustre padrino.

Algunas veces iba el abate Dubois cuando su salud se lo permitía.

— Mi hijo, decía la princesa Palatina, tiene muchas cosas del rey David: entre ellas talento y corazón; es músico, valiente, y no le disgusta el bello sexo.

Según hemos dicho, el duque de Orleáns había hecho la corte á la reina de España; pero en honra de la verdad tuvo un hijo de Mlle de Sery, otro de la Florentina, bailarina de la ópera; otro de la Desmarets, actriz de la comedia francesa, y en fin, había tenido también amistad con una Mlle. de Usé, cantatriz de la Academia real de música.

Esta última murió joven, y al morir se supo que ni ella, ni su madre, ni su abuela, habían sido casadas.

La Florentina, la Desmarets, y la de Usé fueron caprichos pasajeros; Mlle de Sery inspiró al regente un cariño más serio, y fué condesa de Argentón.

En la época de que hablamos su mayor apasionada era Mad. de Parabere; no siendo esto un obstáculo para que el duque de Orleáns tuviese al mismo tiempo,

aunque por pasatiempo, á Mad. de Averne, á Mad. de Sabran y á la duquesa de Phalaris.

La de Averne era mujer de un teniente de guardias. Los devaneos de ésta y del regente databan desde una función que dió la mariscala de Estrées, y en la que la de Averne presentó al príncipe un cinturón para la espada con estos versos.

> Á la madre feliz de los amores
> Un ceñidor las gracias fabricaron,
> Con cuyo talismán, adoradores
> Á la diosa por siempre aseguraron.
> De las mismas manos bellas
> Salió un ceñidor flamante
> De Venus para el amante.
> Marte, experimentó mil sensaciones. .
> Venus que le hizo el don no fué engañada,
> Por eso desde entonces los varones,
> Siempre se han decidido por la espada.
> Las gracias que por vos tienen locura
> Otros os han hecho de la misma hechura...
> ¡ Ah !... que no alcance yo por mis enojos
> De los dioses, tal prenda de hermosura,
> Para poder tenerla á vuestros ojos...

Mad. de Averne no tenía necesidad de tal cinturón, era una hermosa joven llena de gracia, con los cabellos rubios y sedosos, los más bonitos del mundo, una tez de una blancura extraordinaria, un talle que se encerraba en una mano, una voz delicada y argentina, á la que daba más gracia cierto acento de provincia; su fisonomía viva y movible era encantadora, cuando se animaba y cuando en un suave y tierno desvarío se eclipsaban sus ojos azules con cierto vapor húmedo, cuando su boca fría y abrasadora á la vez dejaba entrever por la pequeña separación de sus labios un hilo de

perlas, no parecía una mujer, era el genio de la voluptuosidad.

Mad. de Sabrán que tan joven como era tenía ya las disposiciones que más tarde formaron su galante reputación, se escapó de entre las manos de su madre para casarse con un hombre de gran nombradía pero sin bienes de fortuna; este casamiento le dió cierta libertad, que era todo lo que apetecía.

Era una hermosa mujer, pero una belleza agradable y penetrante á la vez, muy natural en sus maneras, insinuante, espiritual, algo licenciosa, tal, en fin, como era preciso que fuese para que gustase al regente. Éste la hizo su ama de casa con dos mil escudos de renta, que sabía cobrar muy bien por sí misma.

Ella fué la que en una de las cenas del regente se atrevió, con gran satisfacción de los convidados, á pronunciar aquel aforismo que tanta celebridad adquirió.

« Después de haber formado Dios al hombre, tomó lo que quedaba de barro, con el que amasó el alma de los príncipes y de los lacayos. »

Mad. de Phalaris era una mujer alta, seria, siempre con aire de mal humor, adornada con plumas, preciada de su favor en la corte, gazmoña, y afectando máximas en las que nadie creía más que ella.

En cuanto á Mad. de Parabere, la favorita que el príncipe llamaba su cuervecillo negro, era pequeña como lo indica su sobrenombre, graciosa, esbelta, atrevida, y dispuesta á replicar, bebía y comía á las mil maravillas, y por todas estas cualidades y otras que no mencionamos, dominaba casi al regente, en las cosas de familia y de poca importancia.

Pero todas estas mujeres tuvieron poca influencia con Felipe, quien ni se arruinaba por ellas, ni las per-

mitía tampoco tomar parte en ninguno de los negocios de estado.

Cierto día Mad. de Parabere insistió en que el duque de Orleáns la hiciera sabedora de no sé qué proyecto político, y el duque la agarró por la mano y llevándola delante de un espejo:

— Señora, la dijo, miraos en ese espejo y decidme si á ese palmito se le ha de hablar de negocios, ó de amor.

Los enrodados de Monseñor eran sobre todo el duque de Brancas, el marqués de Canillac, el conde de Broglie, y el conde de Nocé.

Brancas, nacido para los placeres y un completo epicúreo pasaba su vida superficialmente sin aceptar de ella ninguno de los deberes que turbasen su egoísmo, ni los pesares que distrajeran su pereza.

El regente apenas abría la boca para hacerle una confianza cuando,

— Chitón, monseñor, decía, jamás he sabido guardar mis propios secretos, mal podré guardar los ajenos.

¿Se le quería hablar de los negocios de estado?

— Es excusado, contestaba, me fastidian los negocios, y la vida no es más que para divertirse.

Le rogaban sus amigos que pidiese alguna gracia al príncipe.

— Es inútil, decía Brancas, disfruto mucho favor, pero no tengo crédito.

Por último, al cabo de dos ó tres años de una vida semejante le remordió á Brancas la conciencia, se hizo devoto retirándose al monasterio de Bec; le escribió al duque de Orleáns excitándole á retirarse del mundo y hacer penitencia con él.

El duque le contestó con el refrán de una canción de moda entonces.

> Filis, vuelve en favor de tu belleza,
> Yo te perdonaré tu ligereza.

Brancas era uno de los más buenos mozos de la corte; después de éste, seguía Canillac.

Era Canillac capitán de una compañía de mosqueteros del rey; su presencia era agradable, cautivaba su talento, cortesana su conversación, hablaba con una facilidad particular y graciosa, aunque mordaz y sarcástica; amante de los placeres y de la comida, fingía una austera rigidez de la que algunas veces se reía él mismo.

Tan luego como el banco de Occidente principió á experimentar dificultades en sus negocios, dijo Canillac á Law:

— Señor Law, yo hago billetes y no los pago, me habéis robado mi sistema.

El duque de Broglie se parecía á un mochuelo y á un mono á la vez; jugador, libertino, acribillado de deudas pasaba su vida en los garitos, lo que le tenía distraído de día; pero por la noche con el vaso en la mano, chispeaba su conversación como la espuma del licor que llevaba á los labios con tal frecuencia, que admiraba á los más serios convidados; entonces tenía esas chanzas sin fin, y sacaba aquellas canciones que transforman una comida en una orgía.

Nocé era alto y moreno, ó más bien como decía la princesa Palatina, verdi-negro y amarillo; tenía muy buenas maneras y suma impertinencia, su talento sobresalía en sátiras amargas, contrastando notablemente; educado con el regente, de quien su padre había

sido el teniente de ayo, tenía una gran influencia con él. Cuando el regente salía por la noche, era siempre con Nocé.

Los demás convidados de costumbre eran Ravannes, que ha dejado recuerdos curiosos de aquellas cenas, de las que hablaremos, y Cossé de Brissac, caballero de Malta, que usaba aun en las orgías más furibundas los modales caballerescos de sus padres.

Con esta clase de hombres y mujeres se reunía algunas veces la duquesa de Berry hasta las diez de la noche, hora en que el regente se recogía á su aposento. Entonces cerradas ya las puertas, poco importaba que París ardiese, que la Francia se sumergiera, y que el mundo se desplomara: había orden absoluta de no molestar al regente.

Lo que sucedía en aquellas reuniones, es fácil presumir de la locura de gentes embriagadas, ricas y poderosas: serían aquellas cosas que cuenta Petrone, y que sueña Apuleyo.

El regente tenía un criado, hombre de bien, que vió nacer al príncipe y al que había hecho éste conserje del palacio real. Se llamaba Ibagnete, quería apasionadamente á su señor, hablándole con la franqueza de un antiguo servidor.

El regente le tenía cierta consideración, y no se hubiera atrevido nunca á encargarle ninguna de aquellas vergonzosas comisiones que sus ministros ó sus enrodados cumplían espontáneamente. Por la noche Ibagnete con una palmatoria en la mano acompañaba á su señor hasta la sala donde se celebraba la orgía; y allí se paraba. Un día el duque de Orleáns lo instó á que entrase, pero el buen hombre meneando la cabeza:

— Monseñor, le dijo, mi obligación da fin aquí. No quiero estar en compañía de gente tan depravada.

Esta vida que el regente llevaba era tan perniciosa, que Chirac su médico de cámara, cada vez que era llamado para asistir al príncipe, nunca dejaba de exclamar:

— ¡ Oh, Dios mío! ¡ ha tenido algún ataque apoplético!

Por entonces fué cuando á fuerza de ruegos consiguió Chirac del regente que se abstuviese de la comida que hacía á las dos, substituyéndola con una sola taza de chocolate ; pero á esta taza de tal manera la cargaba de ámbar, que en lugar de ser salutífera, le era sumamente dañosa. El duque de Orleáns creía que el ámbar era un excelente afrodisiaco.

No era la medicina solamente la que hacía estas advertencias al regente, las coplas satíricas, los epigramas y los villancicos, llovían en su alrededor, dimanaban sobre todo de hallarse en cinta la duquesa de Berry, de cuyo estado no dejaban de culpar al duque de Orleáns. Citaremos algunos trozos de poesía que pintan mucho mejor de lo que pudiéramos hacerlo (si nos atreviésemos), el espíritu licencioso de aquel tiempo.

VILLANCICOS DE LA REGENCIA

I

Toda la corte de Francia,
Los grandes y los pequeños,
Del gran Dios del Paraíso
Celebran el nacimiento;
Con ellos á Belén marcha el regente,
Pero viendo al angelón
don.... don.....

Dicen.... y por él se há. ...
la..... la.....
Fiesta tan resplandeciente ?.....

II

Dirigiéndose á María,
Dijo al verla tan graciosa :
Por esta noche os suplico
Me deis de cenar, señora.....
La de Berry honrará la cabecera,
Cogeremos un chispón. ...
don..... don. ...
Nocé también estará
la..... la.....
Mas sin la Paraberá.

III

La fecundísima Berry
Entraba en meses mayores,
Con corazón pesaroso
Y humildes demostraciones
Dijo : no tendré las costumbres tan gallardas
No querré más que á Riom
don..... don.....
Y alguna vez al papá
la..... la.....
Por aquí yo... mis guardias..... por allá.....

IV

Al ver la sumisa ofrenda
De los magos del Oriente,
Dijo Law.... ella es muy grande
Para un niño como éste.
Mio es el incienso, asaz de este festejo,
El oro en buena porción
don..... don.....
Bien en mi bolsa se está,
la..... la.....
Con que..... la mirra le dejo.

V

Al orgulloso Argensón
Vano con su nuevo grado
La nariz del infanzón (1)
Le ha servido de descanso.
Para el reino regir, tengo osadía,
Que astuto y sin compasión,
don..... don.....
Sabré regentar acá
la..... la.....
Igual que á la policía,

VI

Para ahuyentar en la iglesia
Toda extraña diversión,
Aceptemos sin demora
La santa constitución.
Derroquemos, señor, el jansenismo,
Porque esta es una facción
don..... don.....
Que merecido le está
la..... la.....
Mucho más que al calvinismo.

VII

En ti mi querido dueño,
Dijo Noailles con mal tono,
Quiero yo reconocer
La infalibilidad, solo,
Que si el señor Clemente su vicario

(1) Se notará que nos anticipamos algunos meses, porque después de haber sacado estos villancicos, acababa de ser nombrado Argensón guarda-sellos, y Dubois venía de Inglaterra.

La toma en tal diapasón,
don..... don..,..
Y si mas no explica ya
la.... la.....
Se puede ir á hacer el vario....

VIII

El embajador Dubois
Con audacia y celo ardiente,
Apercibió á los monarcas.
Se asusta el buey, los asnos retroceden,
Y al dar su nombre el simplón,
don.... don.....
Exclamó un cualquiera..... ¡ ha !
la.... la.....
Pues si es Dubois, que le quemen.

No hemos puesto siete ú ocho coplas más, por no tener significación alguna.

Vaya otra canción que se cree ser de Panard ó de Deauquers por su verbosidad.

I

No hablemos más de política
pues nada importa,
Que mande la república
mientras se goza.
Que haya paz, que haya guerra
yo nada sé,
Pues mientras tenga vino
todo vá bien.

II

Que si de la Regencia,
al autorizado,
O bien que el parlamento
sea consultado ;

Que alcen á los indignos
en altos puestos
Me es igual, si las viñas
dan de lo añejo.

III

Que si la ignorante audacia
dando la ley,
Quiere regir la hacienda
del joven rey;
Que el tribunal supremo
sea justo ó no,
Cada uno ama su cosa,
mi frasco yo.

IV

Que el bando jansenista
sea el mayor,
Que los cómodos molinistas
caigan con baldón;
Y que Quesnel nos pruebe
el amor divino,
Á todos doy mi voto,
en teniendo vino.

V

Que de la ley en contra
haya cien plumas,
Que todo ande en desorden
por una bula,
Que sin temor Clemente
arriesgue su fe.....
Yo de todo me burlo
mientras bebo bien.

VI

Que sea un papa infalible
según Bellarmin,

Que sea hombre reprensible
según Dupin,
O que la Biblia glose
como soberano,
Va bien mientras yo tengo
vino en la mano.

VII

Quel el vano Roan despierte
todo arruinado
Y que se asombre Bussy
de estar pelado,
Que Tallier se amilane
de extremo á extremo,
Yo no pienso entre tanto
más que en lo añejo.

VIII

Que las manos de Ignacio
amen el fraude,
Y que contra San Pablo
hable y más hable ....
Que la eficacia dude
de San Agustín,
Mientras tenga botellas
¿ qué me importa á mí ?

IX

Que al recaudador preso
le lleve Luzbel,
Que en la plaza de Greve
salte Bourbalais,
Y cuelguen de otra cuerda
á su compañero,
Me es igual mientras tenga
yo de lo bueno.

X

Que el normando en galeras
 maneje el remo,
Y de Argensón las uñas
 no hallen ya cebo;
Ó que abone las tierras
 de ese Mont-Faucon,
Mientras todo esto pase,
 beodo sigo yo.

Pero entre todas estas canciones y epigramas la que más hirió al regente fué la que sigue :

Ya vuestra alma se ha curado
De los temores del pueblo.
Bella duquesa de Berry,
Acabad tanto misterio.
Si otro Loth, supo venceros
Madre de los moabitas,
Á Dios gracias va á trocarnos
En un pueblo de ammonitas.

El regente mandó que se inquiriese, cuál era el autor de esta coplilla. Se supo que era un joven llamado Arouet de Voltaire. La orden para prenderlo se extendió cuando llegó Brancas con la siguiente denegación firmada por él.

Nunca, monseñor, mi musa
Alegre, cantó jamás
Ammonitas ni moabitas;
Brancas os responderá,
Que un hombre que aprendió en los jesuítas,
De aquellos pueblos de la antigua ley
No reconoce más que sodomitas.

El regente se echó á reir y recogió la orden de prender al poeta, quien dió las gracias al príncipe y compuso el *Edipo*.

El cura párroco de San Cosme quiso también tener parte en aconsejar al rey, componiendo un sermón en el que presentaba un cuadro cuya aplicación era muy fácil de conocer.

El príncipe lo supo.

— ¿ Por qué diablos se mete M. Godeau en lo que no le importa? dijo, yo no soy de su parroquia.

CAPÍTULO VII

Ojeada acerca de la literatura de aquella época — Tragedias representadas desde 1700 á 1715. — Chaulieu. — Fontanelle. — Los espárragos con aceite. — Le-Sage. — Crebillón. — Destouches. — Voltaire. — Los yo he visto. — Luis XV. — Luis de oro. — De Coislin.

Puesto que hemos tenido que hablar de Voltaire, demos una ojeada al estado de la literatura de aquel tiempo.

Á excepción de Chaulieu y de Fontanelle, sus decanos, toda la brillante pleyada (1) de Luis XIV había desaparecido.

Corneille, que fué el decano de la academia francesa, había muerto en 1684; Rotrou en 1691; Moliere en 1673; Racine en 1699; La-Fontaine en 1695; Regnard en 1709; Boileau en 1711.

Los últimos años del reinado de Luis XIV, habían sido tan estériles, como fecundos los primeros; desde 1700 á 1716, nada grande sucedió; parecía que la tierra se quedaba pobre de hombres y de mieses. Había suma carestía, tanto del alimento del cuerpo como del alma.

Solo Crebillón había intentado galvanizar la trage-

(1) Pleyada, nombre propio, ó sea constelación formada de siete estrellas.

dia, dando á luz el *Idomeneo* en 1705; *Astrea* en 1707; *Electra* en 1708; *Rhadamiste* en 1711 : y finalmente *Xerxes* en 1714.

Pongamos también los *Menechmes*, de Regnard, representadas en 1705, y el *Turcaret*, de Le-Sage en 1709.

Exceptuando estas¿ cuáles eran las que se representaban en la escena francesa?

Venonez, tragedia no impresa, por Belin, 1701.

Motezuma, sin imprimir, por Ferrién, 1702.

Arié y *Petus*, tragedia por Mad. Barbier y el abate Pellegrin, 1702.

Coresus y *Callirhoé*, tragedia, por Lafose, 1703.

Hipermestra, tragedia, por Ruipeirous, 1704.

Los Tindarides, tragedia, por Dauchet, 1707.

Herodes, tragedia, por el abate Nadal, 1709.

Joseph, por el abate Genet, 1710.

Absalón, tragedia, por Duche de Vauci, 1712.

Ino y *Meluerle*, tragedia, por Chancel de Lagrange, 1713.

Habis, tragedia por Mad. Gomez, 1714.

Caton d'Utique, tragedia, por Deschamps, 1715.

La literatura del siglo XVIII, la filosófica, más bien que la literaria apenas había nacido, ó por mejor decir, no había nacido aún.

Juan Jacobo Rousseau, que vino al mundo en 1712, era todavía muy niño.

Voltaire, que nació en 1694, principiaba á componer versos.

Marivaux nació en 1688, no compuso su primera comedia sino en 1721.

Crebillón, que nació en 1707, tenía 10 años.

Pirón, nacido en 1689, llegó á París en 1719.

Montesquieu, que nació en 1689, consejero en 1714,

presidente con bonete (1) del parlamento de Burdeos, no dió á luz sus *Cartas persianas*, « la primer obra que hizo, » hasta 1720.

Todo esto sucedía ó iba á pasar, en tiempo de Chaulieu, que tenía 77 años; Fontanelle que tenía 59; Le-Sage 48; Crebillón 44; Destouches 57; Marivaux 28; y Voltaire que aun no tenía 20.

Chaulieu, hombre septuagenario, había presenciado todo el desarrollo del siglo pasado, había comparado la grandeza y la miseria, el esplendor y los desastres; ya casi sin vista, conservaba aquél la conformidad que es el privilegio de los ciegos.

Su musa era Mad. de Maine; Mlle Delaunay su Antígona; Maleziex, el cardenal de Polignac y el marqués de Pompadour sus amigos. Pero ¡ah! en aquel sol que se ponía había más gozo, más buena fe, más creencia, más crédito que en todos los astros que se levantaban; Chaulieu con un pie en el sepulcro tenía una risa más inocente que el joven Arouet en su cuna.

Fontanelle, que había de vivir cien años, era el egoísmo personificado, esa fantasma viviente que atraviesa el espacio sin pensar más que en sí mismo; hombre de talento, escritor famoso, filósofo panteista (2), se jactaba de que nunca se había llorado. Fontanelle pasó un siglo entero sin haber tenido nunca, ni una querida, ni un amigo: entró un día con un paisano en una hostería; ambos pidieron espárragos no más; á Fontanelle le gustaban más con aceite y al otro en salsa. Mientras que el mozo va á traerlos, le acomete al con-

(1) Bonete: cierto birrete redondo que llevaban el canciller de Francia y los presidentes de los parlamentos en actos de ceremonia, por distintivo.

(2) Pantheo ó panteista, figura que entre los paganos reunía los atributos de varias divinidades.

vidado de Fontanelle una apoplejía fulminante que le mata de repente. Menea su cabeza, le toca, se cerciora de que ha muerto, hace que se lleven el cadáver, y en seguida llamando al mozo le dice:

— Todos los espárragos con aceite.

Una anécdota, muchas veces, dice más que una biografía.

Le-Sage, según hemos dicho, dió en 1709 *Turcaret*, una de las más hermosas comedias que existen.

Además, había dado á luz en 1707 su novela *El Diablo Cojuelo,* y en 1715 acababa de publicar la primera parte de *Gil Blas.*

Crebillón llegaba después de los grandes maestros Corneille, Rotrou, Racine; tenía un resto de inspiración trágica, algo de sombrío en su concepción, pero poco arte en su composición y ningún estilo; su *Catilina* dió tanto que hacer á Voltaire, que éste no descansó hasta que hubo hecho otra. Así hubo dos malas piezas en lugar de una.

Crebillón llamaba él mismo á su manera de escribir el género terrible. Después de la representación de *Atrée*, le preguntaron por qué había tomado aquella senda.

— No he tenido en qué escoger, respondió: Corneille había tomado el cielo, Racine la tierra, no me quedaban más que los infiernos, y me he lanzado á todo trance en ellos.

Crebillón en la época de que hablamos, después de haber llegado en 1711 al apogeo de su reputación, principaba á descender de la cumbre resbaladiza; *Xerjes*, en 1714 lo había empujado en esta rápida pendiente: en fin, iba á dar la *Semiramis*, que había de precipitarle más en el profundo abismo en que cayó.

Destouches empezó con una tragedia de los *Maca-*

bos, cuya historia dramática no ha dejado ninguna reliquia. En seguida hizo que se representase en 1713 *El Curioso impertinente*; después en 1713 *El Irresoluto*, que acaba con este hermoso verso.

Mejor me hubiera sido casar con Celimena.

En fin, en 1715 acababan de representar *El Maldiciente*.

Marivaux ya hemos dicho que no había hecho nada todavía.

Arouet de Voltaire, que se estrenó en el epigrama, con los versos al regente que hemos citado en el anterior capítulo, y por lo impío de los siguientes que hizo al gran prior de Vendome, hermano del famoso duque del mismo nombre, del que hemos hablado en el siglo de Luis XIV.

Por eso os digo, pues, sencillamente
Que en aquestos tiempos benditos de Dios,
Raiz de escorzonera y arenques curados
Solamente comen fraile ó santurrón.

Voltaire, que estaba llamado á ser el poeta de la época por su tragedia del *Edipo*, no era aun conocido sino por los *yo he visto*, que fueron la causa de que lo encerraran en la Bastilla: veamos este trozo de poesía que Voltaire negó ser suya, como lo negaba todo.

Muy tristes y muy lúgubres objetos
He visto yo en Vincennes y en la Bastilla,
Chatelet, Bicetre y mil prisiones llenas
De fieles ciudadanos..... cosa indigna.
He visto arrebatar las libertades
De la razón, las leyes mal seguidas,

He visto al pueblo atravesar gimiendo
En negra esclavitud su aciaga vida
Y *He visto* en el soldado valeroso
La sed, la rabia, el hambre y la fatiga.
He visto despreciar á los que sabios
Útiles advertencias nos hacian
Y *He visto* magistrados, que á los pueblos
Humillan con edictcs é injusticias.
He visto, de mujer bajo la forma,
Á un gran demonio que la ley nos dicta
Que pospuso su Dios, su fé y su alma,
Por seducir de un rey la ánima invicta.
Y *He visto* luego á ese hombre abominable
Presto trocarse en ponzoñosa víbora,
Y en París cimentar á viva fuerza
Una asaz tenebrosa policía
Impunes á los jefes de la renta,
He visto como ostentan sus rapiñas,
He visto desterrados á los buenos,
He visto á más premiada la mentira,
Hacer traición á la verdad sincera
Y el sitio profanar de las reliquias.
He visto demolido á Puerto-Real
Y *he visto* cometer la alevosía
Más vil que puede haber, y que el Océano
Con su inmenso raudal no lavaría.
He visto en la morada de la gracia
Profanos remover con herejía
Las sagradas cenizas de los manes
Cuya inmortalidad los diviniza.
Pero aun no se acabó. También *he visto*
Vender asaz la púrpura y la mitra,
Siendo su precio á veces, por más mengua,
El vicio, la maldad y la mentira.
He visto las más altas dignidades
En la ignorancia, aparecer altivas,
Y *he visto* á los prelados los primeros,
De su fuego divino ser las victimas
¡ Oh tiempos ! ¡ oh costumbres !... ¡ Cuánto *he visto*
En este siglo de maldad y codicia !
Noailles, cardenal que de la Francia

Es el ornato donde el sol más brilla,
Que sufriendo el rigor de una venganza
Más grande le hacen cuanto más le achican.
He visto á los hipócritas honrados
Y *he visto* idolatrado al jesuíta,
Que es cuanto hay que decir..... y á más *he visto*
Del reinado funesto las intrigas
De un príncipe en la cólera celeste
Lanzado á castigar nuestra malicia:
En veinte años, apenas que he cumplido
Todo esto ha aparecido ante mi vista.

Estos versos son malísimos, pero pintan la impresión general, y han sobrevivido como si fueran buenos.

Mientras tanto el joven rey crecía al cuidado de Mad. de Ventadour, que procuraba darle la educación más regia que podía, pero que no lo conseguía siempre.

Un día jugando el niño con un luis, se le cayó al suelo, y al bajarse á cogerlo, la duquesa de Ventadour le levantó diciéndole:

— Señor, todo lo que cae de las manos de un rey, no le pertenece ya más. Y dió el luis á un lacayo que pasaba.

Otro día presentaron al rey á M. de Coislin, obispo de Metz, que tenía una figura poco agradable; así es que al ver al prelado, exclamó Luis XV.

— ¡ Oh que feo sois !

— En verdad, respondió el prelado volviendo las espaldas al rey, ved ahí un muchacho mal educado: y se marchó sin saludar de ningún modo á S. M.

El rey tuvo gana de enfadarse, pero Mad. de Ventadour se interpuso y le dijo: que lo que en otro niño no hubiera sido más que una sencillez, era en él una grosera impolítica.

Luis XV cuando fué hombre, está bastante bien des-

crito en los dos rasgos anteriores de Luis XV como niño.

El año de 1716 acabó con la creación de consejo de comercio, lo que dió margen á la cuarteta siguiente, que hacía subir al número de setenta los ministros.

Ni al presente ni al futuro
Tenéis de temor motivo
Que nuestro sàbio regente
Tiene setenta ministros.

CAPÍTULO VIII

Lord Stairs. — Dubois en Inglaterra. — Tratado de la triple alianza. — El rey en manos del duque de Orleáns. — Los bailes de la Ópera. — El príncipe de Auvergne. — M. de Richelieu. — La bula Unigenitus. — El czar Pedro en París.

Hemos presenciado la primera señal de la unión formada entre lord Stairs y el abate Dubois, cuando se los vió á los dos en la misma tribuna, en aquella famosa sesión del parlamento que decretó la regencia á favor de Felipe II.

Ya desde mucho más de un año antes de la muerte del difunto rey, lord Stairs se hallaba en Francia, en donde sin ninguna misión aparente, llenaba, no el cargo de embajador, pero sí representaba los intereses del rey Jorge. Tenía los despachos en blanco en su bolsillo, y á él le tocaba escoger el momento en que adquiriese una posición oficial.

Era un simple hidalgo escocés, alto, bien formado, delgado, joven todavía con la cabeza erguida y el mirar imponente, vivo, emprendedor, atrevido por temperamento y por principios; tenía talento, destreza, y lo que se llama, en una palabra, *intriga*. Al mismo tiempo, callado, intruído, dueño de sí mismo, haciendo de su semblante cuanto quería, hablaba todas las lenguas, y usaba todos los lenguajes; bajo el pretexto de gustar

del buen plato, daba grandes comidas en las que excitaba á los demás hasta á la embriaguez, pero sin que él perdiese nunca la razón ; hechura de Marlborough, de quien era profundamente adicto, sin olvidar que era aquél quien le había sacado de la oscuridad, dándole un regimiento y la orden de Escociawigh, en fin, hasta el cabo de sus uñas.

Un hombre de esta naturaleza debía entenderse admirablemente con Dubois.

Por otra parte, los intereses políticos del rey de Inglaterra y del regente de Francia eran unos mismos.

Guillermo había muerto en 1702, dejando el trono á su hija Ana, que murió también en 1712 sin posteridad; pero fué llamado á su sucesión eventual desde 1704, Jorge, elector en Hannover.

Compusieron á la reina Ana el epitafio siguiente :

Aquí yace la reina Ana Estuardo,
Que se murió muy tarde y muy temprano ;
Pronto para el antiguo ministerio,
Pero muy tarde para el otro bando.
Todo contado, todo rebatido
Así es como lo he entendido.
Tres años ha que el de Francia
No hubiera visto, no, volverse chanza
Y seis meses después los protestantes,
No lo hubieran pasado muy galantes,
La elogien ó la culpen cual les dé gana,
Aquí yace por fin, la reina Ana.

Jorge vió ratificada su adopción por el parlamento inglés, como Felipe su regencia por el parlamento francés; cada uno de estos tenía un enemigo peligroso: Jorge I á Jacobo III, pretendiente del trono de Inglaterra; el regente á Felipe V, en el caso de faltar Luis XV.

Era, pues, muy natural que el regente prestase auxilio á Jorge I contra Jacobo III, á fin de que en rebancha le ayudara contra Felipe V.

Solamente esta nueva combinación trastornaba todos los cálculos en que se fundaba la política de Luis XIV, que había hecho una alianza con España y se declaró enemigo de la Inglaterra.

El viaje de Dubois tuvo por objeto intimar esta alianza de intereses mutuos entre Jorge I y el regente.

Resultó de las negociaciones combinadas por Dubois, el tratado que se firmó en La Haya entre la Francia y la Inglaterra, y que tomó el nombre del tratado de la triple alianza, porque se adhirieron al fin á él las Provincias Unidas.

Este tratado disponía que el pretendiente saldría de Francia; que Dunquerque y Mardich serían demolidos; que ninguno de los contrayentes daría asilo á las personas declaradas rebeldes por las otras dos partes contratantes; mediante lo que se obligaban recíprocamente á sostener las condiciones del tratado de Utrecht, que aseguraba la sucesión de la corona de Inglaterra á la casa de Hannover, y que separaba á Felipe V del trono de Francia.

La firma del tratado produjo dos cartas á Dubois; la una del rey Jorge, la otra del regente.

Esta es la primera: « Haríais muy bien, M. Dubois, « si estuvieseis el 20 del corriente (enero de 1717), « en..... (1) por donde voy á pasar al ir á Londres. « Además del gusto de veros, me propongo hablaros « de varios particulares. Stanhope os dirá la satisfac- « ción que experimento por el unánime asentimiento « de las Siete provincias. Si yo fuera regente de Fran-

(1) El sitio es ininteligible en la carta autógrafa.

« cia, no seríais por mucho tiempo consejero de es-
« tado, seríais ministro en Inglaterra antes de ocho
« días.

« El rey Jorge.»

Ved aquí la segunda. « Mi querido abate; Habéis
« salvado la Francia; el duque de Orleáns os abraza,
« el regente no sabe cómo recompensaros; he dado
« conocimiento al rey del brillante servicio que aca-
« báis de hacerle, me ha respondido con la sencillez
« propia de su edad : Nunca creí que los abates fue-
« sen tan útiles. Daos prisa á gozar de vuestro triunfo,
« porque os echo de menos en el palacio real. Vivid
« por muchos años.

« Vuestro afectísimo :

«Felipe de Orleáns. »

Dubois regresó triunfante á París y halló que el canciller Voisin había muerto, que M. D'Aguesseau lo reemplazó, y que el rey andaba sin aya, como se decía en aquel tiempo.

El 15 de febrero, Mad. de Ventadour le entregó en manos del duque de Orleáns, que le presentó al momento á M. de Villeroy y al abad Fleury, antiguo obispo de Frejus, á quien es preciso no confundir con el autor de la *Historia eclesiástica* de quien ya hemos hablado, y que era, no preceptor, sino confesor del rey.

Sin embargo, al mismo tiempo que se realizaba el tratado de la triple alianza, que era una precaución con respecto á España, el duque de Orleáns tenía que mantener buenas relaciones con esta potencia; en su consecuencia, el 26 de febrero de 1717, comisionó al duque de Richelieu para que llevase el cordón azul al príncipe de Asturias, y entablara con Felipe V una ne-

gociación, que tenía por objeto el enlace del príncipe con una de sus hijas.

El duque de Richelieu, cuyo nombre hemos pronunciado ya, es más acreedor que nadie á que se haga particular mención de él.

Nacido en el siglo de Luis XIV, estaba destinado á sobrevivir quince años á Luis XV, y como tipo de la aristocracia del siglo XVIII á morir en 1788, un año antes de la toma de la Bastilla; es decir, antes del golpe fatal que hirió en el corazón á la monarquía.

Richelieu, que nació en 1696, tenía entonces 21 años; era de una figura agradable, de elegante cuerpo, y adquirió la reputación del hombre amable de aquel tiempo: una aventura casi á su entrada en el mundo, á la edad de 15 años, con la duquesa de Borgoña, había hecho de moda al hijo del sobrino del gran cardenal. Fué cogido por las damas de servicio debajo de la cama de la duquesa, exactamente como Chatelard lo fué debajo de la de María Estuardo; solamente que concluyó el lance de una manera menos trágica. Chatelard puso su cabeza debajo de la cuchilla, Richelieu pagó con estar catorce meses en la Bastilla.

Había servido á las órdenes del mariscal de Villars, estuvo á su lado en Denain, y gozaba del especial privilegio de ser muy estimado del marido y de la mujer á la vez.

Apenas salió de la Bastilla, cuando Mlle. de Charolais, hermana del duque de Borbón, se enamoró ciegamente de él.

Á propósito del duque de Borbón, cuando lleguemos á hablar de él, diremos algo de la duquesa su madre, que por cierto hacía hermosas composiciones (que se cantaban entonces públicamente, y que no se atreverían hoy á hacer) y de Luis III de Borbón su padre,

que á pesar de ser jorobado como un costal de nueces, decía á *Monsieur*, hermano de Luis XIV:

— Señor, ayer en el baile de la Ópera me equivocaron con vos: á lo que respondió *Monsieur*:

— Señor, á Dios pongo por testigo, de que tenían cataratas.

Entretanto, y con respecto á su amor por M. de Richelieu, detengámonos un instante hablando de Mlle. de Charolais, que según vamos á ver, merece que nos ocupemos de ella.

Esta señorita no pertenecía á ningún partido político, y no pensaba más que en sus placeres: era bella y graciosa, y había recibido del cielo aquella dichosa, ó acaso fatal sensibilidad, que hace que el amor sea una necesidad; ésta se había dado á conocer desde la edad de 15 años, tanto en ella como en M. de Richelieu, y cuando llegaron ambos á los 20 ó 21 años, la señorita de Charolais había tenido, con corta diferencia, tantos amantes como apasionadas tuvo Richelieu.

Resultó de esta hermosa existencia que Mlle. de Charolais, desde la edad de 15 años hasta la de 20, tuvo un hijo en cada año; y no se crea que hiciera de ello gran misterio, si atendemos á lo que dice Bois-Jourdain, en su miscelánea, que era *como un efecto de ser una buena moza, y con el título de princesa.*

Sin embargo, cada vez que esto sucedía, se decía que Mlle. de Charolais estaba enferma solo en las seis últimas semanas de su embarazo; entonces no veía á nadie más que á sus amigos íntimos, y aunque no se ignorara su situación, de tal manera se habían acostumbrado que nadie hablaba ya de tal cosa, sólo la corte enviaba recado para saber como estaba, pero sin preguntar más.

No obstante, una vez sucedió que se despejó la incógnita sin querer: el portero de la casa era nuevo, y no habiéndole hecho estudiar la lección, respondió á un criado que iba á preguntar por la princesa:

— La señorita sigue bien, y también el niño.

En este momento dichoso de la vida de Mlle. de Charolais, fué cuando M. de Richelieu se presentó, y como ya hemos dicho, se enamoró locamente de él.

Por lo demás, lo que acaso determinó al regente á alejar al joven duque de Fronsac, que acababa de hacer la segunda visita á la Bastilla á consecuencia de de su desafío con M. de Gacé, y lo que le decidió á enviar el cordón azul al príncipe de Asturias, era menos aun por el deseo de entablar con España las negociaciones de que hemos hablado, que con el de restablecer en su propia casa la tranquilidad alterada por el joven duque.

Mlle. de Valois, hija del regente, se había apasionado de M. de Richelieu de una manera no menos fuerte que su prima la de Charolais.

Pedimos á nuestros lectores que nos disimulen, pero tenemos la costumbre de pintar las épocas, no como los historiadores sino como los analistas; no según Tácito sino como Suetonio; no de la manera que lo hace M. Anquetil, sino como el duque de San Simón.

Hemos presentado un cuadro sombrío y triste en el último período del siglo de Luis XIV, permítasenos el haber sido insensatos, ruidosos y licenciosos, con aquella época licenciosa, ruidosa é insensata; á nuestro modo de ver la historia es un espejo al que el historiador no puede echar un velo.

Volvamos á los amores de Mlle. de Valois.

No era tan fácil á ésta ver á M. de Richelieu, como

á su prima la de Charolais, que vivía en un piso bajo con un jardín, del que tenía la llave Richelieu.

La de Valois estaba severamente guardada por su padre, tan severamente, que un día en el baile de la Ópera M. de Mauconseil, amigo del duque de Richelieu, disfrazado con un dominó igual al suyo, hablaba con la princesa cuando el regente, que sospechaba el amor de los dos jóvenes, pasó cerca de ésta, y encarándose á Mauconseil, al que tomó por Richelieu:

— Cuidado, bella máscara, le dijo; si no queréis volver por tercera vez á la Bastilla.

Asustado éste, se quitó al momento la careta para que el regente pudiese conocer su equivocación: el regente le conoció al momento.

— Está bien, dijo, pero el consejo está ya dado, señor de Mauconseil, repetid á vuestro amigo lo que acabo de decir con respecto á él.

La amenaza no asustó á Richelieu, porque se disfrazó de mujer y entró hasta donde estaba la princesa.

Avisaron al regente esta infracción, pero estaba prevenido, pues Mlle. de Valois, de miedo de que la amenaza de la Bastilla no se ejecutara, había dado á su amante armas terribles contra su padre; disimuló el regente su cólera y envió al duque en comisión á España.

Véase como el duque de Richelieu fué escogido para llevar la orden del cordón azul al príncipe de Asturias.

Dos ó tres veces hemos hablado del baile de la Ópera; era en efecto en la misma época, cuando fueron inventados por el caballero de Bouillón, que hacía que le llamaran, no se sabe por qué, el príncipe de Auvernia, y que fué el primero que concibió la idea de levantar el tablado al nivel de la escena, y convertir la

sala de ópera en un salón á pie llano. El regente halló tan feliz la idea que señaló al caballero de Bouillón una renta de seis mil libras.

Se sabe que la ópera estaba entonces en el palacio real.

En aquel tiempo se recibió la noticia de la próxima llegada del czar Pedro á París.

Era una gran notabilidad para los parisienses aquel monarca polar, que fué carpintero en Saardam, que volvió á Petersburgo á sofocar la revolución de los strelitz, con su hacha de cortar en la mano, y que en fin, anonadó á Carlos XII en Pultava, el léon del Norte.

Mucho tiempo hacía que Pedro I deseaba ver la Francia; había indicado este deseo á Luis XIV en los primeros años de su reinado; pero el rey, triste por sus dolencias, arruinado por la guerra de sucesión, abochornado por no poder ostentar el fausto de los primeros años de su reinado, hizo lo más cortesmente que pudo, que el czar desistiera de su proyecto.

Hacia el principio del año 1717, resolvió llevar á cabo su idea diferida por Luis XIV para otro tiempo. El príncipe Kurakin, embajador suyo, dió parte al regente del deseo que su señor tenía de visitar la Francia, y por temor de alguna excusa al participar este deseo, dijo que el príncipe había salido á ponerlo en ejecución.

El regente no pudo excusarse conforme lo hizo Luis XIV, y como estaba próxima su llegada, envió al encuentro del czar hasta Dunquerque, adonde debían esperarlo con los trenes del rey, al marqués de Nesle y de Libois, su gentilhombre de cámara.

Estaba dada la orden de recibirlo á su desembarco, de costear el gasto durante el camino, y de hacerle en todas partes los mismos honores que al rey.

Además, el mariscal de Tessé fué á su encuentro á Beaumont, y le acompañó hasta París, adonde llegó el 7 de mayo.

El czar era alto, bien formado, bastante delgado, la tez morena y animada, los ojos grandes y vivos, la mirada penetrante y algunas veces feroz, esencialmente cuando su semblante estaba afectado por un movimiento convulsivo que descomponía toda su fisonomía, y que provenía de cierta tentativa de envenenamiento que habían hecho con él en su infancia ; no obstante, cuando quería acoger á cualquiera, su cara se volvía risueña, y no le faltaba gracia, por más que tuviese siempre cierto aire de majestad altanera. Sus maneras eran bruscas y precipitadas, su carácter impetuoso, sus pasiones violentas; su hábito al despotismo era causa de que sus deseos y sus caprichos se sucediesen rápidamente, no pudiendo sufrir la menor contrariedad ni del tiempo ni de las circunstancias; cansado algunas veces de las continuas visitas que le hacían, las despedía con una palabra, con un ademán, ó bien no hacía caso de ellas y se iba donde le llamaba la curiosidad : si los coches no estaban dispuestos, entraba en el primer carruaje que se presentaba, cualquiera que este fuese Un día no teniendo otro alguno, tomó el de la mariscala de Matignón, que fué á verlo, é hizo que lo llevaran á Boulogne; cuando llegaban estos casos, que eran muy frecuentes, el mariscal de Tessé y su escolta, corrían como desesperados detrás de él ; finalmente se resolvió que le tuviesen coches y caballos siempre prevenidos, lo que se ejecutó puntualmente.

Sin embargo, otras veces daba pruebas de que no desconocía la etiqueta, y así, por más deseos que tuviese de recorrer París, dijo : « que no saldría ya de su casa antes de recibir la visita del rey. »

No se quiso que esperase mucho tiempo; al día siguiente de su llegada le visitó el regente. Apenas le anunciaron al czar, cuando salió éste de su gabinete, se adelantó algunos pasos, le abrazó, y mostrándole con la mano la puerta del gabinete, se volvió al momento y pasó primero seguido del regente y del príncipe Kurakin; estaban preparados dos sillones, el czar ocupó uno, el regente se sentó en el otro, y el príncipe Kurakin, que le servía de intérprete, se mantuvo de pie.

Después de una media hora de conversación, se levantó el czar, se detuvo en el mismo sitio en que había recibido al regente, quien al retirarse hizo una profunda cortesía, á la que contestó el czar con un movimiento de cabeza.

El lunes 10 de mayo, el rey á su vez hizo su visita al emperador: al ruido del carruaje se adelantó el czar, hasta el patio, le recibió al bajar de su coche, y ambos siguiendo el mismo camino, el rey á la derecha, entraron en la habitación en donde el czar le presentó el primer sillón, dándole siempre la mano; después de haber estado sentados algunos instantes se levantó el czar, lo abrazó varias veces con los ojos enternecidos y con las señales del mayor cariño. El rey, que no tenía más que siete años y algunos meses, no se sorprendió; no obstante, hizo al czar un pequeño cumplido y se prestó con mucho gusto á todas las caricias del emperador; al salir observaron los príncipes el mismo ceremonial que á la entrada, el czar dándole siempre la mano hasta su coche, y conservando siempre el carácter de la igualdad.

Al día siguiente 11, el czar volvió al rey su visita; debía haber sido recibido por él al bajar del coche, pero desde que vió al joven príncipe en el vestíbulo de las Tullerías saltó de su carruaje, corrió á su encuen-

tro, le cogió en brazos, subió así la escalera, y lo condujo hasta su cuarto; al llegar allí se repitió lo de la víspera, á excepción de que el rey dió siempre la mano en su casa al czar, como aquél se la había dado en la suya.

Al llegar á París se apeó el czar en el Louvre, en donde le estaba preparado el cuarto de la reina ya amueblado y bien iluminado, pero lo halló demasiado bueno, y volvió á subir al coche pidiendo una casa particular; entonces lo llevaron al palacio de Lesdiguieres, cerca del Arsenal, en donde vió las habitaciones y muebles, tan hermosos y magníficos como en el Louvre.

Tomó su partido contra el empeño de estar bien alojado, mandó sacar de un furgón su catre de campaña é hizo que lo colocaran en un guardarropa.

Vartón, uno de los camareros del rey, estaba encargado de que tuviese el príncipe por mañana y tarde una mesa de cuarenta cubiertos, sin contar con una segunda para los oficiales, y la tercera para los criados.

Hecha y devuelta la visita del rey, recorrió el czar á París, entrando en las tiendas, parándose con los artesanos, preguntando á todo el mundo, visitando los Gobelins (1), el observario, el jardín botánico, el gabinete de mecánica, los Inválidos; mirando desdeñosamente los diamantes de la corona, pero parándose una hora entera para hablar con los carpinteros que hacían un puente artificial (ó sea de quita y pon).

Por lo que hace á su traje era de los más sencillos, se componía de tela de camelote ceñido con un ancho cinturón del que pendía un sable, una peluca redonda sin polvos que no le pasaba del cuello, y una camisa

(1) Gobelins, nombre de una fábrica de grana y tapices en París.

sin puños: al llegar á París mandó hacer una peluca, el peluquero se la llevó hecha á la moda, es decir, larga y poblada, el czar no se tomó el trabajo de decirle siquiera que no era así como la quería, sino que tomó las tijeras y la redujo á la hechura que él quería: en medio de sus correrías quiso el czar visitar á Saint-Cyr; observó todas las clases, é hizo que le explicasen las prácticas; después de repente, deseando conocer á Mad. de Maintenón, subió á su casa, y sin hacer caso de las observaciones de las criadas que le decían que su señora estaba en su lecho, entró en su habitación y como las cortinas de la cama y ventana estaban corridas, descorrió las de la ventana desde luego, en seguida las de la cama, la miró con curiosidad, y al cabo de cinco minutos salió sin haberla dirigido la palabra.

Visitó la Sorbonne y al ver el sepulcro del cardenal de Richelieu corrió hacia él, y abrazó el cuerpo del ministro de Luis XIII exclamando:

— Daría la mitad de mi imperio á un hombre como tú, para que me ayudase á gobernar la otra mitad.

Á la casa de moneda le tocó también su turno: después de haber examinado el czar las máquinas y el juego de volantes, se fué hacia los obreros para que acuñasen una pieza; así que lo estuvo se la presentaron, era una medalla con su efigie y esta inscripción:

Petrus Alexiowitch czar. Mag. Russ.Imp.

Al reverso tenía una fama con estas palabras:

Vires acquirit eundo.

Esta galanteria le gustó mucho; nunca había visto una medalla tan bien acuñada como ésta ni que tanto se le pareciera.

Durante el primer mes no se habló en París más que del czar, al segundo mes produjo menos efecto, y al

tercero ya todo el mundo le había visto y nadie le hacía caso.

El 20 de julio salió para las aguas de Spa.

Sin embargo, el gran pleito que separaba á la nobleza de Francia, duraba todavía; el testamento de Luis XIV había sido anulado, pero no el edicto del 5 de mayo de 1694 que dió á los príncipes legítimos el lugar inmediato después de los príncipes de sangre real, por encima de los pares; y el del mes de junio de 1714, que declaraba que en caso de faltar los príncipes legítimos de Borbón, MM. de Maine y de Tolosa serían ellos y sus hijos legítimos hábiles á la sucesión.

Estos dos edictos contrariaban á toda la nobleza de Francia.

Los pares y los príncipes legítimos presentaron su demanda.

Lo que era digno de verse en el pedimento de los príncipes de sangre real era, que contra aquella máxima emitida por Luis XIV, que *no viniendo la corona más que de Dios* podía trasmitirla á quien quisiera; decían aquéllos que esta disposición *privaba á la nación de su más hermoso derecho, que es el de disponer de sí misma en el caso en que la familia real viniese á faltar*.

De este modo quedaba reconocida la elección por el sufragio universal reclamado por la misma nobleza, y por los príncipes mismos de sangre real en su demanda del 22 de agosto de 1716.

Á este pedimento contestó el 2 de julio de 1717 un decreto que revocó el de julio de 1714, y la declaración de 1715, que privaba á los príncipes legítimos del derecho de poderse llamar y calificar como príncipes de sangre real, pero conservándoles los honores que

habían gozado hasta allí en el parlamento, es decir, el asiento y el lugar superior á los pares.

Á excepción de esta última prerrogativa que les había quedado, los príncipes legítimos se hallaban completamente despojados de los honores extraordinarios de que les había rodeado la debilidad del antiguo rey.

Mientras que se fallaba este gran proceso, un conflicto no menos grave sobrevino, y que de la misma manera que el otro no se pudo fallar más que por el consejo de regencia, y fué el siguiente:

Algunos días después de aquel en que el rey había pasado al poder de los hombres, quiso ir á la feria de San-Germán que principiaba: se creyó que no había cosa más fácil que proporcionarle esta diversión, pero al subir al coche M. de Maine y M. Villeroy, no se avinieron sobre el sitio que habían respectivamente de ocupar en el del rey. Villeroy como ayo suyo, supuso que no debía ceder el primer lugar más que á los príncipes de sangre real.

Esta dificultad no podía ser resuelta en el acto; el rey se volvió llorando á su habitación y no pudo ver la feria de San Germán.

Por entonces fué cuando enfermó el regente de la vista de tal manera, que estuvo expuesto á perderla completamente, y de sus resultas se apresuraron á quitarle la regencia, y dársela al duque de Borbón en caso de absoluta ceguera.

El origen á que se atribuyó esta enfermedad, que amenazaba la completa pérdida de la vista del regente, se achacó á un golpe de pala que él mismo se había dado jugando á la pelota; la verdadera causa la ha contado el duque de Richelieu.

Pero si el regente estaba casi ciego, no estaba sordo; había oído hablar vagamente acerca de que el duque

de Borbón ocuparía su regencia; persiguió y alcanzó ese rumor, penetró el complot y adquirió la certidumbre de que sus autores eran el canciller de Aguesseau y el cardenal Noailles.

El duque de Orleáns tomó al instante la resolución de castigar á los culpables; y hablando un hermoso día con el duque Noailles, presidente del consejo de hacienda, y con los MM. Portail y Fourqueux, miembros del parlamento, sacó el príncipe la conversación acerca de su canciller, quejándose de lo poco que complacía sus deseos, y declarándoles que estaba casi decidido á poner otro en su lugar.

M. de Noailles, que no dudaba del estado á que habían llegado las cosas en el ánimo del regente, hizo la defensa del canciller con más calor de lo que lo hubiera hecho si hubiera estado prevenido. Los dos consejeros que olfatearon una desgracia se blandearon al instante en esta misma defensa que habían principiado como el duque de Noailles. Por otra parte cada uno de ellos esperaba que en caso de quitar á de Aguesseau, lo reemplazaría con uno de los dos. Á este punto de la conversación llegaban cuando el ujier anunció á M. de Argensón abriendo las dos hojas de la puerta; honor que tributado á un simple teniente de policía, admiró mucho á los concurrentes.

Pero casi al momento les dió el regente la aclaración de este enigma.

— Señores, les dijo, os presento al nuevo guardasellos. — Y al propio tiempo sacando del bolsillo la real orden puso el príncipe el sello con su propia mano en las de aquél.

— Después de lo que acaba de pasar, dijo M. de Noailles sofocado, me parece que no me queda más

que retirarme, porque veo tengo la mala suerte de haber caído en completa desgracia.

— Como gustéis, M., le respondió el regente.

El duque de Noailles se retiró.

Volviéndose entonces el príncipe á los dos consejeros:

— Señores, les dijo, señalándoles á Argensón: os presento, no tan solamente á M. el canciller, sino también al jefe del consejo de Hacienda.

Los dos miembros del parlamento saludaron para no verse obligados á hacer su cumplido á M. de Argensón.

En cuanto al cardenal de Noailles, permaneció aún algún tiempo á la cabeza del consejo de Conciencia, pero presto fué reemplazado por los dos jefes del partido molinista, los cardenales de Rohán y de Bissy.

Algún tiempo antes de esta pequeña revolución del gabinete, el duque de Orleáns había tenido una discusión de precedencia, en la que indicaba la importancia que se daba en aquel tiempo á los honores que hemos visto nosotros mismos caer en desuso.

En 1716, el duque de Orleáns no asistió á la solemne procesión que se hacía en aquella época el día de la Asunción de la Virgen; pero habiéndole reprendido Saint-Simón por este mal ejemplo, resolvió asistir al año siguiente.

Llegado el día preguntó al parlamento qué lugar ocuparía en esta ceremonia, y en qué sitio había de representar la persona del rey en calidad de regente. Se reunieron las cámaras dos veces con este motivo, y el presidente contestó al príncipe, que como miembro del parlamento debía, según costumbre, ir entre dos presidentes.

Á esta respuesta el duque de Orleáns envió una or-

den del rey á los señores del parlamento y al cabildo de Nuestra Señora, por la que S. M. decía que tenía un gran deseo de asistir á la procesión para dar ejemplo á su pueblo y cumplir con su devoción á la Virgen Santísima; pero como le habían manifestado que el mucho calor podía dañar su salud, suplicó al duque de Orleáns que asistiera á la procesión en su lugar, con el fin de implorar los socorros del cielo en favor de su reino, y que así mandaba que se recibiese al regente como á su misma persona, puesto que era su representante.

En su consecuencia, S. A. R. fué solo y delante del primer presidente.

La revolución de la Martinica; la batalla de Belgrado ganada á los Turcos; la declaración del rey que prohibía escribir ó hablar en pro ó en contra de la constitución *Unigenitus*; la noticia de que los estados de Bretaña, en vez de votar por unanimidad, como era de costumbre, el donativo, habían respondido que no podían tomar en consideración la petición del rey, sino después de haber examinado sus fondos, en lo que ocuparon el resto del año.

En los últimos días de diciembre circuló en los salones una lista de sobres ó señas.

Se suponía que los principales personajes de París habían mudado de casa en el trascurso del año 1717, y se daban las nuevas señas para el año de 1718.

Señas de las casas de los señores de la corte.

El duque de Orleáns, en el Piloto incierto, calle de Juan Pan Mollete.

El duque de Borbón, en el Salvaje Hipólito, calle Limitada.

El príncipe de Conti, en el Mono Verde, calle de la Jabonería.

El conde de Charolais, en el Adonis, calle del León pequeño.

El duque de Maine, en el Diablo Cojuelo, Valle de la miseria.

El príncipe de Rohan, en el Ciervo grande, calle de Juan bello señor.

El mariscal de Villars, en la Ciudad del Juncal, calle de Monte Orgullo.

El duque de Richelieu, en Paje del Rey, calle de San Bueno.

El mariscal de Estrées, calle del Almirante Roques, calle de Juan que no puede.

M. de Gontaut, en Ganimedes, calle de las Malas palabras.

M. de la Fare, en las Armas de Borbón, calle de Mollete fresco.

M. de Neslé, en la Precaución inútil, calle de la Creciente.

El príncipe de Soubise, en la Mujer doncella, calle del Buey.

El marqués de Gesvres, en la Muñeca, calle del Capón.

El duque de Brancas, en el Favorito, calle de los Judíos.

El mariscal de Tallard, en el Mérito reconocido, calle de los Trescientos.

Los señores Consejeros, en el Rey Midas, calle del Muelle de la Escuela.

Señas de las casas de las señoras de la corte.

La duquesa de Berry, en la Hija de Augusto, calle de los Descargadores.

La duquesa viuda, en la Madre de los amores, calle de Puente Giro.

La duquesa joven, en las Gracias contrahechas, calle de los Avances.

La princesa de Conti, viuda dos veces, en la Mujer diestra, calle de la Luna.

La princesa de Conti, en la Picarde, calle de los Buenos muchachos.

La duquesa de Maine, en el Compás de proporción, calle del Marracho.

Mad. de Polignac, en el Corazón volante, calle Perdida.

Mad. de Jonsac, en el Jaboncillo, calle del Bethis.

Mad. de Gesvres, en las Arrepentidas, calle de Juan Pan Mollete.

Mad. de Albert, en el Bien venido, calle del Corneta.

Mad. de Nesle, en la Gorrona, calle de la Casualidad.

Mad. de Bouzoles, en el Grueso calibre, calle del Patio de los Milagros.

La duquesa de la Tremouille, en la Barba de Chancleta, calle del Escaldado.

Mad. de Gace, en la Tabernilla, calle del Sumidero.

Mad. Lavrilliere, en el campo de Marte, calle de la Poca virtud.

La duquesa de Laferté, en la Messalina, calle del Pilar de los mercados.

Mad. de Parabere, en la Sultana, calle de la Suciedad.

Mad. de Durás, en la Bola compuesta, calle de los Patines.

La marquesa de Noye, en la Mona compuesta, calle de Bolsa vacía.

Al mismo tiempo hicieron una canonización general, dando entrada en el calendario de 1718 á diez y seis santas nuevas, que eran:

Mad. de Berry	Santa Fecunda.
La joven princesa de Conti . .	Santa Atolondrada.
Mlle. de Charolais.	Santa Astuta.
La joven D. de Saint-Simón.	Santa Severa.
Mad. de Angennes.	Santa Revoltosa.
La princesa de Rohán . . .	Santa Acurrucada.
La duquesa de la Valliere. .	Santa Prudente.
La mariscala de Estrées . . .	Santa Descarada.
La marquesa de Nesle . . .	Santa Cómoda.
Mad. de Locmaria.	Santa Chanza.
Mlle. de Maille.	Santa Renacuajo.
Mlle. de Beurnonville. . . .	Santa Picarilla.
La marquesa de Beaufremont	Santa Bizarra.
Mlle. de Estrées	Santa Fácil.
La marquesa de Gace . . .	Santa Vivaracha.
La vizcondesa de Polígnac .	Santa Despierta.

Los motivos de la canonización estaban detallados en unos villancicos, en los que cada santa tenía su copla.

Véase el de la duquesa de Berry. Al César lo que es del César.

Con esmerado celo
Santa Fecunda
Mostraba á todos que era
Toda ella rubia.
Lo que el amor hacía,
En el baño á sus solas
Ella lo deshacía
Y asaz meditabunda
De todos concebía
Santa Fecúnda.

No nos atrevemos á imprimir las otras coplas. Júzguese, pues, por esta muestra qué tal serían las demás.

CAPÍTULO IX

Amores de Argensón. — Robo de Mad. de Tencin. — Harem de las licenciosas y religiosas. — Fundición de moneda. — Representación del parlamento. — El sólio. — Los cangrejos. — El destierro. — Dubois en Londres. — Intrigas diplomáticas. — El diamante. — Alberoni y el duque de Vendome. — El macaroni. — La princesa de Ursinos. — El complot. — Juan Bubat, y La Fillón. — Arresto de Portocarrero. — Despedida de Cellamare. — Presencia de espíritu de Richelieu. — Prisiones de los conspiradores. — Muerte de Carlos XII.

En la época de que tratamos, es decir, al principio de 1718, M. de Argensón, nuevo guarda-sellos, tenía cerca de sesenta años, y era teniente de policía desde 1697; ó lo que es lo mismo, veinte años hacía, poco más ó menos.

Era alto, y tan moreno, ó mejor dicho tan negro de cara, que cuando tomaba su tono de magistrado helaba de miedo al acusado; por lo demás muy buen teniente de policía, sabiendo todo lo que pasaba, conocedor de las costumbres, vicios y virtudes de los parisienses, que le temían lo mismo que al fuego, por más que usase oportunamente de las revelaciones que le hacían sus agentes, esencialmente con las personas distinguidas.

Este hombre tan terrible y duro como hombre público, era como particular uno de los mejores ami-

gos, del carácter más dulce y amable del mundo; lleno de talento, de delicadeza y jovialidad, tenía siempre y sobre todo en la mesa, ese hermoso buen humor que anima y complace en una comida. Solamente que disoluto, digno de citarse como tal en aquella época de desórdenes, principió proporcionándose un harem de las mujeres más abandonadas que tenía en su jurisdicción, y acabó por tener otro de religiosas.

Esta afición á la toca la adquirió de Mad. de Tencin la que por el favor y el dinero del abad de Dubois, su apasionado, consiguió de la corte de Roma la dispensa de los votos que había hecho. Hizo que la robasen, y tomó en París una habitación en que Argensón la visitaba; muy presto la dejó éste por una novicia de las hospitalarias de San Marcelo, á quien sedujo y robó como á Mad. de Tencin; pero estos nuevos amores no podían durar mucho más tiempo que los otros, y estaba reservado únicamente al convento de la Magdalena de Tresnel el privilegio de que allí se fijara.

M. de Argensón, como teniente de policía, tenía entrada en todos los conventos de los que era inspector nato; además, y siempre como tal teniente de policía, podía conceder mil favores que sin costarle un cuarto enriquecían á las benditas hijas.

En una de estas visitas fué cuando trabó conocimiento con la superiora de dicho convento.

Era ésta joven todavía, con hermosísimos ojos, una tez fresca, un conjunto de cara agradable, aunque con un cuerpo algo grueso, lo que no era ciertamente un defecto para Argensón.

Al cabo de una semana el teniente de policía estaba en el convento de la Magdalena como en su casa.

A los tres meses, la superiora veneraba tanto á M. de Argensón, que hizo levantar una capilla á San

Marcos, porque este era el nombre de aquél, y el que también se puso en las fuentes bautismales de la serenísima república de Venecia. — En aquella capilla había un sepulcro donde había de depositarse su corazón.

Estas dos atenciones tan delicadas conmovieron profundamente á M. de Argensón, que por otra parte eligió por domicilio el convento, en donde todas las tardes, después de sus quehaceres, se retiraba á una casa que había hecho levantar, y cuyas habitaciones se comunicaban con las de la superiora. Allí, como un sultán en su serrallo, el teniente de policía abandonaba sus pies á fricciones de aguardiente que le daban las novicias, después de lo que se cenaba cerca de la cama de monseñor.

Á las once se separaban, y todas las religiosas, después de saludarle, se retiraban una después de otra á descansar.

Ya no causará admiración que el nombramiento de Argensón, de canciller y presidente del consejo de Hacienda, escandalizara los primeros días; pero muy pronto, no tachando nadie al nuevo magistrado de incapacidad ni de falta de delicadeza, se olvidaron, ó más bien toleraron sus extravíos.

La primera operación financiera de M. de Argensón fué la de una contrata con los mercaderes de Saint-Malo, por la que se obligaron á dar al rey 22,000,000 de plata en barras, que debían ser satisfechas en metálico á 33 libras el marco: al mismo tiempo la compañía de Occidente principió sus operaciones, enviando á la Luisiana seis buques cargados con hombres, mujeres y mercaderías. En fines de mayo, el regente dió un edicto en nombre del rey, por el que se mandaba hacer una fundición general, y un aumento consi-

derable en las monedas; este no fué presentado al parlamento, y circuló solamente en la casa de monedas, lo que hizo que el parlamento interpelara contra tal edicto, dando el 20 de junio un mensaje para que se hicieran al rey humildes manifestaciones, no solamente acerca de las formalidades del edicto no registrado en el consejo, síno también por sus consecuencias, hasta tanto que el rey quisiese hacer justicia á dicha representación.

Se ve que el parlamento no tardó en usar del derecho que se había vuelto á conceder.

En medio de todas las disensiones que ocasionaba esta oposición del parlamento, el duque de Orleáns se dejaba llevar algunas veces de su carácter fogoso; un día cansado de tanta lentitud, y de no querer hacer nada, respondió al magistrado que le hacía observaciones en nombre de la compañía: — Vaya vd. á.....

— ¿ Manda V. A. que se anote su respuesta? preguntó el magistrado bajando la cabeza.

Esta gravedad volvió su sangre fría al príncipe, pero no por eso dejó de reunir el consejo, y de hacer que diese un decreto que anulaba el del parlamento, y mandaba que el edicto fuese obedecido en su misma forma y tenor.

Nuevas instancias del parlamento corroboradas por la cámara de cuentas y por el tribunal mayor de subsidios.

Este conflicto ocasionó un consejo de ministros, al cual asistió el parlamento atravesando París con sus ropajes encarnados.

La compañía no adelantó otra cosa con esta demostración, sino que la siguiese por todo el camino un centenar de pillos que gritaban: abajo los cangrejos.

Este consejo de ministros sirvió:

1° Para registrar los despachos por el oficio de guarda-sellos, y los que había dado M. de Argensón en calidad de tal.

2°. Á dar un decreto mandando al parlamento que se limitase en adelante á hacer justicia á los vasallos del rey sin mezclarse en ninguna manera en los negocios de Estado ni en los de Hacienda.

3°. Á que declarase que en primer lugar se volvía á dar á los duques y pares asiento en el parlamento, inmediatamente después de los príncipes de sangre real: y en segundo que limitaba á los príncipes legítimos á su dignidad de pares de Francia, exceptuando al conde de Tolosa, á quien conservaba el rango que hasta el día había tenido.

4°. Á despojar al duque de Maine de la superintendencia de la educación del rey, que fué confiada al duque de Borbón.

Por su parte el parlamento protestó en forma contra estos registros, contra todo lo que se había hecho en el consejo de ministros, á lo que el regente respondió con el destierro del presidente de Blammont y de dos consejeros.

Este destierro duró tres meses.

Mientras tanto, Dubois había vuelto á Londres con el intento de que el emperador accediese al tratado de la triple alianza, y también el de conseguir otro para una cuádruple alianza.

Dubois salió de París con datos preciosos suministrados por lord Stairs, sin duda de todas las personas que podían tener influencia con el rey Jorge.

En el primer número de estas personas se hallaba la querida del rey, la duquesa de Kendal. Así, Dubois llegó á Londres con una provisión de modas de París, adornos á la Adriana, telas de todas especies, primeras

esencias, polvos de olor, etc., etc.; consiguiendo que al cabo de ocho días de su residencia en Londres, la duquesa de Kendal fuese enteramente de la Francia; faltaba el primero de los Pitt, abuelo de aquella familia parlamentaria que estuvo durante tres generaciones á la cabeza de la política inglesa.

M. Pitt era uno de los antagonistas más encarnizados de la alianza francesa.

Dubois se informó de los medios por los cuales se podría atraer al gran político, y supo que Pitt poseía un diamante de 600 granos de peso, y quería por él dos millones. Dubois tenía un crédito ilimitado y compró el diamante en la citada suma, enviándoselo al duque de Orleáns y escribiéndole: « Os remito un diamante, al que seguramente pondréis vuestro nombre; sólo precede algunos días á un tratado, al que yo daré acaso el mío. »

En efecto, el 2 de agosto se concluyó el tratado entre el emperador, el rey de Inglaterra y el rey de Francia; la cuarta potencia, que era la Holanda, no se agregó hasta el 16 de febrero de 1719.

Por este tratado consentía, en fin, el emperador en renunciar tanto él como sus sucesores todos los títulos y derechos á la España, haciendo que el rey católico por su parte renunciara también todos los suyos, y pretensiones á los estados de Italia y los Países Bajos, lo mismo que al marquesado de Final y á los derechos que se había reservado al reino de Sicilia; pero le concedían cuanto podía apetecer acerca de las sucesiones eventuales de los ducados de Parma y de Toscana. El emperador se obligó, cuando principiasen estas sucesiones, á conceder la investidura á los hijos de la reina de España; en fin, se derogó, por este tratado, que siguió al de Utrech, que la Sicilia perteneciese al du-

que de Saboya, debiendo el príncipe volvérsela al emperador; que en cambio hizo que la España le cediese la isla y el reino de Cerdeña, de que aquélla había tomado posesión el año precedente.

El 18 de noviembre el duque de Saboya dió su consentimiento al tratado de la cuádruple alianza, y aceptó la Cerdeña en cambio de la Sicilia.

Todo esto sucedía en perjuicio del rey de España, quien fijos los ojos sin cesar en el trono de Francia, esperaba que el joven rey muriese para reclamar la sucesión de su abuelo.

En efecto, no solamente el rey Luis XV estaba sumamente delicado, sino que los mismos que habían esparcido todos aquellos rumores de envenenamientos que circularon cuando la muerte de los príncipes, volvían á pronosticar la próxima del joven rey, que habiendo pasado, como hemos dicho, á poder del regente, lo tenía enteramente subyugado. Como para dar la razón á los calumniadores, cayó efectivamente malo, y como los médicos creyeron oportuno suministrarle el emético, se dieron prisa á decir, que si se había salvado, había sido á beneficio de un *vomitivo dado á tiempo*, sin que por esto dejase de ser tan grande en París la inquietud y el sobresalto, que determinaron varias personas respetables mandar un comisionado á la ciudad de Viena, con el objeto de suplicar al emperador Carlos VI que hiciera una amenaza á la Francia para darla á entender que el trono era hereditario, y que la muerte del rey, si llegaba á realizarse, que se suponía no era natural, sería un *casus belli*.

Lo que hay de extraño es que esta declaración se hizo después de una negociación de algunos meses perfectamente meditada por el emperador; que acopió

víveres en Luxemburgo, y tuvo algunas tropas recorriendo la frontera.

Restablecida la salud del rey, y firmado el tratado de la cuádruple alianza, se dió fin á todas las demostraciones hostiles.

El hombre que tramaba todas estas intrigas franco-españolas era el cardenal Alberoni.

La suerte de este prelado, cuyo carácter travieso y arrojado indicaba intenciones de querer cambiar la faz del mundo, era particular.

Los que han leído nuestra historia de Luis XIV se acordarán de M. de Vendome y de las excentricidades á que se entregaba.

Cuando mandaba en Italia el duque de Parma envió cerca del general francés, para tratar con él en su nombre, un obispo consejero suyo.

M. de Vendome recibió al embajador sentado en su retrete, donde pasaba la mayor parte del tiempo; por supuesto que le pareció esto singular al obispo, pero tomó su partido, y le presentó los homenajes de su amo, que recibió aquél gravemente, como si estuviese en un trono; después de los cumplidos de etiqueta por parte del duque de Parma, el obispo hizo los suyos y le preguntó cómo estaba.

— Muy medianamente, respondió éste.

— En efecto, repuso el obispo, al ver la cara granugienta de M. de Vendome. V. A., á lo que veo, tiene el semblante bastante acalorado.

— ¡ Bah ! respondió éste, mi cara, no es nada.

— Monseñor, dijo el obispo levantándose, conozco que no soy á propósito para entrar en relaciones con vos, pero os enviaré á uno de mis limosneros que os comprenderá mejor, y al acabar de hablar se retiró.

El limosnero que quería enviar al príncipe era Alberoni.

Había nacido éste en la choza de un jardinero: cuando niño fué campanero; ya mozo, cambió su capotón de tela por hábitos de clérigo. Era de carácter burlón y se reía por casi nada. Un día el duque de Parma oyó unas carcajadas tan fuertes, que el pobre príncipe, que no se reía todos los días, llamó al clerigüillo, quien le contó yo no sé qué aventura grotesca; la risa se apoderó de S. A., y viendo que no era malo estar alegre algunas veces, lo destinó á su capilla particular, más bien como bufón que como beneficiado; pero con el tiempo conoció el príncipe que su bufón tenía talento y travesura, y que á pesar de haberle tomado con solo el objeto de simple diversión, podía, no obstante, serle de mucha utilidad en política.

El príncipe estaba dispuesto en favor de Alberoni, y no esperaba más que una oportunidad para emplearlo en alguna cosa de importancia. Cuando el obispo volvió de su comisión, contó al príncipe lo que había sucedido, y le rogó que enviase á Alberoni en su lugar.

El príncipe no deseaba otra cosa, y el limosnero quedó encargado cerca del nieto de Enrique IV de la misión confiada al ministro.

Alberoni salió con plenos poderes del duque de Parma.

M. de Vendome, que no se incomodó por un obispo, menos se violentó por el cura; lo recibió exactamente en la misma posición en que había recibido al obispo, y como viese que el nuevo embajador era de humor más jovial que el anterior, le contó la aventura, y haciéndola al vivo, repitió completamente la escena del prelado. Pero en lugar de incomodarse Alberoni como

su predecesor á la vista de aquella humorada, exclamó juntando las manos: ¡ *Ah ! sois un ángel.*

La exclamación agradó á M. de Vendome, que se mostró muy corriente con un embajador que sabía apreciar tanto su persona, y acto continuo se terminó el negocio.

Alberoni volvió triunfante á Parma.

Quedaban algunas diferencias que arreglar con M. de Vendome, y el duque creyó que á nadie podía confiar esta segunda negociación mejor que á aquel que tan bien había desempeñado la primera : Alberoni fué vuelto á enviar al duque.

Encontró á M. de Vendome dispuesto á sentarse á la mesa : Alberoni conoció la posición. Era aquél glotón, como si fuese un verdadero Borbón ; en lugar de hablarle de negocios, le pidió Alberoni el permiso de condimentarle dos platos hechos á su manera; en seguida bajó á la cocina, y subió un cuarto de hora después con una sopa con queso en una mano, y unos macarrones en la otra.

M. de Vendome probó la sopa, y la halló tan buena, que quiso que Alberoni la comiera con él. En cuanto á los macarrones, la admiración que sintió por Alberoni llegó á su colmo ; entonces éste entabló el negocio, y lo llevó á la punta de su tenedor. S. A. estaba maravillado; los más grandes diplomáticos no tuvieron nunca tanta influencia con él.

Alberoni volvió al duque con la dichosa noticia de haber conseguido cuanto quiso de M. de Vendome.

Pero al dejar á M. de Vendome, se guardó mucho de dar la receta al cocinero del príncipe, de manera que al cabo de ocho días fué aquél quien preguntó al duque de Parma sí no tenía ningún asunto que tratar con él. S. A. discurrió, y halló un tercer motivo de

embajada, enviando de nuevo á Alberoni al duque.

Comprendió éste que allí estaba su porvenir, y consiguió persuadir á su soberano que en ninguna parte podría serle más útil que al lado de M. de Vendome, y convenciendo á éste que no podría vivir sin sopa con queso ni macarrones. En su consecuencia, M. de Vendome le llamó á su servicio, le confió sus secretos, y cuando pasó por España, se lo llevó consigo.

Alberoni en España se puso en relación con Mad. de Ursinos, querida de Felipe V, de manera que cuando M. de Vendome murió en Tignaros en 1712, colocó á aquél en la misma posición y consideración que tenía con el difunto. Para Alberoni siempre era esto ascender, porque Mad. de Ursinos era la verdadera reina de España.

No obstante, la princesa de Ursinos empezaba á envejecer, y esto era un delito á los ojos de Felipe V; así es, que cuando María de Saboya, su primera mujer, murió en 1714, la de Ursinos tuvo pensamiento de proporcionarle otra reina, creyendo que una princesa que obtuviese la corona de su mano se dejaría manejar por ella.

Alberoni intervino entonces, propuso á la princesa la hija de su antiguo señor el duque de Parma, presentándosela bajo el aspecto de una niña, sin carácter formado y sin voluntad propia, á quien manejaría como quisiera, y no pediría nunca otra cosa de la dignidad real más que el nombre. La de Ursinos confió en esta promesa, el casamiento se realizó y la joven princesa dejó la Italia para ir á España.

La princesa de Ursinos, al saber su próxima llegada, salió á recibirla; pero aquella joven reina, á quien la favorita pensaba manejar á su gusto, apenas vió á Mad. de Ursinos, dió la orden para que la arres-

tasen. En su consecuencia la pusieron en un coche, en el que un guardia rompió por cierto un vidrio con el codo, y con el pecho descubierto, sin abrigo, y vestida de corte, se la llevaron con un frío de seis grados á Burgos, y desde allí á Francia, donde llegó después de haberse visto obligada á pedir prestados á sus criados cincuenta doblones.

Al día siguiente de su boda, el rey de España anunció á Alberoni que era el primer ministro.

Siendo Alberoni el primer ministro, soñaba por de contado ver á Felipe V rey de Francia.

El rey Jorge había advertido varias veces al regente que se tramaba alguna cosa contra él; éste enseñó á Argensón la correspondencia, sin que la sutileza del antiguo teniente de policía alcanzara á ver nada en aquel complot, que parecía una mentira más bien que la realidad.

La ocasión fué á propósito, la popularidad del regente comenzaba á declinar, porque la afectaban las orgías del palacio real; el disgusto del parlamento, á quien se acababa de privar del derecho de representar, y la aristocracia, que viendo su tendencia á la concentración de los poderes, conocía que la influencia gubernativa se le escapaba para pasar á manos del regente y de Dubois; además, el duque de Orleáns había roto con el partido jansenista, y todos los doctores del antiguo Port-Royal principiaban á levantar la voz contra él.

Por su parte, Mad. de Maine, desterrada en Sceaux, se formó una corte de poetas, de publicistas, que en aquella época de sátiras, de villancicos y de folletos, era un móvil enorme para dirigir el espíritu público.

Á la cabeza de esta oposición se hallaba el poeta Chancel de Lagrange, más conocido hoy por Lagrange

Chancel; éste había llamado la atención con algunos ensayos dramáticos: desde su estreno en el teatro en 1679 por *Oreste y Pilades,* había hecho que se representase en 1699 *Melagre y Athenais*; en 1704, *Amasis*; en 1703, *Alceste*; en 1713, la *Locura fingida*; en 1716, *Sophonisbe.* Todas estas piezas tuvieron altos y bajos; pero en aquel tiempo de medianía no dejaron de dar cierta reputación á Lagrange Chancel.

Era éste de una familia de Guyenne, ennoblecida por sus servicios militares; empezó con los mosqueteros, fué después maestro de ceremonias de la duquesa de Orleáns viuda, y dentro del palacio real, cuando se juntaba con los oficiales de la casa, fué donde conoció á Felipe de Orleáns.

Quien fuese el que indujo á Lagrange Chancel á escribir sus filípicas, nadie lo sabe. ¿Tenía alguna queja personal del regente? ¿Le arrastró el aguijón de un odio particular, por el dinero acaso de la duquesa de Maine, ó quiso hacer una de aquellas oposiciones que resultan en ciertos momentos, como la expresión de la opinión general? Por su parte Voltaire acababa de dar el *Edipo.*

Esta era una venganza contra el regente; Voltaire ocupó los ratos ociosos cuando estaba en la Bastilla en componer el *Edipo*: los Anales incestuosos del rey tebano eran una sátira continua de los que se reprochaban al regente. Aun había más, la tragedia se puso bajo la protección de la duquesa de Orleáns, que aceptó su dedicatoria, en la que decía Voltaire que había compuesto el *Edipo* para complacerla, y la ponía bajo su protección como un débil ensayo de su pluma. Fué efectivamente débil, pero la crítica era sangrienta, y correspondía al espíritu de oposición de aquel tiempo. La tragedia se hizo sin interrupción

por espacio de cuarenta y cinco representaciones.

El regente fingió que nada había en el *Edipo* que puediera herirle, y desde la primera representación mandó dar á su autor una suma bastante considerable.

— Señor, dijo Voltaire al que le entregaba dicha suma, decid á S. A. que le doy las gracias por haberse encargado de mi alimento, pero que le suplico que no se encargue más de mi alojamiento.

En medio de estas bromas fué cuando Alberoni, el príncipe de Cellamare y Mad. de Maine formaron su plan. Además, véase lo que soñaba Alberoni; quería apoderarse de Felipe de Orleáns, encerrarlo en el alcázar de Toledo ó Tarragona; preso el príncipe, quería que se reconociese por regente á M. de Maine, separaba á la Francia de la cuádruple alianza, arrojaba á Jacobo III con una flota á las costas de Inglaterra, añadía la Prusia, la Suecia y la Rusia, con las cuales, por su parte, había firmado un tratado de alianza con la Holanda en represalia. El imperio se aprovecharía de esta lucha para apoderarse de Nápoles y de la Sicila; entonces Alberoni conferiría el gran ducado de Toscana, próximo á quedarse sin dueño por la extinción de los Médicis, al segundo hijo del rey de España, y reuniría los Paises Bajos á la Francia; daría la Cerdeña al duque de Saboya; Commachio al Papa; Mantua á los Venecianos; constituyéndose él en alma de la liga del Mediodía y del Occidente, contra el Oriente y Norte; y en caso de que Luis XV muriese, coronaba á Felipe V por rey de la mitad del mundo.

El plan es preciso confesar que era grande, por más que hubiera salido de la cabeza de un guisandero de macaroni.

Uno de aquellos acontecimientos que, á pesar de su pequeñez, trastornan todas las previsiones humanas, echó á perder esta gigantesca combinación.

Los sujetos que la Providencia señaló entonces como agentes de su voluntad, fueron un pobre empleado en la biblioteca, y el ama de una casa de mujeres abandonadas; el empleado se llamaba Juan Bubat: la zurcidora de voluntades se llamaba La Fillón.

Ambos se presentaron casi á un mismo tiempo en casa de Dubois; veamos lo que sucedió á Juan Bubat.

El pobre empleado, á quien el administrador de la biblioteca debía cinco ó seis meses por falta de metálico, iba buscando para hacer frente á sus necesidades donde poder escribir, un fingido príncipe de Listhney, que no era más que un ayuda de cámara del príncipe de Cellamare, le ocupaba en las copias de segundo orden, y Bubat, nunca se enteró de lo que escribía, hasta que una nota que se quedó imprudentemente entre los papeles confiados al pobre calígrafo, despertó sus sospechas.

Véase dicha nota textualmente copiada en los archivos de negocios extranjeros:

« Reservada.

« A. S. E. monseñor Alberoni, en persona.

« Es sumamente importante apoderarse de las plazas próximas á los Pirineos, y de los señores que residen en su territorio. »

Hasta allí Bubat no había comprendido mucho, y como copiaba según iba leyendo, continuó:

« Comprar la guarnición de Bayona ó apoderarse de ella. »

Desde aquí, el asunto le había parecido muy serio

á Bubat, y dejando de escribir, leyó con una atención que se aumentaba según iba leyendo el precioso documento.

« El marqués de T... es el gobernador D..., los deseos de este señor son conocidos ; cuando se acaba de decidir á triplicar su gasto para atraer á la nobleza, debe distribuir gratificaciones y ha de repartir el dinero.

« En Normandía, Carentac es un sitio importante, es preciso personarse con el gobernador de aquella ciudad, como con el marqués de T.....; hacer más todavía ; dar á sus oficiales las recompensas que quieran.

« Obrar del mismo modo en todas las provincias. »

Bubat no dudó ya ; estada en medio de una trama de una vasta conspiración.

Continuó.

« Para satisfacer este gasto se debe contar á lo menos con trescientas mil libras el primer mes, y en lo sucesivo con cien mil en cada uno, pagadas exactamente. »

Estas cien mil libras mensuales pagadas exactamente llenaron de agua la boca del pobre Bubat, que no tenía más que novecientas libras al año, y éstas no se las pagaban.

Así, pues, continuó con más ardor.

« Este gasto, que cesará en tiempo de paz, pone al rey católico en disposición de obrar con seguridad en caso de guerra.

« España no es más que una auxiliar; el verdadero ejército de Felipe V está en Francia; una división de 10,000 Españoles es más que suficiente con el rey á la cabeza.

« Pero es preciso contar con quitarle al duque de Orleáns, á lo menos la mitad del ejército. Este es el

punto decisivo y no se puede hacer sin dinero, por lo que será necesaria una gratificación de cien mil libras á cada batallón y á cada escuadrón.

« Á veinte batallones son dos millones; con esta suma se levanta un ejército seguro, y se destruye el del enemigo.

« Es casi cierto que los súbditos más adictos al rey de España no se emplearán en el ejército que marche contra él; que se repartan en las provincias, allí obrarán, solamente revestirles de cierto carácter si no lo tienen; en tal caso es preciso que S. M. C. envíe órdenes en blanco que pueda cumplir su ministro en París.

« En atención á la multitud de órdenes que hay que dar, conviene que el embajador tenga poderes para firmar por el rey de España.

« También conviene que S. M. C. firme estas órdenes, como hijo de la Francia; este es su título.

« Crear un fondo para un ejército de 90,000 hombres que sean aguerridos, valientes y disciplinados.

« Cuando lleguen estos fondos á Francia en fin de mayo ó principios de junio, han de ser distribuídos inmediatamente en las capitales de provincia, como Nantes, Bayona, etc.

«Es preciso no dejar salir de España al embajador de Francia; su presencia responderá de los que estén á su favor. »

Por puro copista que fué Bubat, no le quedó duda ninguna; copió el documento que acabamos de trascribir como hizo con los demás, y aun mejor, porque en lugar de una copia hizo dos.

La una la remitió al supuesto príncipe de Listhney, la otra se quedó con ella.

En seguida salió, corrió á casa de Dubois, á quien entregó la copia que había conservado.

Al día siguiente recibió Dubois otra visita no menos importante que ésta, y era la de La Fillón.

Bubat había ido á denunciar el mensaje.

La Fillón iba á delatar al mensajero.

Vamos á ver lo que sucedió la víspera en su casa.

Uno de los secretarios del príncipe de Cellamare tenía una cita á las ocho con una de las pensionistas de la honrada señora.

En vez de ir á las ocho, fué á las ocho y media; este retraso ocasionó una explicación entre los enamorados.

El secretario dió por excusa que con motivo de tener que marchar á España Portocarrero, y estando encargado por el príncipe de Cellamare de documentos muy importantes, se había visto obligado á prolongar su trabajo hasta las once y media.

La Fillón oyó toda la explicación, y conociendo que allí había algún misterio, fué á decírselo á Dubois.

Éste unió una cosa á otra.

Los documentos que había copiado Bubat eran los que se confiaron á Portocarrero.

En efecto, Portocarrero era un joven clérigo, sobrino del cardenal de este nombre ; en nada se ocupaba de la política, y así era imposible que sospechase la importancia del mensaje de que estaba encargado.

Llevaba á Dubois doce horas no más de delantera.

Mandó éste que corrieran tras de aquél, pero Portocarrero iba tan de prisa como los correos de Dubois, y puede que hubiera llegado á España antes que ellos si su silla de posta no hubiera volcado en Poitiers al pasar un vado.

Cuando un viajero vuelca, generalmente no piensa más que en él, y luego en sus efectos, pero con res-

pecto á Portocarrero sucedió todo lo contrario, no pensando más que en su maleta que iba por la corriente, y tras de la que se arrojó sin pensar en que el río no estaba ya vadeable.

Este afán de poner en salvo su maleta con peligro de la vida, dió que sospechar al postillón. Al próximo relevo dió parte á la autoridad. Todo lo que iba y venía de España olía á revolución. Detuvieron á Portocarrero por lo que pudiera suceder, y cuando llegaron los correos de Dubois, vieron que aquél estaba arrestado ; le vigilaron más de cerca, y remitieron por un hombre á caballo á todo correr la maleta á Dubois, quien la recibió el jueves 8 de diciembre al tiempo de ir el regente á la Ópera.

Ya hemos indicado que á las seis dadas no se podía ya hablar al regente de negocios.

Al salir de la Ópera mandó que sirvieran la cena, y en la mesa era más inaccesible que en el teatro.

Dubois, por lo tanto tuvo tiempo hasta el día siguiente al medio día para coordinar su conspiración como él la comprendía.

Decimos hasta el día siguiente al medio día, porque cada vez que el regente asistía á una de aquellas cenas que hemos de pintar, los vapores del vino le ponían la cabeza tan pesada, que antes que llegase el medio día no estaba en disposición de ocuparse en ningún asunto.

Dubois se había apoderado del negocio con gran conato

Tenía amigos y enemigos ; Dubois gustaba de poder contar con alguna persona de alta categoría para el caso de que su buena estrella no le proporcionase siempre los Bubat y las Fillón.

Quemó por lo tanto ó guardó parte de las cartas, no

entregando al regente más que á los culpables que quiso.

No obstante, avisaron al príncipe de Cellamare por un correo particular el arresto de Portocarrero; pero como no podía figurarse que su secreto se hubiera descubierto, se presentó el 9 de diciembre por la mañana á Leblanc, secretario de Estado del ministerio de la Guerra, á pedir que pusieran en libertad á su mensajero que viajaba con pasaporte español, ó cuando menos que le devolviesen un pliego que había encargado á aquél.

Leblanc, enterado por Dubois, respondió al príncipe, que no tan sólo no pondría en libertad á su mensajero ni le devolvería el pliego, sino que antes bien tenía orden de acompañar al príncipe á su casa y de apoderarse de los papeles que se hallasen en su despacho.

Cellamare trató de argüir con su título de embajador, pero en estos entredichos entró Dubois á consecuencia de las más vivas instancias de este último; el príncipe no tuvo ya disculpa para ir á la embajada con sus dos acólitos.

La embajada estaba ocupada por un destacamento de mosqueteros.

Hicieron el escrutinio de los papeles del príncipe, poniendo en todos el sello del rey y del embajador.

Mientras que duró esta visita, Leblanc, con quien el príncipe usaba mucha política, al paso que por el contrario trataba á Dubois con desprecio, cogió un cofrecito lleno de cartas.

El príncipe se lo quitó de las manos.

— Señor Leblanc, le dijo: esto no es de inspección vuestra, el cofrecito no contiene más que cartas de mu-

jer; entregadlo al abate, que no ha sido toda su vida más que un tercero.

Por la noche el contenido de la maleta, ó más bien de lo que Dubois había dejado, se leyó en el consejo, se enteró de que los principales culpables eran: el príncipe de Cellamare, la duquesa y el duque de Maine; el duque de Richelieu, el marqués de Pompadour, el conde Aydie, Foucault de Magny, introductor de embajadores, un eclesiástico, llamado Brigaut, y un caballero de Mesnil.

Á éste le arrestaron el 9, pero había quemado sus papeles, lo que sintió mucho el regente en atención á que era uno de los íntimos confidentes de Mad. de Maine, y pasaba por ser el amante de Mlle Delaunay, que era, según decían, la de más confianza de la princesa.

El cura Brigaut, al cabo de tres ó cuatro días de pesquisas, fué preso en Montargis, lo llevaron á París y lo inscribieron en el libro de entradas de la Bastilla: Foucault de Magny se escapó: tenía algo de loco (dice Duclos), y en toda su vida no hizo más que una acción cuerda, que fué la de escaparse.

El caballero de Aydie, primo y cuñado de Riom, estaba en una casa, en donde se había quedado á cenar, y se entretenía en mirar una partida de ajedrez, cuando supo que el príncipe de Cellamare estaba arrestado.

Aydie, al oir una noticia tan importante, fingió estar atendiendo al juego.

Al cabo de diez minutos, uno de los jugadores dió mate á otro. Aydie entonces se ofreció á jugar otra partida, lo hizo y ganó. Después, en el momento en que avisaban que la cena estaba pronta, se aprovechó de aquella coyuntura y se marchó. Ya fuera, se dió

prisa en ir á su casa, envió á buscar caballos de posta y partió.

El 10 por la mañana, el marqués de Pompadour fué preso en su casa; era éste padre de la hermosa Mad. de Courcillon, y abuelo de la princesa de Rohán.

Cuando fueron á casa de M. de Richelieu á prenderle, estaba aun acostado. Oyó el ruido que se hacía en el salón, pero antes de que tuviese tiempo de preguntar lo que era, Duchebron, preboste del condestable, estaba en su cuarto con unos treinta arqueros. El duque había tenido una carta de Alberoni al anochecer, y la metió debajo de su almohada; esta carta, la más comprometida, perdía al duque si daban con ella; éste conservó su serenidad, y al bajar de la cama:

— Señores, dijo, estoy pronto á seguiros, pero dejadme hacer una necesidad precisa.

Al decir estas palabras, abre su velador, se baja á tomar la escupidera, y mientras que por una acción natural, los soldados se vuelven, agarra la carta, se la mete en la boca y se la traga sin que nadie lo advierta.

Al duque de Maine, lo prendió en Sceaux Billarderie, teniente de guardias de corps; lo condujo al castillo de Doulens, en la Picardía, dejándolo bajo la salvaguardia de Favancour, brigadier de los mosqueteros.

En cuanto á la duquesa de Maine, el duque de Ancenis, capitán de guardias de corps, fué el que la arrestó en una casa de la calle de Saint-Honoré, que había tomado para estar más á la vista del palacio de las Tullerías. El duque de Ancenis la condujo á Lyon, desde donde un teniente y un exento de guardias la acompañaron al castillo de Dijon.

Después de la visita que Leblanc y Dubois hicieron

al príncipe de Cellamare, lo encaminaron hacia España. Quiso reclamar invocando el derecho de gentes, pero le respondieron que no existía tal derecho para los conspiradores. Por consecuencia, salió de París acompañado por Dubois y dos capitanes de caballería que se detuvieron en Blois con el príncipe, aguardando que llegase M. de Saint-Aignan, nuestro embajador en Madrid; después de lo que le dejaron continuar libremente su camino.

M. de Saint-Aignan llegó más pronto de lo que se creía. Justamente cuando prendieron al príncipe de Cellamare, recibió la orden para dejar á Madrid. No se supo nunca el motivo de esta torpeza, atribuyéndolo algunos á cierta expresión de Saint-Aignan.

Se supone que éste dijo, hablando de un testamento que acababa de hacer Felipe V, y por el que en caso de fallecimiento nombraba á la reina por regenta, y á Alberoni primer ministro.

— Bien pudiera suceder con el testamento del nieto, como ha sucedido con el del abuelo.

El año de 1718 se acabó con la noticia de la muerte de Carlos XII, que hacia diez años que llamaba la atención de la Europa por sus caballerescas locuras. Murió de un tiro de mosquete disparado desde el fuerte de Frodericks, al que sitiaba: ésta es la opinión general.

Tan sólo corrieron rumores, que no continuaron, de que le abrieron la cabeza de un pistoletazo que le tiró uno de sus oficiales, cansado del servicio de aquel príncipe medio loco.

CAPÍTULO X

La Francia y la España. — Ventajas de la Francia. — Richelieu en la Bastilla. — Carta de un futuro académico. — Mlle. de Valois. — Mlle. de Charolais. — La calle de San-Antonio es el paseo de moda. — Mad. de Berry. — Sus ejercios en el convento de las hijas del Calvario. — Lo que la profetizaron. — Enfermedad de la princesa. — El cura de San Sulpicio. — Mad. de Berry se casa con Riom. — Sale éste para el ejército. — Mlle. de Chartres. — Recaída de Mad. de Berry. — Garus. — Chirac. — Dolor del regente. — La hija de la duquesa de Berry. — Muerte de Mad. de Maintenón. — Muerte del padre Le Tellier. — Continuación de nuestras ventajas en España.

El natural resultado de todos estos sucesos fué la guerra con España.

El 2 de enero publicó la Francia su manifiesto.

Contenía el estado en que se hallaba la Francia cuando la muerte de Luis XIV; la necesidad que tenía de conservar la paz, la que todos tenían de exterminar al que la turbase. Exponía las ventajas propuestas al rey de España por el tratado de la cuádruple alianza, tales como la renuncia absoluta del emperador á aquel reino, renuncia que nunca quiso conceder hasta entonces; la seguridad y la investidura de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia para los hijos de la reina, y la reversión del reino de Cerdeña concedida al

rey de España en cambio de la cesión que hacía de la Sicilia.

El manifiesto de la Francia produjo el de la España.

Felipe V exponía por su parte las causas que le habían obligado á hacer la guerra al emperador; eran estas los malos procedimientos de los imperiales en la observancia de los tratados cuando la evacuación de las plazas de Cataluña y de las islas de Mallorca é Ibiza, en las que al dejarlas, sembraron los gérmenes de la rebelión, y á quienes enviaron recursos para que no se sometiesen; además, recordaba el atentado cometido por el gobierno de Milán con el inquisidor general de España, al que prendieron, contra el derecho de gentes, cuando pasó por aquella ciudad. Y finalmente, las negociaciones que hubo en Londres y Viena para volver la Sicilia al emperador, privando á la corona de España del derecho de reversión estipulado en los tratados.

Pero como al tenor de los manifiestos, ambas potencias tenían razón, apelaron al arbitrio que se invoca en tales casos, al Dios de los ejércitos.

El 10 de marzo, las tropas francesas, mandadas por el mariscal de Berwick, acamparon entre Bayona y San Juan-Pie-de-Port, dispuestas á romper las hostilidades contra España.

El 15 de marzo, el pretendiente llegó á España dispuesto á hacer, con el auxilio del gabinete de Madrid, nueva tentativa en las costas de Inglaterra, con el objeto de entretenerla é impedir por este medio que tomara partido con el emperador.

El 21 de abril, el marqués de Silly atravesó el Bidasoa, y se apoderó del castillo de Behobia.

El 27, Felipe V, que decidió separarse de la joven reina para tomar en persona el mando de su ejército,

dió una proclama, declarando que su amistad para con el rey de Francia, y su celo por la nación francesa, le obligaban á mandar en persona las tropas para librarlas de la opresión.

El rey Felipe V creyó que con tal declaración se sublevaría la Francia en masa, y que una porción del ejército francés se pasaría á las filas españolas.

Pero la Francia tenía otra cosa en que pensar más bien que en la proclama del rey Felipe V, y era en el cautiverio de M. de Richelieu.

El 28 de marzo de 1719, largo tiempo después de las conspiraciones anteriores y en las circunstancias que ya hemos referido, M. de Richelieu fué preso en su alcoba y conducido á la Bastilla.

El regente, que le tenía ganas hacía mucho tiempo, dijo que aunque el duque tuviera cuatro cabezas, merecía se las cortasen todas; más como las pruebas de su culpabilidad no eran públicas, y no había más que una carta en la que M. de Richelieu intentaba que su regimiento se quedara en Bayona, cuya carta era la que circulaba, se atribuía á otro motivo puramente personal el arresto del hombre de moda.

Esta es la carta, la cual trascribimos literalmente y sin tocar á su ortografía, porque es curiosa, puesto que es hija de la pluma de un hombre que veinte años después había de ser nombrado miembro de la Academia por unanimidad.

Dicha carta era dirigida al mariscal de Berwick, y decía asi:

« Señor duque de Berwick, par y mariscal de Fran-
« cia,

« Como mi regimiento, Señor, está á punto de mar-
« char y que está después haciéndose un vestuario que
« perdería totalmente si antes que estuviera acabado,

« se viese obligado á hacer algún movimiento, tengo « el honor de suplicaros de que tengáis la bondad de « dejarlo en Bayona hasta principios de mayo que el « vestuario estará hecho, y os suplico que me creáis « con toda la consideración posible, Señor, vuestro « humilde y muy obediente servidor.

Duque de Richelieu. »

Una carta del duque á Alberoni existía á más, datada del 28 de marzo, es decir, del mismo día del arresto; pero no era de grande importancia.

Aquí está: como no tenemos más que la copia, sentimos no poder reproducir la ortografía, que sin duda no sería menos curiosa que la de la primera.

« Recibí el pequeño diamante que me habéis envia- « do por el presente dador, él mismo os enterará del « cambio que estoy dispuesto á hacer con vos. Creo « que contabais con que recibí una carta que no recibí « desgraciadamente, pero espero que este infortunio « podrá repararse de la manera que os volverá á decir « el presente portador. »

Esta era sin duda aquella carta de Alberoni, en que anunciaba el pequeño diamante que Richelieu se tragó en el momento en que lo prendieron.

Se ve que no había motivo por estas dos cartas para cortar cuatro cabezas; por eso, como se ha dicho, se atribuyó á otro motivo que al de la política la prisión de Richelieu.

Se decía que el duque de Orleáns amaba extremadamente á su hija menor la señorita de Valois, como antes lo había hecho á su primogénita Mad. de Berry, y que rabioso al ver que Richelieu era el preferido, se libertó de él, encerrándole en la Bastilla.

Según los amigos del duque decían, y digámoslo

cuanto antes en atención á las querellas que se habían ocasionado entre los padres, los hermanos y los maridos, el duque tenía muy pocos amigos. Según éstos, el único delito del preso fué el de escuchar ciertas proposiciones de un italiano llamado Marini, que se presentó en su casa como viniendo de parte de Alberoni, y en realidad quien lo enviaba era el regente. Dos ó tres conferencias tuvo el duque con aquel hombre, y en seguida lo prendieron.

Cualquiera que fuese el motivo de su arresto, el hecho no dejó de ser un gran acontecimiento para las mujeres. Parecía que no podían vivir sin el duque de Richelieu, y que al quitárselo las despojaban de una cosa que las pertenecía: diríase que todos los salones de París, tanto los de la corte como los de los particulares, existían sólo por el duque, desfalleciendo desde que éste no los frecuentaba.

El rigor del regente fué muy mal interpretado. Su indulgencia lo fué todavía peor. El duque de Richelieu, que había estado en el secreto y en el calabozo, consiguió que le dieran un día un cuarto en el segundo piso, permitiéndole que se paseara en la azotea de la Bastilla. Se dijo entonces que Mlle. de Valois se valió para con su padre de toda su gracia y amabilidad para mejorar la suerte de su buen amigo.

También Mlle. de Charolais cayó enferma de sentimiento, y por cierto tan peligrosamente, que su madre, que no la tenía un gran afecto, se enterneció de verla, y por vía de consuelo la dijo que la señorita de Valois acababa de conseguir, mediante ciertas condiciones, que se dulcificara la prisión del duque.

— ¡ Oh ¡ exclamó la enferma, que lo salve por cualquier medio que sea, y consiento no verlo más.

La exclamación llegó á oídos de Mlle. de Valois, que

por su parte fué á visitar á su prima, conviniendo entre ambas princesas que, cesando toda rivalidad, se valdrían del favor de sus amigos, y se ocuparían ellas mismas en salvar al pobre duque.

Mientras tanto, como la unión hace la fuerza, las dos princesas estrechamente unidas penetraron en la Bastilla. ¿ Por qué medios? ¿ á fuerza de dinero ? ¿ á fuerza de intrigas? la historia no lo dice, el hecho lo consigna y calla los detalles.

Convinieron solamente entre las dos que entrarían siempre juntas en el cuarto del duque; pero presto cada una de las dos partes contravino al texto del tratado, y como ya estaban seguras del estado del duque, ambas princesas, á las que solo un mismo temor había hecho que se unierán, volvieron en seguida á ser rivales y hasta enemigas.

Entretanto corrió la voz de que el duque de Richelieu había conseguido licencia para pasearse en la azotea de la Bastilla.

La calle de San Antonio se llenó de coches, los más elegantes de París, y fué en fin de abril y principios de mayo el paseo de moda de la sociedad escogida.

Por todas las portezuelas de dichos coches salían blancas manos, finísimos pañuelos de batista que se movían haciendo señas, á las que el preso contestaba por una multitud de demostraciones que enviaba á la casualidad, no pudiendo conocer desde la altura en que estaba las hermosas visitadoras, que dieron al representante de España aquella prueba de simpatía.

Otra persona había también entonces que partía con el joven duque el privilegio poco común de llamar la atención en París ; esta era la duquesa de Berry, que no quiso (según decían) dar un paso en favor del prisionero, su antiguo predilecto, nada más

que por celos de Mlle. de Valois, que le había quitado sucesivamente al duque de Orleáns y al de Richelieu.

Cuando llegó la Semana Santa, Mad. de Berry, que estaba en cinta, se retiró según costumbre á las Hijas del Calvario á un aposento que solía habitar cuando los ejercicios por pascua, ó según los caprichos religiosos que algunas veces tenía.

Dicho aposento era una pobre celda en donde vivía como una simple monja, durmiendo en una tarima, orando en la dura losa, sin usar para las rodillas, ni estera, ni cojines; así, pues, cuando las benditas monjas miraban la real penitenta, y la veían llorar y rezar de aquel modo, se confundían acerca de los rumores del mundo que penetraban hasta lo interior del convento y soledad del claustro, suponiendo que los pecados de la antigua Magdalena no eran nada en comparación de los de la Magdalena moderna.

Aquella vez la duquesa de Berry hizo sus ejercicios con más severidad que la de costumbre; pesaba sobre ella una profecía que la causó una profunda impresión. Antes de entrar en retiro, disfrazada la princesa de modo que no la conociesen, fué á visitar á una como gitana que gozaba de mucha reputación en aquella época, la que al inspeccionar su mano la dijo:

Sois la viuda de vuestro primo, y la mujer de otro de quien estáis enamorada y en cinta; vuestro parto será peligroso, pero si salís bien de él, viviréis mucho tiempo.

Esta profecía anonadó á la princesa tanto más, cuanto que coincidía con otra que la hicieron en su infancia, vaticinándola que no pasaría de los veinte y cinco años.

Por más precauciones que tomó la princesa, la casualidad ó el destino hizo que fuese cierto el pronóstico de la gitana, pues al octavo mes de su embarazo dió una caída que la ocasionó se malograse su hijo.

En el mismo de la caída, la calentura se apoderó de la princesa; á la noche siguiente tuvo gran novedad, y muy en breve se agravó de tal manera, que amenazada de una muerte próxima, el cura de San Sulpicio, llamado Languet, fué inmediatamente al Luxemburgo, habló al regente, manifestándole el peligro, é interesándole para que previniera á su hija que era preciso que recibiera los sacramentos; pero añadiéndole que de ninguna manera administraría á la princesa hasta que Riom y Mad. de Mouchy, que eran dos piedras de escándalo en todo París, salieran del Luxemburgo.

Efectivamente, todo el mundo estaba enterado, excepto la princesa, porque suponían que su pasión por Riom la obcecaba hasta el punto de no conocer, que al paso que frecuentaba estrechas relaciones con ella, las seguía al mismo tiempo con Mad de Mouchy.

El regente se vió muy apurado á consecuencia de este ultimátum; trató de persuadir al cura de que el escándalo sería mayor con extrañar á Riom y Mad. de Mouchy del Luxemburgo; por otra parte era una misión harto triste para un padre la de decir á su hija que se preparase á morir, para tener que añadir á más el insulto con que manchaban su agonía.

Pero el cura se mantuvo firme y resuelto, estaba apoyado por toda la Iglesia, y nada quiso conceder ni aceptar ningún medio.

El regente propuso al cardenal de Noailles como el único medianero arbitrio, á propósito por su carácter religioso.

El cura, confiado en el espíritu de corporación, lo aceptó.

Llamaron al Luxemburgo al cardenal, y este se unió al cura para pedir que separasen á la dama de honor y al ex-teniente de guardias.

Decimos ex-teniente, porque hacía ya algún tiempo que habían hecho á Riom coronel de un regimiento.

Mad. de Mouchy, sin preveer hasta qué punto llegarían las exigencias del cura, sospechó, no obstante, alguna cosa, y mandó llamar á un franciscano para que confesase á la princesa, mientras que el cura de San Sulpicio discutía con el regente y el cardenal de Noailles, creyendo que después de confesada y absuelta, recibiría la enferma el Viático, sin ningún obstáculo, de las manos del mismo cura.

Pero sucedió todo lo contrario; apenas abrió la puerta Mad. de Mouchy, cuando oyó de la misma boca del regente la notificación que se la hizo : absorta con semejante medida, resistió insulto tal, entró furiosa en el cuarto de la princesa y la contó lo que sucedía en palacio.

Oyéronse entonces salir de aquel cuarto de agonía, y de los labios de aquella mujer, que debía estar preparada para recibir la comunión, tales blasfemias, que hicieron retroceder al cardenal, al cura y al mismo regente.

Pero el cura se mantuvo firme, manifestó que estaba dispuesto á sufrir los mayores insultos, pero que no abandonaría su puesto, y que siendo la enferma de su parroquia, era preciso que recibiera los sacramentos con las condiciones que había impuesto, ó que moriría sin recibirlos.

No obstante, la medicina obraba favorablemente, yendo en auxilio de la indecisión del regente, que no

se atrevía á tomar un partido violento ni con su hija ni con el cura.

Cuando todo esto se discutía, la princesa hizo crisis en su dolencia.

Á los tres días siguientes entraba la princesa en su convalecencia, y dijeron al cura que no siendo ya preciso que le administraran el Viático, no era necesaria su presencia en Luxemburgo.

El cura se retiró, pero con los honores de la guerra.

Después de este escándalo, la enferma deseó dejar á Luxemburgo, y á pesar de estar todavía muy débil, el 10 de abril la llevaron á la Muette.

Otro capricho tuvo también, pero inspirado por el miedo del infierno, pues ¡ cosa extraña! había en aquella alma llena de contradicciones tal miedo de condenarse, mezclado con la más profunda impiedad, que deseó el legalizar su posición con Riom: los casamientos secretos estaban muy en moda en aquel tiempo; el rey se había casado secretamente con Mad. de Maintenón; el gran delfín con Mlle. de Chouin; M. de Tolosa con Mlle. de Noailles, y la duquesa de Berry, por más que pudieran decirla, se casó con Riom.

Así es como la historia de la alta señorita y de Lauzún se ronovaba enteramente en las personas del sobrino de aquél y de la duquesa de Berry.

La duquesa fué á pasar la preciosa luna de miel en la Muette, en cuyo sitio estuvo agonizando.

Al llegar allí, y viéndose restablecida, principió á instar al regente para que colocara ventajosamente á su marido. Pero sobre este punto, estuvo el príncipe inflexible, no tuvo dificultad en roconocer el casamiento, pero no transigió con el marido.

Á pesar de eso, la noticia de este casamiento principiaba á cundir; la duquesa de Orleáns, que había

aborrecido siempre á su hija, se alegraba de esta nueva humillación é insistía para que se reconociese el enlace.

La princesa Palatina, por el contrario, como no estaba por los casamientos desiguales, como ya sabemos, quería que arrojasen nada menos que á Riom por las ventanas.

Si no hubiera temido el regente la desesperación de su hija, hubiera pensado del mismo modo que la princesa Palatina; pero motivos poderosos entre el padre y la hija hicieron que no se atreviese á ocasionarla semejante disgusto; así es que tomó un término medio mandando á Riom que fuese á su regimiento, que componía parte del ejército de España á las órdenes del mariscal de Berwick.

Todos los coroneles habían recibido la misma orden y habían marchado; Riom, no pudiendo obrar de otro modo sin quedar deshonrado, obedeció y se separó de la princesa con un verdadero sentimiento.

Mad. de Berry, por su parte, se puso como loca, diciendo á voces que sabía muy bien que se había de morir en aquel año, y que se separaba de Riom para no volverle á ver más.

Las consecuencias de todas estas escenas iban á parar al regente ; en la primera visita que hizo á su hija, después de la partida de Riom, la duquesa exaltada dijo : que siendo viuda y dueña de su albedrío, quería disponer á su gusto de sus bienes y de su nombre ; á lo cual el regente la calmó, dándola esperanzas con la condición de que le diera tiempo, que en esto consistía toda la política del príncipe.

No obstante estas escenas incesantemente repetidas, le alejaban de Mad. de Berry, al paso que (según decían los malvados) le acercaban, no ya á Mlle. de Valois, que al decir de los cortesanos, correspondía con repug-

nancia á aquel particular cariño que su padre la tenía, sino á Mlle. de Chartres.

Esta era para la pobre duquesa de Berry un nuevo objeto de celos, aunque su reputación debiera garantirla de toda calumnia, que en realidad no era más que una murmuración.

Hemos contado las inclinaciones masculinas de Mlle. de Chartres, que montaba á caballo, tiraba la pistola, jugaba á la bola, cazaba, corría ciervos, y componía fuegos artificiales; suponiendo que estos placeres no tenían límites para ella, y sin embargo, abrigaba una falsa modestia, no bajo la fría coraza de Minerva, sino bajo la túnica ardiente de Safo.

Mad. de Berry quiso dar una función para atraer á su padre, que, según hemos dicho, se retraía de ella.

Dicha fiesta tuvo lugar en los primeros días de mayo : el regente fué, y cuando vió que los preparativos para la cena estaban á la intemperie, se valió de toda su influencia con su hija para determinarla á no exponerse, estando delicada todavía, á la frescura de la noche.

La duquesa no hizo caso de estas advertencias, y la cena se verificó en la azotea del palacio.

Desde el día siguiente la calentura, que había desaparecido, se presentó de nuevo y ya no se la quitó. No fué esto solo ; el regente, para disculparse de sus pocas visitas, pretextó el trastorno que le ocasionaba en medio de tantos quehaceres políticos la larga distancia del palacio de Meudon. En su vista, y á pesar de sentirse gravemente enferma, resolvió la pobre duquesa acortar la distancia, disponiendo que la trasladasen á la Muette, conduciéndola entre colchones.

Allí continuó la enfermedad,con las alternativas de mejor y peor, de temores y esperanzas que se sucedie-

ron hasta principios de julio; el peligro en que desde entonces se puso, aproximó al duque de Orleáns, y aun á la princesa Palatina, que vivía en Saint-Cloud, á la pobre duquesa, agravándose el mal el 14 de julio de tal manera, que se volvieron á concebir graves temores por su vida.

La noche del 14 al 15 fué tan alarmante, que pasaron recado al palacio real á fin de despertar al regente. El 15 la hicieron dos sangrías, la una en el brazo y la otra en el pie, y por la tarde, como tanto se había empeorado, enviaron á llamar al mismo franciscano que la confesó antes; pero allí, como no dependía del cura de San Sulpicio, se prestó á administrarla sin las exigencias de la otra vez, y al hablarla de recibir el Santo Viático, respondió que éste era su deseo; en su consecuencia, y como protestando contra las imputaciones de impiedad, de las que constantemente quisieron hacerla el blanco, recibió el Santo Sacramento á puertas abiertas, más bien como reina que como mujer particular, y confesando sus culpas más como princesa que como penitenta; tal fué el modo con que quedó hacia su fin, siempre vencedor y rey, aquel carácter vigoroso y altivo.

Verificado este grandioso acto, despidió la enferma á todo el mundo, á excepción de Mad. de Mouchy, á quien entregó una llave mandándola que la trajese su cofrecito de diamantes, y que lo abriera en su presencia; cuando estuvo abierto, sacó una cajita de valor como de doscientos mil escudos, y se la dió á Mad. de Mouchy como una fineza.

El regalo era tan rico é inesperado, que Mad. de Mouchy fué al instante á enseñar la cajita á su marido, quien atónito de un presente de tal naturaleza, y temiendo que achacasen á su mujer lo había sustraído,

la aconsejó que se confiara á aquellas personas de la corte de la duquesa que tuviese por sus mayores amigas.

Pero era todo inútil, el ruido que ocasionó aquel magnífico presente había ya corrido. Mad. de Saint-Simón lo supo, é hizo que se lo dijesen al regente; de modo, que cuando la de Mouchy se presentó en el salón á pedir consejos sobre lo que había de hacer, la dijeron que debía anticiparse, impetrando del duque de Orleáns el permiso de admitir aquella manda otorgada de parte de la princesa antes de morirse.

En su consecuencia, Mad. de Mouchy y su marido fueron al día siguiente al palacio real, el duque de Orleáns los esperaba y los recibió. La de Mouchy enteró al regente del objeto de su visita; la respuesta del duque fué pedirle la cajita, la sacó ella de su bolsillo y se la entregó; tomóla el duque, la abrió y examinó con cuidado á ver si faltaba algo; en seguida, seguro de que estaba intacta, la colocó en el cajón de su bufete cerrándolo con llave; después de lo que, sin hablar palabra, despidió al marido y á la mujer con una señal de cabeza.

Ambos hicieron una cortesía y se retiraron furiosos.

Desde aquel instante, ni el uno ni el otro se presentaron más en la Muette.

La ausencia de aquellos señores parece que no fué notada por Mad. de Berry, tal era su abatimiento por lo cercana que estaba á la muerte; de tal suerte, que la penitenta, reconcentrada en sí misma, pero sin flaqueza, quiso volver á comulgar, y entonces recibió el cuerpo de Nuestro Señor, no ya con ostentación y aparato, sino con sencillez, y sobre todo con una profunda humildad.

La administró la Eucaristía M. de Castries, su pri-

mer limosnero, que después de haber sido arzobispo de Tours, lo fué de Alby y comendador de la orden.

En tal estado, la duquesa de Berry, aunque desauciada de los médicos, quiso probarlo todo, echando mano del empirismo á falta de la ciencia; se habló del elixir de Garus que estaba entonces muy en boga. Mandaron llamar á Garus; fué á la Muette, examinó á la princesa, y la encontró tan agravada, que no se atrevió á responder de su completa curación.

Como no quedaba ya esperanza, el duque de Orleáns, á despecho de Chirac, dispuso que se llevase á cabo el ensayo del elixir. Garus puso sus condiciones, es decir, que desde el momento en que la princesa empezara á usarle, hasta el 'en que, ó bien curase ó ya falleciese, se había de encargar enteramente de la enferma; para lo cual pidió estar él en persona con otros dos de guardia en el cuarto de la princesa, sin separarse un instante, vigilando aquéllos, cuando descansara él un rato. Todo se lo concedieron, prometieron y juraron. La princesa tomó el elixir, y Garus, con sus dos guardianes, se instaló inmediatamente en su cuarto.

El remedio tuvo mejor éxito que el que se podía esperar. En el acto mismo de principiar á tomarle, se sintió aliviada la princesa. Durante algunos minutos se temió que aquel alivio, igual al que experimentó Luis XIV, no fuese más que momentáneo. Pero por la tarde aumentó le mejoría, manteniéndose así todo el siguiente día; de suerte que, á las veinte y cuatro horas de haber administrado el remedio, creyó Garus que podía responder de la vida de la princesa.

Pero éste no había contado con Chirac, que estaba furioso al ver que un charlatán acertara precisamente allí, donde la ciencia médica había fracasado. Sabía

que Garus dijo, que en el estado en que se hallaba la princesa, esto es, después de haber tomado su elixir, cualquier purgante era mortal. Acechó el momento en que Garus, rendido de fatiga, descansaba en una otomana, se aproximó á la puerta, y con un ademán imperioso impuso silencio á los dos vigilantes, que conociendo la influencia que tenía Chirac con el duque, no se atrevieron á oponerse á su mandato, y acercándose á la cama de la princesa, la presentó un brebaje. Esta, medio dormida, tomó lo que la daban sin preguntar qué bebida era, ni quien era el que se la suministraba, y desapareció Chirac con el vaso vacío.

Al cabo de cinco minutos, la princesa se incorporó en la cama dando horrorosos gritos, quejándose de que sentía todos los síntomas de un envenenamiento.

Á sus gritos se despertó Garus, preguntando qué era lo que había sucedido, y preciso fué decírselo.

Furioso entonces, echó á correr al salón donde estaban el duque y la duquesa de Orleáns, esperando el efecto que hacía el remedio, y á voces les denunció á Chirac.

Al punto se precipitaron en el cuarto de la enferma, á la que diez minutos bastaron para volverla á sumergir en un estado desesperado.

Pero en aquel momento ¡ extraña osadía! comparece Chirac jactándose en voz alta y riéndose de lo que había ejecutado, y haciendo un saludo burlesco, felicitó el buen viaje á la duquesa de Berry, y salió de la alcoba.

Á los dos días murió la duquesa sin haber vuelto en sí ni un solo instante.

Durante la agonía de su hija, el duque de Orleáns se mantuvo mucho tiempo á su cabecera; pero al fin el duque de Saint-Simón consiguió llevarlo á un gabi-

nete, en el que abierta la ventana y apoyado en el balcón, pudo romper en abundante llanto.

Era su dolor tan profundo, y tan violentos sus sollozos, que, predispuesto como estaba el duque á un ataque apoplético, hubo ocasiones en que temieron que se ahogara.

Por último, como era preciso para dejar aquellos sitios atravesar por el cuarto de la princesa, se consiguió que ofreciese el duque que pasaría antes de que hubiese expirado, y que al punto dejaría la Muette para regresar á París. Pero cuando aquel padre desolado volvió á ver en el lecho de agonía á la hija que tanto había amado, no pudo dar un paso más, y cayendo á su cabecera, no volvió á levantarse hasta que expiró.

Entonces fué cuando se volvió al Palacio Real, encargando á M. de Saint-Simón que cuidara de todo, y diciendo en alta voz, que tanto los de la casa de la princesa, como los de la suya propia, no obedecieran más órdenes que las suyas.

Los pormenores de la autopsia quedaron ocultos. Se dijo que como no hacía más que tres meses escasos que salió de su cuidado, el cadáver había presentado el aspecto de otro embarazo.

La duquesa de Berry fué enterrada, sin que la acompañasen guardias de corps, sin agua bendita, ni oración fúnebre; en fin, sin ceremonia alguna, llevaron su corazón al Valle de Gracia.

El acompañamiento fué como el de un particular rico, y la única pompa real que tributaron á aquel pobre cadáver, fué el que descansara en la antigua basílica de Dagoberto.

El rey vistió luto por espacio de seis semanas, y la corte por tres meses.

Riom recibió en el ejército la orden de no volver á París.

Á M. de Mouchy y su esposa se les comunicó igualmente otra para que se marchasen.

La duquesa de Berry dejó una sola hija.

Cierto día se presentó en el convento de las Hospitalarias del arrabal de San Marcelo un desconocido, suplicando que recibiesen en su casa á una niña como de dos años, con su ama. Después de haberse convenido en el precio de la pensión, satisfizo el desconocido cinco años adelantados.

En seguida fué á buscar á la criatura, que acompañó al convento con su ama ; el coche en que iban, estaba lleno de paquetes de ropa blanca guarnecida de encajes y de telas para vestidos : había además una pequeña bajilla de plata.

Algún tiempo después de la muerte de la duquesa de Berry, Mad. de Chartres, que era abadesa de Chelles, reclamó la niña como sobrina suya, y entonces se supo el secreto de su nacimiento.

Veinte ó veinte y cinco años después, dijo Duclos, que vió á esta religiosa en un convento de Pontoise. Todos sus bienes estaban entonces reducidos á una pensión de trescientos francos. Casi al mismo tiempo de la muerte de que acabamos de hablar, que acaeció el 21 de julio de 1719 á media noche, acontecieron otras dos, sin causar más novedad que la que hace una persona cualquiera, siendo así que diez años antes hubieran alborotado medio mundo.

La primera fué la de Mad. de Maintenón. Se hallaba ésta en Saint-Cyr desde el fallecimiento del rey. Allí vivía con cierta etiqueta, como de reina viuda. Cuando iba á comer con ella la reina de Inglaterra, tenía cada una un sillón. Las servían las jóvenes educandas de

la casa, y había entre ellas una especie de igualdad. Unos cuantos amigos de la antigua corte iban también á visitarla, pero no sin pedir antes permiso para presentarse.

Solamente M. de Maine era el que podía presentarse sin anunciarse. La hacía frecuentes visitas, y ella lo recibía siempre con la ternura de una madre. Mucho más sintió el que degradasen á su hijo adoptivo que la muerte del rey. Y para poder morir en cierta manera del mismo modo que vivió, guardó cama desde el día siguiente del en que supo su arresto; y al cabo de tres meses de calentura y decaimiento, falleció el sábado 16 de abril de 1719, á los ochenta y tres años de edad.

La otra muerte que hubiera sido muy importante en otros tiempos, pero tan ignorada en la época que mencionamos, fué la del padre Le Tellier, confesor del rey, que falleció el 2 de septiembre del mismo año.

En aquel tiempo continuaba la guerra de España, y el 10 de junio fué tomada Fuenterrabía y el 11 de agosto San Sebastián. En fin, en este último mes, el caballero de Civry con 100 hombres, á bordo de una escuadra inglesa, sorprendía la ciudad de Centena, y quemaba tres buques españoles, mientras que el mariscal de Berwick entraba por Cataluña, y se apoderaba de la ciudad de Urgel y de su castillo.

CAPÍTULO XI

Mlle. de Chartres. — Los motivos de su retiro. — Law. — El apogeo del sistema. — Anécdotas relativas á Law. — Mad. de Tencin. — El presidente Lambert de Vernon. — El duque de Borbón. — La Comont. — El jorobado. — La calle de Quincampoix. — Lagrange-Chancel. — Richelieu sale de la Bastilla. — Los hidalgos bretones. — Concéntranse los poderes en manos del duque de Orleáns.

Poco tiempo antes de que la muerte se llevase á una de las hijas del regente, la religión le privaba de la otra.

Hemos hablado de lo que se decía acerca de Mlle. de Chartres, que era lo mismo que también se dijo de la duquesa de Berry y de Mlle. de Valois. Los motivos que tuvo para retirarse del mundo quedaron ocultos. La princesa Palatina, en sus memorias, confiesa que ella misma ignora lo que hizo desear á Mlle. de Chartres el ser monja.

Richelieu no tiene tanto miramiento, y dice claro que era por celos de la Valois, *y por querer el duque á muchas á la vez.*

Ya había más de un año que Mlle. de Chartres estaba en el convento, en que pronunció sus votos el 23 de agosto de 1718, cuando la nombraron abadesa el 14 de septiembre de 1719.

El empleo de abadesa de Chelles lo compró el

regente á Mlle. de Villars, hermana del mariscal, mediante una renta vitalicia de 12,000 libras anuales.

« Era, según dice Saint-Simón, una abadesa singular : tan pronto austera con exceso, como por el extremo opuesto, no teniendo de religiosa más que el hábito. Ya profesaba la música, como la cirugía, era teóloga, directora, y todo á tontas y á locas, cansada y fastidiada siempre de su posición. Incapaz de perseverar en nada, consiguió permiso para hacer su dimisión en favor de una de *sus mejores amigas* de la casa, en la que, por lo tanto, duró poco tiempo. En fin acabó estableciéndose definitivamente en una bonita habitación del convento de benedictinas de la Magdalena de Tresnel. »

Mientras que Mad. de Berry expiraba, y Mlle. de Chartres se nombraba abadesa, y trocaba su dignidad de tal con el humilde nombre de sor Matilde, la suerte de Law llegaba á su apogeo, y trasladándose todo París á la calle de Quincampoix, cobraba un aspecto raro, cuya causa dimanaba de las metamorfosis sociales que se obraban.

Efectivamente, todos los capitales habían sufrido un golpe; ó venían abajo, ó bien progresaban por aquel fatal vértigo que se había apoderado de toda la Francia: iban de las provincias, llegaban de Inglaterra y hasta de América, para hacer ese juego de acciones ú operaciones bursátiles que levantaba ó destruía las fortunas, ó llámense capitales, en un abrir y cerrar de ojos. Desde el 3 de enero hasta el 1° de abril no más, emitió Law, en virtud de reales órdenes, por valor de 72,000,000, en billetes de cambio.

Las mujeres principalmente eran las que más codiciaban ese extraño juego. Acosado cierto día, hasta en su misma alcoba, por dos de aquellas que á viva fuerza

solicitaban acciones, probó el que se fuesen á la sala siquiera, pretextando que le urgía una necesidad indispensable, y que las rogaba le dejasen satisfacerla.

— ¡ Bah ! respondieron, eso no obsta para que nos escuchéis.

Otra señora que se llamaba Mad. de Bouchu, que dos ó tres meses hacía que perseguía á Law, sin haber podido conseguir el hablarle, supo que iba á comer éste en casa de Mad. de Simiane, y á pesar de no conocerla, fué á pedirla que la permitiese comer con ella aquel día. Trató la señora de excusarse con que tenía convidado á Law, pero Mad. de Bouchu añadió, que precisamente por eso era por lo que quería ella quedarse; pero por más instancias que hizo, se obstinó en negárselo Mad. de Simiane, temiendo incomodar á su huésped, y se despidió hecha una furia la Bouchu.

Á media comida se oyó gritar á fuego en la calle, á esta voz todos los convidados de Mad. de Simiane se arrojaron fuera de la casa á ver en donde estaba el incendio. Law sin recelo alguno salió también como los demás, pero la jugadora le esperaba en el umbral de la puerta, y Law cogido en el garlito, se vió obligado á cambiar por oro cuantas acciones llevaba consigo.

Otra hubo que mandó la llevasen á la calle donde vivía Law, dando orden á su cochero para que volcase precisamente delante del palacio del gran financiero : al llegar allí, como el piso era llano, y al pobre diablo del cochero le costaba mucha dificultad el obedecer las órdenes de su ama, la oían gritar desaforadamente por la puertecilla : ¡ pero vuelca, bribón ! ¡ vuelca ya ! En fin, lo consiguió, y á los gritos que dió la dama, salió Law y se aproximó, al ver un carruaje volcado, con el objeto de socorrer á la persona que estaba den-

tro. Cabalmente era lo que la señora quería; asióse al faldón de la casaca de Law, y no lo soltó hasta que hubo conseguido lo que deseaba.

El cochero de Law era uno de los que habían hecho una suerte más colosal. Pidió á su amo licencia para dejar su servicio, y se la concedió con la condición de que le proporcionase en su reemplazo otro cochero, de quien era preciso que respondiese como de sí propio.

Al día siguiente el rico cochero se presentó con otros dos.

— Señor, dijo, aquí tenéis lo que me habéis pedido.

— Pero yo no encargué más que un cochero, respondió Law.

— Oh! eso no importa, señor, dijo el criado; escoged el que gustéis, que yo me quedaré con el otro.

Law escogió á la ventura, y por cierto que nunca tuvo un cochero tan excelente.

La primera vez que el enriquecido quiso probar su carruaje para dar un paseo, después de examinarlo detenidamente con su buen criterio, se olvidó de que el coche era suyo, y como de costumbre se disponía á subir al pescante.

— ¡ Eh! señor, ¿ qué vais á hacer? le dijo el cochero, el coche es vuestro.

— ¡ Ah! es verdad, respondió, se me había olvidado.

Y se metió dentro.

Dos señoras, madre é hija, que estaban en la Ópera, vieron entrar á una mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años cargada de diamantes y encajes, cuyo valor hacía resaltar mucho más su figura ordinaria, la cual se sentó á corta distancia de ellas.

— Pero mamá, dijo la hija, ¿ no reparáis en aquella señora tan compuesta?

— ¡ Y qué !

— ¿ Cómo qué? si es María, nuestra cocinera.

— Callaos, hija mía, respondió la madre, no digáis semejantes disparates.

Á todo esto la señora de los encajes y diamantes que había oído el diálago se levantó, y saludando á la de más edad:

— ¡ Pues bien ! sí, señora, la dijo, yo soy María la cocinera, he ganado mucho dinero en la calle de Quincampoix, me gusta componerme, he comprado ricos trajes y los he pagado, ¿ podéis decir otro tanto con respecto á los vuestros?

Imposible era que el regente negase la administración de las rentas á un hombre tan popular, así es que se trató de conferírsela, y no hubo otro motivo para no acordarlo al instante que el de que Law no era católico.

Por fortuna era Law tan poco escrupuloso, que abjuró ante el cura Tencin, hermano de la famosa Mad. de Tencin, que dos años antes dió tanto que hablar.

Digamos algo de paso acerca de aquella señora. Sus parientes hicieron que fuese monja, á su pesar, del convento de Montefleury, cerca de Grenoble, así es que al mismo tiempo que profesaba, discurría el medio de quebrantar sus votos. Su confesor la vino de perilla, pues se hizo tan complaciente y la cobró tanto afecto, que por su parte no resistió á aquella inclinación; le faltaba un protector, y ¿ quién podía serlo mejor y más decidido que el que la demostraba tantas simpatías ? Queriendo su confesor evitar que se hablase de su íntima amistad con Mad. de Tencin, se valió de toda su influencia para complacerla, y no tardó en ser nombrada canonesa de su orden en un capítulo de Neuville. En tal estado, quedó tan libre como podía apetecer, pero no la bastó eso. Su ambición quería un círculo

mayor. Fué á París con el objeto de captarse la preferencia del regente y lo consiguió; pero muy poco tiempo después, habiéndose querido mezclar en negocios de Estado :

— Señora, la dijo el regente, mucho amo al bello sexo, más con la condición de que ha de ser ajeno á todo asunto político.

Efectivamente, desde entonces cayó Mad. de Tencin en desgracia.

Pero al perder el favor del regente, no cayó más que desde un escalón, y se detuvo en Dubois, que después de aquél era, ya que no la persona de más respeto, al menos la más importante de Francia.

Mad. de Tencin era á la vez la buena amiga y la espía de Dubois.

Espía tanto más temible, cuanto que era una adorable criatura, joven y bonita en el tiempo á que nos referimos, con un talento tan especial, que, según dice Duclos, siempre era superior á la persona con quien hablaba.

La apostasía de Law le valió al cura Tencin la embajada de Roma.

No fué mucho el precio, si se atiende á que Law conseguía todos los días unos decretos de tal naturaleza, que por fuerza, la tormenta que poco á poco se levantaba contra él, había de desplomarse algún día sobre su cabeza con rayos y centellas.

Desde luego se prohibió por un decreto del consejo hacer ningún pago en moneda de plata que excediera de 600 libras. Algunos meses después se dió otro, por el que dichos pagos no se podían hacer en plata por más de 10 libras, y en oro por más de 300. Por fin, el último prohibía que nadie, sin excepción alguna, bajo pena de multa, pudiera tener más de 500

libras en plata acuñada, haciendo extensiva la prohibición á las comunidades religiosas y seculares.

La tercera parte de la cantidad que se encontrase al que contraviniera, quedaba como prima, ó llámese premio concedido á los delatores.

Muy en breve todas las existencias en dinero se convirtieron en papel, dando más valor á las acciones del banco, en términos, que si se ha de dar crédito á M. de Necker en la respuesta que dió á Morellet, ascendieron en 1767 á la suma de seis mil millones.

El canciller de Ponchartrain remitió él solo, y de un golpe, al banco 57,000 luises, de valor entonces 72 francos la pieza.

Pero no todas las autoridades tenían, ni esa confianza en el banco, ni esa obediencia á las órdenes. Cierto día, el presidente Lambert de Vernon se presentó al regente, y después de haberle saludado humildemente.

— Monseñor, le dijo, vengo á denunciaros á uno que tiene en su casa 500,000 libras en oro.

— ¡ Ah! señor presidente, exclamó el duque con un ademán despreciativo, ¿ á qué diablo de oficio os habéis dedicado?

— Pero, monseñor, contestó el presidente, yo obedezco la ley que V. A. misma ha cumplido.

— La ley, la ley, tartamudeó el príncipe como confuso.

Mas el presidente continuó:

— Cálmese V. A., la persona que voy á delataros soy yo, y os digo al mismo tiempo, monseñor, que prefiero mi oro á todos los billetes de banco que hay en el mundo.

Lambert de Vernon, gracias á este paso que dió,

conservó sus 500,000 libras, y se alegró mucho cuando llegó la hora del descrédito.

Por lo que respecta á Law, cambiaba su dinero, no por papel, sino por fincas. En su primera jugada compró al conde de Evreux, mediante la suma de 1,800,000 libras, el condado de Tancarville, en Normandía. Ofreció al príncipe de Carignan 1,400,000 francos por el palacio de Soissons. Á la marquesa de Beuvron 500,000 libras por su terreno de Lillebonne; y finalmente, al duque de Saboya 1,700,000 por su marquesado de Rosny.

En cuando al regente, por el contrario de Law, no sacaba otro provecho de sus ganancias que el de repartirlas á todo el mundo, pero no en monedas de oro, sino en un diluvio de papel.

Dió un millón al hospital general de París, otro al hospicio, otro millón á los niños expósitos, destinó 1,500,000 libras para redimir á los presos por deudas; por último, al marqués de Nocé, al conde de la Mothe y al conde de Roye les entregó á cada uno 70,000 libras.

El duque de Borbón no siguió el mismo ejemplo; ganó sumas considerables; reedificó Chantilly, y compró todos los bienes que le acomodaron. Tenía mucha afición á los animales feroces y mandó construir una casa de fieras mejor que la del rey. Le gustaba el lujo de las corridas de caballos, y en una vez sola mandó que le llevasen de Inglaterra ciento cincuenta, que le costó cada uno de 1,500 á 1,800 francos. En una función solamente que dió al regente y á la pobre duquesa de Berry, y que duró cinco días con sus cinco noches, se gastó cerca de 2,000,000.

Entre las fortunas colosales que se crearon, se cita la de una mujer llamada la Caumont, que hubo veces que reunió 70,000,000 en billetes del banco.

Un jorobado ganó en pocos días 150,000 francos, con solo prestar su giba á guisa de pupitre á los agiotistas.

Ya hemos dicho que en la calle de Quincampoix era donde se hacían los agios, porque entonces no se había creado la bolsa, y dichosos los que tenían allí casas; el cuarto más pequeño valía de alquiler hasta diez libras diarias. Desde por la mañana temprano, estaba la calle obstruída por los jugadores, y en el resto del día se estrujaba la gente; á la tarde tocaban una campana para que todos se marchasen, pero no bastaba el aviso, y era preciso que las patrullas evacuasen las calles. Sin esta medida se hubieran quedado los jugadores hasta el día siguiente, durmiendo en los poyos y en las puertas cocheras.

Entretanto todo el negocio sobre la conspiración de Cellamare se había vuelto agua ó poco menos.

El príncipe, según se ha dicho, fué el primero á quien soltaron, haciéndole volver á España.

El regente mandó llamar á Lagrange-Chancel, el autor de las filípicas, y le preguntó si efectivamente sentía todo lo que había dicho de él.

— Sí, monseñor, le respondió descaradamente el poeta.

— Tenéis suerte, continuó el regente; porque si hubierais escrito tales infamias contra vuestra convicción, os hubiera mandado ahorcar.

Se contentó con desterrarlo á las islas Margaritas, en donde estuvo tres ó cuatro meses. Pero al cabo de dicho tiempo, habiendo propagado los enemigos del príncipe la noticia de que lo había mandado envenenar, creyó aquél que el mejor medio de desmentir esta nueva calumnia era el de abrir las puertas de su prisión al upuesto difunto, quien se dió prisa en volver á París, con más odio y más hiel que nunca.

En cuanto al duque de Richelieu, cayó enfermo en la Bastilla; expusieron al regente que si el preso tenía la desgracia de morir en la cárcel, se levantaría contra semejante crueldad un cúmulo de maldiciones que empeñarían su memoria. El duque se convenció, y permitió que saliera desde luego Richelieu, pero con la condición de que el cardenal de Noailles y la duquesa su suegra irían á buscarle á la Bastilla y lo retendrían en Conflans, hasta que estuviese en estado de ir á su dominio de Richelieu, en donde permanecería hasta nueva orden.

Por consiguiente, salió de la cárcel el 30 de agosto de 1719, se trasladó á Conflans, cuyas paredes escalaba á los ocho días, y cuando se disponía á irse á su destierro, le concedieron el permiso de pasar en San-Germán todo el tiempo que había de durar su confinamiento. Á los tres meses hizo su visita de reconciliación al regente, y éste, que no sabía aborrecer, le alargó la mano y lo abrazó.

Al duque y á la duquesa de Maine los habían llevado, al uno al castillo de Dourlans, y al otro á la ciudadela de Dijon. Ambos salieron en libertad antes de expirar el año por haber desarmado al regente, el duque con una negativa absoluta, y la duquesa con una completa confesión. Los dos encontraron en Sceaux al marqués de Pompadour, al conde de Laval, á Malecieux y Mlle. de Launay, que habiendo salido antes que ellos de su prisión, los esperaban para comenzar aquellas hermosas diversiones que Chaulieu, pobre ciego, llamaba las noches toledanas de Sceaux.

Con respecto al cardenal de Polignac ni siquiera lo prendieron, contentándose el regente con desterrarlo á su abadía de Anchin.

Llamó bastante la atención cuando se supo en París,

á fines de noviembre, la prisión de cuatro hidalgos bretones, cuya causa tenía ilación con la del príncipe de Cellamare.

Eran los cuatro: MM. de Pontcalet, de Talhouet, de Mont-Luis y de Couedic.

En el trascurso de aquel año y del precedente, se obró un gran cambio en la política interior. Á fin de popularizarse, la regencia se apoyó en el parlamento y en la nobleza.

Se había resistido á aquel poder soberano que tan pesado fué en las manos de Luis XIV. Quisieron probar si era posible gobernar con el sistema de las utopías de Fenelón y del duque de Borgoña. Pero presto se tocó con la dificultad de que al conceder al parlamento el derecho de representar renaciese la oposición, y que cuando se establecieron los consejos de regencia se tocasen estorbos. Por eso se le fué quitando poco á poco dicho derecho al parlamento, y aboliendo los consejos, reemplazándolos con los secretarios de Estado.

Con el tiempo fueron estos mismos contrarrestados por una voluntad sola. El gobierno del regente comprendió que toda su fuerza consistía en la unión ó concentración; y el 31 de diciembre de 1719, en lugar de los setenta ministros que componían todos los consejos de la regencia, quedaron solamente:

Dubois, secretario de Estado y de Negocios extranjeros.

Leblanc, secretario de Estado y de la Guerra.

Argensón, guarda-sellos.

Y Law, administrador general de Hacienda.

Los cuatro eran en cuerpo y alma todos del regente.

CAPÍTULO XII

Alberoni. — La reina de España. — Su influencia. — Laura Piscatori. Caída de Alberoni. — Carta del rey. — Destierro. — La paz general. — Los bretones. — M. de Montesquieu. — Pontcalet. — Mont-Luis. — Talhouet y Ducouedic. — Sentencia. — El conde de Horn y Lorenzo de Mille. — El caballero de Etampes. — Suplicio. — Carta del príncipe de Horn. — Genealogía del sistema. — Su caída. — La epidemia de Marsella.

Según hemos visto en el capítulo anterior, los primeros sucesos de la guerra no fueron favorables á la causa de Felipe V. Atravesando el ejército francés el Bidasoa, ocupada por capitulación Fuenterrabía, tomado por asalto San Sebastián, tres buques quemados en el puerto de Centena, conquistada por el mariscal de Berwcik la ciudad y castillo de Urgel, la ciudadela de Mesina en poder de los imperiales y de los Ingleses, todo esto había dado en que pensar al rey de España, y el resultado de sus reflexiones fué el que todas estas catástrofes eran hijas de la ambición de Alberoni.

Pero no por eso dejaba éste de continuar á la cabeza del ministerio español. Alberoni tenía influencia en todos los grandes negocios del orbe; y la sabiduría eterna que forma los acontecimientos antes de que los historiadores los escriban, tenía señalado que desde la

cumbre del poder adonde subió por un capricho de la fortuna, se despeñaría Alberoni por un juego de la casualidad.

Á más de ese gran plan ó sistema político que ya hemos referido, y que Alberoni aplicaba al movimiento europeo, el ex-campanero tenía otro sistema particular adecuado á su conservación personal ; y era el de no permitir que se presentase en la corte de España ningún Parmesano, ya fuese para evitar un testigo que depusiera de la bajeza de su origen, ó bien por temor de que un compatriota ejerciese en el ánimo de la reina alguna parte de influencia que él exclusivamente quería absorber.

No pudo, sin embargo, estorbar que la joven princesa alcanzara de su marido que enviasen á buscar á su nodriza, que era una aldeana de las inmediaciones de Parma, llamada Laura Piscatori.

Es de advertir que la reina de España, cuando quería conseguir una cosa, contaba con los recursos propios de la juventud y hermosura, con los que el cardenal Alberoni no podía luchar, á pesar de toda su habilidad.

Felipe V joven todavía y fogoso como su abuelo, tenía necesidad de amar y ser amado, prohibiéndole sus principios religiosos cometer ningún extravío. Cuando vió á la joven reina, fué tal la impresión que recibió, y quedó tan prendado de ella, que muy luego se conoció que aquel hombre de grandes pasiones sería enteramente su esclavo ; por eso, aunque su reinado fuese más bien nocturno, su poder gobernaba la España.

Á fin de consolidar este poder, tuvo maña para emplear siempre con buen éxito sus gracias naturales ; si hubo ó no de hacer uso de sus recursos para con-

seguir que fuera la nodriza á su lado, la historia no lo dice, pero ello es cierto que lo logró.

Laura Piscatori llegó á Madrid, y la reina la nombró azafata suya.

No bien había llegado, cuando supo Laura, por la misma reina, todo cuanto el cardenal trabajó para estorbar que fuese á Madrid, y no obstante la sonrisa con que Alberoni la recibió, le cobró ella un odio igual al que él la profesaba.

Dubois tenía espías en todas las cortes de Europa, y particularmente en la de España. Supo los debates domésticos que hubo por causa de la ida de Laura Piscatori á la corte, y trató de aprovecharse de la enemistad de aquella mujer.

Dubois era á propósito para esta clase de intrigas. Ofreció á Laura un millón, siempre que indispusiese al cardenal con la reina. Armada en regla la contienda, no había cuidado, sus recursos completarían la obra.

Ocho días después de haberse concluído esta negociación, recibió Alberoni una esquela del rey, en la que le mandaba salir de Madrid en el término de veinte y cuatro horas, y de España en el de quince días, con expresa prohibición de escribir al rey ni á la reina, ni á nadie de la corte.

Á más, un oficial de guardias de corps fué el encargado de acompañarlo hasta la frontera.

En Barcelona, el teniente del rey dió al ministro caído una escolta de cincuenta soldados, porque el camino por donde tenía que pasar estaba infestado de bandidos, y á no dudarlo, después de haber hecho Alberoni la guerra general por cuenta de su soberano, iba á verse precisado á tener que hacer la suya particular por su propia cuenta.

En efecto, en un sitio llamado Trenta-Passos, coche, escolta y cardenal se vieron atacados por doscientos migueletes, y fué preciso pasar por en medio de ellos con pistola en mano.

Diez leguas más allá, avistaron otra tropa que tenía trazas de hostilizar al desterrado, pero llevaba el uniforme de guardias de S. M. C., y lejos de huir ni hacer resistencia, esperaron y le detuvieron.

Efectivamente, venía esta tropa de orden de Felipe V.

Después de la salida de Alberoni, echaron de ver que había llevado consigo documentos muy importantes, entre otros, el testamento de Carlos II, que instituía á Felipe V por heredero de la monarquía española: la mira que se llevó el ministro caído, fué sin duda la de enviar dicho documento al emperador, quien inutilizándolo, podía reclamar de nuevo el trono en nombre de Carlos V.

El jefe que mandaba los guardias obligó á Alberoni á que bajara del carruaje, abrieron sus maletas, y aun á él le registraron, se apoderaron de todos los papeles, y los llevaron á Madrid.

Dubois estaba enterado, antes que el regente, de la caída de Alberoni, sabía el camino que llevaba para irse á Italia, y que tenía que atravesar por el Mediodía de la Francia, y comisionó á M. de Marcieu, que había conocido en Parma al cardenal, para que fuese á recibirlo en la frontera.

El pretexto era el de dispensarle aquel honor, y el principal objeto, el de utilizar el despecho del ministro en desgracia, sorprendiéndole algún secreto acerca de Felipe V ó de la reina, de quien Dubois esperaba sacar algún partido.

Alberoni apenas vió á M. de Marcieu, penetró al instante la misión que tenía.

— ¿ Venís á saber los secretos de la monarquía española? le preguntó ; pues voy á decíroslos : Felipe V es un hombre que no necesita más que dos cosas, y son : una mujer y un reclinatorio para hacer oración.

El resultado de la caída de Alberoni fué el que ya estaba previsto. Dubois consiguió la paz general.

El rey Felipe V accedió al tratado de cuádruple alianza, que lo firmó en la Haya, el 17 de febrero, el marqués de Beretti-Landi, su ministro.

Otro acontecimiento de no menos importancia, desde que el cardenal se embarcó en Antibes, llamó la atención en el extremo opuesto de la Francia, fué el siguiente:

Se ha dicho que los estados de Bretaña, en vez de conceder el donativo por unanimidad, como era de costumbre, respondieron que no podían acceder á lo que se pedía, hasta que se vieran y examinasen las cuentas.

En el mismo momento que supo esta respuesta el mariscal de Montesquieu, gobernador de la provincia, ocupó á Rennes, Vannes, Redon y Nantes, prohibiendo á más á los caballeros bretones que se reuniesen sin licencia del rey.

Pero, como ya se sabe, eran éstos de una estirpe ó raza singular, bruscos, agrestes, que mientras que la demás nobleza de Francia pasaba una vida muelle y delicada bajo el sol de Versalles, permanecían aquéllos firmes, vigorosos y con la frente alzada, á la sombra de sus monumentos druídicos y de sus ántiguas selvas.

Un tiro de esta naturaleza, dirigido á los privilegios de la nobleza bretona, no pudieron sufrirlo.

Amigos antiguos de España, mediante la coalición hecha en aquel tiempo en que la monarquía católica

era enemiga de la Francia, se decidieron los bretones por el partido de Felipe V contra el regente, y enviaron una diputación á Madrid.

M. de Melac Hervieux, jefe de la embajada, fué el encargado de dirigir la palabra á Felipe V en nombre de la nobleza bretona.

Contestó aquél por la siguiente carta, datada en San Esteban á 22 de junio de 1719.

« M. de Melac Hervieux me ha presentado de parte » de la nobleza de Bretaña las proposiciones concer- » nientes á los intereses de ambas coronas. Me remito » á lo que dicho señor os contestará de parte mía, y les » aseguro que quedo muy satisfecho del partido que » habéis abrazado; y que sostendré de buena voluntad, » gozoso con poder manifestar el aprecio que sé hacer » de unos vasallos tan fieles al rey mi sobrino, á quien » deseo la felicidad y la gloria.

» Yo el Rey. »

El partido honroso que tomaba la nobleza bretona, y del que dió conocimiento á Felipe V, era la eliminación de la Bretaña de la Francia.

El plan era sencillo, constituyéndose los estados y firmando un acuerdo que dijese : habiéndose quebrantado los privilegios de la provincia, se declara ésta independiente.

Dos mujeres fueron las primeras que se lanzaron á este gran proyecto, antiguo desvarío del Morbihan y de Finisterre, aquellas dos mujeres eran las castellanas de Kanken y de Bonnamour.

Otra hizo traición á su país, y fué la señora de Egoulas.

Leblanc estaba por ella al corriente de lo que pasaba en Bretaña, y ya sabemos que éste era otro Dubois.

M. de Montesquieu fué el encargado de obrar con rigor.

Precisamente era el hombre que se necesitaba para contener una rebelión, aunque fuese en Bretaña, en donde las revoluciones eran eternas, é imposibles las represiones.

Pero Artagnán de Montesquieu, mariscal de Francia, era el descendiente de aquellos antiguos Montesquieu, herederos de Clovis, como dice en una de sus cartas el señor de Montesquieu que fué duque de Atenas.

Sirviendo en el ejército, por espacio de más de medio siglo, tenía un corazón de bronce y un brazo de hierro.

Á la primera noticia de revolución pidió tropas, y como si á este hombre, cuyos abuelos databan de la cuna de la monarquía, le quisiesen dar soldados que también hubieran tenido antepasados, le enviaron los descendientes y los restos de aquellos famosos dragones que apagaron con sangre la rebelión de las Cevénnes, esa Bretaña Meridional de la Francia.

La lucha duró tres meses, al cabo de los cuales se sometió la Bretaña, quedando presos de trescientos á cuatrocientos paisanos, y como una docena de nobles bretones.

Se entresacaron de entre los presos cuatro cabezas para el patíbulo; las de Pontcalec, Mont-Luis, Talhouet y Couedic.

Los tribunales ordinarios se hubieran eternizado, y era necesario para una sublevación como aquella, un castigo pronto y severo.

Se instaló el consejo real de Nantes, y pronunció la sentencia.

El 26 de marzo á las diez de la noche, y noche tem-

pestuosa por cierto, se llevantó en la plaza pública de Nantes un cadalso enlutado como correspondía á los nobles á quien se iba á decapitar, y al pueblo aterrado le costaba más trabajo creer que cayesen aquellas cabezas que no que se desplomaran las antiguas piedras druídicas, al lado de las que pasaba, siempre mirándolas con una admiración mezclada del mayor respeto.

Á las diez y media de la noche se iluminó la plaza, cincuenta soldados con hachones de pez, formaron círculo al rededor del cadalso.

Casi al mismo tiempo asomaron los cuatro sentenciados, bellos jóvenes por cierto, pues que juntaban ellos solos ciento cuarenta años.

Iban serenos, firmes y al mismo tiempo conformados.

No obstante, al cortarles su hermoso cabello, ese antiguo signo de franca libertad, que en nuestros días se ha conservado aun intacto en Bretaña, se estremecieron.

Mont-Luis, el más joven de todos, derramó una lágrima; suplicando en voz baja al verdugo, que llevase á su madre su cabellera del mismo color que la melena de un león.

A media noche, los cuatro habían ya recibido suspirando el ósculo de la muerte.

Quedaron muchos en la cárcel, muchos más pasaron á España, y éstos eran los más desgraciados. Porque á los que cortaron la cabeza, descansaban en la tumba paterna, los presos veían por entre las rejas de la cárcel, el cielo de su patria ; ¡ pero y los pobres expatriados!

« Se les ve (escribía el mariscal de Tesse), andar

errantes por las calles de Madrid con una cara que da á entender que no sublevarán la Bretaña.

Hoy todavía en el interior de aquel país, en Saint-Maló, esa caverna de piratas, tan fatal á la Inglaterra en Oriente, en Ville-Neuve, en Brest, donde la tierra concluye, *finis terræ*, se ve como un legado de padres á hijos, aun en las chozas más pobres, los retratos de Couedic, de Talhouet, de Pontcalec y de Mont-Luis, y al preguntar á los dueños de estas cabañas, quiénes son esos hombres, cuya imagen conservan tan religiosamente, responden en medio de su ignorancia llenos de fe, los unos « son unos santos; » y los otros, « son unos mártires. »

El mismo día en que se levantaba en la plaza de Bouffais, de Nantes, el cadalso sagrado, se alzaba otro cadalso infame en la plaza de Greve de París.

Al propio tiempo que los cuatro que se han mencionado subían, con la cabeza erguida, á dar cuenta de la nacionalidad bretona á sus abuelos, el conde de Horn iba, con la cabeza inclinada, á dar cuenta á los suyos de su deshonor.

El 22 de mayo, viernes de Pasión, se cometió un horroroso asesinato en una hostería de la calle de Venecia, contigua á la de Quincampoix.

Tres jóvenes, el conde Antonio José de Horn, Lorenzo de Mille y el caballero de Etampes, fueron á la calle de Quincampoix, con el pretexto de hacer una negociación, por valor de cien mil escudos en acciones, y dieron una cita á un agiotista en una hostería de la calle de Venecia, quedando convenidos en que le precederían y que él iría detrás.

Al cabo de un cuarto de hora, el desgraciado estaba en un cuarto del primer piso en donde le esperaban el conde de Horn, y Lorenzo de Mille.

En cuanto al caballero de Etampes, estaba en acecho en la escalera.

Á los pocos minutos, se oyeron espantosos gritos en el cuarto donde se hallaba el agiotista, un mozo de la hostería que pasaba en aquel momento, abrió la puerta, y vió al conde de Horn y á Lorenzo de Mille dispuestos á dar de puñaladas á aquél; cerró la puerta el mozo sin aturdirse, dió una vuelta á la llave, y empezó á gritar, ¡ al asesino!

Á los gritos, el caballero de Etampes se lanzó fuera de la casa y desapareció.

El conde de Horn y Lorenzo de Mille saltaron por las ventanas, al primero le cogieron al tocar el suelo, y al otro le alcanzaron en la plaza del Mercado.

Interrogado el conde de Horn, contestó que al oir las voces acudió á socorrer á la víctima, y que poco faltó para que le asesinasen también. Queriendo dar á entender, que si saltó por la ventana fué por huir de los asesinos.

Mas Lorenzo de Mille á quien el conde de Horn creía en salvo, y al que semejante declaración condenaba, lo confesó todo. Desde entonces fueron convictos y nada pudieron negar.

Por lo que hace á Etampes, tuvo tiempo de escapar, y llegar á una casa de la calle de Tournón, en la que vivía con el conde de Horn, y Lorenzo de Mille, donde tomó el dinero que tenía y se marchó de París.

El conde de Horn tomaba el nombre de una ciudad pequeña del Brabante. Era hermano del príncipe de Horn y nieto por parte de madre del príncipe de Ligne.

Era un buen mozo de 22 años, que desde su niñez demostró malas inclinaciones, y á quien su padre dijo al separarse de él:

— Adiós, tú acabarás á manos del verdugo.

El joven conde fué á Francia, donde disipó su dinero; y sin saber en qué ocuparse, se dió á la estafa, robando en el patio del teatro espadas y relojes. Dos días antes del asesinato, perdió en el juego veinte y cinco mil escudos. Esta pérdida le determinó á cometer el crimen mencionado.

Los puñales con que asesinaron al infeliz agiotista, los reconoció el mercader que los había vendido. Dicho mercader tenía su establecimiento en el Puente Nuevo, y aquellos puñales fueron vendidos la antevíspera, al conde y á sus cómplices.

El príncipe Maximiliano Emanuel de Horn, enterado de la mala conducta de su hermano, comisionó un ayuda de cámara para que pagase las deudas del conde, y se lo llevara á Brabante de grado ó por fuerza; pero desgraciadamente no llegó el mensajero á Paris hasta el 23 de mayo; es decir, al día siguiente del asesinato.

El proceso ó causa no fué ni largo ni dificultoso. Law y Dubois, interesadísimos ambos en la seguridad de los agiotistas, sin lo que el papel decaía sin recurso, los protegieron á capa y espada ante el regente, y el 24 dió su fallo el tribunal. El conde de Horn y su cómplice fueron sentenciados á la rueda.

Toda la nobleza de Francia se resintió de esta sentencia; se trataba de la igualdad ante la ley, que por la vez primera se verificaba en la plaza de Greve. Comisionaron á M. de Saint-Simón para que consiguiera del regente que conmutara la pena; pero el príncipe se mantuvo inflexible.

Le objetaron que el suplicio de la rueda era infamante; que ningún hijo de la casa de Horn podría entrar hasta la tercera generación en cabildo alguno, ó capítulo de nobles. Desestimó todo. Le manifestaron

que el culpable era pariente suyo por parte de *Madame;* á lo que respondió :

— Cuando me siento con sangre mala, hago que me sangren: y por lo que mira á la afrenta que resalte en la familia, como que soy de la misma, tendré también parte, y esto debe servir de consuelo á los demás parientes.

Perdida ya la esperanza por los parientes y allegados del conde de Horn, de conmover al regente, el príncipe de Robecg, Montmorency y el mariscal de Isenghén, que eran más cercanos del reo que los otros, fueron á la cárcel, logrando llegar hasta donde estaba, y le presentaron una copa de veneno.

Pero el conde de Horn la rehusó.

— Anda, miserable, le dijeron al retirarse; bien lo dijo tu padre, tú no eres digno de morir más que por mano del verdugo.

El día de la sentencia pusieron al reo en manos del capellán de la cárcel, mientras llegaba el doctor de Sorbonne M. Queret, cura párroco de San Pablo; al ver al capellán se levantó y fué hacia él.

— Merezco la rueda, le dijo ; esperaba no obstante, que por consideración á mi familia hubieran conmutado mi pena por la de ser decapitado, pero me engañaba ; á todo me resigno, con tal de que Dios me perdone mi delito.

Añadiendo en seguida:

— ¿ Creéis, señor, que se padece mucho al morir en la rueda?

El capellán le contestó de la manera más consoladora que le fué posible, y el sentenciado esperó tranquilamente que llegase la hora de la ejecución.

Al llegar al cadalso pidió perdón á Lorenzo de

Mille, lo que naturalmente confirmó la duda que se tenía, de que fuese el instigador del crimen.

Lo ejecutaron después del otro, y murió á fuerza de golpes.

Los carruajes de todos los parientes y amigos del conde estaban en la plaza de Greve, lo mismo que hubieran hecho á la puerta de cualquiera iglesia para su entierro, si falleciera de muerte natural.

El regente adjudicó la confiscación de los bienes del conde Antonio José de Horn, al príncipe Maximiliano Emanuel de Horn, disponiendo llegase á su noticia.

Al recibir el aviso, contestó el príncipe con la carta siguiente:

« No me quejo, monseñor, de la muerte de mi her-
» mano, pero sí de que vuestra A. R. haya infringido
» en él los derechos del reino, de la nobleza y de la
» nación. Gracias os doy por haberme adjudicado la
» confiscación de sus bienes, me consideraría tan
» infame como él, si admitiese nunca gracia alguna de
» vos. Espero que Dios y el rey os harán algún día una
» justicia tan rígida como la que habéis hecho á mi
» infeliz hermano. »

Entretanto, el momento tan anunciado de la caída del sistema había llegado. Las acciones del Misisipi, del Sur y del Senegal, creadas á quinientos francos, habían subido hasta catorce ó quince mil libras. Todos calculaban que mayor progresión era imposible, y que no siendo probable que se sostuviesen las acciones á este valor, el descrédito, ó llámese la pérdida, estaba muy cercana.

Á principios del año de 1720, sacaron la genealogía del dicho sistema.

Veámoslo.

Belzebú engendró á Law, éste al sistema, el sistema

al banco, el banco al Misisipi, el Misisipi á la suscrición, la suscrición á la acción, la acción al dividendo, el dividendo al agio, el agio al descuento, el descuento á la cuenta corriente, ésta á los pagos, los pagos á los libros de registro, éstos á cero, que no pudo engendrar nada.

El sistema seguía la misma marcha, y había de tener el mismo resultado.

Hemos visto que se dió aquel decreto en 1719, por el cual se mandaba que todo el que tuviese en numerario una suma que excediera de quinientos francos, la llevase al banco para cambiarla por papel.

El decreto estaba bien dado, pero fué muy mal ejecutado. Contaba con una entrada de mil millones y los pagos no ascendieron á viente millones. Desde luego, no solamente faltó el balance del dinero con la emisión de billetes, sino que también esta emisión excedió las dos terceras partes de todas las monedas de oro y plata que había en el reino.

En fin, el 21 de mayo, ¡ día terrible ! salió nuevo decreto que ordenaba la reducción de los billetes de banco, y de las acciones de la compañía. Había ésta de ser gradualmente hasta el 1º de enero de 1721, en el que los billetes estarían ya reducidos á la mitad del valor que tenían el día que se publicó el decreto.

Desde aquel punto se acabó con el sistema.

Por más que se revocó con otro decreto el del 21, estaban ya tan desacreditadas las acciones, que su caída fué todavía más rápida que su elevación.

Se concibe la consternación en que sumergieron á París las dos expresadas disposiciones.

Por la primera, se desacreditaron las acciones; por la segunda, se sostenía en el comercio un papel sin crédito. Este fué un golpe mortal á todos los capitalistas,

y á excepción de algunas personas cautas que escondieron su dinero en sus cuevas ó sótanos, no circulaba por todas partes más que papel moneda. El valor ficticio de este papel subió por el alza de las acciones á la suma de mil millones; pero la cantidad verdadera y efectiva de la emisión ascendió á la enorme suma de dos mil y seiscientos millones. La Francia entera experimentó un sacudimiento parecido al de los temblores de tierra. El pasmo ó estupor que á todos había alcanzado, se convirtió en odio. Por todas partes se veían pasquines sediciosos, circularon esquelas incendiarias, una de ellas estaba concebida en estos términos:

« Señor y señora: Se os avisa que va á haber una » San Bartolomé el sábado ó domingo, si hasta enton» ces no ha cambiado la faz de las circunstancias. No » salgáis de casa, vosotros ni vuestros criados; Dios » os guarde del fuego!

» El sábado 25 de mayo de 1720. »

Bien se echa de ver que, con el descrédito que tenían los billetes, nadie los quería recibir. Así es que los caudales de la mitad de París, y también de varios extranjeros que se hallaban allí, no consistían más que en billetes; de suerte que, aunque se tuviera en el bolsillo por valor de cien mil libras en aquellos, no se podía comprar un pan de cuatro libras.

En tal estado, se vió precisado el banco de Francia, para que no pereciesen de hambre más de veinte mil personas, á distribuir algún dinero á los tenedores de las acciones. Apenas se supo esto, cuando se agolparon á las puertas del banco innumerables personas, apretándose de tal manera para poder entrar, que se ahogaron tres de ellas. El pueblo sacó los tres cadáveres, y los llevó al patio del Palacio-Real.

En vista de esto, estuvo expuesto París á una sublevación. Por fortuna llegó Leblanc. Era uno de aquellos hombres de sangre fría, y de presencia de ánimo. Fijó la vista en aquella multitud de pueblo ya rugiente, vió en las primeras filas siete ú ocho alborotadores, los llamó, y sacándoles de allí, les dijo:

— Amigos míos, coged esos tres cadáveres, llevadlos á una iglesia y volved á que se os pague.

La esperanza de ser recompensados con metálico, hizo que los hombres á quienes llamó se precipitaran á los tres muertos, llevándoselos á San-German de Auxerrois; á los demás curiosos que eran inofensivos, los dispersó la patrulla y la guardia del Palacio-Real. Al día siguiente amaneció el siguiente anuncio fijado por bajo de un billete de banco.

« El banco ofrece ahogar á la vista, al portador del presente billete. »

Pero contra quien más se encarnizó el furor público fué contra el autor del sistema. Atacaron su palacio, y trataron de demolerlo; en cuanto á él, querían nada menos que ahorcarlo y descuartizarlo. Law se escapó por una puerta excusada, y se refugió en el Palacio-Real, poniéndose bajo la protección del regente; pero el populacho hizo astillas su coche así que lo conoció.

Esto sucedía en el Palacio-Real el mismo día del alboroto.

Los individuos del parlamento, en vista de la gravedad de las circunstancias, se reunieron y tuvieron sesión. El presidente tuvo necesidad de bajar al patio; supo allí lo que estaba sucediendo, subió al instante y volviendo á ocupar su lugar dijo gravemente:

He sabido, señores, una noticia buena,
El carruaje de Law se redujo á canela.

El dístico no era perfecto, las consonancias pésimas, pero era la noticia grata para los señores del parlamento, que detestaban á Law, y se opusieron siempre á su sistema, así es que la comunicación hizo el mejor efecto, á pesar de los términos en que fué expresada.

Como en medio de todo esto, la vida del regente estaba amenazada, resolvió el parlamento enviarle una diputación.

El primer presidente se presentó en palacio, donde fué muy bien recibido.

— Señor, dijo el duque, tengo un placer en aprovechar esta ocasión para reconciliarme con el parlamento, cuyos consejos seguiré en todo.

Por lo demás, el duque de Orleáns, con ese valor temerario del que tantas pruebas dió en su vida pública y privada y en los campos de batalla, se reía de todos estos movimientos populares, que horripilaban á Law hasta el último punto.

Así es que éste que como hemos dicho, se había refugiado en el Palacio-Real, se apresuró á hacer dimisión de la administración general de hacienda. Quiso huir en aquel mismo instante, y abandonando la Francia desaparecer del horizonte financiero y político.

El regente que se divertía con el terror pánico de Law, le dió una guardia, que al propio tiempo que tenía la orden de defenderlo del pueblo, debía cuidar también de que no se escapara.

No obstante, su miedo no era puramente imaginario; desde el Palacio-Real, donde se fué á refugiar, oía las maldiciones que le prodigaban; á su coche lo habían hecho, como dijo el señor presidente, una

canela, y al cochero, que al querer defenderlo llamó al pueblo canalla, lo dejaron por muerto.

Además se contaban anécdotas de varias gentes, que las habían equivocado con él, y que por este error, estuvieron á pique de perder la vida; y en verdad que era un motivo también para que no estuviese muy sosegado.

Un vecino que se llamaba Boursel, que volvía de los jesuítas, al pasar por la calle de San Antonio, tuvo su carruaje detenido por un fiacre ó coche de alquiler que no quería pasar adelante ni detrás; el lacayo de M. Boursel, impacientado por semejante obstinación, se apeó, asió del cuello al cochero, y quiso hacerle recular á la fuerza. De repente se puso aquél á dar voces diciendo:

— Yo conozco el coche, es Law, es Law, matémosle.

Y al instante acudió el pueblo con piedras y garrotes para matarle. El pobre M. Boursel no tuvo más tiempo que el preciso para meterse en la iglesia de los jesuitas, le persiguieron hasta el altar mayor, por fortuna había allí una puerta pequeña que guiaba al convento; Boursel se precipitó por ella, y la cerró tras sí; este obstáculo para los que le perseguían, le puso en salvo.

M. de Chiverny, preceptor del duque de Chartres, iba á entrar en una silla de manos en el Palacio-Real, cuando un muchacho de unos ocho años principió á gritar: Es Law; al momento se agolpó el pueblo amenazando. Dichosamente, Law era un hombre muy alto, bien parecido y de cincuenta años escasos de edad, M. de Chiverny era un anciano achaparrado, de sesenta á sesenta y cinco años; así es que no tuvo que hacer más que mostrarse, para que cesara la equivo-

cación, pero ello es que la intención marcada del pueblo fué la de hacerle mil pedazos.

Por último, el 10 de diciembre, después de continuar tomando parte en todas las operaciones financieras desde el mes de mayo hasta fin del año, abandonó Law el teatro de sus hazañas, y se retiró á una de sus posesiones, situada á tres ó cuatro leguas de París.

El duque, que estaba muy ligado con él, fué á verle á dicha posesión, pero para poderlo hacer, tuvo que tomar el coche de Mad. de Prie, y mandó á sus lacayos que se vistiesen de pardo, sin cuya precaución, acaso le hubiera jugado el pueblo una mala partida.

Muy presto Law no se consideró ya seguro en aquella especie de destierro, y no contentándose con dejar á París, quiso dejar la Francia; pero en Valenciennes le esperaba otro susto. El gobernador de la provincia, hijo del guarda-sellos, el marqués de Argensón lo mandó prender, lo tuvo cuarenta y ocho horas arrestado, y no lo puso en libertad hasta que recibió una orden expresa del regente.

« Entonces fué (dice el marqués de Argensón en sus memorias) cuando tuve con Law una larga entrevista, de la cual, lo que conservo en la memoria que sea más digno de llamar la atención, es lo siguiente :

— « Señor, me dijo, nunca hubiera creído lo que he visto mientras he administrado las rentas. Entended que este reino de Francia está gobernado por treinta intendentes, absorbiendo las facultades de todos; pues aquí no hay parlamento, ni juntas de comisión, ni estados (1), ni gobernadores ; y más diré,

(1) Estados ó Estados generales, así se llamaban en Francia, lo que en España Cortes.

ni rey ni ministros, porque vienen á ser aquéllos treinta representantes ó subdelegados destinados á las provincias, de quienes depende el bien ó mal estar de las mismas, lo propio que su abundancia ó escasez. Mucho importa, por lo tanto, la buena elección de éstos, aplicándoles las recompensas ó el castigo, según lo mereciesen. »

De Valenciennes, pasó Law á Bruselas; Mad. de Prie le prestó su silla de posta, y el duque cuatro lacayos; el de más confianza, que fué el encargado de devolver la silla, llevó la comisión de entregar á Mad. de Prie, de parte de Law, una sortija que valía cien mil libras, y éste se retiró á Venecia, en donde murió. Dejó en París una inmensidad de deudas que su mujer satisfizo; debiendo solamente á su pastelero diez mil libras.

Durante el primer periodo del año, hubo varios acontecimientos, que hemos pasado en silencio, para contar la caída del sistema mencionado y la de su autor.

Apenas se hizo la paz entre la Francia y la España, á consecuencia de la caída de Alberoni, M. de Maulevrier, que fué nombrado embajador por el rey Luis XV, marchó á Madrid, encargado de llevar el cordón azul para el último infante de España, y también para negociar el doble enlace del rey con la infanta, y el de Mlle. de Montpensier, hija del regente, con el príncipe de Asturias.

El 18 de febrero, fué el rey al consejo de regencia, y salió fastidiado de la primera sesión. Á su regreso, dijo á su preceptor, M. de Fleury, que no quería volver más.

— Cuidado, señor, le respondió el preceptor; si no os cuidáis de los negocios públicos, seréis un igno-

rante siempre, y si llegáis á tener un delfín que sepa más que vos, puede que quiera ocupar vuestro lugar, contentándose con señalaros una pensión.

— ¿ Será muy crecida esa pensión ? preguntó el rey.

El día 24 del mismo mes de febrero, bailó el rey en el teatro de las Tullerías, en la comedia del *Incógnito*, un baile que le divirtió mucho más que la sesión del consejo de regencia.

El 21 de marzo, murió la duquesa, la joven, dejando á su marido en libertad de seguir con su pasión por Mad. de Prie, de quien más adelante hablaremos, cuando el duque, al fallecimiento del regente, haga un papel político en el mundo.

Por último, en un hermoso día de mayo, el vigía de Nuestra-Señora de la Guardia hizo señal de avistarse una nave.

Dicha nave, su capitán Chateau, tenía por nombre *Gran San Antonio*.

Había salido de Sidón con patente limpia, el 31 de enero. Tenía gran necesidad de víveres, porque en Cagliari, al querer proveerse de agua y de algunas provisiones, fué recibida á cañonazos por el gobernador de la isla, que soñó que la peste iba á asolar la Cerdeña, y á diezmar la población.

Dos hombres murieron en la travesía.

El tercero murió el mismo día de su arribada.

El buque entró en cuarentena en Pomegue.

Á los dos días de cuarentena, el cirujano que asistió á los enfermos, cayo también malo y murió.

Los rumores de tan singular mortandad principiaban á circular en la ciudad, inspirando un terror vago, cuando uno de los cirujanos declaró que asistía en la

plaza del Linche á un marino que tenía todos los síntomas de la peste oriental.

Aquella misma tarde murió el marino. La epidemia estaba en Marsella.

El 16 de agosto, día de San Roque, perecieron del contagio, y salieron dos médicos de orden del regente, para ir á estudiar esa plaga de enfermedad, que habiendo puesto el pie en Aix, podía muy bien un día ú otro llegar hasta París.

Los dos parlamentarios que se enviaron á la muerte, fueron los doctores Lemoine y Bailly.

Varias personas se distinguieron entonces por los servicios que prestaron, entre éstas, M. de Belzunce, y basta pronunciar su nombre para hacer su elogio.

Pero también hay otros nombres que los habitantes de Marsella conservan en el fondo de sus corazones, y que aun repiten en la fiesta secular que se dedica á la desaparición de la peste.

Uno de ellos es el del caballero Rose, que rodeado de cadáveres, un día en que sucumbieron cuatro mil personas como heridas por el rayo, supo mantenerse sereno, con su bastón de mando en la mano, haciendo recoger los muertos á las galeotes de Argel y de Túnez, con sus caras bronceadas y sus cabellos cortados á navaja, participando de los peligros de aquellos hombres, á quienes casi no se consideraba como tales.

Los demás son los de los regidores Moustier, Diende, Audemar, Pichatté de Croissante, Estelle y el alcalde de Langeron.

Ibamos á incluir los de los capuchinos que se sacrificaron por socorrer á los enfermos y enterrar á los muertos, pero para abreviar, sólo nos referiremos á lo que en Marsella se dice:

« Al principio de la epidemia, existían doscientos

setenta religiosos de la orden de San Francisco, y cuando se acabó, no quedaban más que tres. »

Esto se parece á lo que sucedió después de la batalla de Eylau. El emperador entregó al coronel de cierto regimiento que hizo maravillas, doce cruces de la Legión de Honor, para que las distribuyese á su gusto.

El coronel las recibió con un semblante como cortado.

— ¡ Y bien! preguntó Napoleón ¿ qué tenéis?

— Señor, respondió el coronel, lo que tengo es que V. M. me da doce cruces y no me han quedado más que seis hombres.

CAPÍTULO XIII

Viaje de Mlle. de Valois. — El duque de Módena. — El abate Servien. — Sentimiento de Mlle. de Valois. — Prohibición relativa á hablar de la bula Unigenitus. — Lo que era dicha bula. — Dubois arzobispo. — Misión de M. de Breteuil. — Mad. de Parabere y el regente. — Consagración de Dubois. — La Fillón.

Precisamente cuando iba á estallar la epidemia, Mlle. de Valois, aquella hermosa Carlota Aglae que tuvo la habilidad de desbancar á Mlle. de Charolais con el duque de Richelieu, y de hacer decaer de la estimación de su padre á Mad. de Berry, atravesaba Marsella para trasladarse á los estados de su esposo, el duque de Módena.

Hubo varias dificultades que vencer para decidir á la joven princesa á este casamiento, porque, como hemos dicho, amaba apasionadamente al duque de Richelieu.

Pero cabalmente era este el motivo por que deseaba el regente para ella un casamiento que la alejase de Francia. Ya se había tratado de establecerla con el príncipe del Piamonte; pero *Madame*, abuela de Mlle. de Valois, no queriendo que la reconviniesen por haber engañado á una amiga, escribió á la reina de Sicilia con quien estaba en grandes relaciones: « Os amo mucho, para que os haga un regalo de tan poco valor. »

El primer casamiento se frustró con no poca satisfacción de Mlle. de Valois, y con mucho sentimiento de su madre, porque dicha unión había sido uno de sus sueños dorados, alegrándose también el regente y Dubois, porque sabiendo que se trataba de quitar á la Cerdeña el reino de Sicilia, habían tolerado más bien que convenido en semejante enlace.

Por entonces fué cuando se comenzaron las negociaciones con la corte de Módena. El 28 de noviembre de 1719, llegó por el correo la noticia de que con sólo haber visto el retrato de la princesa, había quedado enamorado de ella el duque de Módena. Esto fué ya un triunfo.

Imputaban á aquél ciertos vicios y extravagancias tan comunes en aquella época, que los mismos que las tenían, no tenían reparo en confesarlas ingenuamente, como, por ejemplo, el abate Servien.

Permítasenos una palabra de este sujeto, ya que hemos pronunciado su nombre.

Era hijo del superintendente Abel Servien. Tenía un talento brillante, como casi todos los de aquel tiempo, pero sus costumbres eran tan depravadas como las de todos los de aquella época. Cierto día que la Academia recibió, según costumbre, á un sujeto mediano en ilustración, mientras que los hombres de altas dotes y conocimientos quedaban excluídos de la docta asamblea, el abate Servien quiso asistir á la junta de recepción, pero no pudo conseguirlo por la mucha gente que había.

— Parece, dijo al retirarse, que es aquí mucho más difícil entrar á ver que ser recibido de académico.

Otro día, estando en la Ópera (y esto nos recuerda

al duque de Módena), le pisó varias veces el pie á un joven, quién asiéndole del cuello, le dijo:

— ¿ Pero qué es lo que me quiere este cura sodomita?

— Señor, respondió Servien, con la mayor cortesanía, yo no tengo el honor de ser cura.

El duque de Módena era tan depravado en sus vicios (según decían) como el abate Servien, y como Mlle. de Valois, había adquirido tanta prevención á las costumbres desmoralizadas de aquella juventud, tenía horror al matrimonio.

« Antes de ayer (dice la princesa Palatina en sus memorias) vino á Saint-Cloud Mlle. de Valois con su madre, para participarme que habían recibido la correspondencia, y por cierto que tenía los ojos arrasados en lágrimas, y una profunda tristeza. El gran prior, que es también general de las galeras, acompañará á su hermana á Italia. Afirman; que, al ver solamente el retrato de mi nieta, el duque de Módena quedó enamorado de ella. Esto me admira, porque no he hallado nunca en Mlle. de Valois, ni gran hermosura, ni gracia. Su nariz de gavilán, á mi parecer, lo echa todo á perder. Tiene las piernas largas, el cuerpo grueso y el talle corto; y por su modo de andar, se conoce que no ha aprendido á bailar. *Aun si las prendas interiores valiesen más que las exteriores, todo podría pasar; pero tiene tanto del padre como de la madre, y esto es lo que me disgusta en ella.* »

Bien se echa de ver que la princesa Palatina no mimaba ni á su hijo, ni á su nieta.

Un poco más adelante añade:

« Ha llegado el regalo de Módena. No consta de muchas piezas. Consiste en una grande joya para la novia, con hermosos diamantes, y en medio el retrato

del príncipe; pero está muy mal sacado. Esta fineza se presentará cuando se firmen los esponsales y el contrato ante el rey. La ceremonia se verificará el 11 de febrero de 1720.

« El lunes por la mañana se echará la bendición nupcial, y el jueves se marchará Mlle. de Valois. En mi vida he visto una novia más triste. Hace tres días que ni come, ni bebe, ni se la secan los ojos. »

Antes de irse Mlle. de Valois, quiso ir á Chelles ás ver á su hermana.

La princesa Palatina hizo todo lo posible para evitar esta visita, diciéndola que había sarampión en la abadía, y que si iba, exponía su vida.

— Tanto mejor, respondió Mlle. de Valois, eso es lo que deseo.

Efectivamente adquirió el sarampión y estuvo muy mala, pero á pesar de eso, bendijo la enfermedad, porque retardaba su matrimonio.

En fin, fué preciso decidirse á marchar. El 20 de marzo, acompañó el regente á su hija á casa de su abuela la princesa Palatina. Allí bañada en lágrimas, cogió las manos de la anciana *Madame*, las besó y las estrechó contra su corazón; á pesar de que sabía muy bien que *Madame* no la quería, pero en el momento de su marcha, Mlle. de Valois olvidó tódos sus resentimientos.

Por último, llegó el día señalado para su marcha, y fué preciso obedecer.

El duque de Módena había de ir á Génova de incógnito.

Allí era donde estaba determinado que se verificase la primera entrevista de los desposados.

Mlle. de Valois se detenía cuanto podía. Desde Lyon, remitió una arenga grotesca que la había dirigido un

cura, y que se celebró mucho en la corte. Al propio tiempo, pedía licencia para ver la Provenza, Tolón y la Sainte-Beaume. Quería verlo todo la pobre princesa, menos á su marido.

En fin, viajaba con tanta lentitud, que su esposo se impacientó de aguardar tanto tiempo. El regente se incomodó y mandó á su hija que se embarcara sin más dilación.

El embarque se verificó en Antibes.

Sin embargo, después de la primera entrevista se recibieron cartas de la princesa, manifestando que le había parecido el príncipe de Módena mejor de lo que creía, y *que esperaba que se acostumbraría á él.*

Había mucha diferencia entre lo que dejaba Mad. de Valois y lo que iba á poseer, como lo atestiguan los versos siguientes, que circularon cuando su marcha;

Con un pequeño príncipe me caso,
Dueño de tres estados tan pequeños,
Que cuatro de ellos juntos no equivalen
Á una sola provincia de este reino.
Allí el que del amor es halagado,
Es el que hace al revés al fin su intento.
No hay juego allí ; las rentas son mezquinas,
¡ Gran Dios! qué diferencia tan á extremo
Hay de ese *lugar triste* adonde marcho,
Hasta el Richelieu que aquí me dejo.

Mientras que Mad. de Valois procuraba habituarse á su marido, firmaba el rey una disposición que causaba mucha novedad.

Y era la de prohibir que nadie hablase, afirmara ni divulgara cosa alguna contra la constitución *Unigenitus*.

Más de una vez hemos hecho mención de dicha constitución *Unigenitus*. Procuraremos decir en pocas

palabras lo que era ésta. La explicación no será divertida, razón por la que la hemos retardado, pero ya no podemos diferirla, y es fuerza que la expliquemos.

La bula *Unigenitus,* databa desde el reinado de Luis XIV, fué hecha por el papa Clemente XI, que la creó en 1706.

Declaraba la supremacía del papa en los obispos; fundándose en que aquél procedía de Jesucristo, y que los demás prelados dependen del soberano pontífice.

Dicha bula estaba en contradicción, sobre todo, con cierto libro publicado uno ó dos años antes por el padre Quesnel, que era cabeza del partido jansenista, cuyo libro titulado: *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento,* sostenía, por el contrario, que los obispos descienden directamente de Jesucristo.

M. de Noailles y ocho obispos jansenistas y amigos del padre Quesnel, atacaron la bula, demostrando que, según el texto claro y terminante del Evangelio, dimanaba su autoridad, no del soberano pontífice, sino de Jesucristo.

No sabían en aquella época como divertir á Luis XIV, y lo entretuvieron con esta disputa.

No tardó la Francia toda en dividirse en jansenistas y molinistas. La palabra jesuíta se refundió en esta última voz.

Al morir el rey se acordó de las persecuciones que hizo sufrir á los jansenistas, y no permitió que el cardenal de Bissy tomara la última disposición contra el jansenismo.

— He hecho cuanto he podido para poneros en paz, no lo he conseguido, ruego á Dios que os la conceda.

Algún tiempo antes de su muerte, remitió Luis XIV al papa este negocio, pidiéndole una constitución ó

estatuto que impusiese severos castigos á las doctrinas del padre Quesnel, sostenidas por M. de Noailles, ofreciéndo'o la entera obediencia del clero francés á sus mandatos. El papa lanzó la constitución que se le había pedido, pero el clero francés, lejos de obedecerla ciegamente, como prometió Luis XIV, hizo una terrible oposición, tanto más fuerte, cuanto que procedía, desgraciadamente para el papa y el rey, de los hombres más eminentes por sus virtudes y su ciencia.

Falleció el rey, como se ha dicho, sin que tan gran cuestión se terminase, de manera que en el reinado de la regencia recuperó más fuerza que nunca.

El partido de Mad. de Maine, del duque de Villeroy, de Besons, de Bissy, y aun de Dubois, que aspiraba al cardenalato, se declaró á favor del papa.

La Sorbonne y cuatro obispos, al ver amenazada la independencia de la iglesia galicana, pidieron un concilio general.

Entonces fué cuando, según hemos referido, prohibió el regente que se hablara, escribiese ó publicase cosa alguna contra la bula *Unigenitus*.

De repente, y en medio de todo este escándalo religioso, estalló otro mucho mayor.

Dubois tenía puestas sus miras en el cardenalato; M. de Tencin no fué enviado á Roma más que para allanar el camino. Desde el año de 1718, el pretendiente, desterrado allí, en donde se moría de hambre, había ofrecido el capelo de cardenal á Dubois, siempre que le pagasen la pensión que el regente le había señalado. Pero Dubois calculó que, si aceptaba el capelo de mano de Jacobo III, se desacreditaba para con el rey Jorge; así es que lo rehusó, pero conservando la carta para hacer uso de ella oportunamente.

En el ínterin, vacó el arzobispado de Cambray, por

muerte del cardenal Tremouille. Producía éste ciento cincuenta mil libras, y además era un gran escalón para la púrpura.

Creyó Dubois que era aquel el momento de utilizar la carta que tenía del pretendiente, y la remitió á Nericault Destouches, el encargado de negocios de Inglaterra, encargándole que enseñara la citada carta al rey Jorge, suplicándole al mismo tiempo que le recomendase al regente á dicho Dubois, autor de la cuádruple alianza, para el susodicho arzobispado.

Destouches se presentó en audiencia, entregó al rey Jorge la carta del pretendiente, y expuso á su majestad la petición de Dubois.

El rey Jorge se echó á reir.

— Señor, dijo Destouches, conozco tan bien como V. M., lo ridícula que es semejante solicitud, pero si tengo tanto interés en que salga bien, es en razón á que si se consigue, está hecha mi suerte, y si por el contrario tuviese mal éxito, estaba perdido.

— ¿ Pero cómo quieres, respondió el rey, que un monarca protestante se entremeta en hacer que se nombre un arzobispo de Francia? ya ves que el regente se burlaría de la recomendación y la despreciaría.

— Permitidme, señor, replicó Destouches, es cierto que el regente se reirá, pero la considerará ; en primer lugar, por respetos á V. M., y en segundo porque le hará gracia el asunto.

— ¿ Lo quieres tú ? preguntó el rey.

— Sí, señor.

— Dame pues.

Y firmó la recomendación, que á todo evento, tenía prevenida Destouches, y que aquel mismo día se diri-

gió al regente, dando al propio tiempo aviso á Dubois de su envio.

El día siguiente del que el regente debió recibir la recomendación del rey Jorge, se presentó Dubois sonriéndose al levantarse el duque de Orleáns.

— ¿ Qué tienes, y de qué procede ese buen humor ?

— Á fe mía, monseñor, de un gracioso sueño que he tenido.

— ¿ Y qué has soñado ?

— Soñé que me habíais conferido el arzobispado de Cambray, que está vacante.

— Por Dios, abate, dijo el regente, volviéndole las espaldas, confiesa que tienes unos sueños bien ridículos.

— Toma, ¿ y por qué no había yo de ser arzobispo como otro cualquiera ?

— Con que lo dices con formalidad.

— Muy formalmente, monseñor.

— Pues bien, abate; he aquí mi respuesta : no soñaste esta noche, ahora es cuando sueñas.

Y segunda vez le volvió las espaldas.

El abate se anticipó, por un día solo, al pliego del rey Jorge dirigido al regente, que se retardó, y no llegó hasta la noche.

Al día siguiente se presentó Dubois como la víspera.

— Y bien, monseñor, ¿ en qué quedamos con respecto á ese arzobispado de que os hablé ayer ?

— Escucha, dijo el regente, me sorprendiste mucho al ver lo que deseabas ; pues bien yo te voy á sorprender mucho más concediéndotelo.

Dubois cogió la mano al regente y se la besó.

— Aguarda, le dijo, que no hemos concluído, ¿ en

dónde diablo has de encontrar un b....... consagrado, que consagre á un b....... como tú ?

— ¡ Oh ! exclamó Dubois, si no estriba más que en eso, es negocio concluído, yo sé quien me consagrará, y el que lo ha de hacer no está muy lejos de aquí.

— ¡ Ah ! juro á bríos; quisiera saber el nombre de ese valiente.

— En cuanto á eso, monseñor, puedo satisfacer vuestra curiosidad, se llama M. de Tressan, y es vuestro primer limosnero.

Y efectivamente, al cabo de cinco minutos, volvió á entrar el abate, acompañado del obispo de Nantes, que, conforme lo había indicado Dubois, estaba pronto á todo.

No obstante, una cosa ocupaba la imaginación de Dubois al tiempo de recibir las órdenes.

Dubois nos acordamos que era casado. Si se pedía el divorcio á Clemente XI, contando con obtener de él más adelante un capelo de cardenal, era complicar su situación; y Dubois creyó que lo más corto y fácil era que desapareciesen las pruebas de su matrimonio.

Confió este obstáculo á M. de Breteuil, intendente de Limoges. Lisonjeado éste con poder servir á un hombre de quien dependía su bienestar, recibió de Dubois todos los datos necesarios relativos al nombre de la mujer, el del pueblo en donde se contrajo el casamiento, en una palabra, del día y año del expresado enlace.

Bien provisto de todos los pormenores, M. de Breteuil se puso en movimiento, y tomó tan bien sus medidas, que llegó á deshora de la noche al pueblo en donde se había celebrado el matrimonio, y se apeó en casa del cura párroco sucesor del que casó á Dubois : éste, al que M. de Breteuil pedía amistosamente hos-

pitalidad, ufano de recibir en su casa al intendente de la provincia, todo lo trastornó poniendo lo de arriba abajo en su rectoría. Se siguió una cena que halló excelente M. de Breteuil, y á su parecer fueron exquisitos sobre todo los vinos de su huésped. Resultó que se sucedieron las libaciones, con harta celeridad, por parte del señor cura á lo menos, porque al llegar á los postres no tenía aquél la vista muy clara. Entonces M. de Breteuil, volviendo á tratar de los quehaceres del bueno del cura, dijo que no dudaba que sus libros de registro estarían en orden; pero que no obstante no le disgustaría que se los enseñará, para ver la forma en que los llevaba. El cura, muy seguro de que estaban al corriente, se levantó y trajo sus registros, que colocó al lado de M. de Breteuil, que difirió el examen hasta después de vaciar la primera botella; se destapó ésta, pero cuando se acabó, los ojos del cura que estaban ya turbados, se cerraron completamente. Lo que visto por M. de Breteuil, buscó en el registro el año del casamiento; lo halló, y en seguida al acta, que arrancó y se la metió en el bolsillo; acto continuo, y como era en la apacible estación del verano y la aurora asomaba, despertó M. de Breteuil á la criada, la regaló algunos luises, encargándola que diera en su nombre las gracias al señor cura y marchó.

La jugada se hizo por lo tocante al acta del casamiento.

Quedaba el contrato matrimonial.

M. de Breteuil se encargó también de dar este paso difícil.

El escribano que lo extendió, hacía veinte años que había muerto; se mandó llamar á su sucesor, dándole á escoger entre una suma de cincuenta mil libras ó una prisión perpetua.

No vaciló el notario, entregó la nota original á M. de Breteuil, que la unió al acta; ambos documentos se remitieron al instante á Dubois, los que hizo mil pedazos.

Por último, para que no le quedase ningún recelo al nuevo arzobispo, M. de Breteuil envió á buscar á Mad. Dubois, y en los mismos términos que usó con el notario, la dió igualmente á escoger ó la misma cantidad de cincuenta mil libras, ó la cárcel perpetua. Tomó aquélla el dinero, prometiendo guardar en lo sucesivo el mismo silencio que había observado hasta entonces.

Todo quedaba arreglado del mejor modo posible.

El abate deseaba con ansia ordenarse.

Se dirigió al cardenal de Noailles, de quien esperaba tener tan buen resultado como de M. de Tressan, pero sin altanería, sin afectación ni escándalo, se negó lisa y llanamente el cardenal, sin que valieran las promesas ni amenazas á que desistiera en este punto.

Fueron entonces á M. de Busons, hermano del mariscal, á quien trasladaron del arzobispado de Burdeos al de Rouen; éste estuvo más complaciente que el cardenal de Noailles, y dió las licencias necesarias para que Dubois recibiese las órdenes en el gran vicariato de Pontoise que corresponde á la diócesis de Rouen.

Dubois, so protexto de los grandes negocios que tenía á su cargo, consiguió un breve, para poder recibir todas las órdenes á la vez. — Fué, pues, una mañana á la iglesia parroquial del gran vicariato de Pontoise, en donde el señor obispo de Nantes, según se había obligado, le confirió en la misma misa rezada, el subdiaconato, el diaconato y el sacerdocio.

El abate Dubois estaba ya de vuelta á la hora del consejo.

Ordenado ya, se trató de la consagración, cuyo acto había determinado Dubois que fuese con toda la magnificencia posible.

La víspera del día en que tamaño escándalo se había de verificar, el duque de Saint-Simón, se fué á ver al regente, y le suplicó que no asistiese á la ceremonia, prometiéndolo el duque de Orleáns con todo su corazón, porque así le sacaban de un gran apuro.

Desgraciadamente para M. de Saint-Simón, el diablo, en figura de Mad. de Parabere, se mezcló en el negocio, y echó á perder tan bella combinación.

La noche antes de la consagración, Mad. de Parabere, que había cenado en confianza y á solas con el regente, se quedó en el palacio real.

— Á propósito, monseñor, le preguntó, ¿ asistiréis mañana á la consagración de ese miserable de Dubois?

— No, mi apreciable cuervecillo, respondió el regente.

— Y ¿ por qué no vais, monseñor ?

— Porque así lo he ofrecido á Saint-Simón.

— ¡ Qué diablo ! dijo Mad. de Parabere, con un gesto de disgusto.

— ¡ Y bien ! preguntó el regente, ¿ crees tú que hice mal en prometerlo ?

— No, tuvisteis razón, pero no importa, iréis.

— ¿ Á la consagración de Dubois ?

— Sí : á la misma.

— Loca.

— Seré loca, pero iréis á la consagración.

— Pues yo te digo que no iré.

— Vaya, que habéis de ir, insistió Mad. de Parabere.

— ¡ Pues es cosa bien rara! replicó el regente, convienes en que tengo razón en no ir, y quieres que vaya.

— Sí, lo quiero.

— Y ¿ por qué ?

— Porque.....

— Porqué, porqué, eso no significa nada, se dice el motivo.

— Tengo uno.

— Dilo pues.

— ¿ Queréis saberlo ?

— Redondamente.

— Pues bien. Hace tres ó cuatro días que ese gracioso Dubois y yo tuvimos una contienda, que todavía no se ha acabado del todo. Él, que tiene espías hasta en vuestra antecámara, sabrá que hemos estado juntos; si mañana no vais á su consagración, no dejará de creer que soy yo la que tiene la culpa, y nadie se lo quitará de la cabeza. No me lo perdonará, y os dirá de mí cien enredos y perversidades que concluirán por malquistarnos. Pues eso es lo que no quiero yo, y por lo mismo, monseñor, iréis á la consagración.

Y efectivamente, el duque fué al dejar á la Parabere, *para que el día se pareciese en todo á la noche anterior,* como dice Duclos.

Todos los que tomaron una parte activa en favor de este asunto fueron recompensados.

Á Nericault Destouches le nombraron miembro de la Academia, á pesar de las tres ó cuatro famosísimas comedias que compuso. Á M. de Breteuil, secretario de Estado y de la Guerra en lugar de Leblanc.

En fin, el obispo de Nantes logró la supervivencia de M. de Besson, que no le hizo esperar mucho.

Al siguiente día de la consagración, la Fillón (no se habrá olvidado que fué la ilustre mediadora que, con

el dignísimo escribiente Juan Bubat, descubrió la conspiración de Cellamare), que tenía entrada franca para ver al príncipe, á menos que estuviese en consejo, se presentó en su casa y hallándole con el abate:

— Monseñor, le dijo, tengo que pediros una gracia que formaría el orgullo y la dicha de mi vida.

— ¡ Ah! ¡ Ah! Mal haya! dijo el regente, ¿ eres tú? dí que quieres.

— La abadía de Montmartre, respondió la Fillón.

El regente y Dubois rompieron en una carcajada.

Pero encarándose ella á Dubois:

— ¿ Por que te ríes tú, compadre ? le dijo. Felipe bien te ha hecho arzobispo, á ti que has hecho siempre el oficio de tercero; ¿ por qué no me había de hacer abadesa, á mí que ejerzo igual empleo?

El regente convino en que tenía ella razón, y la dió una gratificación de cien luises para que renunciase á sus pretensiones.

Por lo que respecta al reciente arzobispo, le regaló el regente con motivo de su nueva dignidad, un anillo pastoral que valía más de cien mil libras.

Después le nombró plenipotenciario en el congreso de Cambray con los señores de Morville y de Saint-Contest.

CAPÍTULO XIV

Estado de la hacienda después de la caída del sistema. — Sala de justicia. — Venta de los bienes de Law. — Proceso del duque de La-Force. — Caída y muerte de Argensón. — Odio del pueblo de París al difunto. — Conti es nombrado papa. — Dubois es nombrado cardenal. — Su humildad. — Enfermedad del rey. — Helvetius. — Alegría del pueblo. — Primeras tentativas de la inoculación. — La palabra de casamiento entre el rey y la infanta de España, y entre Mlle. de Montpensier y el príncipe de Asturias. — M. de Saint-Simón embajador en España. — Cartouche. — Su prisión. — Su muerte.

Derribado el sistema de Law, y fugado éste, preciso era tratar de que las cosas volvieran al estado que antes tenían.

Lo primero que se hizo, fué crear una sala de justicia, con las mismas funciones, poco más ó menos, que las que tenía la que se estableció para los arrendadores de las rentas á principios de la regencia.

La investigación versaba sobre quinientos ó seiscientos millones de acciones que, según decían, se habían emitido sin la real autorización.

Ínterin que dicha sala estuviese en estado de funcionar, se dió primeramente una satisfacción al pueblo, enterándole con anticipación del pensamiento de descubrir los agios que se hubiesen hecho.

Los muebles de Law se vendieron en pública subasta, y se embargaron sus fincas, ascendiendo á catorce las que poseía con título.

El 26 de enero de 1721, se dió un decreto, mandando practicar una requisa general de todos los créditos del banco expendidos durante un año. Los propietarios de dichas sumas estaban sujetos á declarar de quien los adquirieron, y á qué precio los compraron.

Resultaron espantosos descubrimientos. La fortuna de M. Leblanc ascendía á 17 millones; la de M. de la Faye, á 18; la de M. de Farges, á 20; la de M. de Verrise, á 28; en fin, la de M. de Claumont, á 127.

Un cura, Clement, y un relator llamado Talhowet, convictos de haber estafado por valor de más de 38 millones en acciones, fueron ambos sentenciados á ser decapitados, pero el regente les conmutó la pena.

Pero el más ilustre de todos estos reos, fué el duque de La-Force, par de Francia, miembro del consejo de regencia, y presidente del de hacienda. Duró la causa seis meses, pero su rango le salvó. Salió bien, pero apercibiéndole de que en lo sucesivo tuviese más circunspección y decoro, comportándose de una manera más delicada y moral, cual correspondía á su nacimiento y á la dignidad de duque y par.

La-Force, conforme había ido ganando inmensas sumas, las iba empleando en especierías finas, desuerte que tenía cinco ó seis establecimientos bien surtidos de canela, café, gengibre y vainilla, manejados por testaferros, aunque las enormes utilidades fuesen suyas.

Las personas notables perseguidas en aquella ocasión, fueron: el secretario Leblanc, el conde y el caballero de Belle-Isle, hijo y nieto de Fouquet, y un señor Moreau de Séchelles. Además Argensón perdió su des-

tino de canciller, que se lo devolvieron á Aguesseau, hombre muy popular.

Verdad es que su caída fué con todo género de distinciones; conservó el título de guarda-sellos, y la entrada libre en el consejo, y fué siempre el amigo y consejero del duque de Orleáns.

Pero por mucho que se quisiera dulcificar la suerte del ex-canciller, siempre era una desgracia que tanto afectó á Argensón, que cayó malo de sus resultas, padeciendo un año de enfermedad, y falleció el 8 de abril de 1721.

El odio que París le tenía era tanto, que le persiguió hasta en su féretro.

El populacho se arrojó sobre el carro fúnebre que llevaba su cadáver á San Nicolás de Chardonnet, en donde estaba su familia, y lo hizo trizas. Acaso hubiera consumado el sacrilegio, arrastrando el cuerpo hasta la corriente del arroyo, á no haber visto en un coche de luto á los dos hijos del canciller, el marqués y el conde de Argensón. La rabia se volvió contra éstos, los cuales precisados á escaparse, iban en pos de ellos en su fuga los más encarnizados. Entretanto levantaron el cadáver, y lo llevaron á brazo á la iglesia, en donde lo sagrado del lugar le sirvió de seguro asilo.

El infeliz M. de Argensón, que nunca protegió el sistema más que como medida política, jamás sacó provecho alguno de la invención de Law, antes bien, no permitió que sus hijos se mezclasen en ningún agio, y cuando el regente le manifestó la deplorable situación en que se hallaba el banco, se contentó con responderle como el Salmista:

Oleum peccatoris non impinguet caput meum.

Su corazón, no hay que decir que lo llevaron al con-

vento de la Magdalena de Tresnel, depositándolo en la capilla de San Marcos.

El papa Clemente XI, autor de la bula *Unigenitus*, había muerto algunos días antes que M. de Argensón.

El 18 de mayo siguiente, fué elegido como sucesor suyo el cardenal Conti, llamándose Inocencio XIII.

La muerte de Clemente XI cortó los procedimientos entablados contra Alberoni, al que querían privar del capelo, á consecuencia de las instancias del rey y de la reina de España. Se había formado un tribunal compuesto de cardenales para deliberar sobre este asunto, pero dicho tribunal, por espíritu de corporación, acordó dilatar el negocio, esperando que Clemente XI, que llevaba veinte años de pontificado, moriría antes que recayese el fallo.

Sucedió lo que el tribunal predijo, y no solamente se vió libre Alberoni de una causa que tres enemigos terribles, como eran el rey, la reina y el papa, instaban, porque se llevase adelante, sino que á más fué invitado por sus mismos jueces, á ocupar un asiento en el conclave, en atención á que no dejaba de ser cardenal, y que su falta podía acarrear una protesta, y aun invalidar el nombramiento ó elección del nuevo papa.

La Francia deseaba que fuese éste el cardenal Conti.

Dubois no se contentaba con el arzobispado de Cambray, quería el capelo de cardenal, y aun aspiraba á la tiara.

Dos confidentes suyos le negociaban en Roma el capelo ; el uno de ellos era el jesuíta Laffiteau, obispo de Sisteron ; el otro era M. de Tencin, á quien hemos visto salir para esta comisión. Pero por más diligencias que praticasen, había en Clemente XI cierta secreta

repugnancia que inducía á creer que era más difícil conseguirlo de lo que se creía.

Consiguiente á esto, propuso Dubois al cardenal de Rohán que fuese á Roma, á instar acerca de su promoción, prometiéndole, en cambio el primer ministerio que vacara á su regreso. El cardenal se disponía á marchar, cuando se supo la noticia de la muerte de Clemente XI. Su misión, que quedó pendiente, fué ya de más importancia, saliendo el cardenal con el doble objeto de conseguir que se eligiese por papa á Conti, y á Dubois cardenal.

El de Rohán tenía crédito sin límites.

Cada uno de los cardenales tiene el derecho de llevar un conclavista, y éste llevó á Tencin, quien antes de encerrarse con él, hizo un convenio con el cardenal Conti, á saber:

Quedaría éste elegido papa, gracias á la influencia de la Francia, y el papa nombraría cardenal á Dubois.

Hecho el pacto y firmados y cambiados los escritos, Tencin y el cardenal de Rohán se encerraron en el palacio de las elecciones.

Laffiteau se quedó fuera, para recibir la correspondencia de Dubois.

Sabido es el rigor que observaban durante su cautiverio los miembros del conclave; pero tal rigor se suavizó por medio de los millones que llevó el cardenal de Rohán. El 5 de mayo, escribió el jesuíta Laffiteau á Dubois, que á pesar de la cacareada impenetrabilidad del conclave, él entraba todas las noches, por medio de una llave falsa, y llegaba hasta donde estaba el cardenal de Rohán y Tencin, por más que tuviese que atravesar por cinco cuerpos de guardia para conseguirlo.

El día 18 de mayo, como ya va expresado, Conti quedó elegido papa y se llamó Inocencio XIII.

El proceso de Alberoni se terminó con dicha elección. Inocencio XIII no tenía los motivos que Clemente XI para perseguir á Alberoni. En vez de quitar á éste la púrpura y de que sufriera el destierro, lo que probablemente habría sucedido si viviera aquél, tomó en arrendamiento un magnífico palacio en Roma, en el que se instaló con un lujo y una esplendidez sostenida por los millones que ahorró durante el tiempo de su grandeza en España. Allí vió morir sucesivamente al cardenal de Giudice y á la princesa de Ursinos, enemigos suyos, que vivían también en Roma como él. Nombrado últimamente legado de Ferrara, murió honrado con esta dignidad á los noventa ó noventa y dos años de edad.

Volvamos al cardenal de Conti, ó mejor dicho al papa últimamente elegido.

Tenía sesenta y seis años, y catorce llevaba de cardenal. Había estado de nuncio en Suiza, en España y en Portugal, era descendiente de una de las cuatro primeras familias de Roma, igual á la de los Orsinis, los Colonne y los Savelli. Hombre muy amable, bondadoso, timorato, amante de su familia, y persona, en fin, cuyo rango suplía con razón al mérito.

El no conocer su insuficiencia para poder aspirar al pontificado fué lo que le hizo pasar por el pacto de que hemos hablado y que le tenía encadenado.

La lucha duró mucho, desde el 18 de mayo hasta el 16 de julio. Así que Conti fué papa, se miró mucho en inaugurar su poder pontifical con un tráfico de tal naturaleza, pero Tencin, con su convenio en la mano, le obligó á que cumpliese la palabra. Una biblioteca del valor de doce mil escudos que deseaba tener el

papa, y que le ofrecieron en nombre de Dubois, borró los últimos escrúpulos de Su Santidad.

El 16 de julio, con no poco escándalo de la cristiandad, quedó Dubois nombrado cardenal.

M. Passerini, limosnero del papa, fué quien llevó el birrete.

Contra lo que todos creían, observó Dubois, en esta ocasión una completa moderación.

No manifestó orgullo ni embarazo en las visitas de ceremonia.

Al recibir el birrete de manos del rey, desprendió su cruz episcopal, y se la presentó al obispo de Frejus: Aceptadla, señor, le dijo, da la felicidad. Fleury, aunque algo avergonzado, lo cierto es que la tomó.

Al salir de la ceremonia, acompañaron á Dubois, lo primero á ver á *Madame*, madre del regente, en donde le prepararon el sitial, y en seguida á Mad. de Orleáns, en donde tuvo la silla de respaldo.

Madame aborreció siempre á Dubois, y no acostumbraba á disimular ni sus odios ni sus simpatías; así es, que aguardaba con impaciencia aquella visita; pero Dubois se presentó en su casa con tal muestra de respeto, hablando de lo sorprendido que estaba por su nuevo estado, de lo humilde de su nacimiento, de la nada de donde el regente lo había sacado, manifestando sumo reconocimiento; permaneció muy poco tiempo sentado en el sitial ó taburete que la etiqueta le ofrecía, se levantó tan pronto, manteniéndose constantamente de pie, mientras estuvo en presencia de *Madame*, y se prosternó tan humildemente al separarse de ella, que la orgullosa princesa se vió obligada á confesar después de haberse él ido, que nunca había visto mayor dignidad, ni un continente más cabal.

Mucho se hablaba de esta promoción. El juego de

palabras y los equívocos llovían en torno del nuevo cardenal, cuando he aquí que un acontecimiento inesperado, que de un golpe reproducía todas las antiguas calumnias que antes se divulgaron contra el regente, hizo conmover á la Francia.

El 31 del mes de julio, el rey, que se había quedado dormido en un estado de perfecta salud, se despertó con gran dolor de cabeza y de garganta, sobrevinieron calofríos, y á cosa de las tres de la tarde, á consecuencia de haberse aumentado dicha indisposición, el niño que estuvo levantado unas dos horas, tuvo que volverse á acostar.

La noche la pasó mala; á las dos de la mañana se agravó; la consternación cundió en el palacio, y de allí á la ciudad.

Á cosa de medio día, M. de Saint-Simón, que tenía entrada franca en palacio, llegó hasta la cámara del rey, y no halló más que al duque de Orleáns, sentado en un rincón de la chimenea, y que estaba muy triste.

En aquel instante, Boulduch, uno de los farmacéuticos del rey, entró llevando un brebaje, Mad. de La-Ferte, hermana de la duquesa de Ventadour, aya del rey, iba detrás. Al reparar en M. de Saint-Simón que le ocultaba al regente :

— ¡ Ah! señor duque, exclamó ella, el rey está envenenado.

— Pero, por Dios, callaos, señora, respondió Saint-Simón.

— Repito que está envenenado, replicó.

Saint-Simón se acercó á ella.

— Lo que decís es horrible, señora, callaos, la dijo, y al moverse, descubrió al regente.

Ella se contuvo.

En cuanto al duque de Orleáns, se contentó con

encogerse de hombros, cambiando una mirada entre Saint-Simón y Boulduch.

Al tercer día, comenzó á turbarse la cabeza del joven rey, y los médicos principiaban á perderla también. Helvetius, el más joven de todos, que fué más adelante médico de la reina, y padre del famoso de su nombre, preopinó por una sangría en el pie; pero todos los médicos se alborotaron, y Marchal, primer cirujano del rey, expuso que, si fuera posible que no quedara en Francia más que una sola lanceta, la haría mil pedazos para que no se sangrase al rey.

El regente, M. el duque, M. de Villeroy, Mad. de Ventadour y la duquesa de Ventadour, la misma que acabamos de hablar, se hallaron presentes á la consulta, y estaban desesperados al ver que no había unanimidad en aquellos hombres que tenían en sus manos la vida del monarca.

Se llamó á los médicos de la ciudad, eran aquéllos MM. Dumoulin, Silva, Camilo y Falconnet.

Al cabo de algunos instantes de conferencia fueron éstos del dictamen de Helvetius.

Mas los facultativos del rey se mantuvieron firmes.

— Señores, dijo entonces Helvetius, que conoció que no había otro medio para que su opinión prevaleciese, ¿ respondéis con vuestra cabeza de la vida del rey si no se le sangra.

— No, contestaron los médicos, no podemos abrazar semejante responsabilidad.

— Pues bien, yo, repuso Helvetius, respondo con mi cabeza de su vida si se le hace la sangría.

Había tal convicción en la voz del célebre médico, que el regente tomó la palabra diciendo ;

— Adelante, señor Helvetius.

Los demás facultativos se retiraron, y cuando se quedó solo Helvetius sangró al rey.

Una hora después, disminuyó la calentura; por la tarde estaba ya fuera de peligro, y á los dos días de la sangría se levantó el rey.

París, que estaba sumergido en la más profunda tristeza, prorrumpió en cánticos y regocijos. Se cantó el *Te-Deum* en todas las iglesias, y el rey que, casi milagrosamente se salvó, fué á dar gracias á Dios por su restablecimiento á Nuestra Señora y á Santa Genoveva.

Por entonces llegó el día de San Luis. Todos los años había (y se conserva la tradición hasta en nuestros días) un concierto en el jardín de las Tullerías; pero aquel año degeneró en regocijo público.

El mariscal de Villeroy, que era el que gritó más que nadie que el rey estaba envenenado, se embobaba ante aquella afluencia de gente que rodeaba al rey, quien á cada momento se escondía en un rincón, del que le sacaba por el brazo el mariscal, á fin de que lo viese todo el mundo. Por último, viendo que el jardín de las Tullerías, el circo ó carrera de los caballos, y los techos todos estaban llenos de curiosos, llevó al rey al balcón. Al punto, aquella innumerable multitud alzó el grito de ¡ viva el rey ! que resonó en las calles y plazas con universal aclamación.

— Señor, dijo entonces M. de Villeroy á Luis XV, veis toda esa gente, ese pueblo, esa multitud, todo os pertecenece, todo es vuestro, sois el amo, y podéis hacer de él lo que queráis.

¡ Ay ! estas imprudentes palabras de su ayo se grabaron harto bien en la mente del joven príncipe.

Aquel pueblo, que gritaba en 1721 ¡ viva el rey ! se

convirtió en otro que setenta y dos años después gritaba ¡ viva la guillotina !

Mientras tanto ensayaban en Londres con los sentenciados á muerte la inoculación ó vacuna. Cinco fueron los inoculados y todos escaparon de la muerte.

Por su parte, M. de Maulevrier, á quien comisionaron para que llevase el cordón azul al último infante de España, y para tratar del casamiento del rey con la infanta, y el del príncipe de Asturias con Mlle. de Montpensier, no perdió el tiempo.

El 14 de septiembre todo quedó concluído, habiendo recibido Luis XV una carta de Felipe V, que le participaba no tan solo el beneplácito de S. M. C. para esta alianza, sino también la satisfacción que en ello le cabía.

Quedaba todavía que noticiar al rey su casamiento, á quien aun no habían tocado este punto en lo más mínimo, y quien, á pesar de no tener más que once años, acaso no quisiera enlazarse con una niña de tres.

Se escogió un día de consejo de regencia, á fin de que al anunciar al rey la noticia se hiciese saber casi al propio tiempo al consejo para que no se volviera á tratar ya más del particular.

Era, sobre todo, preciso, en dicho contrato, desconfiar de M. de Villeroy, que siendo enemigo declarado del regente, haría todo lo posible, sin duda alguna, para inspirar al rey aversión á la joven infanta.

El regente también principió por ver si podía contar con dos auxiliares; el primero, el duque superintendente de la educación de la real persona; el segundo M. de Frejus, preceptor del rey.

El duque recibió su confianza maravillosamente, aprobando mucho aquella unión.

El obispo de Frejus se mostró más frío, objetó la edad de la infanta, por cuya razón semejante casamiento sería un acto de irrisión. Pero añadió que, sin embargo, no creía que el rey opusiera resistencia, prometió que él estaría allí al hacerle la proposición, ofreciendo emplear toda su influencia con el joven príncipe para decidirle á secundar las miras del regente.

La comunicación se dejó para el día siguiente.

Á la hora señalada fué el regente á ver al rey; pero tuvo cuidado de preguntar al llegar á las antecámaras si M. de Frejus estaba con su discípulo.

Contra lo que prometió, se hallaba aquél ausente.

El regente le envió á buscar, decidido á no entrar hasta que el preceptor hubiera llegado Al cabo de un instante, lo vió que acudía como quien, por haberse equivocado de hora, se da prisa á reparar su error. El regente entró al momento con M. de Frejus, y halló con el rey al duque, al mariscal de Villeroy, y al cardenal Dubois.

El regente entonces, con el tono más amable que le fué posible, anunció al rey la gran noticia, ensalzando las ventajas de aquella unión, y rogando á S. M. que prestase su asentimiento. Pero sorprendido el rey guardó silencio, se le oprimió el corazón y sus ojos se humedecieron. El regente tenía fija la vista en el obispo, porque conocía muy bien que todo dependía de él. Éste cumplió su palabra, insistiendo después del regente en la necesidad de que el rey contrajese sus empeños en nombre suyo, y el mariscal, en vista de lo que veía, le instó por su parte, diciendo ;

— Vamos, señor, es necesario hacer las cosas de buena gana.

Pero, por más instancias que se hicieron, ninguna

bastaba á romper el obstinado silencio del rey. M. de Frejus le habló en voz baja excitándole con ternura á que no difiriese el ir al consejo á prestar su consentimiento. Mas el rey, no solamente guardó obstinadamente silencio, sino que quedó inmóvil. No obstante, hubo al fin de hacer algún ademán, cualquiera señal, ó un movimiento, porque M. de Frejus dijo:

— Monseñor, S. M. irá al consejo, pero necesita algún tiempo para reponerse.

El regente se inclinó, respondiendo que su deber era esperar hasta que el rey gustase, hizo seña á Dubois y al duque de que le siguieran.

En efecto, á la media hora entró el rey en el consejo, y después de la lectura que se le hizo de la carta de Felipe V, declaró *que daba gustoso su consentimiento para este enlace.*

Al mismo tiempo aprobaba el casamiento de Mlle. de Montpensier con el príncipe de Asturias.

Los enemigos más encarnizados del regente quedaron aturdidos con este golpe inesperado.

Por un juego diestro en política, no tan sólo se hacía el duque de Orleáns el aliado más cercano de aquel cuya cabeza pedía un año antes, sino que su hija ponía también un pie en las gradas del trono de España.

Tan luego como quedó aprobado por el rey este doble casamiento, se nombró al duque de Saint-Simón, embajador de España, encargado de pedir oficialmente á la infanta.

Mad. de Ventadour fué elegida para ser su aya, y comisionada para irla á buscar á Madrid y acompañarla hasta París.

Finalmente, el duque de Osuna y el marqués de La-Fard se cruzaron en Bayona, viniendo el uno á

ofrecer sus cumplidos de parte de Felipe V á Luis XV, y yendo el otro á lo mismo de parte de Luis XV á Felipe V.

Mientras que la aristocracía toda estaba distraída con estos acontecimientos, el pueblo y los vecinos tenían también su diversión.

Enrodaban á Cartouche en la plaza de Greve.

Éste era á un mismo tiempo el héroe y el terror del pueblo. Tenía su catálogo amoroso, lo propio que el duque de Richelieu, y no pocos suponían que, á no ser por una gran casualidad, habrían ambos frecuentado á la vez las mismas callejuelas; en fin, hacía tres ó cuatro años que en todo París se hablaba mucho de Cartouche, cuando se supo que, vendido por su teniente Duchatel, acababan de cogerlo en la hostería de la Pistola, en la Courtille (1), llevándole por medio de París, descalzo y en camisa, para que nadie dudara que este famoso bandido había al fin caído en las manos de la justicia. Preso en el Chatelet desde luego, y conducido después á la cárcel real, fué juzgado y sentenciado el 26 de noviembre de 1721; el 27 le aplicaron el tormento que sufrió sin confesar nada, y el 28 lo llevaron al cadalso.

Cuando llegó Cartouche á la plaza de Greve, como no quiso revelar cosa alguna, en la persuasión de que sus cómplices harían en el último caso una tentativa para librarlo, todo se le volvía escudriñar con la vista la muchedumbre, las callejuelas, las puertas de las calles; pero no viendo nada de lo que deseaba, más que el terrible patíbulo que dominaba toda aquella gente ansiosa de su suplicio; en el momento en que el

(1) Courtille es un lugar situado cerca de alguna barrera de París, y á donde el pueblo se divierte el domingo.

verdugo le puso la mano en la espalda, lo contuvo Cartouche con estas palabras:

— Tengo que hacer declaraciones.

Al punto lo condujeron á la casa de ayuntamiento, en donde á más de la confesión de sus crímenes que nunca había querido hacer, delató Cartouche trescientas setenta personas, entre éstas, ciento treinta y cuatro mujeres.

Las principales eran:

Renée Podaller, conocida por la hermosa lechera.

María Ana Rossignole, su rival, conocida por el mismo nombre.

Javotte, la gallinera gruesa.

Ana Roger, de Saint-Vigor.

Margarita Roger de la Peniere.

Catalina Noël, llamada Margot la religiosa.

Catalina Ginotte Deloriers, llamada la hermosa posadera.

Entre los hombres había plateros, taberneros, cafeteros, un portero, mozos de banco, varios hidalgos con nombres ilustres, seguramente robados, porque los que roban alhajas, mejor podían robar nombres; eran éstos, un señor de San Martin de Antragues, de Bouteville, un alguacil de villa, un tratante en vino, y en fin, dos hermanos.

Al punto se dieron las órdenes oportunas, y como Cartouche al denunciar á sus cómplices indicó las guaridas en que se escondían, los prendieron casi á todos, llevándolos acto continuo á la casa de ayuntamiento.

Allí los aguardaba Cartouche, más bien en tono de juez que de sentenciado.

Acercáronsele macilentos y suplicantes.

— Escúchame, fulano y zutano, dijo llamándoles á cada uno por su nombre.

Mirad cómo me he portado con vosotros; os he enriquecido y protegido mientras he estado libre; preso ya, me han hecho sufrir un doloroso tormento sin querer declarar nada, conforme al juramento que teníamos hecho. Por último, he subido al cadalso confiado en vuestras promesas; vosotros, por el contrario, considerad cómo habéis obrado conmigo. Uno de vosotros me ha vendido; os escondisteis cuando me prendieron, y en el día de mi suplicio me abandonasteis. En revancha os he delatado y estamos en paz.

Por lo que hace á los demás, que materialmente no ha estado en su mano socorrerme, los perdono y no los delato. Estoy seguro que harto me vengarán ellos.

Por ser ya muy tarde volvieron á llevar á Cartouche á la cárcel, suspendiendo la ejecución hasta el día siguiente.

Llegado éste, fué hecho pedazos vivo, con once golpes de maza de hierro. Entonces, uno de los arqueros, en lugar de dejarle padecer en la rueda según lo prevenía la sentencia, se corrió por debajo del patíbulo, y pasando la mano por entre los huecos de las tablas, asió la cuerda que sujetaba el pescuezo del paciente, tiró y lo ahogó.

Éste fué el importante suceso que terminó con el año de 1721.

CAPÍTULO XV

Cambio de las princesas. — Los confesores. — Entrada del cardenal de Rohán y de Dubois en el consejo. — Retiro de Aguesseau. — El rey deja á París para ir á Versalles. — Dubois y el mariscal de Villeroy. — Arresto de éste. — Fuga y regreso del obispo de Frejus. — Dubois académico. — Muerte de Malborough. — Consagración del rey. — Muerte de la princesa Palatina. — Su epitafio. — Temblor de tierra en Portugal.

El año 1722 se inauguró con el cambio de las princesas, esposas futuras del rey y del príncipe de Asturias, verificado en la isla de los Faisanes, situada en medio del río Bidasoa, que divide los dos reinos.

En esta misma isla se celebraron, en 1659, las conferencias entre el cardenal Mazarino y don Luis de Haro, primer ministro que era cada uno de ellos de Francia y España, los cuales decidieron la paz de los Pirineos y el casamiento de Luis XIV con la infanta María Teresa.

Dicho cambio tuvo lugar el 9 de enero, poniéndose en camino el mismo día Mad. de Montpensier para Madrid, y la infanta hacia París, donde, á su llegada, el señor duque de Osuna fué nombrado caballero del Espíritu Santo, recibiendo Saint-Simón, por mano de Felipe V, dos toisones, el uno para él, y el otro para el mayor de sus hijos, y dos títulos de grandes de España para él y para uno de sus hijos á su elección.

Por entonces ocurrió un lance de la mayor entidad en la corte.

El padre Aubantón, confesor del rey Felipe V, no solo obtuvo de su penitente que había de tener la infanta un confesor jesuíta (no hemos olvidado que ésta no tenía más que tres años), sino que también le autorizó para que pidiese á M. de Saint-Simón otro de la misma orden para el joven rey.

Saint-Simón no quiso obligarse á nada, y ofició al regente, quien delegó en Dubois.

Dicha proposición entraba en las miras del nuevo cardenal; ¿ y por qué ? acaso por haber contraído alguna obligación con el jesuíta Laffiteau que medió en Roma, para que se nombrase á Inocencio XIII, y para conseguir el capelo á Dubois, acaso también porque este nombramiento afectara al cardenal de Noailles, al que no perdonaba el que se hubiese negado á consagrarlo, y trataba de alejarle lo propio que á los demás individuos principales del consejo de regencia; porque la tendencia de Dubois era la de reconcentrar el poder en manos del regente, á fin de que, nombrándole éste primer ministro, pudiese, como sus antecesores, los cardenales Richelieu y Mazarino, manejar sin trabas las riendas de la Francia en medio de la política europea.

Se resolvió, pues, que se retirase M. de Fleury, proponiendo en su lugar al padre Linieres, que era el confesor de *Madama*.

Tres hubo que se opusieron á la proposición.

El cardenal de Noailles, el mariscal de Villeroy y el obispo de Frejus.

El primero, sin presentar á nadie, se limitaba á excluir á los jesuítas.

Villeroy indicaba tres sujetos.

El canciller de Nuestra Señora.

Benoit, cura párroco de San German, y M. Vanrouy, que acababa de renunciar el obispado de Perpiñán.

El obispo de Frejus propuso á dos.

A Paulet, prior del seminario de los niños huérfanos, ó á Champigny, tesorero de la Santa Capilla.

El favor de Dubois consiguió que se eligiese al padre Linieres, y la dirección de la conciencia del rey de Francia quedó de nuevo en manos de los jesuítas.

Se da por supuesto que MM. de Frejus, de Villeroy y de Noailles se resintieron profundamente por el poco caso que se hizo de sus indicaciones.

El regente no estaba en buena armonía con el parlamento.

Era preciso malquistarle también con el consejo de regencia.

Sabemos que los demás consejos habían quedado suprimidos.

Desde entonces, se conocieron las tendencias de Dubois, y no quedó oculto que, fuese por convicción ó por indiferencia, el duque de Orleáns fomentaba su ambición.

Mas esto no bastaba, el mariscal de Villeroy y el duque de Noailles se enfurruñaban, es verdad, pero se mantenían firmes, y Dubois discurrió otro medio para conseguir su objeto.

Desde que le nombraron cardenal, no asistió más al consejo, á causa de que sus precedentes y lo humilde de su nacimiento era un óbice para ocupar el lugar preferente, al que, no obstante, tenía derecho, y pensó en hacer que entrase el cardenal de Rohán, para introducirse él en seguida.

Nos acordamos que el cardenal de Rohán era el mismo que, cuando la muerte de Clemente XI y la

elección de Conti, marchó á Roma con crédito ilimitado.

Éste, á quien Dubois había prometido un ministerio, y que vió que, entrando en el consejo, tenía una senda abierta á su ambición, no deseó otra cosa más que secundar los deseos de Dubois, en lo que por otra parte, su corta penetración no alcanzaba á ver más que un honor personal debido á su mérito.

Sucedió lo que Dubois había previsto.

No bien se presentaron en el consejo, cuando el canciller y los duques se retiraron al momento, y en cuanto al mariscal de Villeroy se separó de la mesa, y fué á sentarse en un taburete detrás del rey.

Á dicha salida, Aguesseau, hombre tan meticuloso en materia de lugar preferente, dejó los sellos.

Armenonville los recuperó, é hizo que se diera á su hijo Fleurieu la secretaría de Estado.

Otro resorte que nodejaba de ser eficaz, y que Dubois puso en juego, fué la traslación del rey á Versalles.

En París, en el centro de aquella capital, tenía el rey una corte que se componía de todos los grandes señores, que se hallaban establecidos allí; pero en Versalles, sin excesivos gastos, no podían los cortesanos ser tan asiduos, y, por consecuencia, el rey había de quedar poco á poco más aislado.

Establecióse definitivamente en Versalles, y no volvió á París sino raras veces, ya de vuelta de una campaña ó para ocupar el solio.

Dubois entonces comenzó á solicitar del regente que le nombrase primer ministro.

Á tal proposición hubo de contentarle, dándole la superintendencia de correos, de cuyo destino privó á M. de Torcy.

Dubois, por supuesto, tomó este destino mientras

conseguía su objeto: por otra parte, en el conflicto que se experimentaba por la lucha entre el poder y el amor propio, los negocios se descuidaban, todos reclamaban al regente, éste á Dubois, quien respondía siempre á tales reclamaciones:

— Monseñor, es imposible que la máquina vaya bien gobernada mientras no dirija todos sus resortes una mano sola. Las mismas repúblicas no subsistirían por espacio de tres meses, si todos los deseos particulares no se reuniesen formando una volundad, única y eficaz. Así, pues, es indispensable que el punto donde se concentren sea ó vos ó yo, ó más bien en ambos, en atención á que siendo hechura vuestra nunca podré hacer más que lo que gustéis. Con que ó me nombráis primer ministro, ó vuestra regencia sucumbirá menospreciada.

— ¿ Pero no te he entregado todo el poder? respondió el regente.

— No.

— ¿ Qué te falta para poder obrar ?

— Un título, monseñor, el nombre da la autoridad de ministro, sín él se burlan del hombre. ¿ Lo tiene ? es obedecido sin murmurar. El título es la consagración del poder : éste sin aquél es una verdadera usurpación.

Mas á todas estas polémicas, llevadas más allá de lo que quería terminaba el duque de Orleáns contestando con algún epigrama en contra del cardenal, ó bien cantando cualquier villancico hecho contra sí propio.

Entonces resolvió Dubois valerse de otra persona que hiciera valer con el regente lo que él le decía inútilmente, esperando que su elogio, saliendo de una boca extraña, influiría más con el príncipe.

Puso á este fin los ojos en su confidente Laffitteau, á quien hizo obispo de Sisteron, en recompensa de su trabajo, y que acababa de llegar de Roma.

Era Laffitteau un bribón rematado, tan mal sacerdote como Dubois, (que no era poco decir), descarado, libertino, escandaloso en sumo grado, pero de ahí dimanaba la confianza que en él tenía; porque como solamente Dubois era quien podía sostenerle, claro es que Laffitteau había de hacer cuanto pudiese para engrandecer la suerte de aquél.

Laffitteau iba á tener una audiencia particular con el regente.

En dicha audiencia era necesario que se extendiera sobre la consideración que Dubois gozaba en Roma, hablando algo acerca de lo que mejoraría la Francia si aquél fuese ministro.

Pero á las primeras palabras que arriesgó en esta materia el obispo de Sisteron, le interrumpió el regente:

— ¡ Eh ! ¿ Qué diablos quiere el cardenal? exclamó, goza de toda la autoridad de un primer ministro y aun no está contento, quiere el título, ¿ y qué conseguirá con él ?

— Monseñor, lo disfrutará.

— ¿ Por cuánto tiempo ? Chirac, que lo ha visitado, lo encontró corrupto, y me ha dicho que no le quedaban seis meses de vida.

— ¿ Será eso verdad ? preguntó Laffitteau.

— ¡ Por Dios !... y si lo dudas yo haré que lo oigas por boca del mismo Chirac.

— Eh, monseñor, pues siendo así, os aconsejo que le declaréis primer ministro en el instante.

— ¿ Y por qué eso ?

— Sin duda alguna. Mirad, monseñor, se acerca la mayoría del rey, ¿no es verdad?

— Sí.

— Vos conservaréis sin duda toda su confianza.

— Lo espero así.

— Que será debida á vuestros servicios, á vuestro superior talento, me hago cargo de esto, pero no tendréis autoridad propia. Un gran príncipe como vos tiene siempre enemigos y émulos, buscarán los medios de desviaros del rey; los que más le rodean no son vuestros mejores amigos; no podéis al fin de vuestra regencia ser primer ministro, pues no hay ejemplar de eso. ¡Pues bien! haced ese ejemplar en otro. El cardenal Dubois lo será, como lo fueron los cardenales Richelieu y Mazarino; cuando él muera, heredaréis un título que vos no habréis creado, y al que el público se habrá ya acostumbrado, dando á entender que lo aceptáis por pura modestia, y por cariño al rey, abrazando de este modo, y al mismo tiempo, toda la realidad del poder.

El duque de Orleáns reflexionó, vió que era bueno el consejo del jesuíta, y nombró á Dubois primer ministro.

Á la noche había cena en el Palacio Real, como era natural se habló del nombramiento de Dubois, y el duque de Orleáns naturalmente también defendía á su antiguo catedrático, diciendo que se podía sacar todo el partido de un hombre dotado de tamaña capacidad.

— Monseñor, dijo Nocé, lo habéis hecho secretario de Estado, embajador, arzobispo, cardenal, primer ministro, pero yo apuesto con vos, á que no le hacéis hombre de bien.

Al día siguiente salió desterrado Nocé.

Se ha visto (y nosotros también hemos procurado

fijar la atención de nuestros lectores), que hacía más de un año que toda la política interior del regente tenía por objeto la concentración de los poderes, rompiendo por todos los obstáculos públicos y particulares. Los consejos, que hicieron la oposición, quedaron disueltos. La hizo el parlamento, confináronle á Pontoise. Hízola M. de Argensón, cayó en desgracia.

Nocé que también la hizo, tuvo que dejar á París.

Quedaba el mariscal de Villeroy, que no solamente hacía la oposición, mas también con insolencia.

Dubois, antes de tomar contra él medidas violentas, intentó atraerlo á su partido.

La misma humildad de que había hecho uso con el rey, con *Madame* y con los príncipes, tentó á ensayarla con el mariscal, pero era éste tan sumamente orgulloso, que lo que bastó para con las primeras personas del Estado no fué suficiente para él.

Cuanta más sumisión observaba el cardenal, más altanero se mostraba el mariscal.

Dubois se dirigió al cardenal de Bissy, amigo de aquél, suplicándole que fuese su mediador para con M. de Villeroy, puesto que deseaba quedar en buenas relaciones con él.

M. de Bissy, que había visto que su cofrade, el cardenal de Rohán, debió su entrada en el consejo á un favor que hizo á Dubois, no deseó más que congraciarse con él, esperando entrar por la misma puerta que M. de Rohán, y al punto se encargó del negocio.

Á M. de Bissy no le costó trabajo persuadir al mariscal, que la consideración que le manifestaba Dubois era verdadera.

Lo que M. de Villeroy extrañaba en todos los que le rodeaban, no era el que le admirasen, sino el que dejasen de admirarlo. Por lo que respecta á la sumisión

de Dubois, nada tenía de particular, al parecer del mariscal de Villeroy, pues que un compañero tan pequeño debía humillarse ante los grandes señores.

Fijados por éste sin contradicción dichos dos puntos, le dispusieron á que acogiese el tercero, esto es que admitiera una reconciliación.

El mariscal manifestó que estaba pronto á sacrificar sus antipatías personales al bien del Estado, permitiendo á Bissy que mediase para hacer la paz con el primer ministro.

Corrió éste á dar cuenta á Dubois de su comisión, y volvió al instante encargado por aquél de preguntar á M. de Villeroy, qué día y á qué hora podría ofrecerle sus respetuosos homenajes.

Sea que el mariscal tuviese reparo en recibir en su casa á Dubois, ó que quisiera mostrarse siempre galante, contestó que le esperase.

Bissy dió á entender á Dubois que haría todo lo posible para llevarle al mariscal al siguiente día, en el que había recibimiento de embajadores.

Dubois, en el colmo de su alegría, se deshizo en promesas á B ssy, si le hacía semejante servicio.

Este trabajó para conseguirlo, y lo logró en efecto.

Al día siguiente, en el momento en que Dubois daba audiencia al embajador de Rusia, y el salón que precedía al despacho estaba lleno de ministros extranjeros y de los personajes más importantes de la diplomacia, anunciaron:

— El mariscal de Villeroy.

No era de costumbre interrumpir las audiencias por nadie, sin distinción de personas. Sin embargo, los lacayos, que tenían la orden, querían pasar recado en el instante al primer ministro; pero el mariscal se opuso, y aguardó en el salón con todos los demás.

Al tiempo de despedir al embajador de Rusia, vió Dubois al mariscal; olvidándose entonces del resto del mundo se lanzó hacia él, doblándose como ante una majestad, y llevándoselo respetuosamente hasta su despacho.

Allí se deshizo en cumplidos por el honor que le hacía.

El mariscal no hizo caso de semejantes demostraciones, escuchando todas sus protestas con cara arrogante, y respondiendo con signos de labios y ojos y con movimientos de cabeza. Después de lo que tranquilizado Dubois, le dió el mariscal, con aquel tono que le era familiar, algunos consejos, y dejándose en seguida arrebatar de su elocuencia, pasó de los consejos á las amonestaciones y de éstas á las injurias.

Dubois estaba como la serpiente, quería bajarse pero no dejarse pisar. Al primer contacto del pie que se aprovechaba de su humillación, intentando aplastarlo, se irguió. El cardenal de Bissy conoció adónde iban á parar las cosas, y quiso mediar, pero era ya tarde, la cólera se había apoderado del mariscal y se le subía á la cabeza.

Golpeaba con los pies, alzaba la cabeza, en fin piafaba (como dice Saint-Simón); Dubois, por el contrario, palidecía, se reconcentraba dentro de sí mismo, como para arrojarse después. Al cabo de un instante, atolondrado por el ruido de sus propias palabras, no sabía ya el mariscal lo que decía, amenazaba á Dubois; por último, se puso furioso, hasta que llegó á decirle:

— Sí, señor, así ha de ser, es preciso que caiga uno de los dos, y si queréis tomar mi consejo, hacedme prender.

El cardenal de Bissy notó que chispeaban los ojos de Dubois, y comprendió que perdería toda su influen-

cia personal, si dejaba que aquello pasara más adelante, y asiendo del brazo al mariscal, lo sacó de allí á la fuerza.

Pero no era hombre aquél que saliera como cualquiera otro, sino que continuó haciendo burla, injuriando y amenazando á Dubois, conforme iba retirándose. Se suspendió la audiencia, y furioso, sofocado y temblando de rabia, corrió Dubois á casa del regente.

Seguía éste el consejo del mariscal, iba á pedir al regente que mandara prender á M. de Villeroy.

El regente no tenía ningún empeño en sostenerlo, antes bien, era uno de sus más encarnizados calumniadores.

Cada vez que el rey tenía una indisposición, se oía vibrar la voz del mariscal que decía: Veneno. Mas como lo halló con sangre fría, rogó á Dubois que se tranquilizase, añadiéndole que, para evitar que las enemistades que había adquirido no le acabaran de echar á pique, alentadas por el arresto de un hombre como el mariscal, quería tomarlo por su cuenta, y que dicho arresto se verificaría, cosa que no podía tardar, al primer insulto personal que aquél le hiciese.

Á todo evento, enviaron á buscar á M. de Saint-Simón, para disponer (como lo dice él propio,) la trampa en que se cogiese á Villeroy.

Del mismo parecer del regente fué Saint-Simón, pensando que, con la insolencia marcada del mariscal, no tardaría en proporcionar á S. A. una buena y completa oportunidad.

El duque, que asistió á la conferencia, opinó de la propia manera que Saint-Simón, pero propuso el que no se dejase á la casualidad, sino que se preparara el lazo.

Quien lo halló fué M. de Saint-Simón.

En el inmediato consejo, el duque de Orléans hablaría en voz baja al rey, y si el mariscal, según tenía de costumbre, iba á meter la oreja entre los dos, había de llevarse al rey el duque de Orleáns á su gabinete; entonces, sin duda alguna, Villeroy querría seguirle, el regente se lo prohibiría, se dejaría llevar probablemente aquél de algún arranque de su genialidad, del que S. A. se aprovecharía, debiendo estar todo preparado para el arresto del mariscal.

Sucedió conforme lo había previsto M. de Saint-Simón. El mariscal quiso escuchar lo que el regente decía al rey, y quiso ir detrás de él al gabinete; entonces el regente le dijo resueltamente, que tenía que hablar en particular al rey y que había de estar solo con él; á lo que el mariscal, mostrando cada vez más su altivez, respondió que S. M. no podía ni debía tener secretos para con su ayo; pero al oir el regente esta observación, le dijo:

— Señor mariscal, os olvidáis de quien sois, no conocéis la fuerza de vuestras expresiones. y si no fuera porque está presente el rey, os trataría como merecéis.

Y dichas estas palabras, S. A. hizo una profunda cortesía al rey, y salió.

El mariscal se apresuró á ir detrás del regente con el fin de disculparse; pero éste, con una señal, le dió á entender que no aceptaba excusa alguna.

El mariscal pasó aquel día muy ufano, diciendo que había cumplido con su obligación ; pero que, no obstante, como la rectitud de su conciencia, hubiera acaso llevado más alla de lo que debiera sus expresiones, se presentaría al día siguiente en casa del regente para explicarse con él.

Efectivamente, al siguiente día, con aquella altane-

ría que le era característica, atravesó por en medio de la corte, y se presentó en la habitación del duque: según costumbre, la gente le abrió paso, y como no viese alteración alguna en los honores que le dispensaban, preguntó en voz alta:

— ¿Adónde está el duque de Orleáns?

— Está trabajando, señor mariscal, respondió el ujier que se hallaba de servicio.

— Es preciso que yo le vea, dijo el duque, que pasen recado.

Y, al mismo tiempo, M. de Villeroy se dirigió hacia la puerta, no dudando que se la abrirían al momento. Abrióse en efecto, pero era La Fare, capitán de guardias del regente, el que salió, y yéndose derecho al mariscal le pidió su espada.

Acto continuo le presentó Leblanc la orden para prenderlo, firmada por el rey, mientras que el conde de Artagnán, capitán de los mosqueteros, mandaba acercar una silla que estaba preparada al efecto.

En un abrir y cerrar de ojos, metieron al mariscal en la silla, la volvieron á cerrar después, llevándosela por una puerta falsa que daba al jardín.

Al pie de la escalera de los naranjos, un coche, escoltado por veinte mosqueteros, aguardaba al mariscal para conducirlo á Villeroy, lugar de su destierro, que distaba diez leguas de Versalles.

Faltaba que enterar al rey de lo acaecido.

El rey, lo propio que todos los niños mimados, quería á cuantos le adulaban; es así que ninguno le adulaba tanto como M. de Villeroy, luego quería mucho al mariscal.

Así es que, á la primera noticia que tuvo de su ausencia, sin querer escuchar ninguna de las razones que habían motivado su prisión, se echó á llorar el rey,

el regente trató de consolarlo, pero viendo que no le respondía á todo cuanto le dijo, saludó al joven príncipe y se retiró.

El rey estuvo triste lo restante del día, pero al siguiente se afectó mucho, cuando echando de menos al obispo de Frejus, y preguntando donde había ido, le contestaron que no estaba ya en Versalles, y que se ignoraba su paradero.

Además corrieron voces de que el mariscal y el obispo habían convenido en que, si desterraban á uno, se desterrase voluntariamente el otro.

Villeroy llegó á persuadir tanto al rey de que estaba rodeado de enemigos y envenenadores, y que, si vivía, era por los asiduos cuidados de su ayo y de su preceptor, que cuando se vió separado de ambos á un tiempo, llegó á un estado de verdadero abatimiento.

El regente no previó este golpe, y estaba en una mortal confusión.

Dubois creyó, sin tener antecedente alguno, que el obispo había ido á la Trapa, y por esta mera sospecha, trataban de enviar un correo, cuando supieron que M. Frejus no hizo más que retirarse á Baville en casa del presidente de Lamoignon.

Tan luego como supo el regente á qué atenerse, acerca del retiro de aquél, corrió á decir al rey que su preceptor se hallaría de regreso en aquel mismo día, lo que consoló algo al joven príncipe. El correo, ya á caballo para ir á la Trapa, marchó á Baville, y conforme ofreció el regente al rey, regresó el día mismo.

M. de Frejus quedó libre de su juramento. Efectivamente, su destierro, y en el propio día que el de M. de Villeroy, fué espontáneo; pero no fué culpa suya el que el rey lo mandara volver, porque siendo la obe-

diencia la primera obligación de un vasallo, obedeció M. de Frejus.

Desde entonces conoció el regente que el obispo era una verdadera potencia. Le contó detenidamente el motivo por qué se había visto precisado á llegar á aquel extremo con M. Villeroy, y consiguió que lo aprobase. En realidad, M. de Frejus estaba muy satisfecho de verse libre de un hombre de quien más de una vez tuvo que sufrir la jactancia y el orgullo.

Resultó que él en persona presentó y recomendó al rey al duque de Charost, á quien el regente confirió el lugar del mariscal.

En cuanto á este último, como consideraron muy cerca de Versalles el dominio de Villeroy, trasladaron el destierro á Lyon.

Dubois se vió, no solo primer ministro, sino también desembarazado de sus dos enemigos más temibles, Nocé y Villeroy.

Mas no pudo verse libre de que le compusieran epigramas que llovían sobre él como granizo. Por muestra ponemos el siguiente :

Yo no encuentro tan extraño
Se haga un ministro del reino,
O un prelado de importancia
De un galopín ó un tercero.
Nada me causa sorpresa,
Pues igualmente se explica
Que hiciera un cónsul en Roma
De su caballo Calígula.

La academia aprovechó las circunstancias, nombrando académico á Dubois.

Por entonces fué cuando uno de los hombres que más

daño hizo á la Francia en el anterior reinado, falleció en Windsor.

Nos referimos á Juan Churchill, duque de Marlborough. Nos vengó de él una canción, ridiculizando un nombre terrible.

Llegó la época fijada para la consagración del rey, y se verificó la ceremonia el 25 de octubre.

Los seis pares de Francia no togados fueron representados por seis príncipes de sangre real, lo que nunca había sucedido; el duque de Orleáns representó al de Borgoña; el de Chartres ocupó el lugar del de Normandía; el de Borbón reemplezó al de Aquitania; el conde de Charolais al de Tolosa; el de Clermont al de Flandes; y el príncipe de Conti al conde de Champaña.

El mariscal de Villars representó al condestable de Francia, y el príncipe de Rohán al gran maestre de la casa real.

Al colocar la corona en las sienes del rey, en vez de dejársela puesta, se la quitó y la puso en el altar. Le advirtieron que no era eso propio del ceremonial de la consagración; pero el príncipe respondió que prefería faltar al ceremonial y regalársela al que se la había dado.

Al regresar de Reims, se detuvo algún tiempo en Villers-Coterets, en donde el duque de Orleáns le obsequió con magníficas funciones; allí hizo parada en Chantilly, en casa del duque de Borbón, que gastó para recibirlo un millón de francos.

Así es que al ver Canillac aquel lujo, decía:

« Bien se conoce que el río Missisipi, ha pasado por aquí. »

Durante el tiempo que el rey estuvo en Villers-Coterets y en Chantilly, fué cuando principió á tener afi-

ción á la caza, que llegó á ser después una pasión en él.

Á su regreso á París, el duque de Orleáns dispuso que saliese para España, acompañado de la duquesa de Duras y del caballero de Orleáns, su hija Mlle. de Beaujolais, cuyo contrato matrimonial con el infante don Carlos se firmó el 26 de noviembre,

Dicho casamiento no se verificó al fin.

Ocho días después de haber firmado el contrato, murió la princesa Palatina, madre del regente.

Madame, que siempre había disfrutado de muy buena salud, no solamente no se hallaba buena algún tiempo hacía, sino que abrigaba un presentimiento de su próximo fin. Hemos indicado que amaba mucho al duque y á la duquesa de Lorena, que estaban rayanos á Alemania y deseaba muy de veras ver á sus hijos que no conocía. Había de encontrarlos en la consagración y cerca del rey; y así se resolvió á tomarle algunos días de delantera, con el fin de permanecer más tiempo al lado de Mad de Lorena. Pero al tiempo de marchar, se sintió tan indispuesta, que no se atrevió á llevar á cabo su marcha sin consultarlo antes con la mariscala de Clerambault, amiga suya, que se tenía por algo hechicera y había conseguido persuadir á *Madame* que efectivamente lo era.

Este hechizo consistía en hacer, con el auxilio de una baraja, lo que la mariscala llamaba los puntos bajos; gracias á estos, leía en el porvenir lo mismo que en su libro de misa.

Mad. de Clerambault había observado en uno de aquellos puntos que moriría antes que *Madame;* de manera que al consultarla ésta, la respondió:

— Id con toda confianza, yo estoy buena.

Con dicha seguridad, tranquilizada del todo *Madame*, emprendió su viaje á Reims.

En efecto, todo la salió bien hasta su vuelta, pero algunos días después, esto es el 27 de noviembre, murió Mad. de Clerambault.

Conoció *Madame* el aviso, y se preparó á su vez, á morir. Efectivamente, al día siguiente del fallecimiento de su amiga, se le declaró la hidropesía.

El antiguo obispo de Langres, hermano de la mariscada de Clerambault, fué al instante á verla. Así que *Madame* lo vió:

— ¡ Eh ! monseñor, le dijo; mirad qué mala partida hacemos la mariscala y yo.

Recibió todos los sacramentos, y murió en Saint-Cloud el 8 de diciembre á las cuatro de la mañana, dejando dispuesto que la enterrasen sin pompa alguna, y prohibiendo que la hicieran la autopsia.

El duque de Orleáns no se separó de ella todo el tiempo que duró la enfermedad. En el espacio de dos años, vió desaparecer lo que más amaba en el mundo; su hija y su madre.

Tanto en una como en otra circunstancia, lo vió el duque de Saint-Simon en un estado de desesperación.

Se cerraron los teatros por el término de ocho días, y el luto duró cuatro meses.

Muy pocos sucesos de la importancia de éste se verificaban sin que se ejercitase el numen de los epigramistas.

Compusieron este epitafio á la difunta :

Aquí yace la ociosidad

Dice un antiguo refrán : Acordémonos que la ociosidad es madre de todos los vicios.

El famoso terremoto de Portugal, que dió materia al maestro Andrés para una tragedia, fué el último acontecimiento del año 1722.

CAPÍTULO XVI.

Mayoría del rey. — Mad. de Prie. — Mad. de Pleneuf. — M. de Prie, embajador en Turín. — Regreso. — Relaciones del duque y Mad. de Prie. — Desgracia de Leblanc y de M. de Belle-Isle. — Enfermedad de Dubois. — Pasa una revista. — Operación. — Muerte de Dubois. — Bienes de fortuna del mismo. — Su hermano, heredero. — Anécdotas. — Muerte del regente. — La suerte de éste se la habían pronosticado. — Mad. de Sery. — Sesión de hidromancia. — La corona que no es la ducal, ni la de Francia, ni la de España, ni la de Inglaterra. — Conclusión.

El año de 1723 principió en cierto modo con la mayoría del rey. El 16 de febrero, entró Luis XV en los catorce años.

En la mañana de aquel día, al levantarse el rey estaba ya allí el duque de Orleáns para tributarle los homenajes debidos, pidiéndole sus órdenes para el gobierno del Estado.

El 22 del mismo febrero, el rey reunió el parlamento, en donde declaró su mayoría, anunciando que según las leyes del reino, quería desde allí en adelante gobernar la Francia ; volviéndose en seguida al duque de Orleáns, le dió las gracias S. M. por los cuidados que había tenido en los negocios del Estado, rogándole que los continuase, y confirmó en las funciones de primer ministro al cardenal Dubois.

Tres duques y pares quedaron nombrados en aquella sesión : Birón, Levy y La Valliere.

El duque de Orleáns, por su parte, obró con justicia en restituir á los Birón, su ducado y la dignidad de pares, de que le habían despojado á Carlos de Birón por delito de lesa majestad, aunque con la cláusala de que debía recaer en su descendiente que era inocente; y habiéndole hecho al duque ciertas observaciones acerca de ello, respondió éste:

— Justo es que una familia que se ha perdido por sus faltas, se vuelva á levantar por sus servicios.

Desde aquel tiempo en que tuvo principio la influencia de Mad. de Prie, databa la caída de Leblanc y del conde de Belle-Isle.

La de Prie era hija de Bertelot de Pleneuf, rico rentista, y uno de los primeros empleados del canciller Voisin; había adquirido una fortuna inmensa, y era dueño de una magnífica casa, en la que su mujer recibía con suma gracia y talento. Mad. de Pleneuf prefería entre todos sus hijos á la pequeña Inés, que más adelante había de ser Mad. de Prie; pero, á proporción que la niña crecía, y en una palabra, según iba gustando á los demás por ser ya una mujercita, comenzaba á disgustar á su madre, y al cabo de algún tiempo, aquel profundo cariño que ambas se profesaban, se convirtió en un odio decidido de rivalidad.

Resolvieron, pues, casar lo más pronto posible á Mlle. de Pleneuf, á fin de recobrar por medio de su ausencia la buena armonía que su presencia desterraba de la casa del pobre arrendador.

Varios partidos se presentaron, entre ellos el marqués de Prie.

Era éste de excelente familia, pariente del rey, y contaba con Mad. de Ventadour; es verdad que no

tenía bienes de fortuna, y que la paz cortó su carrera, y también en lugar de continuar sirviendo en el ejército, podía abrazar la diplomacía. El negocio quedó concluído, el casamiento se verificó, presentaron al rey á Mad. de Prie, la que desplegó todos los recursos de su talento, que eran poderosos cuando quería, y M. de Prie fué nombrado para la embajada de Turín.

Allí su esposa conoció el gran mundo, y aprendió sus grandes maneras, de tal modo, que hicieron que se la considerase como una de las mujeres más peligrosas, y al propio tiempo más distinguidas de la época en que acabamos de entrar.

En 1719, Mad. de Prie volvió á París, y era entonces una criatura completa y encantadora; tenía una hermosa figura, con más gracia aun que hermosura, un talento vivo y despejado, mucha sutileza y ambición, junto con gran presencia de ánimo, y un exterior el más decoroso del mundo.

El duque la vió, y se apasionó de ella. Mad. de Prie conoció la importancia de esta conquista, y no le hizo padecer. Sus relaciones se entablaron misteriosamente, viéndose en una casa en la calle de Sainte-Appoline, y usando de un carruaje á propósito, por cierto de un color pardo, construído de manera que ocultaba al que iba dentro, y parecía un coche simón por fuera. M. de Borbón tuvo celos, como acontece á todo enamorado que está en la luna de miel, y M. de Alincourt, hijo del mariscal de Villeroy, que había sido amante de ella antes que el príncipe, fué despedido.

Las mujeres del carácter de Mad. de Prie no hacen nada sin un objeto; la marquesa tenía queja, ó lo pretestaba al menos, de Leblanc y del conde de Belle-Isle, nieto de Fouquet, y aprovechó para perder á Leblanc, la circunstancia de la bancarrota de La Jon-

chére, tesorero extraordinario de guerra, que encerraron en la Bastilla, y como era hechura de Leblanc, acusó á éste de haber sacado dinero de la caja, causando así dicha quiebra. El duque, impelido por Mad. de Prie, se dirigió al duque de Orleáns, pidiendo justicia por tal abuso de confianza. Este remitió el asunto á Dubois, quien no teniendo ningún interés en sostener á Leblanc, que no era de los suyos, y habiendo contraído obligaciones con M. de Breteuil, que tan diestramente arrancó aquella hoja de los registros parroquiales, que al desaparecer trasformó en célibe al abate, envio á la Bastilla á Leblanc, lo mismo que á Belle-Isle, dando órdenes al juzgado del Arsenal para instruir el proceso, y el departamento de la Guerra se confirió á Breteuil.

Concluído el asunto á satisfacción de Mad. de Prie y del duque, trató el cardenal Dubois de presidir la junta del clero, que no se había reunido desde 1715.

Cuando recibió este último honor, que coronó la extraña historia de aquel hombre, la predicción de Chirac, de que no daba al primer ministro seis meses de vida, estaba á punto de cumplirse.

Hacía algunos días que se susurraba que Dubois estaba algo malo. Hizo que se trasladase la corte desde Versalles á Meudón, so pretexto de proporcionar al rey el placer de variar de sitio, pero en realidad, el motivo fué el de acortar la mitad del camino que tenía que andar, atacado como estaba largo tiempo hacía, de una úlcera en la vejiga, que no le dejaba sufrir ni siquiera el movimiento del coche, y sí solamente el de la silla.

Pero acaso, aun á pesar del peligro de su estado, hubiera vivido el cardenal mucho tiempo todavía, si á consecuencia de haber dispuesto el rey pasar una

revista á sus tropas, no hubiese tenido el singular orgullo de montar á caballo para gozar del privilegio de su cargo de primer ministro, que le concedía unos honores casi iguales á los del rey. En efecto, un cuarto de hora antes que llegara S. M., el cardenal pasó á caballo por delante de las tropas, que le saludaron haciéndole todos los honores de ordenanza. Ciertamente era una satisfacción muy grande para el hijo de un boticario de Brives-la-Gaillarde, el ver que le hacían unos honores casi reales.

Mas Dubois pagó bien caro este placer.

El movimiento del caballo hizo que reventara una postema dentro de la vejiga.

El sábado 7 de agosto, se encontró tan malo, que los médicos dijeron que era preciso hacerle una operación muy grave y dolorosa, pero tan urgente, que de no verificarse inmediatamente, probablemente moriría antes de tres días; le aconsejaron en su consecuencia que se trasladase á Versalles, á fin de que dicha operación se hiciese lo más pronto posible.

Pero al oir el fallo de los médicos fué tanto lo que se abatió el enfermo, que no pudieron trasladarle ni aquel día ni al siguiente, sino al tercero, que era el 9, á las cinco de la mañana.

Al llegar á Versalles, estaba tan débil el cardenal, que envió á buscar á un padre recoleto, con quien se quedó solo cerca de un cuarto de hora; bien se deja conocer que Dubois trataba el negocio de su salvación eterna, lo mismo que el de su arzobispado.

Al entrar en su cuarto, y puesto que ya estaba confesado, le hablaron de recibir el Viático, porque los facultativos estaban allí esperando el momento de operarle.

Pero Dubois exclamó que hablaban muy fácilmente

con respecto al Viático, que había un ceremonial expreso en tales casos para los cardenales, cuyas fórmulas ignoraba y que era menester que fuesen á informarse de Bissy, que estaba, en París.

Todos se sorprendieron con tan extraño capricho de Dubois, aunque después se atribuyó á querer hacer largas; mas como la operación urgía cada vez más, le propusieron hacérsela mientras que fuese un enviado de su parte á ver al cardenal Bissy para enterarse de la ceremonia.

El ministro se enfureció despidiendo destempladamente á los médicos y cirujanos.

Éstos remitieron un propio al duque de Orleáns, á Meudón, manifestándole lo urgente que era su presencia en Versalles. Al punto se metió aquél en el primer carruaje que halló á mano, y llegó: su presencia animó algo al moribundo, que opuso menos resistencia. El duque entonces preguntó á los cirujanos si tenían seguridad en la operación, á lo que contestaron que no respondían de nada, pero lo que sí aseguraban, que el cardenal moriría si no se la hacían en el término de dos horas.

El duque de Orléans fué á decírselo á Dubois, que por último se decidió.

La operación se practicó á cosa de las cinco de la tarde, por mano de La Peyronie, cirujano mayor del rey, en presencia del mariscal y de Chirac. Tardó cinco minutos, durante los que el enfermo no hizo más que jurar y blasfemar.

Así que acabaron, volvió á entrar en el cuarto el duque de Orleáns para informarse del estado del paciente.

Al ver el facultativo la llaga, y más que todo lo que había supurado, no le quedó ninguna esperanza.

Efectivamente, á la cinco del día siguiente, y á las veinte y cuatro horas cabales de haberle operado, murió Dubois echando votos y renegando.

Le dieron la Extremaunción, pero no se había tratado ya más de admininistrarle el Viático.

Es inútil decir que no le faltaron epitafios, ponemos dos á continuación, ambos tienen un mismo sentido.

Aquí yace el cardenal
Dubois, que sin ningún mérito
De la gerínga á la eminencia
Llegó por sucios empleos.
¡ Francia ! con dolor lo digo,
Pero de un modo siniestro,
Tu honor, tu sangre y tus bienes
Entre tres ministros veo
¡ Habrá cosa más infame !.....
Un verdugo es el primero,
Un gran ladrón el segundo
Y un alcahuete el tercero.

El segundo es el siguiente :

Roma se avergonzó de haber vestido
La púrpura, al que yace aquí escondido.

Pasemos al verdadero, que esculpieron en la lápida de su sepulcro en la iglesia de San-Honorato. Por supuesto sus títulos, y á continuación esta reflexión moral.

¿ Quid auten hic tituli ? nisi arens coloratus et vapor ad modicum parens (1).

Solidiora et stabiliora bona mortuo precare (2).

(1) ¿ Qué vienen á ser esos títulos ? El color fugitivo del arco iris, el humo que se volatiliza en el espacio.

(2) Pidamos para el difunto otros bienes más estables y más sólidos.

Esta es la suma de las rentas del cardenal Dubois, sacada por M. de Saint-Simon.

RENTAS ECLESIÁSTICAS

Cambray.	120,000	libras.
Nogent-sur-Coucy.	10,000	
Saint-Juste	10,000	
Arivaux	12,000	
Bourgueil.	12,000	
Berriy Saint-Vinox	60,000	
Saint-Bertin.	80,000	
Cercamp.	20,000	
	324,000	

SUELDOS CIVILES

Primer ministro.	150,000
Correos.	100,000
Pensión de Inglaterra.	960,000
	1,534,000

Con semejantes rentas, y con los millones realizados durante el sistema mencionado, se concibe á cuánto ascendería la fortuna del cardenal.

Su único heredero era su hermano mayor, hombre honrado, que no tenía más que un hijo, canónigo del cabildo de San-Honorato que vivía santamente, sin querer aceptar nunca empleos ni beneficios.

Una parte de la herencia, y fué la mejor, la distribuyó este hombre de bien á los pobres.

Decía á todo el mundo, que tenía miedo de que un dinero adquirido tan singularmente, no le acarrease la maldición del cielo.

A pesar de su riqueza y de su orgullo, los que habían tenido que ver con el cardenal no experimentaron

ninguna muestra de su altanería, pero sí todo género de brutalidades; la menor contradicción le ponía furioso, y cuando llegaba este caso, juraba y blasfemaba; todo lo rompía brincando como un mono por encima de las mesas, sillas y sillones.

El día de Pascua, que fué el que siguió á su promoción al cardenalato, habiéndose despertado más tarde que lo que acostumbraba, prorrumpió en imprecaciones contra todos sus criados, porque lo dejaron dormir hasta las nueve de la mañana, aquel día que quería decir misa; entonces se dieron prisa á vestirlo; pero él, sin dejar de rabiar y renegar. Concluído de vestir, se iba ya á la capilla, cuando se acordó de un asunto; mandó llamar á un secretario y se puso á despachar con él, olvidándose ese día no sólo de decir la misa, sino también de oirla.

Algunas veces, el modo de calmarle era el de contestarle en el mismo tono en que hablaba á los demás; entre sus secretarios, había uno que gozaba de toda su confianza; era un benedictino secularizado, que se llamaba Venier, y que trabajaba expresamente con él. Cierto día faltó un papel, pregunta por él Dubois, se ponen á buscarlo, pero entretanto se incomoda, jura, echa pestes, y grita diciendo : Que con treinta empleados está mal servido, y que con ciento le sucedería lo propio; mientras duró el período de cólera ascendente, lo miraba Venier tranquilamente con los brazos cruzados y con tal flema, que llegó la rabia del cardenal hasta el parasismo. Se arroja Dubois entonces á él, lo agarra del brazo y le zarandea gritándole;

— Pero respóndeme, verdugo. Por ventura, ¿ es que no tengo razón, ó que lo puedo hacer todo, ó que he de aguantar que esto marche así ?

Monseñor, respondió Venier, sin inmutarse, tomad

un empleado solo, dadle el cargo de que eche pestes en lugar vuestro, y tendréis tiempo de sobra, y todo marchará bien.

Dubois se sosegó, y al fin concluyó por reirse de su ira.

Su manía de echar ternos y votos era muy sabida hasta de la turba de sus criados.

El lacayo del arzobispo de Reims decía al de Dubois:

— ¡ Bah ! por más cardenal que tu amo sea, el mío siempre será más gran señor que él, aunque no pasa de arzobispo.

¿ Y por qué ? preguntó éste.

— Porque el mío consagra á los reyes.

— ¡ Ah ! bien, respondió el de Dubois ; bajo ese supuesto, mi amo es mucho más gran señor que el tuyo, porque vota á Dios, y esto cien veces al día.

Dubois no se violentaba por nadie.

Un día, la princesa de Montaubán-Baubreu entró asustada á ver al regente.

— Eh, por Dios, señora, exclamó éste, ¿ qué tenéis? ¿ qué os sucede ?

— ¡ Ah ¡ monseñor, en verdad que no sé como decíroslo, respondió la princesa, pero vuestro ruin de Dubois.....

— ¡ Y bien ! qué más ha hecho, preguntó el regente.

— ¿ Sabéis adónde me ha enviado ?

— No.

— ¡ Pues bien ! me ha enviado enhoramala.

— El abate es un poco vivo de genio, respondió el regente, pero á veces es de buen aconsejar.

Y Mad. la princesa de Montaubán no pudo conseguir nada con sus quejas.

Mad. de Gonflans, aya de las hijas del regente, fué menos afortunada aún que aquélla, porque ni un con-

sejo siquiera pudo sacar del cardenal. Movida por la duquesa de Orleáns, para que hiciese una simple visita de política á Dubois, se presentó en su casa.

— ¿ Qué queréis ? gritó el cardenal, al reparar en ella.

— Monseñor, dijo Mad. de Gonflans.

— ¡ Oh ! monseñor, monseñor, interrumpió el cardenal, eso no puede ser.

— ¿ Cómo que esto no puede ser ?

— No.

— Pero, monseñor, replicó la de Gonflans, que estaba empeñada en explicar á su eminencia que no iba á pedirle nada.

— Os repito que eso no puede ser.

— Mas....

— Por todos los diablos, me oís, no puede ser, no puede ser, no puede ser.

Y asiendo á la visitadora por los hombros, la dió media vuelta, empujándola con el puño en las espaldas hasta que estuvo fuera del despacho.

La pobre Mad. de Gonflans creyó caer de plano en la puerta, y se escapó llorando, diciendo á gritos, que era preciso encerrar al cardenal porque estaba loco.

Dubois comía por las tardes un pollo, y nada más, y lo comía solo, dejando casi siempre el trabajo para ir á la mesa y de allí otra vez á trabajar.

Una tarde, cuando el cardenal iba á comer, se llevó el pollo un perro.

La noticia de tal desastre llegó inmediatamente á oídos del jefe de cocina, quien al punto puso otro en el asador, dando al mismo tiempo un consejo á los criados, que de antemano temían la ira de Dubois si le decían lo que había ocurrido.

En efecto, al cabo de un instante, Dubois que había acabado su tarea, pidió su pollo.

— ¿ Qué pollo ? ¡ vaya ! dijo el criado.

— Pero el mío, ¡ por Dios ! exclamó Dubois.

— Monseñor quiere seguramente otro.

— ¡ Cómo otro ! ¿ y qué habéis hecho del primero?

— Monseñor se lo ha comido.

Dubois giró sobre su silla y miró de frente al criado. Pero éste se sostuvo á la mirada de su amo.

— ¿ Me he comido el pollo ?

— Sin duda ninguna: solamente que mientras se lo comía, parecía que monseñor estaba muy distraído con sus asuntos.

— ¡ Ah ! ¿ de veras ? vaya que es cosa particular, dijo Dubois, que principiaba á dudar. Que suba el jefe de cocina.

Subió éste, y apoyó el aserto de los criados, añadiendo que si monseñor gustaba, se pondría otro pollo en el asador, que al punto estaría listo.

En aquel momento entró Chirac, al que tuvieron tiempo de advertirle de lo que pasaba.

— ¡ Ah ! por Dios, le dijo Dubois, apenas lo vió, sucede una cosa extraña.

— ¿ Qué hay, pues, monseñor ?

— Estas gentes que quieren persuadirme que he comido, y yo no me acuerdo de tal cosa.

— Pero ¿ no tendréis gana ?

— Al contrario.

— Tanto mejor, dijo Chirac, estaríais cansado de trabajar, y vuestra comida ordinaria no habrá bastado.

— Pero ¿ puedo sin peligro repetir ? preguntó Dubois.

— Sí, solamente que no debéis comer mucho. Que sirvan á monseñor, y yo asistiré á su comida, y le arreglaré lo que ha de tomar.

Y Dubois comió con el mejor humor del mundo, viendo en aquella gana que sentía que su apetito volvía.

Ya era tiempo de que Dubois muriese. Había terminado su carrera cansando á todo el mundo y sobre todo al regente. El día de la operación, el aire sumamente cálido amenazaba una tempestad. En efecto, al cabo de un rato el trueno estalló.

— Vamos, vamos, dijo el regente, frotándose las manos, mirad un tiempo que espero que hará marchar á mi perillán.

La misma tarde, en que se verificó su muerte, escribió á Nocé, desterrado por hechura de Dubois :

« Muerto el perro se acabó la rabia. Te espero esta noche en el palacio real. »

Hé aquí la oración fúnebre del primer ministro.

No obstante, el duque de Orleáns no sobrevivió mucho tiempo á aquel de quien acababa de despedirse tan prontamente ; también iba cumpliéndose su sino.

El fallecimiento de Dubois, que debió servirle de lección, no fué más que un nuevo motivo para entregarse con más calor á los placeres que ya le eran habituales. Con todo, la muerte le daba varios avisos. Llevaba la cabeza erguida, tenía la cara de color de púrpura, estaba como atontado. Chirac le aconsejaba continuamente, pero el duque de Orleáns le respondía :

— Mi querido Chirac, no muere de apoplejía el que no quiere ; pero si acaso que sea breve y dulce.

Todos los días iba Chirac á ver al príncipe para sangrarle, mas éste difería la sangría para el día siguiente.

En fin, el jueves por la mañana, 2 de diciembre,

tanto le instó, que el príncipe, para desembarazarse de él, le fijó hora para el lunes siguiente.

Aquel mismo día despachaba el rey. Al entrar en su despacho, en donde tenía preparada su cartera, vió á Mad. de Phalaris, que lo esperaba á la puerta, y se alegró de verla.

— Entrad, dijo; tengo la cabeza pesada, y me distraeréis con vuestras historias.

Ambos entraron, sentándose muy próximos en dos sillones cerca de la lumbre.

De repente Mad. de Phalaris, que había principiado á contar una historia notó que el duque se dejaba caer sobre ella con la pesadez de una persona que se desmaya, y lo incorporó; pero había perdido el conocimiento, ó por mejor decir estaba muerto.

Muerte dulce, como la deseaba siempre, parecida á su vida, y que le sorprendió al lado de la persona que tantos encantos le había ofrecido otras veces.

Cierta gaceta extranjera refería que el duque de Orleáns había muerto asistido por su confesor.

Tenía el duque cuarenta y nueve años, tres meses y veinte y nueve días.

El destino del regente se lo predijeron diez años antes en términos muy positivos, y con circunstancias tan singulares, que merece que hagamos mención de ello.

Hemos dicho que el duque de Orleáns se apasionó de Mlle. de Sery, de quien tuvo un hijo, que cuando su padre murió era gran prior de Francia, general de las galeras y grande de España.

Mlle. de Sery era una joven de distinguido nacimiento, parienta de Mad. de Ventadour, sin bienes de fortuna, es cierto, pero bonita, con atractivos por su talento perspicaz, de genio revoltoso, alegre y capri-

choso, y con todo eso imperiosa y altiva, haciendo del duque de Orleáns, cuando más apasionado estaba, cuanto quería.

Como el hallarse en cinta dió que hablar, siendo este el motivo de que saliera del lado de *Madame*, no la pareció decoroso, que sabiéndose que era madre, se llamara todavía *señorita;* desgraciademente para ella, las infantas, las duquesas, y desde la invención de Luis XIII, por causa de Mlle. de Hautefort, las azafatas, eran las que únicamente tenían derecho á llamarse Mad.; pero este obstáculo no arredró al regente, regaló á su bien amada su propiedad de Argentón, é instó mucho al rey Luis XIV, quien al cabo, aunque con bastante repugnancia, concedió á Mlle. de Sery el título de Mad., y el de condesa.

En virtud de una real cédula, la de Sery se llamó Mad., fué condesa, y formó una familia.

El duque de Orleáns, como propio de todas las personas curiosas, había heredado de sus antepasados la necesidad de saber el porvenir; dicha necesidad se introdujo en Francia, principalmente en el reinado de Enrique II, con toda aquella caterva de hechiceros y nigrománticos que fueron con la comitiva de Catalina de Médicis. Además, el duque de Orleáns, con su valor bien conocido, quiso siempre tener pacto directo con Satanás, como (según afirmaban) lo tuvo M. de Luxemburgo.

Con este objeto presentaron un hechicero en casa de Mlle. de Sery, ó más bien dicho, de la condesa de Argentón, y el duque insistió fuertemente en los deseos de ver al diablo, que era lo que exigía de todos los brujos que le presentaban.

Reflexionó el tal hechicero, y respondió á S. A., que

no estaba en su mano hacer que viese al diablo, pero que podía pronosticarle su porvenir.

La oferta era incitante, y el duque de Orleáns la aceptó.

Pidió el brujo que le llevaran una niña de ocho á diez años, que fuese tan inocente como virgen.

La condesa de Argentón mandó llamar á una que había nacido en su casa, de la que no salió nunca, criándose con mucho recato.

Mandó el brujo que le trajesen un vaso de agua, dijo en él algunas palabras cabalísticas, y encargó á la niña que fijase la vista en aquel vaso, sin volverla á ninguna parte, preguntando al propio tiempo á la condesa de Argentón qué quería que viese la niña en el vaso (1).

Principiaron por decirla que viese lo que sucedía lejos de allí.

La niña contestó de una manera satisfactoria á las preguntas que se le hicieron.

Pero como era difícil comprobar la veracidad de las respuestas, el duque de Orleáns, que temía ser la burla de alguna charlatanería, envió á uno de los de su servicio á casa de Mad. de Nancre, cuyo marido se hallaba allí, para que reparara quien había en el salón, y lo que hacían.

Á M. de Nancre nada le dijeron.

El mensajero llevaba allí la orden de anotar lo que viese, y entregar después al duque de Orleáns el papel con las notas.

Á los diez minutos, estaba ya de vuelta, y se lo entregó doblado al duque, el cual se le metió en la

(1) El autor de esta obra ha practicado por sí mismo algunos experimentos de hidromancia, que han producido resultados extraños, ya que no satisfactorios.

misma forma y sin leerlo en el bolsillo, preguntando á la niña lo que pasaba en casa de Mad. de Nancre, encargándola que examinara bien el mueblaje, y el sitio que ocupaban las personas que estaban en el salón.

Comenzó ella por los muebles, describiéndolos con la mayor exactitud y minuciosidad.

Todos conocían dicho mueblaje, menos la niña que nunca había puesto el pie en el salón.

La admiración de los que estaban presentes llegó á su colmo.

Rogaron á la niña que pasara de los muebles á las personas.

Ésta no pudo nombrarlas, porque no las conocía; pero indicó su número, el cómo estaban vestidas, que había dos mesas de juego distintas, en fin los que estaban hablando de pie derecho, y los que hablaban sentados.

El duque de Orleáns sacó entonces sus apuntes del bolsillo. — La relación del mensajero y la relación de la niña coincidían exactamente.

Aun hubo más. M. de Nancre, que no podía creer en aquel don de alcanzar á ver tan lejos, fué corriendo á su casa y lo encontró todo, esto es, el ajuar y las gentes en el mismo estado en que lo había dicho la hidromántica.

Seguro entonces de la realidad de tal prodigio, deseó el duque de Orleáns ver alguna otra cosa de más importancia, sólo que no quiso decir con anticipación lo que quería ver.

El hechicero respondió que la reserva era inútil, y que S. A. no tenía que hacer más que tocar á la niña para comunicarla su pensamiento.

Al punto, dijo ella que se hallaba en un aposento

grande, cuyo sitio, lo propio que su ajuar, describió sin vacilar, pero con tanta exactitud, que todos conocieron que era la alcoba del rey en Versalles.

El duque de Orleáns deseó ver la muerte del rey, y dijo la niña lo que sigue:

« El rey en su cama, Mad. de Maintenón y Fagón á su cabecera. Ella no conocía á ninguno de los dos; pero no la quedaba duda por el sagrado traje del uno y por la figura exótica del otro. En seguida de estos dos personajes, vió con gran sorpresa á Mad. de Ventadour, que, como parienta de su ama, iba algunas veces á su casa; al duque de Orleáns, que estaba allí, á la duquesa de Orleáns, á los príncipes legítimos y á la servidumbre.

« Mad. de Ventadour llevaba en sus brazos á un niño de cinco años. »

Admirado entonces el duque de Orleáns, la preguntó si no veía en aquel aposento al gran delfín, al duque de Borgoña, á la duquesa de Borgoña, al duque de Berry; pero por más que el duque de Orleáns la designara los príncipes que se acaban de nombrar, manifestó la niña que estaban ausentes. Lo que parecía increible cuando se verificaba aquel ejemplar, es decir, en 1709; pero la muerte lo explicó todo. Ella fué la que arrebató sucesivamente sepultando en la tumba á los príncipes que se han mencionado; de manera, que de tan fecunda posteridad no quedaba á la cabecera mortuoria de Luis XIV más que el niño Luis XV en brazos de su aya Mad. de Ventadour.

Aunque este último pronóstico, del que se acordó el duque de Orleáns en su tiempo y lugar, le hiciese vacilar, no por eso dejó de querer saber lo que le había de suceder á él, y qué camino ascendente tenía que tomar su muerte.

El hechicero le ofreció entonces enseñarle su propia imagen en la pared, siempre que no temiese la impresión que pudiera causarle la aparición de sí mismo. El duque de Orleáns se sonrió, diciendo al hechicero que procediera á la evocación.

En su consecuencia, apagaron todas las luces del salón, el brujo hizo ciertos signos cabalísticos, dijo varias palabras, y vieron que se iluminaba uno de los testeros de la pared, sin que se distinguiera de dónde procedía la luz.

Al instante se apareció en dicha pared el duque de Orleáns á la manera de un retrato. Estaba vestido como de costumbre, con la diferencia de que llevaba en la cabeza una corona, que ni era su corona ducal, ni la de Francia, ni la de España, ni la de Inglaterra. Tenía una hechura que él no conocía, con solo cuatro aros, y en el remate nada absolutamente.

Aquella corona desconocida era la de regente.

Volvamos los ojos atrás, diciendo algo acerca de los acontecimientos que ocurrieron en el período que acaba de pasar, así como también de las personas que han figurado en él.

La sociedad había sufrido mucha alteración desde el final del reinado de Luis XIV, y esta transformación se dejó sentir desde principios del siglo.

Las circunstancias, que pueden más que los hombres, quebrantaron el poder político en las manos del anciano rey. Los hombres, más fuertes que la voluntad real, escaparon de la opresión de aquella misma voluntad.

Carlo-Magno, en su lecho de muerte, lloró por la futura invasión de los Bárbaros que iban á destruir la obra de toda su vida. Luis XIV hubo de derramar

lágrimas por el trastorno de una sociedad que había de aniquilar todo el trabajo de su reinado.

El fin político de Luis XIV fué el poder soberano, la autoridad real; quiso significar y aun dijo: *El Estado soy yo.*

Lo mismo pudiera haber dicho de la sociedad. Pero.... un momento: *La sociedad fué él.*

Mas así como los reyes se cansaron de aguantar su tutela, también se cansó aquella de seguir su ejemplo.

Los reyes escaparon de su influencia por su derrota.

Aquella quedó libre de su tiranía por su muerte.

Durante los últimos años de su reinado, crecía una generación entera, que no adaptándose á las costumbres del siglo XVII, trataba de inaugurar las del XVIII. El héroe de esta generación fué Richelieu; el duque de Orleáns su apóstol; Luis XV su rey; Nocé, Canillac, Brancas, Fargy y Ravannes, sus modelos.

El siglo XVII consistió en la construcción laboriosa de la autoridad política y religiosa. Enrique IV se valió de su talento, Richelieu de su gran genio, y Luis XIV de su voluntad.

El siglo XVIII ha sido la destrucción de aquel príncipe, la caída del trono, y la profanación de los altares.

En el XVII estaban los Corneille, Racine, Moliere, Montesquieu, Bossuet, Fenelon, Fouquet, Louvois y Colbert.

En el XVIII los Voltaire, Rousseau, Grimm, Alembert, Beaumarchais, Crebillon hijo, el marqués de Sade, Law, Maurepas y Calonne.

Y cuidado que ese siglo fatal no ha sido solamente un acaecimiento en la larga serie de los tiempos, sino que según los altos juicios de Dios, lo creó para la revocación del edicto de Nantes, para que principiasen las doctrinas en Génova, en Holanda, en Inglaterra,

así por Newton, como por la Marquesa de Maintenón, lo mismo por Leibnitz, que por el padre Le Tellier. ¿Por qué ha sido ese antagonismo del rey contra el duque de Orleáns, y aquel odio que se profesaban tío y sobrino? Fué la lucha del genio de lo pasado con el espíritu del porvenir. ¿Cuál ha sido el motivo de que, de toda la posteridad de Luis XIV, no quedara más que Luis XV? ¿Consistió en que para aquella sociedad corrompida se necesitaba también un rey pervertido, á fin de que uno y otra se precipitasen en el propio abismo, reviviendo y renovándose todo á la vez. El pueblo y Napoleón, la democracia y la igualdad.

También se ha visto lo bien que preparo Felipe de Orleáns á Luis XV; ¿por ventura Richelieu dejó mejor dispuesto á Luis XIV? — No.

El duque de Orleáns era fogoso, ateo, blasfemo, vicioso, no creía en ningún sentimiento de humanidad, no respetaba ni los lazos de la sangre, pero se le confió la misión de conservar á Luis XV, de cuidar que saliera sano y salvo de todas las enfermedades de la infancia, y preservarle de todos los síntomas de poca salud; el Todopoderoso en sus inescrutables juicios se valió de Luis XV como de un disolvente, con el ayuda del que privó del alma á aquella sociedad que quiso destruir; y por eso dotó el corazón del duque de Orleáns con esa sublime probidad del hombre que respondió del niño, y ya cuando su salud se fortaleció, y después que, ayudado por el ministro ó instrumento que la providencia le dió, complaciente y obsequioso, á pesar de su carácter y de sus vicios, hubo formado del niño un joven, y luego un rey; murió como si solamente aguardara aquel momento para dejar de existir. Murió lo mismo que había vivido, sin tener tiempo para arrepentirse de todas sus culpas, y eso que algunas fueron

casi crímenes; sin embargo, es seguro que una sola palabra bastó para desarmar al Señor, con sólo decirle:

— Me encargastes al delfín, y te he devuelto á Luis XV.

Y todo se lo perdonaría Dios.

Por otra parte, el duque de Orleáns, á pesar de todos sus vicios, tuvo un corazón grande y noble, y olvidando la historia, los desórdenes del padre, las orgías del príncipe, y las flaquezas del hombre, le presentará velando con el brazo extentido sobre la cuna del que le imputaron que quiso envenenar.

Más tarde veremos lo que fué de aquel niño, á quien la voz del pueblo aclamó por el *Bien-Amadó*.

FIN.

LA PESCA CON REDES

CAPÍTULO I

La cita nocturna

La noche del 25 de julio de 1414 fué una de las más calurosas del mes, y la cual, en el año que anunciamos, excedió á todos los grados de temperatura que pueden soportarse. Á proporción que la noche iba avanzando iba apoderándose de los habitantes de Nápoles (lugar donde colocamos nuestra historia), un irresistible entorpecimiento. Un resplandor blanquecino iluminaba imperceptiblemente los objetos, y el único ruido animado que se oía en aquel silencio universal, era la monótona campana de Pizza-Falcone, que daba la hora.

No obstante, á pesar de la postración general, un hombre velaba. El odio y la ambición le habían arrancado de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados y el reposo de su corazón. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casita de Chiatamone, extendía sus penetrantes miradas hacia la parte de Caprea.

De repente se despejó su frente; sus cejas se dilataron, y una sonrisa de satisfacción se asomó á sus

contraídos labios; porque había divisado á lo lejos, allá en lo profundo del golfo, una luz que en el instante había vuelto á desaparecer. Sin duda era una señal convenida, porque en el momento el joven se estremeció, colgó su estoque de tres filos á su cintura, cogió una tea, embozóse en una capa negra y se dirigió al muelle de Santa Lucía.

Las doce daban en el reloj de palacio. El farol nocturno que el desconocido esperaba, volvió á aparecer á más corta distancia y desapareció de nuevo. Infortunadamente, nuestro joven desconocido no encontró ni un bote, ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros, ahuyentados por el calor, habían ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abrigo y un poco de fresco.

El joven recorría afanado la ribera, y ya desesperaba de terminar su cita nocturna, cuando entre dos barcos que estaban carenándose, descubrió una barca encallada en la arena, y en el fondo de ella un barquero como de diez y ocho á veinte años, que dormía tranquilamente.

Ya era tiempo; el barco de las señas luminosas había llegado al medio del golfo, y por tercera vez había hecho sus signos. El joven desconocido corrió entonces á la barca, saltó á ella y sacudió con violencia por un brazo al dormido marinero.

—Excelencia, murmuró maquinalmente el dormido pescador... Ya estoy pronto.

Y después de dos ó tres movimientos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse, abrumado por su soñolencia, volvió á caer en el fondo de la barquilla.

— Levántate, hombre. No hay que perder tiempo; echa el remo al agua y boguemos.

— Perfectamente, señor, dijo el pescador, que

empezaba ya á despertarse y á fijar sus miradas sobre el hombre que no le parecía ya digno del tratamiento de excelencia; habláis á las mil maravillas; pero antes de haberme despertado con ese modo tan poco ceremonioso, que digamos, debierais haber averiguado, si es que yo quería trabajar en una noche como ésta en que las ánimas benditas, que sin duda sabrán lo que son calores, ni aun se atreverían á dejar el Purgatorio, por un minuto.

— ¡ Voto al diablo ! contestó el desconocido, dando una patada en el fondo de la barca ; ¿ no estás aquí, gran tunante, para servir al público ?

— Durante el día quizá; pero por la noche soy libre. Así pues, si no tienes más que decirme, añadió el pescador pasando sin mucha ceremonia desde la excelencia al más sencillo tuteo, vete con mil demonios y déjame dormir en paz.

— Vamos, oye, continuó el desconocido, deseoso de obtener la barca á toda costa; vamos, hazme este corto favor y te lo remuneraré grandemente.

— Entonces ya eso es otra cosa, y...

— Vamos á ver si acabas.

— Poco á poco, señor mío ¿ Vamos á ir muy lejos ?

— Dos millas lo más.

— Dos millas de ida y dos de vuelta, son cuatro... entonces quiero dos onzas.

— Ahí tienes cuatro, respondió el incógnito, tirándole con desprecio su bolsillo.

— ¡ Ah ! perdone, su excelencia, contestó el pescador, avergonzado y lleno de asombro al querer reconocer al personaje que estaba en su barquilla. ¡ Ah ! sin duda estaba dormido. Tomad vuestra bolsa; ¡ qué diablos! yo no soy judío y debo salvar mi alma. Una piastra es suficiente. Verdad que por la noche no hay

tarifa; pero, con todo, yo no soy carero, y aun menos llevaría si no tuviera que mantener á mi pobre padre y á mi hermano menor... un holgazán, un perezoso del que no podéis formaros una idea... todo cuanto poseo... cuanto tengo es para ellos.

Empero el desconocido no le escuchaba. Cuando se vió á muy corta distancia del sitio á donde quería llegar, sacó su eslabón y su piedra, y encendió la tea que llevaba en la mano, agitándola sobre su cabeza. Al punto, en la otra barca apareció un segundo fanal, é impelida por vigorosos remeros, salvó la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes. Entonces apercibióse en la popa del barco que venía de Caprea, un anciano como de sesenta años, de barba y cabellos blancos, algo corcovado y cubierto con un ancho ropón.

— Apaga esa antorcha, dijo el anciano con voz baja; toda precaución es poca.

— Quisiera examinar bien tus facciones y conocer con quién voy á entenderme.

— Y ¿para qué, si no me conoces? Apaga tu luz, dame la señal, ó me vuelvo como he venido.

— Muy cierto, dijo el joven, arrojando al mar su tea. Escucha la consigna, astrólogo: *Aut Cæsar, aut nihil.*

— *Bis maledetto atque condenetto.*

Y el anciano saltó á la barca con una ligereza increible, haciendo señas á sus dos marineros para que se retiraran, y no volvieran hasta que él les hiciera una señal.

Cuando la barca del anciano se halló á alguna distancia, hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero.

— Puedes hablar con seguridad, dijo á media voz

el joven; yo salgo garante de su silencio. Dí, ¿qué noticias me traes de nuestro conquistador?

— Monseñor, murmuró el anciano, con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de vuestra excelencia vino á ponerme á vuestras órdenes, no he cesado de observar los astros y...

— Yo no te quiero para que observes las estrellas, sino los pasos del rey.

— Pero, monseñor, yo soy Galvano Pedicini, el astrólogo.

— Y yo te pago como espía y como envenenador.

— Poco á poco, en cuanto á ese segundo punto creo que aun no estamos al corriente.

— Pero eso se infería, y por lo mismo vengo yo á hablarte en persona.

— Entonces, monseñor, soy todo vuestro.

— Di, ¿qué te han dicho las constelaciones?

— Señor, que Ladislao ha tomado ya, no solamente á Bolonia...

— Sino á Siena también.

— ¡Cómo! ¿lo sabéis?

— Ya veo que mis correos andan más listos que tus estrellas.

— No es posible.., no podéis saberlo.

— Si lo dudas, y no temes que el demonio, tu amigo, te riña, vé mañana á la iglesia de Nuestra-Señora del Carmen, y me verás con la regente y toda la corte dando gracias á Dios por el triunfo que ha concedido á su majestad herética, tres veces excomulgado... Ya ves que tus noticias andan atrasadas.

— Monseñor, más atrasadas andan vuestras pagas.

— Sí, pero yo, dijo el joven, vengo á reparar mi descuido.

Y le enseñó una bolsa llena de oro.

— Espero que su excelencia perdonará también el mío; pues aunque parece que se halla muy informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tenga un conocimiento tan exacto de sus intenciones.

— Veamos.

— El rey piensa abandonar sus victorias, y retirarse á Nápoles con sus laureles.

— Eso ya me lo figuraba.

— Pero no se figurará su excelencia que el rey vá á gobernar por sí mismo su reino, á mandar á una reclusión á su hermana Juana Duras, que es hoy reina regente.

— Eso lo presumía.

— Pero no se presumirá su excelencia que uno de los primeros actos del rey será mandar ahorcar á monseñor Pandolfello.

— Lo tengo por muy probable; más procuraré evitarlo.

— Y ¿cómo, señor excelentísimo?

— Escucha. Tú, como astrólogo del rey, te está permitido el que veles á su lado de día y de noche... pues bien, ¿cuanto quieres por encargarte del rey Ladislao y despacharlo cuanto antes?

— No pido más, señor, que desempeñar cerca de vuestra majestad, cuando haya podido sentarse al lado de Juana, en el trono de Nápoles, el mismo empleo que desempeña ahora su excelencia cerca de Ladislao.

— Convenido.

Y tendió su bolsa llena de oro al astrólogo.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban y después de dar un silbido á sus dos marineros, se despidió de su interlocutor.

— Adiós, Galvano, le dijo el joven.

— Adiós, Pandolfello, contestóle el mágico.

El joven se volvió de repente hacia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias que se extienden desde Pórtici al Pausilipo, y abrazándolo con una ambiciosa mirada, murmuró:

— Para mí Nápoles, para mí la reina, para mí todo.

Después, acordándose de que existía un hombre demás entre los mortales, dió un golpecito en la espalda del barquero, que en el fondo del esquife casi olvidara, y el cual se hallaba, al parecer, sumido en el más profundo sueño.

— ¡ Hola ! ya has dormido demasiado, muchacho ; gritó el joven favorito, con siniestro acento. Toma tus remos y volvamos al puerto.

Ni un solo instante había cerrado los ojos el pescador; pero en el tono con que su nocturno pasajero había pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no le quedaba esperanza alguna de salvación. Aun cuando hizo todo lo posible para que las palabras de la siniestra conversación no hiriesen sus oídos, desde el momento en que su adversa fortuna lo escogiera para ser testigo de un secreto de muerte, se creyó perdido. Así es, que no se engañó ni un solo momento por la hipócrita dulzura de su compañero; volvió pues á coger tristemente los remos, dirigiendo sus miradas al vasto golfo, á ver si descubría alguna barca, alguna luz, ó algún eco lejano; empero nada, todo estaba silencioso y solitario; esperaba un momento favorable para arrojarse de improviso sobre aquel hombre é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarse al mar y salvarse á nado. Mas el favorito lo estrechaba muy de cerca, y veía brillar en su mano un largo estoque, que le hubiera atravesado el corazón al menor movimiento.

El pescador dirigió una súplica mental y suprema,

y continuó remando; y al ver que ya se iban aproximando á la playa, presentó su pecho á su compañero de viaje y le dijo con reposada voz:

— Sé, monseñor, la recompensa que me espera por haberos llevado á vuestra cita; solo y desarmado, ni puedo defenderme ni resistir; he hecho lo posible por no ver ni oir nada, pero demasiado lo he comprendido todo; pues bien, señor, os juro por la sagrada memoria de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos, que nunca desgarraré el misterio de esta noche, y que de mis labios no se escapará una palabra que pueda comprometeros, aunque me dieran tormento, pues no temo la muerte; mas os pido me perdonéis, no por mí, sino por mi pobre padre de quien soy el único apoyo. Mi padre es un veterano mutilado, que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no puede ganar su sustento. Hacedlo así, monseñor, y Dios tendrá piedad de vos en este mundo y en el otro. Además latirá un corazón que rogará por vos noche y día... Escuchad la voz del inocente y fiaos en la palabra del pobre barquero.

— ¿ Quién es tu padre ?

— Giordano Lancia ; ¿ lo habéis oído nombrar ?

— ¡ Lancia !!! exclamó con furor el joven; sí, lo conozco... dos veces me ha salvado la vida...

— ¡ Ah ! ¿ tú eres Pandolfello ?

— El mismo.

— ¡ Oh ! Dios mío, ¡ amparadme !

Y aun no había concluído su súplica, cuando Pandolfello atravesó con su estoque el corazón del joven.

Después dejándolo caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla al sitio solitario de donde había partido, saltó en tierra, y desapareció por una de las bococalles que daban al muelle.

CAPÍTULO II

Giordano Lancia

Las doce de la mañana acababan de dar en la iglesia de la Coronación, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente un universal y atronador repique.

Después de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que el día que le sucediera fué de un calor intolerable. No obstante, en los barrios situados á orillas del mar, era menos sofocante; una brisa casi imperceptible refrescaba los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura, que pudiéramos llamar propiamente infernal.

Las más delgada sombra proyectada por cualquier columna ó por cualquier cornisa, se veía adornada con un improvisado abanico de ramas verdes y flores que convidaba con su grato y oloroso frescor.

Además, se habían adoptado todas las precauciones de costumbre para preservar á la ciudad del excesivo calor que hacía. Todas las calles que comunicaban con el Real Palacio y la iglesia del Carmen, se hallaban entoldadas; flores y arbustos se veían arrojados por el suelo y una multitud de fuentes improvisadas se hallaban esparcidas por la carrera, las que servían para refrescar la atmósfera y el suelo á un mismo tiempo.

Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta extraordinaria, algún regocijo público ó alguna función solemne. En efecto, la regente Juana Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, después de recibir, cuando se levantó, á los grandes funcionarios de la corona y principales barones del reino, se trasladó, seguida de todos ellos, á la iglesia de Nuestra Madre y Señora del Carmen, para dar gracias, en una solemne función, por la doble victoria que había conseguido su hermano y señor, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia.

Esta fiesta improvisada probaba á un mismo tiempo la devoción de Juana Duras y su gran amor fraternal.

El séquito había atravesado los malecones y la plaza del mercado; y la multitud, insaciable comunmente por esta clase de espectáculos, esperaba con ansia la vuelta del brillante cortejo. No obstante, algunos grupos más desdeñosos se separaban de la masa común de los curiosos y se entregaban á sus ocupaciones.

Uno de estos grupos lo componía una docena de pescadores, de tez morena y tostada, con sus gorros encarnados y cantando sus aires nacionales ó la tarantela, mientras sacaban sus redes del mar.

De cuando en cuando, para dar treguas á su trabajo, y para refrigerarse un poco de los consumidores rayos del sol, iban á sentarse á la sombra del arco de un puente medio hundido, y formaban círculo en derredor de un personaje que animaba en gran manera su recreo.

Era un veterano de Avelino, de duras y bronceadas facciones, cabello blanco y encrespado y pecho ancho y musculoso. Con sólo lanzar una mirada sobre aquel hombre, era fácil convencerse de que había tomado

una parte activa y aun gloriosa en todas aquellas guerras, que hacía medio siglo agitaban su infortunado pueblo, codiciado por tantos príncipes y por tantos reinos. El número de las cicatrices que cruzaban el cuerpo de aquel hombre era inconmensurable. Había algunas tan profundas, que indicaban haberse abierto varias veces, como si el hierro enemigo, no encontrando ya donde herir, no hubiera tenido otro recurso que penetrar por las ya cerradas cicatrices. Sus brazos y sus piernas, cuyos fracturados huesos se habían colocado bien ó mal, se asemejaban á las nudosas ramas de un viejo tronco hendido por el rayo. Este ser original andaba, hablaba, regañaba é insultaba á todos con impotente é irrisoria cólera.

Hacía ya algún tiempo que se había aumentado en el anciano el mal humor y sus arrebatos, de tal manera, que el mayor de sus hijos, el barquero, no podía calmarlo. El joven ignoraba la causa de los denuestos de su querido padre; tal vez fuera alguna nueva escapatoria de Peppino, muchacho holgazán é incorregible, que era su otro hermano, pues siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasajeros, el viejo irritado miraba á su hijo menor y le dispensaba una profusión de dicterios y amonestaciones, que de todo tenían menos de finas y elegantes. Mientras tanto, los pescadores redoblaban sus sarcasmos y sus epígramas y se reían de las inútiles bravatas del viejo esqueleto.

En aquellos momentos, se burlaban más del pobre, porque Giordano Lancia se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que así se llamaba el mayor, aun no había aparecido desde la víspera; mas esto no era de extrañar, pues le acontecía muy á menudo, en atención á que el pobre joven tenía que trabajar para sí y man-

tener á su anciano padre y á su hermano menor.

Incómodo é inquieto el pobre Lancia dirigía desde el mar á la ribera y desde ésta á aquélla, el único ojo que le quedara, pues el otro había tomado vuelo de resultas de un excelente partesanazo. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo (digno pedestal de semejantes restos), el antiguo soldado no hacía caso de las burlas y chanzonetas que le dirigían, pues estaba sumido en una profunda meditación.

Abismado completamente en sus ideas, estaba que parecía dormido, cuando de repente un lazzaroni, como de trece años, corrió al veterano y le sacudió por un brazo.

—¡Hola! ¿qué tenemos? exclamó el viejo con tono severo.

— No he podido encontrarlo, contestó el niño; pero su novia, la linda lavandera de Pórtici, me ha dicho que lo vió ayer tarde; Lorenzo estaba contento como siempre y esperaba trabajar mucho, porque.....

El niño se detuvo.

—¿Por qué? gritó el viejo con voz destemplada.

— Porque me ha prometido un gorro nuevo para hoy, pues todo el mundo se compone para la fiesta.

— Por ti se mata trabajando tu pobre hermano.

— Pero, padre mío.....

— Silencio, holgazán, tunante, cobarde.

— Pero, padre mío, ¿tengo yo la culpa de no encontrar trabajo? Nadie me quiere ni para remar, ni para tirar de las redes. Creedme, padre mío, los más vigorosos no encuentran ni ocupación ni trabajo, y, ó se mueren de hambre, ó se matan en la guerra. Y si yo sentara plaza, padre mío, en caso de que me admitieran, ¿quién sostendría vuestos pasos? ¿quién os defendería de los pillos que os abuchean?

Una estrepitosa y universal carcajada acogió á la última excusa propuesta por el adolescente. Sus mejillas se pusieron de color de grana y enseñó los puños á los mofadores, los cuales se rieron más de aquella demostración hostil.

— Échate á mis pies, tunantillo, siéntate entre mis rodillas, miserable, y no te vayas más. ¿ Es ese el apoyo que me proporcionas?

— Perdón, padre mío, balbuceó el niño, dejándose caer en el suelo y besándole las rodillas para enternecerle.

— Vamos, Lancia, gritaron los pescadores; dejad al podre Peppino, y hablemos de nuestro negocio. Lo dicho, dicho.

— He dado mi palabra, contestó el viejo más apaciguado; aunque si he de decir verdad, añadió mirando hacia la iglesia, en la que acababa de entrar la corte; sería mucho mejor dejar el trato para otro día, pues hoy reza el diablo.

Los pescadores se echaron á reir.

— ¡ Ah! ¡ ah! no reparéis en eso, haced la señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en vuestros asuntos.

— Muy cierto, pero para hacer la señal de la cruz, es preciso tener dedos, y los míos hace tiempo que me han dejado. Empero cumpliré el convenio, pediré á Dios, con lo más íntimo de mi corazón, que envíe, aunque no sea más que por cinco minutos, un fuerte temblor de tierra que eche abajo la iglesia del Carmen.

— Vamos, no blasfeméis. Hablemos del negocio, si os place; ¿ queréis jugar un albur ?

— Repito que he dado mi palabra.

— Pues bien, todo el pescado que saquemos en la red que vamos á echar, sean veinte arrobas, sean dos

libras, es vuestro por la pequeña cantidad de seis carlinos. Si no sacamos más que guijarros, la pérdida será vuestra, ¿ os acomoda ?

— Me acomoda.

Así pues, vais á tener, si Dios quiere, otra pesca milagrosa, por materia de seis monedas con el busto de ese buen Carlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en eterno descanso.

— ¡ Oh ! el alma de Carlos está en sitio seguro, respondió el viejo sonriendo, y yo espero que toda su raza irá bien pronto á hacerle compañía.

— Señor Lancia, objetó un pescador; sois un hereje, jamás vais al sermón, pues si así no fuera, oiríais al padre Girolamo contar tantas cosas buenas de esos excelentes amos, que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, que son verdaderos santos de padres á hijos.

— Sí, sí, muy cierto, continuó Lancia; ¡ oh ! ¡ el rey Carlos era un gran rey ! Un rey de la rama menor, como dicen ellos. Protegía á los pobres, pero deshonraba á sus hijas en secreto; fundaba conventos, pero aprisionaba á santo Tomás de Aquino. Mas, en cambio, edificó dos soberbias iglesias ; la del Carmen, en la misma plaza donde mandó decapitar á Coradino, nuestro legítimo monarca; y la de San Lorenzo, donde se reunían antes los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; sí, sí, el padre Girolamo tiene razón; son dos altares que bendecirán eternamente la memoria de su santo fundador; dos capillas preparadas de antemano para los dos últimos descendientes de ese buen rey, Juana y Ladislao Hoy la hermana ha ido á orar al Carmen; la hija del verdugo sobre la tumba de la víctima; mañana quizá el hermano irá á San Lorenzo; ¡ el hijo del usurpador sobre

la tumba de la libertad !... ¡ Oh ! ese padre Girolamo, ese es un hombre inteligente; si, nuestros buenos reyes son unos santos de padres á hijos... En efecto, Carlos II, ese maldito cojo.....

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, señor Lancia, también cojeáis vos.

Yo cuando cojeé por primera vez, fué al leventarme del campo de batalla todo ensangrentado. Pero él... Dios lo puso así desde su nacimiento. Ese maldito cojo oprimió de tal manera al pueblo, que ojalá le hayan oprimido á él la pierna de ese modo allá en el otro mundo. Pues y el angelito Roberto ¿ no usurpó el trono á su hermano mayor? ¡ Cuántas guerras! ¡ cuánta miseria no atrajo sobre este pobre país ! Y Juana, su digna hija, tía de esa otra que llevaba su nombre, ¿ no tuvo la santa idea de ahogar á su marido ? Y cuando el pobre Andrés, viéndola ocupada en tejer un cordón de seda y oro, la preguntó para qué hacía aquello, le respondió ella con la más infernal complacencia : « Es para ahorcaros, monseñor... » Es verdad que á su vez Carlos III, su querido hijo, la ahorcó á ella, pues parece que el amor y el reconocimiento es hereditario en esta *santa familia*; empero su amada esposa, inspirada por el más ardiente amor conyugal, cogió en cierta ocasión un hacha y cuando él dormía embriagado por el más voluptuoso acceso, ella le dividió el craneo del modo *más santo* que podéis imaginar. ¿ No es verdad, hijos míos, que la historia de nuestros reyes no puede ser más edificante, y que yo sé un poquito más de ella que el bendito padre Girolamo ?

Los espectadores, que habían creído reirse con las ocurrencias del viejo Lancia, quedaron inmóviles y aterrorizados. Entretanto, los pescadores habían ya

descansado y algunos de ellos se retiraron á trabajar con sus redes y volvieron á comenzar lentamente su faena y su monótona canción. Los restantes permanecieron como clavados en la arena con las graves palabras que acababan de oir y tratando como de despejarlas, empezaron la conversación bajo otro asunto muy parecido al anterior y no menos importante.

— Señores, yo sé de qué proviene esa aversión que parece consume al insigne Lancia, dijo un pescador.

— ¿ De veras? replicó el anciano, con tono chocarrero... ¿ De veras? pues dí, y que el diablo te coma, por charlatán.

Peppino se estremeció y miró con asombrados ojos al pescador.

— Pues oíd, señores: el lunes, á la caída de la tarde, me hallaba yo agazapado en un rincón de la calle de Santa-Maria-Neva, guareciéndome de la lluvia que caía á torrentes. La calle se hallaba enteramente desierta, exceptuando al intrépido Lancia, que no teme ni al agua ni al fuego. Lancia iba por medio de la calle, cual si fuera un mayordomo de vara en una procesión, cuando de repente desembocando en la calle el gran chambelán, monseñor Pandolfello, lo atropelló con su caballo y lo echó á rodar por el suelo, sin la menor consideración á sus gloriosos servicios.

— ¡ Maldición! gritó el anciano. ¡ No estaba solo! ¡ Fatalidad!... Otro había sido testigo del insulto... ¡ Ah! concluiré por perder á mi otro hijo, mi pobre Lorenzo.

— Está loco, dijeron algunos.

— No estoy loco, porque mi hijo Lorenzo llegará á saberlo y entonces me vengará... y después, es claro, ¡ lo matarán á él sin respeto á mis canas!... ¡ mis heridas! .. ¡ mis glorias!... ¡ infames!... Sí, lo que ese

hombre acaba de contar, hijos mios, es positivo. El gran chambelán me ha arrojado por el lodo; más no he querido decirle nada á Lorenzo, porque lo conozco; es mi digno hijo, el digno hermano de Horacio y Cornelio, hijos míos muertos á mi lado en el campo del honor... ¡ Oh ! Lorenzo me vengaría á costa de su vida, mientras que este botarate que está á mis pies....

— Vamos, señor Lancia, no culpéis al pobre Peppino si acaso tiene medio.

— ¡ Miedo !... ¡ miedo ! repitió el viejo hecho un escorpión de cólera. ¿ Lo oyes, bribón, lo oyes ? insultan á tu padre en tu presencia, te llaman cobarde ante la mía, y ni aun te mueves... Pero tú no debes ser mi hijo, porque la sangre de los Lancia es ardiente como el Vesubio, y la tuya... es de nieve.

La mirada del adulto brilló como un relámpago, mas no se movió de su sitio.

— Vamos, Lancia, no tengáis mal genio. Hemos hecho mal en mofarnos y burlarnos de vos; pero no habéis hecho bien en incomodaros por niñerías. Perded cuidado, Lorenzo no sabrá nada, es un buen muchacho y no se le debe exponer sin motivos. Pensemos en la pesca, ya pronto estarán llenas las redes y las iremos á sacar. Salgan muchos pescados, Lancia, y dejemos al gran chambelán y al diablo su patrón. Al fin, los nobles son nobles y.....

— ¡ Noble!... ¡ noble!... ¿ Sabéis quién es ese Pandolfello Alopo? ¿ ese poderoso feudatario, que marcha á la cabeza de la aristocracia napolitana, ese caballero arrogante, que atropella á los transeuntes, el primer chambelán del rey, el barón más poderoso del reino? ¿ No lo sabéis? Yo os lo diré. Es un expósito, que no ha conocido jamás ni á su padre ni á su madre; un mendigo lleno de inmundicia, un vagabundo, expul-

sado de su aldea como un animal asqueroso. Y ¿ sabéis quien recogió á ese expósito, quien dió la primer limosna á ese mendigo, y quien colocó á ese vagabundo en las caballerizas del rey? Pues fuí yo, yo á quien cobardemente ha ultrajado. Era, entonces, el hidalgo advenedizo, un niño débil y enfermo. Gracias á mí, el raquítico adolescente llegó á ser un joven robusto y de buena figura. Entonces fué cuando se enamoró la princesa de él y le hizo primero su copero, luego su favorito y no tardará quizá mucho tiempo en que lo haga vuestro rey... ¡ un mozo de cuadra!!!

— Eso es imposible, señor Lancia, dijeron los pescadores.

— ¡ Imposible! la verdad es la que digo, y aun á él mismo se le dijera en su cara. Pero yo no tengo piernas para correr tras de él, ni brazos para darle con mis zapatos en la cara, en premio del revolcón que me dió... ¡ Vergüenza! afrenta á ese saltimbanqui de chambelán.

— Lancia, añadieron los pescadores en voz baja, no habléis así del gran chambelán. Hablad en buen hora de los muertos, ellos no se moverán por cierto; hablad de la regente y del rey, tal vez os perdonen : pero no digáis una palabra de monseñor Pandolfello, ó vivid con cuidado; velad sobre vuestros hijos, guardad á Lorenzo.

Entretanto la pesca tocaba ya á su fin, y las redes pesaban tanto, que los que tiraban de la cuerda empezaron á pedir socorro. Todos los pescadores se pusieron á la cadena y abandonaron al anciano que seguía en sus refunfuños.

— Por la Madona, dijo el pescador que había propuesto el convenio, ved aquí un buen negocio. Lo menos hay doscientas libras de pescado, y todo para

ese viejo regañón, corajudo y endemoniado, por la riolera de seis carlinos.

— Pues figúrate que todos sus negocios son de este modo.

— Y si no ayer, que no quiso tomar por la pesca tres ducados y luego la dió casi de valde.

— Y sin embargo había consultado á san Pascual, continuó el hombre del contrato, hablando consigo mismo.

— ¿ Qué entiende san Pascual de pesca con redes ?

— ¡ Si fuera el bendito san Pedro !

— ¡ Bueno ! ya tendré presente esta jugarreta para otra ocasión, añadió el hombre del convenio.

— ¡Hola! benemérito Lancia, queréis cederme vuestro pescado por una piastra ?

— Yo doy dos.

— Yo tres.

— Yo cuatro.

Y los pescadores pujaban á medida que las redes se iban aproximando á la orilla. Empero el anciano distraído y como alelado no daba muestra de comprender las proposiciones que por todas partes se le hacían.

— La dicha lo ha vuelto tonto.

— ¡ Ya ! como que es enorme.

— ¿ Qué calladito está ?

— Ahora no gruñe, sino se hace el desentendido.

— Las redes van á romperse.

— Apuesto á que traen un atún.

Y todos los pescadores con el rostro encendido, los brazos tendidos y los ojos relucientes se aproximaron á las redes con inquieta curiosidad, cuando de repente todos á la vez dieron un grito espantoso y retrocedieron llenos de pavor al ver un cadáver.

— Es un hombre asesinado.

— Un joven.

— Un pescador.

Entonces el ínclito Lancia, al oir aquellos gritos, se levantó de su asiento y exclamó :

— ¡ Un cadáver ! ¡ ah ! será una víctima más de nuestros tiranos. Apartaos, señores, dejádmelo, porque lo he pagado, ese cadáver es mi pesca.

Y marchando con toda la ligereza que le permitían sus piernas, llegó á las redes y examinó de cerca el cuerpo asesinado, ¡ ah ! entonces á su vez el pobre Lancia dió también un grito penetrante, desesperado, terrible:

— ¡ Lorenzo !!! ¡ hijo mío !!

Y rodó por la arena al lado del cadáver del pescador.

CAPÍTULO III

La reliquia de San Genaro

Ya se había acabado la ceremonia religiosa, y la regia comitiva apareció en el ángulo de la calle, confundiéndose las siniestras voces de los pescadores con las aclamaciones de la multitud.

Los caballeros, los barones, el clero y los grandes dignatarios, seguidos de sus pajes, iban montados en briosos corceles y adornados de oro y pedrería sus jubones y sus capas, en los que brillaban los rayos del sol, pues *deslumbrando al pueblo, le obligan á bajar la vista.*

Juana Duras, regente del reino, montaba en un caballo árabe blanco como el armiño y con una manta de grana bordada de oro. La hermana de Ladislao era un tipo de todas las perfecciones que la naturaleza puede conceder á una mujer, y se hallaba entonces en el complemento de su magnífica belleza. Aunque ya pasaba de treinta años, no era posible atribuirla más de veinte, atendiendo á su esbelto talle, la pureza de su frente y el aterciopelado brillo de su luenga cabellera. La regularidad extremada de su perfil y sus negras cejas noblemente arqueadas, daban á su faz un aire imponente, pero templado por la dulzura de su mirada. Una seducción irresistible, un imperioso encanto parecía encadenar á sus plantas las volunta-

des más rebeldes y el más indómito orgullo. Jamás mujer alguna ha inspirado más respeto y más amor. Jamás ha poseído ninguna reina una gracia más severa, una majestad más seductora.

Á la derecha de Juana, iba Pandolfello (que, desde su infame y cobarde asesinato, apenas hubiera tenido tiempo para mudarse de vestidos), haciendo caracolear su alazán, el que por la perfección de sus formas no tenía igual en las reales caballerizas. Pandolfello Alopo no tenía veinte y cinco años; pero tan escaso tiempo le había sido suficiente para elevarse de la más vil condición á una fortuna casi regia. Admirablemente hermoso, pero con esa belleza activa y varonil, dominaba con cerviz erguida á la multitud de barones y príncipes que le rodeaban, bastante miserables para envidiarle en secreto, y demasiado cobardes para rendir ocho siglos de nobleza á los pies de un expósito vagabundo. Pandolfello con sus cabellos cogidos en espesos y perfumados bucles, llevaba un gorra de terciopelo negro, adornada con una presilla preciosa de diamantes y una hermosa pluma blanca. Él fijaba sus miradas de fuego sobre Juana, con aquel amoroso imperio que le había conquistado en un solo día todos los favores de la corte y el destino del reino. Su talle iba ajustado por un galón de oro de ocho dedos, bordado de pedrería, y colgaban de su cuello las insignias de la Orden de la Nave, condecoración especial inventada por Ladislao en honor de los argonautas y la cual dió origen á la Orden del Toisón de Oro.

En el momento en que la regia comitiva pasaba por delante de la playa donde los pescadores habían expuesto el cadáver de Lorenzo, el anciano que había vuelto en sí por los atronadores gritos del populacho, levantó sus mutilados brazos y lanzó sobre Pandolfello

una maldición atroz. ¡ Ah ! ¡ no sabía aun que aquel hombre era el asesino de su hijo y un paternal presentimiento se lo advertía ! Después, viendo que el clamoreo popular apagaba sus maldiciones, miró hacia el lado donde estaba su hijo menor para echarle en cara su cobardía ; pero Peppino no estaba allí. Entonces el pobre padre miró al regio cortejo y vió á su hijo menor que arrastrándose como una culebra por entre los pies de los caballos, levantóse de improviso entre Juana y su favorito y dió á este último una terrible puñalada. Pandolfello cayó sin dar un solo grito, y la regente aun no había notado nada y ya los guardias habían cogido al lazzaroni.

Al momento Lancia, recobrando como por encanto su salud y sus fuerzas, se adelantó sin apoyo, sin dolores y colocándose delante de Juana gritó sollozando :

— Perdón, perdón, para mi último hijo.

— Ya no soy un cobarde, padre mío, soy un hombre de valor; os he vengado y moriré como tal, exclamó Peppino con el rostro radiante de gozo.

— Perdonadle, señora, repitió el anciano con gritos desgarradores ; dos hijos he perdido ya con las armas en la mano, defendiendo vuestros derechos, el tercero acaban de asesinármelo ; ¿ y qué me quedará si me arrebatan el último, mi único apoyo ?

— No hay perdón para el asesino, dijo Juana en cuyas contraídas facciones se veían pintados el dolor y la desesperación.

— ¿Queréis sangre? pues bien, señora, derramad la mía y perdonad la de mi hijo.

— ¿ Para qué necesito tu sangre, viejo miserable? una recompensa sería derramarla. Nada, prended al asesino y que á ese viejo lo tiren al mar.

— Perdonadlo, señora, dijo Pandolfello levantán-

dose, pues había caído al suelo por la violencia del golpe y no por estar herido. La divina Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bendito san Genaro, que llevo siempre sobre mi pecho, han embotado el puñal del asesino.

— ¡ Ah! ¡ el infame lleva una cota de malla! murmuró Peppino, dirigiendo á su padre una mirada de amargo sentimiento.

Juana Duras no encontraba expresiones con que manifestar su júbilo, y en medio de su delirio hubiérase arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran protonotario que iba á su izquierda, no la hubiese contenido con una mirada.

Después éste, acercándose á Pandolfello, le dijo:

— Monseñor puede indicar el género de muerte que ha de sufrir ese infeliz. Ahorcado, degollado, quemado, descuartizado vivo ; vuestra voluntad en este caso será una ley.

— Gracias, mi noble señor, pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo por toda su vida; me parece que es suficiente.

Y Pandolfello, al concluir estas palabras, se dirigió á Juana para darla gracias por su solicitud con una tierna mirada que ácabó de perder la poca razón de la pobre mujer.

La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al populacho había acudido á ver una fiesta y asistía á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con todas sus fuerzas.

— ¡ Viva la regente ?

— ¡ Viva el gran chambellán !

— ¡ Viva san Genaro!

— ¡ Vivan sus reliquias !

CAPÍTULO IV

El rey Ladislao

Al día siguiente del que tenían lugar estos sucesos, Pandolfello Alopo respiraba el aire puro de la mañana en uno de los terrados del palacio, medio echado en unos cojines de terciopelo carmesí, con los ojos cerrados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la interesante Juana Duras.

Serían las ocho de la mañana: una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el día anterior, movía y hacía ondular suavemente los cabellos del favorito. Una ancha y profunda calle de jazmines formando una sombria bóveda con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y á su amado de los rayos del sol y de las miradas de los hombres.

. . . .

Los pescadores habían vuelto á entonar sus canciones y á emprender sus faenas. En cuanto al anciano Lancia, sostenido por una fuerza sobrenatural, se había llevado el cadáver de su hijo y colocándole en su lecho como si estuviese dormido, había cerrado con llave la puerta de su habitación y se había ido á sentar al muelle sin derramar una lágrima, sin prorrumpir en una queja. Al ver á aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan impasible, se le hubiera tenido

por demente, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiara en Dios y esperase.

Nápoles gozaba pues de una paz profunda. Nadie se atrevía ya á atacar á un pueblo cuyo rey, lejos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á otros, siempre con victorias. La ambición de Ladislao no tenía límites. Su nombre, glorioso y temido en el exterior, cubría con su esplendor los ignominiosos misterios de su corte; las conquistas del hermano cubrían las locuras de la hermana; el cieno desaparecía debajo de la sangre.

Ladislao había concluído con la rebelión de Hungría, en una edad en que apenas debía poder blandir una lanza; dos veces había derrotado á Luis de Anjou, otras dos á los Florentinos, y tres al papa, lo que, entre paréntesis, le había valido tres excomuniones. Era dueño de Faenza, Forli, Verona, Sienna y Arrezzo, y en la época á que nos referimos tenía tanta confianza en sí mismo y era tan desmedido en su orgullo, que había hecho bordar en su manto real estas palabras:

AUT CŒSAR AUT NIHIL

Ó EMPERADOR Ó NADA

Después de la conquista de Toscana, sus bélicos pensamientos debían ser más vastos, y aun había anunciado varias veces, en medio de sus conquistas, que pensaba volver por algún tiempo á su reino á fin de entregarse al descanso y al reposo, para después volver con más bríos á conquistar laureles; pero esto no era probable y lo más cierto era que seguiría con

sus victorias no interrumpiendo el curso de sus triunfos.

Así es que la verdadera reina era Juana Duras, y el verdadero rey Pandolfello Alopo. ¿Qué podían temer? ¿Qué podían desear? Y, sin embargo, ¡cuán terrible es el encadenamiento del crimen y la lógica infernal de las pasiones!... Aquel hombre, cuya culpable felicidad no turbaba nadie, acumulaba no obstante asesinato sobre asesinato, traición sobre traición y perjurios sobre perjurios, y vivía rodeado de sicarios, de espías y de envenenadores.

Aquella mujer amada de su hermano y adorada por el pueblo, hermosa sobre hermosas y poderosa sobre las poderosas, pasaba sus días en perpetua zozobra, no cerraba sus ojos sino para abrirlos sobresaltada, y no miraba á su amado sin temer por su cabeza.

Como hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un profundo sueño y soñaba las más placenteras imágenes, cuando Juana Duras, que se hallaba mirando hacia el golfo, vió un navío en el horizonte. La regente se estremeció vivamente y despertó á su amado en el instante.

— Pandolfello, una vela por la parte Caprea.

— Y ¿para eso me despiertas, mi hermosa soberana?

— ¡Tiemblo! ¡ah! si fuera alguna escuadra enemiga.

— ¡Deliras, Juana! ¿qué enemigo se atreverá á atravesar nuestro golfo, mientras que ondee en este palacio la bandera de Ladislao? Además, no hay porque temer, tenéis mis valientes defensores, mi brazo y mi espada.

— Yo no sé, pero no puedo desechar un vago terror que me acomete y un siniestro presentimiento que me dice hallarse ya decidida nuestra suerte en este

momento. Veis, veis, dos, tres, cuatro galeras... ¡ oh ! Pandolfello, sacadme de esta inquietud.

— En efecto, dijo el joven, apoyándose en la barandilla de la azotea; pero tranquilizaos, probablemente será el anuncio de una nueva victoria, ó que el rey, vuestro augusto hermano, tal vez necesite nuevos recursos para extender su dominación más allá de la Toscana, y esa escuadra que vemos será la destinada á transportar las tropas desde Nápoles á Liorna. Empero sobre todo, hermosa princesa, ahora lo sabremos de positivo. ¡ Hola ! añadió dando tres palmadas.

Al punto dos pajes aparecieron respetuosamente para tomar sus órdenes

— Que vayan inmediatamente á averiguar qué noticias nos traen esos navíos que navegan á toda vela por el golfo.

Empero de repente Juana quedó inmóvil, abrió los párpados extraordinariamente, un frío mortal corrió por todos sus miembros y exclamó juntando las manos.

— ¡ Dios mío !... ¡ el pabellón de mi hermano es el que ondea en el primer bajel !

Pandolfello se puso pálido cual un criminal á la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador. Mas la reflexión le hizo esperar bien pronto que el monarca, absorto como siempre en sus proyectos de conquista, no daría crédito ni audiencia á las quejas, ni se pondría á castigar delitos. El favorito dominó su turbación y ofreciendo la mano á la regente para entrar en el salón, la dijo con aire tranquilo :

— Y bien ¿ qué hay que temer, señora ? Es preciso que en el instante se prepare una fiesta real y espléndida, y como soy chambelán, á mí es á quien concierne

su dirección, y voy á dar mis órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia.

Y aplicando respetuosamente sus labios á la mano de la princesa, salió á disponer la fiesta del recibimiento, con esa pompa que hace adormecer al rey y aplacar al pueblo.

Entretanto todas las clases del pueblo, marineros, pescadores, soldados y lazzaronis, se reunían tumultuosamente en el muelle á presenciar el desembarco.

Formábanse en el muelle animados y numerosos grupos.

El gran senescal marchaba al galope, extendiendo la tropa en dos hileras, desde el desembarcadero hasta el palacio.

Todos se maravillaban de que ni Juana, ni Pandolfello, cuya previsión y astucia harto fueran conocidas, y que tenían un ejército de agentes y de espías, no hubieran tenido la menor noticia de este regreso tan repentino.

Era indudable que lo que menos se esperaba era al rey. La turbación de los cortesanos, la sorpresa de los empleados de palacio que llegaban desalentados y en desorden, y la confusión que reinaba por todas partes, era una prueba inequívoca de que á Ladislao no lo aguardaban.

Mientras que el populacho acudía en masa al muelle, un solo hombre permanecía extraño al movimiento, y este hombre era Giordano Lancia.

El mutilado anciano, sentado en la arena, al sol, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendido sobre su cama, con el pecho atravesado por un estoque, y el otro encerrado en los calabozos de Castel-Novo.

En este estado permanecía, cuando sintió que le toca-

ban en la espalda. El pobre anciano levantó la cabeza y vió á su lado un hombre en pie y enmascarado, que le miraba á través de su careta. El anciano fijó los ojos en aquel hombre por espacio de cinco minutos, como si hubiera querido preguntarle con qué derecho lo sacaba de sus cavilaciones y de sus dolorosos pensamientos; pero viendo que el hombre misterioso permanecía callado, volvió otra vez á agobiarse y á quedar sumido en sus fúnebres pensamientos.

— ¡ Lancia!... dijo el desconocido bajándose hasta el oído del soldado.

— ¿ Qué quieres ? respondió el inválido sin variar de posición.

— Despierta, Lancia.

— No duermo : lloro.

— No es tiempo de llorar.

— Las lágrimas son el consuelo de los impotentes.

— La hora de la venganza ha sonado.

— ¡ Venganza !... murmuró el veterano, sin mudar de actitud: ya no tengo brazos... ya no tengo hijos...

— Aun tienes uno.

— ¡ Oh ! lo matarán también.

— Aun vive.

— Pero le harán sufrir el tormento para que confiese. Pobre Peppino, ¿ tendrás valor para no mentir ? ¿ para no deshonrarme ?... ¡ Monstruos !

— Consuélate, Lancia, porque tu hijo ha sufrido como un héroe, y su constancia ha cansado el brazo del verdugo.

— ¿ Qué... qué.. . qué es lo que dices ? exclamó el mutilado anciano, poniéndose de pie con una expresión de gozo indefinible. ¿ Cómo has podido tú saber eso? Dilo pronto, por piedad.

— Te digo que esta noche se ha atormentado largo

tiempo á tu hijo, para que declarara á sus cómplices y comprometer por este medio á muchos infelices é inocentes.

— ¡ Infames !

— He sido testigo del suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad y de súplica.

— ¡ Oh ¡ ! Dios mío ! ¡ bendito seáis !

— Cuando concluyó la tortura, se me acercó y con voz firme me dijo : « En nombre de la divina misericordia, que desciende sobre todo mortal, por muy culpable que sea, buscad á mi padre, si el dolor no le ha muerto, decidle lo que acabáis de presenciar. Yo rogaré por vuestra alma. »

— ¡ Dios mío ! vuélveme á mi hijo, ó dudo de tu poder.

— No blasfemes, anciano.

— ¡ Oh ! no hay Providencia.

— ¡ Calla !

— ¡ No hay justicia!

— Mira á tu rededor.

— ¿ Qué es esto? ¿ qué confusión es esta?

— Es el pueblo que corre á recibir á su rey.

— ¡ Á su rey!.. y ¿ qué me importa?.....

— Viene expresamente á vengarte.

— Llévame, llévame ante él, porque yo ya no puedo dar un paso ; el dolor ha acabado de arrancarme la poca vida que me quedaba.

— No puedo, Lancia.

— ¿ Y por qué?

— Porque mi presencia es fatídica en donde se halla.

— ¿Pues quien eres?

— El verdugo.

Al decir estas palabras, el hombre de la máscara desapareció como por encanto y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hacia el rey, y en el momento de pasar ante él, recogiendo todas sus fuerzas y el raquítico aliento que aun restaba en sus pulmones, gritó con voz desesperante:

— ¡ Á mí, Ladislao! ¡ perdón! ¡ justicia!

— ¿ Quién es ese hombre que me llama por mi nombre? preguntó el monarca, encaminándose hacia el inválido veterano.

— Señor, es un soldado que os pide justicia.

Y el pobre anciano cayó de rodillas á los pies del rey.

— ¿ Como te llamas?

— Giordano Lancia.

— ¡ Lancia! ese es el nombre de un valiente y no es la vez primera que llega á mis oídos.

— He servido cincuenta años, monseñor; he tomado parte en todas las campañas que han dado renombre al país, y he sido testigo de todos los crímenes que han ensangrentado al reino.

— En cuanto á las victorias, pásalas en silencio, me son muy conocidas y no puedo olvidarlas; además, aunque quisiera no podría, pues me rodean muchos aduladores que me las recuerdan sin cesar. ¿ Cuáles son esos crímenes impunes que has presenciado? ¿ Dí?

— ¿ Puedo hablar con libertad?

— ¡ Voto al papa! ya puedes ir diciendo, si no quieres arrepentirte de haber comenzado.

— He visto, monseñor, asesinar á Tommasso, conde de Monte-Scaglioso; á Wenceslao, conde de Amalfi; á Hugo, conde de Potenzza; á Luis, conde de Melitto; á

Enrique, conde de Terra-Nova; á Gaspar, conde de Mattera; á.....

— Basta... ¿Qué quieres, anciano, con esa numerosa y terrible lista de víctimas? ¿Te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

— ¿Y qué me importan á mí todos los San-Severinos degollados en un foso y arrojados después á los perros de palacio? ¿Qué me importan á mí todos los nobles, cuyas cabezas han rodado en el cadalso? ¿Qué me importa tanta sangre derramada? Lo que me importa, es que me han muerto á un hijo y á otro le han dado tormento. ¿Lo oyes, Ladislao? Y esto por orden de Pandolfello Alopo, y con anuencia y permiso de tu hermana. Estas son mis quejas: estos son los crímenes que quiero sean vengados.

— Cuidado, anciano, ten presente lo que dices... replicó el rey, con acento terrible: mira que estás acusando á mi hermana Juana, y al primer dignatario del reino... y desgraciado de ti, anciano, si no tienes pruebas para sostener tu acusación.

— ¡Pruebas!... harto público es en Nápoles, que Pandolfello es más rey que tú mismo y... ¿no ha sido ese miserable expósito el que me ha derribado por el lodo, cuando por mi causa ha llegado á ser quien es? ¿No se ha sacado entre las redes y en medio de la pesca el cadaver de mi hijo Lorenzo? ¡Pruebas! ¡pruebas! haz abrir las puertas de la prisión, y verás, si es que no lo han muerto, á mi pobre hijo... á mi última, á mi única esperanza, con los pies sujetos por los grillos, los brazos cargados de hierro, y todos sus miembros descoyuntados por la tortura, y.....

— Bien, anciano, todo eso no son más que presunciones tuyas, dijo el rey con aire glacial, y nada

prueba evidentemente que Pandolfello Alopo sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y después, volviéndose á su corte, que parecía aturdida de la audacia del viejo esqueleto, añadió Ladislao.

— Que se apoderen de ese hombre, y que se le prodiguen los mayores cuidados; y nosotros, señores, á Castel-Novo.

CAPÍTULO V

El suplicio

En cuanto llegó á Palacio Ladislao, se encerró en su cámara con cinco ó seis de sus más adictos. El gran chambelán solicitó besarle la mano: Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino, que no vería á nadie antes que á la regente, y que ésta no fuera á verlo hasta que el rey lo mandara.

Este contratiempo, unido á la narración que acababan de hacerle de lo que había dicho el veterano, no era el más á propósito para calmar la inquietud del favorito. Empero tranquilizóse no obstante, pensando que en último caso nadie podría convencerlo de culpable ante el monarca, pues para ello había tomado de antemano todas sus medidas, por las cuales desaparecía hasta la menor huella de sus crímenes.

Tratábase cuando más de una desgracia momentánea y pasajera; pero Pandolfello contaba con la pasión de Juana Duras y no temía nada. En consecuencia, participó la orden del rey á la princesa, diciéndola que Ladislao no quería verla sino hasta estar de rigorosa etiqueta y con todo el respeto que tan poderosa señora se merecía, y que tenía que contener su inmenso amor fraternal ante las reglas de la corte.

Juana, cual todas las personas dotadas de una imaginación viva, pasaba fácilmente del temor á la espe-

ranza; creyó sinceramente las palabras de su amado y quiso presentarse á los ojos del rey con todas sus ventajas y borrar hasta las menores sospechas que contra ella pudieran haberse suscitado, ó contra su apasionado consejero.

Cuando llegó la noche y el palacio de Castel-Novo resplandecía por las luces que estaban encendidas en sus galerías y salones, el conde Avelino hizo saber á la regente y á los grandes siete dignatarios de la corona, que el rey los aguardaba.

Entonces abriéronse las puertas de la gran cámara de Ladislao, y en el frente en que siempre se había colocado el lecho real, vióse un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual había dos hombres de pie, totalmente cubiertos con sus armaduras, cual si fuesen dos fatasmas vengadores.

Juana retrocedió tres pasos, llena de pavor á tal espectáculo. Pálida y temblorosa se volvió hacia su hermano y le interrogó qué significaban aquellos dos extraños personajes.

— Son los jueces, señora, contestó secamente el rey. Sentaos, princesa, aquí á mi derecha y sentaos vosotros también, señores, y prestad atención á lo que va aquí á pasar.

Los grandes dignatarios y los nobles tomaron asiento. Ladislao continuó:

— Que traigan al acusador.

Entonces cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia, sentado en una poltrona, y luego que lo pusieron á la izquierda del estrado, se retiraron.

— Giordano Lancia, dijo el rey, puedes hablar sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano entonces lanzó á Pandolfello una mirada

de un furor inexplicable y pronunció con la mayor calma estas palabras, que cada una fué un dardo envenenado que se fué clavando en el corazón amante de Juana Duras:

— Acuso al conde Pandolfello Alopo, primer dignatario de la corona y gran chambelán de palacio, de haberme vilmente maltratado, pisoteándome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lorenzo, y de haberle arrojado al mar. Le acuso de haber ordenado que dieran tormento á mi hijo Peppino, para obligarle á denunciar inocentes de los que quería deshacerse.

— ¿ Qué respondéis vos, Pandolfello ? dijo el rey, volviéndose hacia al amante de su hermana.

— Ese hombre está demente, contestó el favorito con una sonrisa de desprecio.

— ¿ Negáis, no es así ?

— No solamente lo niego, señor, sino que me asombro de que pueda creérseme capaz de cometer tales crímenes.

— Que se pesenten los testigos, continuó Ladislao, con la mayor calma y frialdad.

Entonces pasó en Castel-Novo un drama horroroso. Peppino, más bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la cámara real, sosteniéndose á penas sobre sus rodillas. El pobre niño, destrozado por la tortura, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos. Empero en su rostro pálido y resignado advertíase un valor heróico y una noble firmeza, y cuando llegó ante el rey, lanzó sobre su padre una mirada inexplicable de amor y de ternura. Después quiso hablar, pero un temblor convulsivo agitó sus labios y rodó cadáver al pie del trono del rey.

— ¡ Ah ! dijo para sí Pandolfello, no me han desobedecido y han llevado á cabo mis órdenes.

— ¡ Ah ! pobre hijo mío, ¡ lo han envenenado ! gritó el anciano, cayendo en su poltrona sin movimiento y sin voz.

— ¿ Qué tenéis que decir, Pandolfello ? exclamó el rey, con la misma impasibilidad.

— Monseñor, soy inocente; ninguna parte he tenido en la muerte de ese joven; el terror le ha privado de la vida, y harto público es que trató de asesinarme á vista de todo el mundo, y yo le he perdonado.

— ¡ Perdonado ! ¿ y con qué derecho ? Solo el rey es el que lo tiene, señor mío, contestó el monarca, con voz terrible.

— Perdonad, monseñor... sólo he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra noble hermana, que era la regente del reino en vuestra ausencia.

— ¿ Es eso verdad, Juana ?

— Así es, mi querido hermano. Pandolfello es un vasallo digno y leal, y no hay datos que comprueben esos crímenes que le imputan sus enemigos.

— En efecto, nada lo prueba, continuó Ladislao con lentitud; empero como quiera que existen presunciones graves contra el acusado, se le va inmediatamente á aplicar el tormento.

— ¿ Á mí, monseñor ? gritó el gran chambelán indignado. Soy conde y barón, soy el primer dignatario de la corona, y sólo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, miserable, mientes ante tu rey, que es el que te juzga, gritó indignado Ladislao. Tú no eres más que un miserable expósito, un mozo de cuadra, que ha abusado de mi favor y ha cometido los críme-

nes más odiosos. Ahora veremos si tienes esa misma desfachatez : que entren los verdugos.

Éstos entraron en la cámara.

Pandolfello palideció ligeramente, y Juana, juntando sus manos, exclamó con suplicante voz;

— ¡ Oh ! monseñor, esto es espantoso ; perdonadle y tened compasión de mí, pues no podré jamás soportar un espectáculo tan horrible.

— Habéis sido reina de Nápoles, como regente, durante mi ausencia y voy á enseñaros como un rey debe administrar justicia, sin parcialidad y sin debilidad, hermana mía.

En el momento colocaron en el techo una polea, las muñecas del favorito fueron apretadamente amarradas á sus espaldas y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda, se le suspendió á seis pies del suelo ; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con firmeza :

— Soy inocente.

Bajáronlo de allí, y luego, á una nueva señal de Ladislao, los dos verdugos levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándolo de repente, lo dejaron caer desde la altura de tres varas.

Por tres veces repitióse esta dolorosa operación y otras tantas contestó Pandolfello con voz ahogada :

— Soy inocente.

En seguida, lo extendieron sobre un caballete, y los atormentadores ataron á sus pies y manos enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones y brotaron sangre en abundancia.

— ¡ Perdón ! ¡ perdón ! gritó el atormentado, perdón, monseñor, soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos y el acusado no había confesado nada.

— ¿ Es culpable ? preguntó el rey á los dos jueces cubiertos con sus armaduras de pies á cabeza.

— No, respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró, y un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana, pues creyó que su amante se había salvado.

— ¡ Y bien ! dijo Ladislao, ¿ no hay nadie que quiera deponer contra el acusado ?

— Nadie, contestó el auditorio.

— Pues entonces, seré yo quien desempeñe este oficio.

Y todos los circunstantes miraron aterrorizados al monarca, porque aquel original proceso empezaba á tomar las proporciones de una revelación fantástica y sobrenatural.

— Respóndeme, Pandolfello Alopo. ¿ Dónde estabas en la noche del 25 de julio ?

— En una casita de Chiatamon.

— Mientes; estabas en una barca en alta mar.

Pandolfello miró al rey como asustado.

Ladislao continuó serenamente su interrogatorio :

— ¿ Á quién encontraste en tu paseo marítimo y nocturno ?

— Á nadie, contestó el joven, desconcertándose por momentos.

— Mientes; encontraste á un anciano que te salió al encuentro en una barca conducida por dos remeros : el anciano se llamaba Galvano Pedicini.

— ¡ Todo lo sabe ! pensó aterrado el favorito.

— ¿ Qué dijiste á Galvano Pedicini ?

— Nada, monseñor, cosas indiferentes.

— Mientes, le pagaste para que me asesinase.

Un grito de horror resonó en la cámara.

— Eso es falso, monseñor balbuceó el acusado temblándole todos sus miembros. Galvano ha mentido... me ha calumniado.

— ¡ Traidor y cobarde ! gritó el monarca, con tonante voz, he ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara ; he ahí á los dos remeros de la barca del anciano, y señaló á los dos jueces... Galvano era yo.

El infortunado Pandolfello cayó boca abajo anonadado por aquellas terribles palabras.

— ¿ Es culpable ? preguntó nuevamente el rey.

— Sí, respondieron todos á un tiempo.

La princesa se había desmayado.

Entonces el rey se levantó, y pronunció la siguiente sentencia contra Pandolfello :

— Yo, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alopo reo de lesamajestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame, que se le coloque atado en una carreta y se le pasee por todas las calles de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendidas ; que se le arrastre por encima de navajas y que se le arroje en una hoguera de leña verde, para que se queme lentamente, hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó al pie de la letra, al siguiente día de la noche en que tuvo lugar el proceso, tan original en sus formas como en la hora.

Después del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silvatos y puños para látigos.

Un hombre había asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto del puente y sostenido por un grupo de pescadores. Con la vista fija, la boca abierta y el pecho palpitante, no perdió ni

uno solo de los pormenores de tan horrible ejecución.

Este individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el pobre anciano, cuya razón había recibido tan duros golpes, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atención en él, y se arrojó al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

— Amigos míos, echad las redes y venid á pescarme á mí también.

Cuando lo sacaron del agua los pescadores, ya su martirizada alma había volado á reunirse con las de sus infortunados hijos.

FIN

ÍNDICE.

Braine-le-Comte (Bélgica). — Impr. de la Vda. de CH. BOURET